ANTONIO J. CARRASCO ÁLVAREZ

EL BOSQUE SOMBRÍO

SOBREVIVIR A TEUTOBURGO



novela histórica

DESPERTA FERRO
EDICIONES

EL BOSQUE SOMBRÍO

ANTONIO J. CARRASCO ÁLVAREZ

EL BOSQUE SOMBRÍO

SOBREVIVIR A TEUTOBURGO

DESPERTA FERRO
EDICIONES

El bosque sombrío. Sobrevivir a Teutoburgo
Antonio J. Carrasco Álvarez

© de esta edición:
El bosque sombrío. Sobrevivir a Teutoburgo
Desperta Ferro Ediciones SLNE
Paseo del Prado, 12, 1.º derecha
28014 Madrid
www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 979-13-991498-4-5

Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández
Cartografía: Desperta Ferro Ediciones / Juan Valverde Ayuso
Coordinación editorial: Óscar González Camaño

Primera edición: marzo 2026

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2026 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Producción del ePub: booqlab

A Miguel, Guiomar y Diego, como siempre.

índice

Dramatis personae
Prólogo. El águila

primera parte
Auxilia
segunda parte
Aliso
tercera parte
La retirada

Epílogo
Nota del autor

Posfacio: «¡Quintilio Varo, devuélveme mis legiones!»
David Soria Molina

dramatis personae

*Personajes históricos

COHORTE DE ASTURES Y CÁNTABROS

Marco Quintilio – prefecto, comandante de la cohorte.
Bodo – centurión; segundo al mando.
Murilo – jefe de la escuadra de exploradores de la cohorte.
Nubio – explorador.
Dagomarus – auxiliar galo, luego explorador.
Avinoam – esclavo, luego explorador.
Rusilo – explorador.
Níger – decurión en una *turma* de caballería cántabra.
Abilio – decurión en una *turma* de caballería cántabra.
Cestio – decurión en una *turma* de caballería cántabra.
Arno – decurión en una *turma* de caballería cántabra.
Mania Laberia – hija de un veterano asesinado por los germanos.

QUINTA *ALAUDAE*

Sexto Vinicio – tribuno laticlavio, comandante del destacamento de la Quinta *Alaudae*.
Publio Celio* – Centurión primipilo de la Quinta *Alaudae*.
Ferox – moloso, mascota de Publio Celio.
Marco Sabino – centurión.

Lucio Papio – decurión en una *turma* de auxiliares bátavos asignada al destacamento de Vinicio.

ALISO

Lucio Cedicio* – *praefectus castrorum*, comandante de Aliso.
Antíoco – liberto y secretario de Cedicio.
Cayo Didio Secundo – centurión primipilo de la Decimonovena legión, de guarnición en Aliso.
Cneo Manilio – centurión. Comandante de las liburnas destacadas en Aliso. Vigésima legión *Rapax*.
Marco Silio - centurión al mando de la cohorte de convalecientes.
Nearco – comandante de un destacamento de arqueros auxiliares.
Gundiaro – caudillo de un ala (regimiento de caballería) de auxiliares bátavos.
Cayo Postumio – médico jefe de Aliso. Decimonovena legión.
Segiburga – curandera/médico marcomana. Voluntaria en el hospital de Aliso.

EN LAS LEGIONES DE VARO

Publio Quintilio Varo* – legado. Comandante en jefe de los ejércitos romanos en Germania.
Cayo Estacio – *optio*. Segunda centuria, segunda cohorte, decimoctava legión.
Marco Celio* – centurión primipilo. Decimoctava legión.
Marco Batiato – centurión de la segunda cohorte, Decimoctava legión.
Numonio Vala* – comandante de la caballería legionaria.
Cayo Cornelio – legado de la Decimoctava legión.

GERMANOS

Arminio/Hermann* – caudillo querusco y líder de la rebelión contra Roma.

Hrolf – guerrero germano, miembro del *comitatus* de Arminio.

Ingumaro – guerrero querusco; uno de los hermanos de Arminio.

Valomar – guerrero querusco, miembro del *comitatus* de Arminio.

prólogo

El águila

El portaestandarte de la legión Decimonovena, Publio Herenio, al que llamaban el Etrusco, era el último superviviente de su cohorte.

Los bárbaros habían surgido de entre los árboles, aullando como demonios del bosque. Bajo la lluvia, que no cesaba desde hacía cuatro días de marcha, atacaron a la columna desordenada: mataban a un par de hombres y desaparecían de nuevo en la espesura. La senda se transformó en un barrizal resbaladizo, apisonado por las botas de miles de hombres que destrozaron la hierba y removieron la tierra húmeda. El aire olía a vegetación, a vómito, a sangre y al sudor del miedo.

Llevaban cuatro días combatiendo contra un enemigo invisible en un escenario de pesadilla, sin una comida caliente y sin apenas poder dormir. Algunos deliraban de puro agotamiento, otros no distinguían entre el mundo de los vivos y el de los muertos: se creían en las riberas de la Estigia y, con ojos asustados, contemplaban el inframundo que les aguardaba en la otra orilla.

Herenio había visto a veteranos perder la cabeza, atacando a sus propios camaradas, lanzando estocadas a diestro y siniestro hasta que alguien ponía fin a su locura.

Labeón, un veterano de su centuria se detuvo de repente y se quitó la armadura, el casco y la túnica. Totalmente desnudo, solo con su espada, caminó hasta situarse frente a la línea de árboles que bordeaba la trocha. Allí, con la lluvia empapando su cuerpo, gritó maldiciones a los germanos: los llamó cobardes, miserables, *cunni*;* todos los

insultos que da de sí la lengua latina. Permaneció así un buen rato, hasta que empezó a quedarse ronco.

Pareció que los bárbaros iban a dejarlo en paz. Un par de camaradas se acercaron a él para obligarlo a volver a las filas, pero entonces un germano surgió de repente entre los arbustos. El hacha golpeó a Labeón en la frente, matándolo en el acto. Tan rápido como había aparecido, el bárbaro se esfumó entre los árboles.

Los portaestandartes cayeron uno tras otro. Los dos primeros fueron heridos en el segundo día de combates; siete hombres recogieron el águila de la Decimonovena, y los siete murieron mientras sostenían enhiesto el estandarte, en aquel sombrío bosque de Germania. Cuando cayó el último, Publio Herenio, movido por un impulso, se agachó a recoger el águila, que yacía en medio del barro, y la levantó.

A su alrededor, la cohorte estaba siendo destruida. El camino entre los bosques estaba alfombrado de cuerpos en armadura, cascos, armas, escudos, caballos agonizantes y hombres moribundos, que gemían llamando a sus madres. Los bárbaros yo no atacaban y huían, sino que se mezclaban con la columna, matando por igual a soldados y a civiles, a hombres y bestias. Algunos grupos de legionarios todavía resistían, guardando una ficción de disciplina frente a un enemigo implacable. Los germanos iban cazando a los que huían uno a uno, sin dar cuartel.

En medio del caos, nadie prestaba atención a Herenio, como si no pudieran verle. El bosque le llamaba, insinuando una seguridad ilusoria. El ejército se estaba desintegrando delante de sus ojos. No tenía órdenes. Levantó la vista hacia el águila de la legión, que observaba con sus ojos de bronce el desastre, impasible bajo del aguacero. Ella era Roma y, si no lo impedía, los bárbaros iban a profanarla.

En ese instante, Publio Herenio comprendió que, aunque le costara la vida, debía evitar que cayera en manos de los germanos. Tenía que alejarla del campo de batalla. Si no podía salvarla, la hundiría en el

pantano que bordeaba el bosque, al norte del camino, dónde los bárbaros no pudieran encontrarla.

Tiró su escudo y, si se hubiera atrevido a pararse, también se habría quitado la cota de malla. Había perdido antes el casco, aunque no recordaba cómo. ¿Se había caído? ¿Se lo habían arrebatado? Conservaba la espada y un puñal, todavía envainados.

Se metió en el bosque, corriendo en dirección a las marismas, huyendo de la matanza. Gotas de sudor, mezcladas con agua y sangre, le cegaron por un momento. Su rostro curtido se rompía en una mueca desencajada que dejaba al descubierto sus dientes. Los pulmones le ardían con cada inhalación. Notaba la garganta en carne viva y un sabor metálico en la boca. Su cuerpo se mantenía en pie por puro miedo y fuerza de voluntad.

Tenía una brecha encima de la ceja izquierda, tal vez por una pedrada. La oreja del mismo lado estaba casi amputada, sostenida solo por un colgajo de piel. Herenio ni siquiera sabía que estaba herido, tampoco notaba el dolor. Todos sus pensamientos giraban alrededor de una obsesión: esconder el águila, impedir que los bárbaros pudieran mancillarla. En realidad, ya no estaba seguro de por qué eso era importante, pero en aquellos momentos para él era una cuestión de vida o muerte.

La lluvia arreció, cayendo en cortinas de agua que no dejaban ver nada más allá de unos pasos. Oyó gritos apagados, cada vez más lejanos: el ejército de Publio Quintilio Varo agonizaba. Debajo de sus pies ya no había barro, cadáveres y armas, sino agua helada y cañas, que le llegaban casi hasta las rodillas. Cada nuevo paso era más difícil que el anterior. Apenas podía respirar.

Estaba al límite de sus fuerzas, mareado, febril. «¡Vamos! ¡Solo unos pasos más!», se dijo. A lo lejos se adivinaba la linde del bosque. «Si consigo llegar, tal vez pueda esconderme hasta que anochezca y escapar entonces». Sabía que era una idea ridícula, pero su espíritu necesitaba una esperanza a la que agarrarse, por mínima que fuera.

A pesar del aguacero, empezó a distinguir los árboles. Las gotas de lluvia golpeaban las hojas con tanta fuerza que ensordecían todos los demás sonidos. Avanzó, tambaleándose, al límite de su resistencia.

Fue entonces cuando vislumbró las siluetas entre las cortinas de agua. En su estado de casi delirio le parecieron gigantes de ojos rojos que le miraban con hambre, dispuestos a devorar su cuerpo y su alma. Un gemido quedó atrapado en su garganta, sin llegar a salir. Se detuvo en medio del pantano, aferró el asta del estandarte y se dispuso a usarlo para defenderse.

Una sombra pasó a su lado. Herenio intentó golpearla con el águila, pero se movía demasiado rápido; perdió el equilibrio y cayó de rodillas. Luchó por incorporarse: tuvo que hundir el asta en el agua, hasta el fondo. Usándola para sujetarse, se levantó con un jadeo de desesperación.

Otra más salió de entre la cortina de lluvia, más veloz de lo que alcanzaba a percibir su vista agotada. Esta vez sintió un golpe en las costillas, como si le hubieran pegado con un martillo. Logró mantenerse en pie aferrándose al estandarte con ambas manos. Quiso gritar «¡Basta!», pero de su garganta solo salió un gemido gutural.

Se llevó una de las manos al costado; al retirarla la vio llena de sangre, que se diluía en la tormenta. Herenio supo que se estaba muriendo. Las grises siluetas le habían rodeado por completo. Su respiración se hizo más lenta, sin la agitación anterior. Sin prisa, como si tuviera todo el tiempo del mundo, sujetó el asta con una mano y, haciendo un esfuerzo sobrehumano, desenvainó la espada con la otra. Un gesto final de desafío.

Las sombras se acercaron. Herenio parpadeó, intentando aclarar su visión, pero fue en vano. Las nubes se apartaron y los rayos del sol se reflejaron con fulgor broncíneo en el águila que aún sostenía enhiesta. La lluvia no cesaba y descomponía la luz en una miríada de colores. Por un momento, las sombras se detuvieron, como si dudaran. Fue solo un instante antes de que el cielo encapotado volviera a cerrarse y arreciara la lluvia. Los troncos empapados de los árboles

habían adquirido un tono marrón oscuro, casi negro. Las gotas, al caer sobre la superficie del pantano, levantaban diminutos géiseres. Chop-plip-chop-chop-plip-plip.

Herenio respiraba con jadeos breves. La sangre fluía de su costado al ritmo, cada vez más lento, de su corazón. Sus piernas no podían sostenerlo y cayó de nuevo, agarrado aún al asta del águila. A su alrededor, inmóviles, las sombras le observaban en silencio.

El mundo se oscureció a su alrededor, quedando en silencio. Herenio creyó hallarse de nuevo en Arretium. Su padre le había comprado una empanada en un puesto de comida al volver del anfiteatro, donde acababan de ver un combate de gladiadores. La empanada estaba tan caliente que el pequeño Publio apenas podía sostenerla en las manos. «¡*Pater*! ¡Es el mejor día de mi vida!», gritó entusiasmado.

El agua caía indiferente sobre el cadáver de Publio Herenio, llamado el Etrusco, último portaestandarte de la legión Decimonovena.

* Una forma de llamar «afeminados» a los enemigos.

primera parte

Auxilia

1

«*Pater* murió dos días antes de los idus de junio»,[*] empezaba la carta de su hermana Quintilia. Nada más ver el trozo de papiro que le entregó el comandante de la guarnición de Castra Vetera,[**] el prefecto de los auxiliares astures y cántabros, Marco Quintilio, supo que era grave. Nadie gasta un papiro y lo envía desde Lusitania hasta la frontera en el Rhenus[***] si no es por algo importante. Aun así, la noticia le había cogido por sorpresa. *Pater* era como el árbol centenario; algo que crees que siempre estará ahí, inmutable.

«Llevaba un tiempo quejándose de que le faltaba el aliento. Lucio Manio le sangró en dos ocasiones y le recetó una infusión de hisopo con miel. Pareció recuperarse un poco cuando florecieron los olivos. ¡Ya sabes cuánto le gustaba! La noche anterior había comido un poco de queso, pero no bebió su vino frío. Al amanecer, Trophime lo encontró muerto cuando fue a despertarle».

La carta seguía contándole que los curiales de Augusta Emérita habían autorizado una suscripción para levantar una estela, que se colocaría en el foro cuando estuviera acabada. La había leído por encima; si alguien le hubiera preguntado qué sentía, habría tenido que contestar con un «nada» si quería ser sincero.

—Tengo que decírselo a Cneo.

—¿Cneo? —preguntó una voz grave a su lado, con un tono entre jocoso y sorprendido—. No tenemos a ningún Cneo en las filas, *domine*.

Quintilio se giró, dándose cuenta de que había hablado en voz alta; quien le había preguntado era un hombre de entre treinta y cinco y cuarenta años —él mismo no estaba seguro de su edad—, enjuto, de

piel del color del cuero, curtida por la constante exposición a los elementos. Sonreía mostrando unos dientes grandes, fuertes. Sus ojos, inquietos, se movían sin pausa, escudriñando continuamente las lindes del bosque que crecía al borde del camino.

Los téncteros hacía tiempo que habían sido expulsados y obligados a reasentarse en otras regiones. A Bodo eso le daba igual. Toda Germania era país hostil. El único sitio en el que se relajaba era en el campamento.

—Cneo es mi hermano mayor. Cneo Quintilio —respondió—. Está en Atenas, estudiando retórica y oratoria; era tribuno en la legión Decimoctava, pero se marchó antes de la campaña de verano. —Tras una breve pausa, casi sintiéndose avergonzado, añadió—: Nuestro padre murió hace tres meses, así que ahora él es *paterfamilias*.

Se encogió de hombros.

—Me han entregado a mí la carta de nuestra hermana, así que me corresponde informarle.

Bodo hizo un gesto para alejar el mal de ojo, mientras acariciaba uno de los amuletos que llevaba colgado al cuello. Empezó a llover. Las hayas, robles y alisos se agitaron con el viento. El sonido que hacía al mover las copas de los árboles le recordaba la respiración de un gigante intentando despertarse de una pesadilla.

Sin saber muy bien por qué, rememoró una historia medio olvidada, cuando aún era un niño, acerca de monstruos peludos con un solo ojo que vagaban por los bosques robando ganado y raptando bebés. Miró hacia el bosque, sintiendo como si este le devolviera la mirada. Reprimió un escalofrío.

—Hay algo en este país que no encaja conmigo. Demasiados árboles, demasiado juntos.

—También hay bosques en Iliria. ¡Y en tu tierra! —le respondió Quintilio enarcando una ceja.

—Cierto, pero no son como los de Germania. Allí, los bosques son solo eso: bosques, pero ¿aquí? —Bodo abrió las manos y se encogió de hombros.

Esbozó una media sonrisa.

—Nada es peor que Germania.

Al igual que Bodo, Quintilio tampoco conseguía sacudirse una vaga sensación de inquietud, que se había asentado en la boca de su estómago desde que habían cruzado el Rhenus.

—Podríamos habernos ahorrado la caminata si hubiéramos usado las barcazas y remontado el Lupia —gruñó Bodo entre dientes.

No fue Quintilio quien tomó la decisión, sino Sexto Vinicio, el tribuno de la legión Quinta *Alaudae*. No le había explicado sus motivos. Vinicio era de rango senatorial y su padre había sido cónsul, así que si quería usar los carros de la legión en vez de remontar el río, Quintilio no iba a discutirlo.

Vinicio iba montado en un espléndido caballo castaño de raza hispana. La silla estaba ricamente decorada, al contrario que las más sencillas que utilizaban Quintilio y sus auxiliares. La túnica y el *paludamentum*, la capa rectangular que se sujetaba al hombro, eran de buen material, al igual que el sombrero de ala ancha con el que se protegía de lluvia; podría reclutar una centuria solo con el dinero que costaban las ropas que llevaba puestas.

—Al menos no ha sacado el casco ni la armadura —comentó Bodo socarrón al ver hacia dónde se dirigía la mirada del prefecto.

Se refería a un casco de bronce coronado por una cimera emplumada en rojo y a la *lorica segmentata* o de placas que había traído desde Roma y que empezaba a popularizarse. Cuando le vieron en Castra Vetera, les recordó a un gallo pavoneándose delante de las gallinas.

—En cualquier momento va a cacarear —había comentado Bodo, haciendo reír a Quintilio.

La expedición estaba formada por veinte carros cargados de trigo, cebada, aceite, vino y lingotes de hierro; otros cuatro carros transportaban los pertrechos de un destacamento legionario formado por cinco centurias y dos *turmae* de caballería auxiliar bátava. Los

auxiliares de la cohorte mixta de infantería y caballería que mandaba Quintilio formaban el resto de la escolta.

—*Domine*, hay algo que me había olvidado contarte. No sé si es importante, pero creo que es conveniente que lo sepas —le dijo Bodo.

El prefecto asintió, haciendo ademán de que continuase.

—Uno de nuestros *speculatores*,* Rusilo, el que lleva un casco celta, ¿sabes quién te digo, *domine*?, estaba bebiendo y jugando a los dados con unos germanos. Queruscos o brúcteros, no sé…, todos me parecen iguales. El caso es que les ganó. Estaban muy borrachos.

Bodo se detuvo un momento para ordenar sus pensamientos.

—El más joven de los dos no se lo tomó bien. Se levantó de la mesa y le gritó a Rusilo, amenazándole con el puño. Hay que reconocer que Rusilo se lo tomó con calma: ni siquiera se levantó del taburete, haciendo caso omiso al germano. Y en eso, va el otro, el más viejo, y le mete una bofetada al joven que lo tira al suelo. El mayor pidió disculpas a Rusilo, le pagó las deudas de juego y se marcharon.

—La típica pelea de borrachos, ¿no? Y Rusilo la manejó bien. ¿Qué es lo que te parece tan importante?

Bodo se frotó la barbilla, pensativo.

—Igual no es nada, pero Rusilo, que entiende algunas palabras de su lengua, me contó que el joven había dicho algo acerca de un día de la venganza y de que no iban a dejar a un romano vivo.

Quintilio no respondió de inmediato. Volvió la mirada hacia los árboles meciéndose al ritmo del viento. El aire olía a tierra mojada, a madera, a vegetación, al río. Era agradable y, a la vez, extraño: un olor que recordaba a un tiempo pasado, antes de que Roma hubiera existido; tal vez, incluso, antes de que los primeros pasos humanos hubieran hollado sus sendas.

—Parece que nos observa —musitó.

Bodo se encogió de hombros. El bosque por sí mismo no le daba miedo, pero sí que se lo daban las criaturas que lo poblaban, fueran monstruos o humanos.

Quintilio suspiró. Iba a tener que convencer a Vinicio de que debían incrementar la seguridad de la expedición, pero conociendo su manera de ser no iba a ser fácil.

—Voy a hablar con Sexto Vinicio. Dile a Murilo que prepare a sus exploradores.

Aunque Vinicio no pensase que hubiera algún peligro inminente, la responsabilidad sobre los auxiliares era del prefecto, así que podía usar sus batidores como él considerase oportuno.

La lluvia había refrescado el ambiente. Era casi el equinoccio de otoño, pero todavía hacía calor. «Al menos no es como en Augusta Emérita, donde a estas horas habría estado bañado en sudor», pensó Quintilio. Se acordó de su padre, vestido con una simple túnica y un sombrero de paja de ala ancha, como los que usaban los campesinos, caminando entre sus olivares, sudoroso y tostado por el sol. Cogía uno de los frutos, lo movía entre sus gruesos dedos y lo chupaba antes de escupirlo.

—¡Ja! Todavía te quedan unas semanas, ¿eh?

Hablaba con sus árboles más que con sus hijos. Podría haber dejado el trabajo en manos de un supervisor, pero le gustaba sentir la tierra entre los dedos de los pies.

—Un hombre, Marco, un hombre de verdad no deja que otros hagan las cosas por él. Las importantes, quiero decir, no las que puede hacer cualquiera. ¡Hasta una mujer! —y volvió a reírse.

El chiquillo que había visto a las esclavas deslomarse vareando los olivos, recogiendo las aceitunas del suelo y trabajando de sol a sol, no entendía del todo lo que su padre quería decir.

—Entonces, *pater*, si las mujeres no pueden, pero las esclavas sí... ¿es que ellas no son mujeres?

Su padre rompió a reír, dándose palmadas en los muslos.

—¡No son mujeres! —repetía, como si fuera la mejor broma del mundo.

El niño le miraba con esa expresión que ponen los de su edad cuando no comprenden las reacciones de los adultos, a medio camino

entre la sorpresa y el miedo. Por fin, cuando se calmó, el padre le puso una pesada mano en cada hombro y lo miró a los ojos. El pequeño Marco notó los callos a través de la fina tela de la túnica.

—Lo importante, Marco Quintilio —hizo una pausa dramática; el niño podía ver la risa chispeando en sus pupilas—, ¡es que no son hombres!

Y volvió a reír, satisfecho de su ocurrencia. El pequeño se quedó mirándole sin saber cómo reaccionar. Aquella había sido una de las conversaciones más largas que había tenido con su padre en toda su vida.

Quintilio agitó la cabeza, como intentando borrar el pasado de su memoria. No era el momento ni el lugar para la nostalgia.

Vio que Vinicio estaba enfrascado en una conversación con uno de los centuriones, que asentía con la mirada perdida. La aparición del prefecto rompió el hilo de su discurso, lo que le hizo fruncir el ceño con irritación. Su interlocutor, en cambio, suspiró con alivio.

Quintilio explicó su intención de desplegar a los exploradores y cuáles eran sus motivos para hacerlo.

—¡Prudencia! ¡Prudencia! ¡Estamos entre dos guarniciones romanas! Y las tribus locales fueron reasentadas por Tiberio. ¿Qué peligro va a haber? —respondió Vinicio con displicencia—. ¡Esto no es Iliria! ¡Aquí hay legionarios!

La referencia indirecta al desastre de Akroliso, en el que dos cohortes auxiliares habían sido casi aniquiladas en una emboscada, le resultó especialmente hiriente a Marco. No estaba al mando cuando sucedió, pero no podía evitar sentir una mezcla de vergüenza y culpa cada vez que recordaba la emboscada. Tiberio César le había felicitado por su comportamiento en el combate y le había dado el mando temporal de los restos de las dos unidades auxiliares, pero ¿por qué no le servía de consuelo?

Que Vinicio insinuara que tenía miedo, le molestaba. Sobre todo, porque sabía que el tribuno no estaba tan equivocado. La emboscada en Akroliso hizo que perdiera la fe en la invencibilidad de los ejércitos

de Roma. Si hasta un puñado de bárbaros mal armados podían destruir dos cohortes, ¿cómo no iba a tener miedo?

Sí, Quintilio estaba preocupado, pero como cualquier veterano podía haberle dicho a Vinicio, el miedo era la herramienta que tenían los oficiales inteligentes para no cometer dos veces el mismo error.

En Iliria, los mandos se habían confiado. Estaban cerca de la base en Liso, casi fuera de las montañas, y en una zona en la que no había habido ningún ataque de los rebeldes desde que empezó el levantamiento. Quintilio recordaba demasiado bien la relajada actitud de los oficiales superiores y la indisciplina de la tropa: costaron centenares de vidas y una humillación. Ahora, la expedición y los legionarios de la Quinta *Alaudae* tenían el mismo aire despreocupado y eso le ponía nervioso.

—No es Iliria, cierto, pero es peor. Esto es Germania. Aquí los bárbaros están menos civilizados, son más grandes, más crueles y más salvajes. No me fiaría de un ilirio, pero menos todavía de un germano —replicó Quintilio

—¡Bah! Druso y Tiberio los castraron. ¡Saben lo que significa desafiar a Roma! ¿Crees que una banda de desharrapados va a ser un peligro para nosotros? ¡Hasta el caudillo de los queruscos combate a nuestro lado!

Quintilio prefirió no recordarle que, en su última expedición, hacía casi veinte años, el ejército de Druso estuvo a punto de ser destruido, salvándose por intervención divina. No, no todas las tribus estaban pacificadas.

El centurión, que se había retirado unos pasos, no sabía adónde mirar. Era un hombre de unos cincuenta años, de manos grandes, dedos gruesos llenos de cicatrices; su piel y su rostro, curtidos hasta parecer cuero viejo, eran los de un veterano con más experiencia combatiendo contra los bárbaros que años tenía el pipiolo del tribuno. Era consciente de que el prefecto tenía razón, pero solo era un simple soldado y no podía desafiar a un senador, por mucho que hubiera ido

en pañales cuando él ya había desvirgado su espada en las entrañas de un germano. Se encogió de hombros. No podía hacer nada.

—Bien. Desplegaré a los de mi cohorte —dijo Quintilio, con tono frío.

Vinicio hizo un gesto displicente con la mano.

—Es una pérdida de tiempo, pero si eso te deja más tranquilo… —Dejó en el aire el resto de la frase, insinuando que el prefecto de los auxiliares había, quizás, perdido su hombría en Akroliso.

Quintilio tuvo que reprimir su furia. A lo lejos, se escuchó un trueno. El aire era opresivo. Hizo un esfuerzo para calmarse.

—Sí, así me quedo más tranquilo —respondió en tono seco.

Sin darle ocasión de réplica, dio la vuelta a su caballo, le aguijoneó los ijares con los talones y lo puso al trote. Quintilio no quería pagar su irritación con el animal, pero, aunque sabía que no era el paso ideal para la salud de su montura, quería alejarse cuanto antes de Vinicio.

Intentó olvidarse del tribuno. «Hay dos tipos de personas: los que son útiles y los que son un estorbo. Cuida a los primeros e ignora a los demás». Era un consejo que le había dado su padre, hacía muchos años. Sexto Vinicio podía ser útil en Roma, pero no en la frontera: ahí era un estorbo. Por una vez en su vida, Marco Quintilio decidió hacer caso a su padre.

El bosque, impasible, seguía interpretando su particular música para viento y madera. Empezó a lloviznar con desgana. Pit-pat-pit-pit-pat.

2

Lucio Atilio, centurión en la cohorte de auxiliares, había comprado al Nubio en Alejandría para que fuera su esclavo personal. Éste había demostrado sus habilidades como rastreador, así que Atilio, que

ejercía las funciones de prefecto de la unidad, lo había manumitido e incorporado a los exploradores de la cohorte.

Lo cierto es que nadie sabía de dónde procedía, más allá de algún lugar más allá de los desiertos de Nubia. Si no le llamaban por su nombre no era por desprecio, sino porque nadie era capaz de pronunciarlo. Ni siquiera Marco Quintilio, que hablaba griego e incluso entendía algunas lenguas germanas. Era más cómodo llamarle Nubio.

A él no le importaba. Es más, prefería que no supiesen su nombre verdadero, ya que así no tenía que temer al mal de ojo, ni a los hechizos de posibles enemigos. Podía dedicarse a lo que más le gustaba, ir de caza. Hubiera preferido hacerlo en su tierra, con su familia y amigos, pero era imposible ya que todos estaban muertos; no le daba muchas vueltas: el Nubio no era de aquellos que gastan energías obsesionándose con lo que no pueden cambiar.

Al igual que los demás, el Nubio detestaba Germania. Demasiado fría, demasiados bosques y demasiados bárbaros feos y aburridos. Por no gustarle, no le gustaban siquiera las mujeres germanas. Y eso que él no era de los de paladar exquisito, pero su piel pálida, sus ojos claros y sus cabellos rubios o pelirrojos le recordaban las historias de hechiceros de su pueblo, así que no confiaba en ellas.

Iliria no había sido tan mala. Sus pobladores eran valientes, despiadados y buenos guerreros. Siempre estaban dispuestos para la batalla, lanzar una emboscada o simplemente a pelear para demostrar quién era el mejor. Además, eran grandes exploradores, sobre todo los tracios. Eran un desafío digno de un guerrero como él.

—No como aquí, que nunca pasa nada —le había dicho un día a Murilo.

Así que cuando vio al prefecto acompañado de Bodo, ambos con caras serias, dirigirse a Murilo, el jefe de los exploradores, su corazón se aceleró excitado. Se acercó al grupo para escuchar de que estaban hablando.

—… el camino hasta Aliso. Hay que asegurarse de que no hay fuerzas hostiles. No sabemos qué podemos encontrar. Es importante que no… —Bodo, que era quien estaba hablando, se detuvo al ver al Nubio escuchando la conversación.

Le hizo un gesto con la mano para que se acercase.

—Esto también te interesa a ti —dijo, mirándole de reojo—. Tenéis que explorar el camino desde aquí hasta Aliso. Es probable que llueva, así que el camino será difícil para los carros. Es necesario identificar lugares donde podamos acampar la noche, por si acaso. Buenas posiciones, que no estén cerca del bosque.

Bodo se detuvo un momento, como si dudase decir algo más.

—Todos os acordais de Akroliso. Tengo la misma sensación que entonces, ya sabéis… Igual no es nada, pero igual sí es algo; si hay bandas de germanos por la zona, quiero saberlo. No entabléis combate: buscad, observad e informad, esa es vuestra misión. ¡Nada de cacerías, Nubio! —El aludido puso cara de inocente, mientras sonreía de oreja a oreja.

—Quiero un día sin sobresaltos. Por eso cuento con vosotros —añadió Quintilio con voz tranquila, pero firme.

—*Domine*, creía que todas las tribus habían sido expulsadas por Tiberio César —intervino Murilo.

—Sí, y ya hace algún tiempo, pero no está de más ser precavidos —respondió Quintilio—, y más ahora que el gobernador se ha llevado consigo a la mayor parte de las guarniciones. —Hizo una pausa—. No creo que tengamos problemas, pero con los germanos nunca se sabe.

—Tienen hechiceros muy poderosos, ¿sí? En los bosques, sus guerreros se vuelven sombras que se alimentan de sangre —dijo el Nubio con gravedad.

Murilo tocó con discreción un talismán que llevaba al cuello y Bodo hizo un gesto para alejar el mal de ojo. Incluso Quintilio, el más escéptico, sintió que se le erizaba la piel.

—No vayas diciendo esas cosas por ahí, Nubio. Mejor guárdatelo para ti —le reprendió Bodo.

—Es como es. Lo diga o no lo diga, sigue siendo lo que es, ¿sí?

—Pues sea o no sea, me da igual. Te lo guardas, Nubio. La gente ya está bastante nerviosa como para que vengas con tus hechiceros y tus sombras bebedoras de sangre —replicó Bodo con un tono que no admitía réplica.

El Nubio no se ofendió. Bodo le caía bien. Era como él mismo; también sabía «ver» la tierra. Estaba protegido por una magia muy antigua: una que olía a sal marina, a ríos de aguas claras y frías que corrían monte abajo, a árboles casi tan antiguos como los de Germania. El jefe también tenía medicina poderosa, aunque domesticada, como los campos en que había crecido; por eso no era tan fuerte como la del cántabro. Murilo, en cambio, cargaba una sombra y eso le inquietaba.

Les sobresaltó un relámpago cercano, seguido de un trueno tan potente que los caballos se encabritaron. Se levantó un viento fresco, cargado de humedad, aunque las nubes no se decidían a descargar. Los árboles se agitaron violentamente. Cayeron otros dos relámpagos seguidos.

—¡Bodo! ¡Qué los hombres salgan de debajo de los árboles! ¡A la pradera, vamos! —ordenó Quintilio, con urgencia, sabía lo peligrosas que eran las tormentas cerca de arboledas. Volviéndose a Murilo, le dijo—: Si no tienes ninguna pregunta importante, coge a tus hombres e idos. No os quedéis por aquí.

Sin esperar una respuesta de Murilo, picó al caballo y se fue a ayudar a Bodo a mover a las tropas a campo abierto. Volvió a caer otro rayo más, y otro, y detrás de ellos se escucharon truenos tan ensordecedores que los jinetes apenas podían controlar a los aterrorizados animales.

Uno de los relámpagos cayó en un viejo árbol solitario, que sobrevivía en mitad de un prado. Lo partió a lo largo del tronco, haciéndole caer en dos mitades humeantes. Una de las aterradas monturas de los auxiliares bátavos se desbocó, saliendo disparada hacia el río. El bátavo intentó controlar al animal, sin éxito. Al llegar a

la ribera, el caballo dio un extraño brinco y cayó de frente, expulsando a su jinete por encima de su cabeza. Murilo le vio caer en el agua levantando un chorro y desapareciendo bajo su superficie. No volvió a salir. El caballo tampoco se movía, probablemente por haberse roto el cuello al caer. Toda la escena había durado unos latidos de corazón.

—Es un mal presagio. Los hechiceros germanos son poderosos —masculló el Nubio a su lado.

Murilo le lanzó una mirada tan venenosa que aquel cerró la boca y no dijo nada más acerca de magias o hechicerías. Pero lo cierto es que estaba más asustado de lo que podía reconocer. En su tierra, en los bosques de los cántabros, como los romanos llamaban a las tribus de por allí, siempre habían existido leyendas acerca de seres mágicos capaces de controlar el tiempo y traer la desgracia a aquellos que les habían ofendido. Cuando era niño, Murilo había aprendido los rituales necesarios para no llamar su atención, pero ¿en Germania? Allí Murilo no sabía cómo satisfacer a los habitantes del bosque, ni qué sacrificios eran necesarios para tranquilizarlos.

El Nubio tenía razón: era un mal presagio.

De repente, tan pronto como había empezado, la tormenta se detuvo. Todavía podían oírse truenos y ver los destellos de los relámpagos, pero a lo lejos, casi sobre el horizonte. Empezó a llover, primero despacio y luego con cada vez más fuerza.

—¡Ah! ¡Más agua! —exclamó en voz alta—. Vamos, Nubio, reunamos al resto.

Antes de ponerse en marcha, Murilo repartió a sus hombres en cuatro grupos. El Nubio, Rusilo y Nailo, que iban a pie, seguían los linderos del bosque, a unos trescientos pasos del camino; con la lluvia eran invisibles, salvo que uno se tropezara de frente con ellos. Los otros tres grupos los había repartido en abanico, cubriendo el espacio entre el bosque y el río. La idea era que cada uno de estos estuviera a la vista de al menos otro, así, en caso de problemas podrían acudir en su ayuda.

Murilo no se hacía ilusiones. Aparte de Rusilo, el Nubio y Nailo, ninguno de los demás eran rastreadores entrenados. Los auténticos veteranos habían caído en Akroliso, degollados por los tracios durante la batalla. Quienes quieran que estuvieran observándoles, fueran germanos o demonios, Murilo sabía que tenía pocas posibilidades de detectarlos. A pesar de eso, sus órdenes eran claras y su intención era cumplirlas.

Se consideraba un cobarde. Cuando se unió a la cohorte en el campamento de Segisama Augusta, Murilo fantaseaba con ser un héroe. Imaginaba que salvaría al ejército de una derrota segura, que sus camaradas le felicitarían e incluso que el general en persona le recompensaría. A veces soñaba con que el propio Augusto le recibía en el Senado, le concedía la ciudadanía romana, premiándole con una inmensa propiedad en Hispania, dónde cultivaría trigo, vides y olivos. Tendría centenares de esclavos a su servicio y se casaría con una aristócrata. Sus descendientes levantarían un epitafio en el que contarían sus hazañas.

Iliria transformó en pesadillas los sueños del joven cántabro. En Sirmium, en una batalla contra una coalición de ilirios y tracios, Murilo vio por primera vez la guerra en directo, y no le había gustado. Recordaba la parálisis, la imposibilidad de decidir qué hacer. Si no hubiera sido porque su caballo estaba entrenado para seguir a los demás animales de su turma, Murilo se habría quedado atrás, inmóvil. No recordaba nada más de la acción. Sus camaradas rieron aquella noche, contando los tracios que habían matado y las veces que estuvieron a punto de morir ellos. Su *turma* no había tenido bajas. Un par de contusiones menores, pero para Murilo fue traumático.

Akroliso había sido todavía peor. Durante la emboscada, su destacamento fue aniquilado hasta el último hombre. Él fue el único superviviente.

Justo al principio de la acción le golpeó una piedra de refilón. Se dejó caer del caballo, arrastrándose hasta unos matorrales donde se escondió mientras su camaradas morían a su alrededor. El cadáver de

un tracio le cayó encima, empapándole de sangre. Cuando el enemigo se retiró por fin y le encontraron entre medias de los muertos, con una espada en la mano y bañado en sangre, todos creyeron que era el héroe que solo existió en su imaginación. El propio Tiberio le había entregado unas *phalerae* de plata.

Pero él sabía la verdad, como la sabían sus camaradas caídos. Por las noches, le atormentaban en sus pesadillas. *¡Cobarde! ¡Cobarde! ¡Pronto! ¡Muy pronto!*, le decían, hasta que se despertaba sobresaltado y bañado en sudor, con un sollozo atrapado en la garganta.

La lluvia empeoró su malhumor. Vio a Nailo aparecer en el lindero, llamándole con la mano. Murilo avisó a los demás grupos que se detuvieran, mientras él se acercaba al bosque.

La sensación de opresión fue inmediata y abrumadora. Los robles eran enormes. El viento que agitaba sus ramas, junto con el sonido de la lluvia chocando con las hojas, hacía que pareciese que hablaban entre ellos, susurrando en un lenguaje arcano desconocido por los hombres. Murilo podía notar como chorretones de sudor le recorrían la piel por debajo de la ropa; tenía las manos tan húmedas que apenas podía sujetar las riendas de su montura.

—Me manda el Nubio. Me ha dicho que cree que deberías ver lo que hemos encontrado —le dijo Nailo.

Murilo tenía la garganta cerrada, impidiéndole hablar. Tragó saliva.

—¿Dónde? ¿En el bosque? —preguntó.

¿Habría escuchado el miedo? ¿El ligero temblor de su voz? Sentía la boca seca y una angustiosa sensación de vergüenza.

—Sí, en un claro. No está lejos, pero tendrás que dejar aquí el caballo.

Murilo no quería ir. No quería meterse entre los árboles. Podía intuir las sombras observándole, esperando a que entrara para agarrarle con sus frías garras y arrastrarle al interior del bosque,

donde desaparecería para siempre. El corazón le latía con tanta fuerza que no podía entender como Nailo no lo oía.

Llamó a Fusco y Jadar, que eran los dos exploradores que estaban más cerca, y les ordenó que vigilaran las monturas; también que avisaran a los demás. Prefería que todos estuvieran juntos mientras él no pudiera supervisarlos.

Desmontó y le entregó las riendas a Fusco.

—Vamos —le dijo a Nailo.

El calvero estaba apenas a cincuenta pasos* de la linde, pero a Murilo se le hicieron eternos. Sentía que le observaban, que los propios árboles le miraban con odio. Era abrumador, pero lo peor le aguardaba en el claro.

De la rama de un gigantesco roble colgaba, boca abajo, el cadáver de un hombre. Las manos y los pies, amoratados e hinchados, estaban cubiertos de sangre seca. En los lugares donde había forcejeado por soltarse, la carne estaba abierta. El rostro apenas era reconocible como el de un ser humano. Quienes lo mataron se habían tomado su tiempo. Habían encendido un montón de brasas, ahora apagadas, bajo su cabeza.

Su cara ya no era un rostro: los labios se habían consumido, dejando los dientes al descubierto; los ojos se habían fundidos con el calor y, entre el cuero cabelludo, carbonizado y cuarteado, asomaba el cráneo. Incluso con la lluvia, el olor dulzón a carne quemada se sobreponía a los del bosque.

Frente a al cadáver, alineados como las víctimas en los sacrificios, yacían los cuerpos de una mujer y dos niños, de unos ocho o diez años, degollados.

No era la primera vez que Murilo veía los restos de una tortura, pero rara vez con una crueldad tan deliberada, tan bestial. Notó un reflujo ácido en la garganta y tuvo que hacer un esfuerzo para no vomitar.

Ni Rusilo ni Nailo dijeron palabra; incluso el Nubio tenía el gesto grave, concentrado.

—¿Alguien sabe quiénes eran? —preguntó Murilo, más por contener la náusea que porque le interesara la respuesta. —Todos negaron—. Deberíamos…

El Nubio se llevó un dedo a los labios y negó con la cabeza. Murilo se calló. Aunque era quien estaba al mando de los exploradores, reconocía la veteranía del Nubio, así que, si este mandaba callar, cerraba la boca y esperaba.

El explorador negro atravesó el claro en unas pocas zancadas y se agachó. Desde donde estaba, Murilo no podía ver que estaba mirando. Se acercó mientras hacía un gesto de exasperación. Quería salir de allí cuanto antes y no perder más tiempo entre aquellos árboles.

El Nubio señaló el suelo. Al principio, Murilo no distinguió nada en el empapado barrizal, pero al cabo de un momento pudo ver lo que se indicaba: las huellas de los pies de un niño pequeño y, casi encima de ellas, otras más grandes. Aquel miró hacia ambos lados, buscando. Se incorporó, moviéndose hacia su derecha; encontró un trozo de tela enganchado en una zarza. Hizo un gesto a los otros dos exploradores para que le siguieran en silencio. La lluvia descendía despacio, aunque de las hojas de los árboles seguían desprendiéndose gruesos goterones.

Unos treinta pasos más allá, el rastro desaparecía.

—Lo perdieron aquí, ¿sí? Dieron vueltas y más vueltas, ¿ves? La hierba está pisoteada, pero no le cogieron. Se les escapó y, ¡zas!, se esfumó.

Murilo se sobresaltó ligeramente.

—¿Cómo pudo desaparecer?

El Nubio se encogió de hombros.

—No puedo decir. Igual se lo llevó un espíritu del bosque.

Murilo miró al Nubio con cara de pocos amigos.

—¡Eh! ¡No es momento para bromas! —le dijo irritado.

El Nubio no le hizo caso, sino que, sonriendo ampliamente, se encaminó a un árbol algo más grande que los otros, que estaba a unos diez pasos.

Fue allí, escondido en un hueco en el tronco, tan estrecho que era casi imposible darse cuenta de su existencia si no era por casualidad, dónde Murilo y el Nubio descubrieron al niño. Estaba hecho un ovillo, tembloroso, sucio de barro, hojarasca y sangre seca. Al verlos, se estremeció aterrorizado.

3

La primera vez que vio cómo torturaban a un hombre, Bodo era un recluta. Estaban patrullando el territorio de los autrigones, en las montañas cántabras. Una banda de ladrones había violado y asesinado a dos esclavas en Vindeleia, además de robar el ganado, y el prefecto de Segisama les ordenó darles caza y crucificarlos.

Encontraron a uno de los ladrones completamente borracho. Era bajo, de piel muy oscura, tan feo que al principio ni siquiera estaban seguros de si habían atrapado a un hombre o a un trasgo. Despejaron las dudas cuando se le pasó la borrachera y empezaron a quemarle las plantas de los pies con las brasas de una hoguera. Cuatro hombres tuvieron que sujetarlo, pues gritaba con tanta fuerza que la saliva le salía manchada de sangre, al destrozarse la garganta. Resistió un día entero, aunque al final habló.

Todos estaban asombrados por su aguante, incluido el decurión de la *turma* en la que servía Bodo, Lucio Elio, un veterano al que pocas cosas le impresionaban. Mataron al bandido de una estocada, en lugar de dejarlo morir en la cruz. Sus compinches no tuvieron tanta suerte cuando los atraparon dos semanas después.

Bodo fue uno de los soldados que vomitó. Nadie en el destacamento se burló.

Con el tiempo aprendió a soportar los gritos, los llantos y el olor a heces y orina cuando se les aflojaban los esfínteres a las víctimas.

También aprendió a torturar. No lo disfrutaba: procuraba ser eficiente, acabar rápido e infligir el daño mínimo necesario para conseguir su objetivo.

La crueldad y el tiempo que habían dedicado al hombre asesinado en el calvero eran un mensaje. No le habían torturado para obtener información, ni siquiera por el placer que algunos individuos perversos —y Bodo había conocido a unos cuantos— sienten haciendo daño.

Querían aterrorizar, su propósito era que quienes encontraran a las víctimas comprendieran que les esperaba una muerte horrible. Incluso el lugar elegido para asesinarlos llevaba un mensaje implícito: «esta es nuestra tierra; si entráis aquí es para morir; aquí perderéis vuestras vidas y vuestras almas serán devoradas por las sombras que habitan nuestros bosques». Bodo entendía que los germanos, pues no le cabía duda de que lo eran, habían iniciado el diálogo de la forma más cruel posible.

Solo había un superviviente: una niña —no un niño, como habían creído al principio— de cinco o seis años que consiguió escapar y esconderse. Estaba abrazada a la pierna del Nubio y se negaba a separarse de él. Cada vez que alguien intentaba apartarla del explorador, chillaba desesperada.

Marco Quintilio mandó a un soldado a avisar a Sexto Vinicio. Quería que viera los cuerpos.

El tribuno no tardó mucho en aparecer, acompañado del centurión primipilo de la Quinta legión, Publio Celio. Bodo vio cómo Vinicio palidecía al contemplarlos, aunque se repuso enseguida.

—¿Alguien sabe quiénes eran? —preguntó.

—Reconozco a la mujer —respondió Bodo—. Era la esposa de Manio Laberio, un veterano retirado que tiene una granja cerca de Aliso. Se la compró a unos piratas frisios del mar Germánico.* La manumitió y se casó con ella. Los chicos deben de ser sus hijos. Supongo que la niña debe ser la hija pequeña, Mania creo recordar que se llama. El hombre imagino que es Laberio mismo, aunque… —dejó la frase en el aire.

—Mis exploradores encontraron un carro de bueyes a una milla del claro —añadió Quintilio—. Mataron a los animales, pero no se los llevaron.

Bodo se movió inquieto.

—Esto no es un comportamiento normal. No suelen matar así. Los germanos, digo. Y no llevarse los bueyes… no tiene sentido —dijo, sin dirigirse a nadie en particular.

—¡Vaya! ¡Tenemos a un experto en los germanos! —exclamó Vinicio con ironía. Miró al prefecto—. Tu cohorte está llena de entendidos en las costumbres de los bárbaros, Marco Quintilio. Debe de ser por su origen.

Soltó una carcajada cargada de sarcasmo.

Bodo bajó la mirada. Vinicio pensó que lo hacía por vergüenza, pero en realidad el cántabro no quería que el tribuno se diera cuenta de lo cerca que estaba de desenvainar el gladio* y clavárselo en las tripas. Quintilio le miró de reojo mientras negaba con la cabeza. «No te metas. Déjame a mí», parecía decirle.

—O tal vez lo son porque llevan combatiendo por Roma desde antes de que a algún senador le salieran pelos en los huevos —respondió con voz fría.

La vulgaridad de la réplica, tan impropia de su carácter, sorprendió a todos. Murilo y el Nubio desviaron la mirada, conteniendo la risa. Bodo se quedó boquiabierto: en los cinco años que llevaba sirviendo bajo el mando de Marco Quintilio, nunca le había oído decir una obscenidad. Al contrario, era famoso por su corrección. Ocultó una sonrisa tras el puño. La niña, abrazada a la pierna del Nubio y chupándose el dedo, observaba a los adultos sin entender nada.

La cara de Vinicio pasó de la ira a la vergüenza, la incredulidad y la humillación. Por un momento pareció que fuera a lanzarse sobre Quintilio, pero la expresión desapareció casi al instante, como una nube arrastrada por el viento. «Es como si nunca hubiera estado allí», pensó Bodo, fascinado.

El tribuno torció la boca.

—Nacieron bárbaros, viven como bárbaros y morirán como bárbaros. Un senador de Roma gobierna el mundo —dijo con desprecio.

Para él estaba claro: ellos servían a Roma, pero eso no los hacía romanos. Pero Marco Quintilio sí lo era: su familia tenía extensas propiedades en Lusitania y además el padre de Quintilio era un viejo camarada de Agripa y Augusto, de las guerras cántabras. Vinicio sabía que enemistarse con alguien tan bien conectado no era buena idea, por muy senador que él fuera; y sabía que Marco también lo sabía.

—Ah, ya ha parado la lluvia —dijo entonces, cambiando de tono.

Los presentes suspiraron aliviados. Quintilio asintió: tampoco quería insistir en la pelea, así que estaba dispuesto a fingir que no había sucedido nada.

—El problema es el barro. Va a ser difícil mover los carros —comentó con tono neutral.

—No vamos a llegar a Aliso antes del anochecer —respondió Vinicio con fastidio.

La probabilidad de que hubiera una banda de merodeadores germanos en las inmediaciones, sumado al mal tiempo y a que pronto oscurecería hacían recomendable acampar durante la noche y continuar el camino a la mañana siguiente.

Bodo pensó que lo mejor sería que los exploradores confirmasen que no había ninguna banda hostil que pudiera amenazar la seguridad de la expedición. Después de la reacción de Vinicio a su anterior comentario, no se atrevía a decir nada. Quintilio pareció leerle el pensamiento al decir:

—Podemos enviar una avanzadilla con los exploradores de mi cohorte, con la turma de bátavos como escolta. —Señaló con la cabeza los cadáveres de la familia romana.

Vinicio miró al cielo nublado. Era difícil determinar la hora sin poder ver la posición del sol.

—Debe de ser la hora sexta.* El equinoccio de otoño será en un par de días, así que todavía nos quedan entre cuatro y seis horas de luz

—comentó, reflexionando.

—Incluso si no hay ningún problema, al paso que llevan los carros, no creo que sean suficientes. Y si algo he aprendido de mi tiempo en las legiones es que siempre hay algún problema —respondió Quintilio, remarcando el «siempre».

Aunque le costaba admitirlo, Vinicio sabía que debía respetar la veteranía del prefecto de los auxiliares. Tenía una experiencia práctica de la que él carecía; le molestaba su tono impertinente hacia un senador como él, pero reconocía que era un buen oficial.

—Está bien. Ordenaré a los bátavos que acompañen a tus exploradores para apoyarles si es necesario.

Bodo empezó a moverse, inquieto. Quintilio sabía que quería decir algo, pero que no se atrevía a intervenir sin permiso. Al fin, preguntó:

—¿Y dónde montamos el campamento? —Se volvió a Bodo—. ¿Alguna idea?

—Sé que hay un antiguo fuerte abandonado, por las inmediaciones. No sé exactamente dónde, pero algunos de mis hombres sí lo conocen —respondió el cántabro.

—¡Excelente! En tal caso, tus hombres, Marco Quintilio, que sirvan de guías. Mandaré a mi primipilo, Publio Celio, con una escolta y a los *metatores* para que lo vayan preparando.* Celio es un buen hombre, de buena familia; su hermano Marco es centurión al mando en el segunda cohorte de la Decimoctava legión. Son gente muy competente.

A Bodo le dio igual que se hubiera dirigido a Quintilio y no a él; no le importaba la opinión de un petimetre romano.

Dando la vuelta a su caballo, Vinicio se marchó, casi sin dar tiempo a Quintilio a despedirse. Este suspiró y dijo a su jefe de exploradores:

—Bodo, tú acompañarás a Celio. Elige a algunos de los nuestros que sean de fiar. Una centuria, no hace falta más.

—Mejor una *turma*, *domine*.

Quintilio estuvo de acuerdo y Bodo se volvió a uno de los exploradores, Níger:

—Ve en busca de tu *turma* y tráela aquí. Vamos a escoltar a unos legionarios —dijo con una sonrisilla irónica.

Níger saludó y fue a cumplir sus órdenes. Iba sonriendo por el camino: pronto la broma sería conocida por toda la cohorte y los auxiliares la repetirían unos a otros riéndose a costa de los legionarios.

El prefecto asintió satisfecho. Se llevaba bien con Bodo, era fácil trabajar con él.

—Murilo —dijo este a su subordinado—, los hombres tienen que estar listo para cuando aparezcan los bátavos de Vinicio, así que dile al Nubio que deje a esa cría en uno de los carros. ¡No se la puede llevar de patrulla!

—Sería muy capaz, ese negro chiflado —gruñó Murilo, mientras miraba al Nubio, aunque lo decía sin malicia.

El Nubio se había puesto en cuclillas y había sentado a la niña en sus rodillas. Le estaba dando algo de comer y le hablaba. No sabía que le estaba contando, pero estaba absorta.

—¿Qué hacemos con los cadáveres, *domine*? —preguntó Bodo, volviéndose hacia Quintilio.

—Yo me encargo de darles sepultura. No podemos hacer mucho más —contestó el prefecto. Hubiera querido seguir los ritos funerarios y hacer libaciones para los muertos, pero lo único que podía ofrecerles era enterrarlos con un poco de dignidad.

Se despidió de Bodo y Murilo y se fue en busca de los esclavos de la cohorte. Murilo, por su lado, se marchó a intentar convencer al Nubio y a la niña de que tenían que separarse, pero que sería algo temporal, que luego volvería. Suspiró con resignación, preparándose para oír los llantos de la cría y las miradas de reproche que sabía que le iba a lanzar el Nubio.

Bodo se quedó solo, esperando a que volviera Níger con su *turma* y al centurión de la Quinta *Alaudae*. No le conocía bien, pero los legionarios habían mostrado una excelente disciplina de marcha hasta

el momento, lo que era un buen reflejo de la calidad de sus oficiales. «Lo bueno de trabajar con profesionales es que no pierden el tiempo», pensó.

Publio Celio llegó acompañado por un enorme perro moloso negro, una centuria de legionarios, la turma de bátavos que acompañaría a los exploradores de Murilo y una recua de mulas con los pertrechos necesarios para marcar la posición una vez hubiera elegido el lugar para el campamento y empezar los trabajos. Bodo notó con aprobación que Celio se había tomado en serio la amenaza y que cada uno de sus legionarios llevaba puesta su armadura debajo de las capas. Llevaban los escudos ajustados a la espalda, tapados por lienzos de tela impermeable, pero a Bodo no le cabía duda de que si era necesario los tendrían preparados para combatir en cuestión de momentos. Únicamente los *pila*[*] iban cargadas en las mulas.

Bodo había elegido a la *turma* de Níger. Era la más veterana y, aunque no le gustaba separarla de la expedición, tanto él como Marco Quintilio habían estado de acuerdo en que serían más útiles como parte del destacamento.

Celio asumió naturalmente el mando, algo que a Bodo no le sorprendió: era consciente de que en los ejércitos de Roma cualquier centurión legionario estaba por encima de un oficial auxiliar en la cadena de mando. Mientras hicieran bien su trabajo, a él le daba igual. Desmontó y se dirigió a saludar a Celio.

—Bodo, centurión, primera cohorte auxiliar de los cántabros y astures —se presentó.

—Publio Celio, centurión primipilo, Quinta legión *Alaudae* —respondió Celio, estrechándole el brazo.

El centurión apretó con firmeza. Era un saludo que decía «sé quién soy, no necesito demostrar nada». Bodo reconoció el lenguaje no verbal y respondió con la misma confianza, mirando a los ojos de su interlocutor con respeto, pero sin rebajarse.

—Me han informado de que hay un fuerte abandonado en las inmediaciones. Podríamos aprovecharlo.

—No sé exactamente dónde está, pero algunos de mis hombres conocen la región, así que podrán guiarnos —respondió Bodo.

Llamó a Níger y le preguntó por alguien de confianza.

—Dagomarus —respondió Níger, tras bajarse del caballo—. Es un galo que reclutamos hace unos meses. El que tiene los ojos de distintos colores, ¿sabes a quién me refiero, *domine*? Ha viajado varias veces entre Castra Vetera y Aliso. —Se volvió y gritó—: ¡Eh, Dagomarus! ¡Ven aquí!

Al cabo de unos momentos se presentó el tal Dagomarus, montado en un caballo castaño. Era un hombre joven, alto. Uno de sus ojos era marrón, mientras que el otro era gris azulado. Bodo había oído hablar de él, pero no le conocía bien. Tenía un aire de amenaza a su alrededor. Bodo sintió un escalofrío involuntario. Notó como se le ponían de punta los pelos de la nuca. Era como ver a un depredador sopesando si los que tenía enfrente eran rivales… o presas. Se removió inquieto.

Dagomarus desmontó despacio, con displicencia, como si estuviera haciéndoles un favor. Les mostraba el respeto justo para que no pudieran acusarle de insolencia. El moloso de Celio soltó un gruñido amenazador, pero Dagomarus se limitó a mirarlo con indiferencia.

Le preguntaron sobre el fuerte.

—Sí, lo conozco. No está lejos. Nadie se detiene allí a hacer noche. Dicen que está poseído por las almas de los germanos muertos durante las campañas de Tiberio, así que le tienen miedo.

Bodo se tocó el amuleto para alejar el mal de ojo. En cambio, Celio no se mostró impresionado; puede que los fantasmas de los germanos no fueran lo suficientemente poderosos como para asustar a un centurión de Roma.

—¿Recuerdas si la empalizada estaba en pie? —preguntó.

—Cuando pasé por allí, hará un par de años, lo estaba —replicó el galo con un encogimiento de hombros.

—Parece nuestra mejor opción —dijo Celio volviéndose hacia el cántabro.

Aunque no era necesario que pidiera su opinión, Bodo apreció que Celio le hiciese partícipe. No era frecuente entre los oficiales romanos tratar con respeto a los auxiliares.

Tardaron menos de dos horas en llegar hasta el fuerte abandonado. El cielo nublado acentuaba su aspecto siniestro.

La mayor parte de la empalizada estaba en pie, como había dicho Dagomarus, pero muchas zonas parecían estar a un empujón de venirse abajo; la madera estaba húmeda, plagada de líquenes, hongos y musgo. En el foso que la rodeaba crecían matojos, cañas y hierba tan alta que llegaba hasta la cintura. Entre la vegetación se podían ver todavía algunas de las estacas afiladas que habían plantado los constructores originales. No eran un obstáculo para ningún asaltante, ya que la mayoría habían caído dentro de la zanja.

Solo dos torres permanecían en pie, pero sin escaleras con las que acceder a la plataforma. En la parte que daba hacia el norte, el bosque había crecido hasta casi la trinchera. Si un asaltante quería infiltrarse sin ser visto, esa era la zona perfecta. Las hojas de las puertas decumana y pretoria todavía estaban en su sitio, pero las de las principales habían desaparecido. Los establos eran los únicos edificios en pie, los demás habían sido desmontados cuando se abandonó el campamento.

—Es más grande de lo que me imaginaba. Va a ser complicado cubrir todo el perímetro con la gente que tenemos —comentó Celio—. Podemos aprovechar las torres y parte del foso, aunque tendremos que limpiarlo. También los establos. Las puertas son lo más complicado.

—En mi tierra, las tribus usan unos artilugios de madera, con estacas afiladas entrelazadas. Como solución temporal podrían valer —dijo Bodo.

—Es una buena idea. ¿Sabrías dibujarlas para los carpinteros?

Bodo asintió.

—¡Excelente! Encárgate de supervisar ese trabajo.

Bodo le miró con cierta sorpresa. Era excepcional encontrar a un oficial romano tan receptivo a las sugerencias de otro de las tropas

auxiliares, que además no era ciudadano romano.

—Envía a tu hombre, a Dagomarus; ponle una escolta. Dile que busque a la expedición e informe a los mandos que la posición es aprovechable.

—¡Sí, *domine*! —saludó Bodo con formalidad.

—¡Ja, ja, ja! No me llames así, ¡los dos somos centuriones! —exclamó Celio dándole unas palmadas en el hombro.

—Gracias, *do*… digo, Publio Celio —dijo con inusual timidez.

—Bien, bien. No le des vueltas, no tiene importancia —le contestó este, antes de ir hasta la centuria de legionarios, gritándoles con voz estentórea—: ¡Vamos, *cunni*, tenemos trabajo que hacer! ¡Un campamento no se construye solo! ¡Sois una panda de nenazas que no servís ni para pisar las uvas, pero me las tengo que apañar con vosotros! ¡Vais a ser mi muerte, panda de vagos! ¿De qué os reís, gusanos?

A pesar de los insultos, Bodo pudo ver que los hombres sonreían abiertamente.

Ambos oficiales habían acordado durante la marcha que los jinetes cántabros montarían la guardia hasta que llegase la expedición. Bodo desplegó a la mitad de la *turma* de Níger como piquetes, mientras que tendría el resto en reserva, por si acaso.

Al volver al fuerte, observó fascinado la eficiencia de los legionarios. En menos tiempo del que él hubiera necesitado para desplegar la guardia, los legionarios se habían quitado sus armaduras y apilado las armas, habían cogido sus herramientas y ya empezaban a limpiar el foso. Media docena de hombres, que Bodo asumió que eran los carpinteros, comenzaron a seleccionar la madera para las estacas, las defensas y las escalerillas necesarias para subir a las torres de vigilancia.

Tras informar a los carpinteros de las instrucciones de Celio y hacerles un boceto en el suelo del tipo de defensa a que se refería, Bodo fue a inspeccionar los piquetes.

Había demasiadas vías que un enemigo podía aprovechar para acercarse sin ser observado y, aunque Níger era un buen suboficial, a Bodo le gustaba supervisarlo todo él mismo.

«¡Peligros imaginarios! ¡Son los peores!». Su instructor de esgrima, cuando solo era un recluta, lo había repetido hasta la extenuación: «¡Tenéis que ver los peligros reales! ¡Esos son los que os tienen que preocupar!». Claro que también les había dicho que confiaran en su instinto de soldados. A los oficiales les encantaba dar instrucciones contradictorias.

Mientras estaba comprobando la guardia que estaba al norte de la posición, le pareció ver una sombra moviéndose rápidamente entre los árboles. Se acercó con cuidado, escudriñando la vegetación. No podía oír nada, ya que el viento entre los árboles tapaba cualquier otro sonido. Todavía había claridad, pero al estar el cielo encapotado la luz era cada vez más escasa.

Bodo hizo avanzar un poco más a su yegua. El animal estaba inquieto y le costaba controlarlo; estaba claro que no quería avanzar más. Le pareció oír el chasquido de una rama partiéndose, aunque no sabía si se lo había imaginado. Se quitó el casco y lo colgó de uno de los cuernos de la silla. La yegua piafó e intentó retroceder.

—¡Eh, eh! ¡Tranquila! ¡Cálmate, chica! —le dijo Bodo, mientras tiraba de las riendas.

¡Allí! ¡Otra vez la sombra! Podía ser una bestia, o un humano, o algo peor. Se le puso la piel de gallina. Agarró las riendas con una sola mano y con la otra empezó a desenvainar la espada. Los soldados de la guardia se habían abierto en abanico y estaban aprestando sus armas.

En ese instante, apareció Níger, que venía del camino principal, gritando:

—¡Jefe! ¡Están llegando los nuestros!

Bodo se sobresaltó. Su castaña se encabritó y si no hubiera estado bien sujeto, le habría tirado al suelo. Se le cayó el casco y blasfemó.

—¡No hace falta que lo digas a voces! —se revolvió furioso.

En realidad, no estaba irritado con Níger, sino consigo mismo por el miedo que le llevaba carcomiendo desde esa mañana y que le hacía estar tenso como la cuerda de un arco a punto de ser disparado.

Vio como los soldados se miraban entre ellos. Bodo sabía lo que estaban pensando: «Al viejo se le ha ido la cabeza».

Se bajó de la yegua para recoger el casco. Al agacharse, un objeto le llamó la atención: era una fíbula de bronce parecida a las que solían usar en la Galia. Estaba demasiado limpia. Quien la hubiera perdido no podía haberlo hecho hacía mucho tiempo. La guardó en una bolsa que llevaba atada al cinturón. Recogió su casco y se lo puso, sin dejar de mirar hacia los árboles.

—Alejaos unos veinte pasos de la linde y redoblad la vigilancia. Estad atentos. No me gusta ese bosque. Hay algo ahí que me pone nervioso. ¡No quiero sorpresas! —ordenó a sus hombres.

Luego, volviéndose a Níger, le dijo:

—Vámonos. Tengo que darles el parte a los jefes —dijo con tono de fastidio.

Echó un último vistazo a la línea de árboles. Notó como se le erizaban los pelos de la nuca. Sabía que ahí dentro *alguien* o *algo* les observaba. Podía sentir su malicia. Acarició sus amuletos, para ahuyentar a los espíritus del bosque.

4

El Nubio era el único de los *speculatores* que iba a pie. Solo llevaba una jabalina, un tahalí, la cantimplora y la túnica. Había dejado el resto de su equipo con la columna, en el carro en el que iba la niña, que se había puesto a llorar desconsoladamente.

—Tú cuidas de mis cosas y luego yo vengo de vuelta, ¿sí?

El truco de hacerla responsable de su equipo la había tranquilizado. Recordaba que su padre lo usaba para calmar a su hermana pequeña. Antes de que los mataran en una incursión de un clan rival. A él decidieron venderlo en los mercados de esclavos al norte. Tuvo suerte porque el mercader griego que lo compró fue un buen amo; con él cruzó el gran mar hasta la India y de vuelta al país de Egipto.

Fue su esclavo durante cuatro años, hasta que el griego murió ahogado en su propio vómito después de una noche de borrachera, en Alejandría. La posada en la que se alojaban lo vendió a Lucio Atilio para pagar las deudas del griego. El Nubio nunca supo a qué deudas se refería el posadero; estaba seguro de que su amo las había saldado todas, pero ¿quién iba a hacer caso a un bárbaro que solo chapurreaba un poco de griego y latín?

Una vez más fue afortunado. Lucio Atilio también se portó bien con él. Cuando le destinaron al mando de la cohorte de auxiliares astures, se llevó al Nubio. Al comprobar sus habilidades como rastreador, decidió manumitirlo y alistarlo en la cohorte como uno de los exploradores. Atilio murió en la emboscada en Akroliso, con una lanza tracia clavada en las tripas. El Nubio hizo libaciones en su honor en el aniversario de su fallecimiento.

Su cuerpo fibroso brillaba con el sudor. Había refrescado algo, gracias a la lluvia, pero después de dos horas de marcha al paso de los caballos, estaba empapado. Tenía sed. Se detuvo un momento para beber. Murilo se puso a su altura.

—Vamos a avanzar otra milla y damos la vuelta. No me fío de esos —le dijo.

Por «esos» se refería a la *turma* de caballería que acompañaba a los exploradores. Eran auxiliares bátavos reclutados en el norte, en las costas del mar Germánico, dónde la cohorte había estado acuartelada hasta el principio del verano.

El decurión que los mandaba, Lucio Papio, era un individuo de aspecto ratonil, aire nervioso y voz chillona. Murilo estaba seguro de

que tenía algún patrón muy poderoso, porque de otro modo era imposible entender que alguien tan incompetente hubiera ascendido a decurión. Sus hombres le trataban con marcado desprecio y obedecían sus órdenes a desgana, rayando en la insolencia.

Los bátavos eran individuos enormes, tan altos como el Nubio, pero más corpulentos. Estaban bien equipados con cotas de malla, escudos, y cascos, todos ellos pagados por Roma. Murilo envidiaba la calidad de su panoplia.

—Comparada con la nuestra, parecen pretorianos —había comentado más de una vez.

Excepto por los escudos, no había en la cohorte de cántabros y astures dos hombres equipados de la misma forma.

—En una batalla contra los germanos, sería a nosotros a quienes nos confundirían con el enemigo —dijo Murilo—. La primavera pasada estábamos persiguiendo a sus parientes por las marismas del Rhenus, cazándolos cuando intentaban pasar a la Galia Bélgica para saquear y violar, como tienen costumbre. ¿Y ahora son aliados? ¡Ja!

El Nubio estaba de acuerdo en que no podían confiar en ellos, pero no por las mismas razones. Detrás de toda su bravuconería era evidente que se trataba de novatos que nunca habían combatido juntos. Y su oficial era peor todavía: uno de esos mandos que en una crisis pierde la cabeza y no sabe qué hacer.

No le preocupaba que pudieran ser traidores, sino que eran tan bisoños que se notaba hasta en la forma descuidada que tenían de sujetar las lanzas. Probablemente era su primera campaña; si les atacaban, el problema iba a ser mantenerlos con vida.

—Son corderos —dijo. Murilo le miró con cara de sorpresa—. Corderos sin destetar. Todavía no saben distinguir sus culos de sus bocas, ¿sí?

Murilo comprendió que el Nubio no se equivocaba. Bastaba con ver cómo marchaban para notar su falta de experiencia. Carecían de disciplina: cada uno iba a su aire, sin prestar atención más que a su entorno inmediato.

Si hubiera tenido a toda su tropa consigo, sus hombres podrían haber compensado las limitaciones de los bátavos. Solo contaba con nueve hombres. Aunque el Nubio, Rusilo y Nailo eran rastreadores veteranos, no bastaban para vigilar todas las posibles vías de aproximación de un enemigo decidido y conocedor del terreno.

Vio como Papio les decía algo a unos jinetes, que disimulaban obedecer al decurión pero que tan pronto se dio la vuelta, le ignoraron y siguieron marchando como si nada. Papio era consciente de ello, pero no hacía nada para ponerle remedio.

Murilo recordó una conversación que tuvo con Bodo cuando tomó el mando de los exploradores:

—Los hombres tienden a relajarse cuando nunca pasa nada —le había dicho el veterano—. Se distraen, empiezan a hablar entre ellos y antes de que se den cuenta un tracio les ha abierto en canal. Un buen oficial siempre encuentra algo en que mantenerlos ocupados.

Papio lo intentaba, pero no se había ganado su respeto. Y en territorio hostil podía ser una debilidad letal.

Murilo estaba intranquilo. No le gustaba el paisaje. Los campos de cebada silvestre, tan alta como la cintura de un hombre, se extendían hacia el norte hasta los bosques, a una milla, según había calculado el Nubio. En dirección opuesta, hacia el Lupia,* llegaban casi hasta la ribera del río, donde comenzaban los cañaverales y los sauces que crecían junto al agua. Un viento suave mecía los tallos, haciéndolos ondular como si fuera un mar de hierba.

El camino era un simple sendero que se perdía entre las mieses en cuanto uno se apartaba unos pocos pasos, como si nunca hubiera estado allí. Las lluvias habían reblandecido tanto el terreno que el paso de los caballos lo convertía en un lodazal. Era un terreno ideal para una emboscada y aunque se suponía que estaban en una zona pacificada, el hallazgo de la familia asesinada tenía inquieto a Murilo.

Los exploradores avanzaban unos pasos por delante de la caballería bátava. Murilo los había repartido en tres grupos de dos hombres, emparejando a uno más veterano con otro más novato. Él y

Demetrio, un recluta de origen sirio que se había unido a la cohorte hacía menos de un año, eran la reserva; el Nubio iba por libre, cubriendo el flanco izquierdo.

Detrás, en una columna de dos filas, cabalgaban los bátavos listos, supuestamente, para acudir en apoyo de los rastreadores. Murilo prefería no tener que comprobar si estarían a la altura en caso de necesidad.

Existían demasiados huecos que un enemigo podía usar para infiltrarse, y más con tanta vegetación entre la que ocultarse.

Tal vez por eso Murilo no vio cómo mataban a Demetrio.

Ni siquiera estaba mirando en su dirección. Oyó una exclamación de sorpresa y cuando se volvió le vio caer lentamente de su caballo, con una jabalina clavada en el cuello. Parecía como si le estuviera preguntando qué es lo que había pasado y por qué se estaba muriendo.

El caballo de Murilo se encabritó y eso le salvó la vida, porque la lanza que le hubiera atravesado el costado se hundió en el cuello del animal. El ruano giró sobre sí y sus cascos delanteros golpearon con un chasquido seco la cabeza del atacante. Antes de que Murilo pudiera ver quién era, la figura desapareció entre la hierba.

Sabía que no podía quedarse parado. Tiró del bocado del caballo y le obligó darse la vuelta e hincándole los talones en los ijares y lo puso al trote, alejándose del lugar en el que les habían atacado. Cuando hubo ganado algo de distancia, dio media vuelta e intentó orientarse.

A la izquierda vio al Nubio saltar entre las hierbas, intentando esquivar un ataque invisible. En el centro, los dos jinetes habían desaparecido. Rusilo estaba en el suelo, junto al cuerpo convulso de su caballo. Nailo cabalgaba hacia él para ayudarle, pero una lanza lo alcanzó por la espalda, entre los omóplatos, atravesándole de parte a parte. Su caballo se desbocó, arrastrando el cadáver hacia el bosque.

Solo los dos jinetes al lado del río escaparon ilesos, dirigiéndose hacia Murilo. Todo había sucedido muy deprisa, tanto que todavía no le había dado tiempo a procesarlo, cuando oyó los gritos a su espalda:

los atacantes se habían infiltrado entre los bátavos y los estaban masacrando.

Los bátavos no sabían que hacer. Los guerreros germanos surgían y se desvanecían entre la cebada, mataban y volvían a ocultarse, como si fueran sombras.

Papio estaba paralizado por el miedo y la sorpresa. Mirando de un lado a otro, balbuciendo órdenes sin sentido, a las que nadie hacía caso. Los caballos relinchaban asustados, encabritándose y tirando a sus jinetes al suelo.

Cado y Tito, los otros dos exploradores, se unieron a Murilo y unos instantes después apareció el Nubio. Tenía la cara y el cuerpo manchados de sangre. Había perdido su jabalina, que había reemplazado por una espada gala de la que goteaba sangre. Sonreía con gesto maniático.

—Esos *cunni* lo han hecho bien. Muy bien. —Jadeó, refiriéndose a los atacantes.

Había sobrevivido por pura suerte. En el momento del ataque, se había agachado para observar un rastro más de cerca, por lo que el venablo que iba dirigido a su cara pasó por encima de su cabeza sin herirle. Rodó por el suelo, dejándose llevar por su instinto, antes de incorporarse delante de un sorprendido guerrero enemigo. Le hundió la jabalina en la cara; un chorro de sangre le salpicó el rostro, cegándole temporalmente. No se quedó parado: saltó hacia atrás y hacia la izquierda, y notó un golpe en el antebrazo. La punta de una lanza le hizo un arañazo. Lo ignoró. No podía detenerse. Tenía que seguir moviéndose si quería vivir.

Salió corriendo en dirección a Murilo, que era al único que podía ver de su tropa. De repente, cerrándole el paso, apareció un individuo gigantesco, más alto que él mismo, con el rostro, la barba y el cabello embardunados de barro. Solo se le distinguían los ojos. Llevaba una larga espada de caballería, como las que usaban los galos.

El Nubio cargó contra él. Era su única oportunidad.

El guerrero le lanzó un feroz tajo con la espada contra el cuello. Si le hubiera alcanzado, lo habría decapitado limpiamente. Pero el Nubio se agachó en el último momento, oyendo silbar la hoja en el aire, por encima de su cabeza. Le sujetó las piernas y aprovechando el impulso de la carrera, lo levantó en vilo y lo estrelló contra el suelo.

El germano cayó de espaldas, exhalando el aliento de forma explosiva. Su espada salió despedida. El Nubio se incorporó de un salto y antes que su enemigo pudiera reaccionar, le propinó una patada en la mandíbula. Vio cómo le saltaban los dientes.

Cogió la espada sin que su aturdido adversario pudiera reaccionar y se la clavó en las entrañas. No se detuvo a rematarlo, no sabía cuántos más enemigos podían estar en las inmediaciones. Enfiló a la carrera hacia Murilo y a los otros dos exploradores, perseguido por los gritos de dolor de su víctima. Cuando les alcanzó estaba casi sin aliento.

Habían pasado apenas unos momentos y la situación ya era crítica. Los bátavos estaban siendo aniquilados. Murilo vio caer a Papio. Nunca supo qué le había herido; tal vez una pedrada, tal vez su propio miedo. Lo único que tuvo claro fue que no volvió a levantarse.

Fue entonces cuando los primeros jinetes, los más cobardes —o quizá lo más inteligentes— azuzaron sus caballos, intentando escapar de la trampa. Los demás no tardaron en imitarles y pronto la melé se convirtió en una estampida. Los cuatro exploradores podían ver caballos sin jinete corriendo en todas direcciones.

¡Huye! ¡Escóndete! Ya lo hiciste una vez.

Murilo oyó la voz como si le estuviera susurrando directamente en el oído. No era la primera vez que le pasaba. Sacudió la cabeza. No podía permitirse distracciones.

—¡Nubio! ¿Por dónde?

El Nubio entendió de inmediato qué es lo que quería decir Murilo.

Los atacantes tenían rodeado al destacamento, pero al huir los bátavos se había abierto un hueco entre el sendero y el río. Los

guerreros que no estaban persiguiendo a los bátavos en fuga estaban muy ocupados desnudando a los cadáveres y rematando a los heridos.

El Nubio señaló el lugar. Murilo asintió.

—Nos hace falta un caballo para ti —le dijo.

El Nubio no respondió: antes de que Murilo pudiera añadir nada, salió corriendo hacia dos animales de los bátavos que en vez de huir se habían detenido a mordisquear la hierba que crecía cerca de los cañaverales que bordeaban la ribera.

En unos instantes estaba de vuelta, sonriente, montado en uno y dirigiendo al otro por las riendas.

—Ya tengo caballo, ¿sí?

—¡Ja, ja, ja! ¡Está bien! Vámonos antes de que se den cuenta de que estamos aquí. —rio Murilo haciendo ademán de girar su ruano.

—¡Murilo! ¡Espera! ¡Es Rusilo, está vivo! —gritó Tito señalando a su espalda.

A poco más de doscientos pasos, vieron a Rusilo corriendo, intentando escapar de unos enemigos invisibles. El brazo derecho le colgaba inútil. Murilo dudó: si intentaban rescatar a Rusilo, corrían el riesgo de que los atacantes los copasen antes de poder escapar. El Nubio iba a tomar la decisión por él, cuando Murilo le detuvo.

—No, voy yo.

Aquel negó con la cabeza.

—Nubio, no me hagas perder el tiempo. Es una orden —dijo Murilo extendiendo la mano para que le entregara las riendas del otro caballo.

El Nubio se las dio a regañadientes. Murilo titubeó un instante antes de añadir:

—Si no volvemos, tenéis que informar a los jefes de lo que ha pasado aquí.

Dándose la vuelta, sin esperar a ver si le obedecían, salió al galope hacia Rusilo.

Cuando más tarde intentó recordar aquella corta cabalgada, Murilo fue incapaz de rememorar los detalles: las jabalinas que casi le

alcanzaron, los proyectiles de honda que golpearon las ancas de su caballo, las manos que intentaron arrebatarle las riendas. Todo eso quedó borrado de su memoria.

Lo que, en cambio, recordaría vívidamente fueron las voces en su cabeza, que le decían que diera media vuelta, que huyera, que nadie podía salvar a Rusilo y menos todavía un cobarde como él.

Rusilo también quedaría grabado en su memoria. Sus ojos desorbitados por el miedo y que dieron paso a la esperanza cuando vio a Murilo cabalgar en su busca, el brazo —ahora que estaba más cerca podía verlo— lleno de sangre.

En aquellos momentos, a Murilo no le importaba lo que había pasado en Akroliso; le daban igual las lanzas, las piedras, los gritos de los vivos y las voces fantasmales de los muertos. Toda su atención se centraba en su camarada, como si estuviera mirando a través de un túnel y solo la figura de Rusilo estuviera iluminada.

El miedo, la angustia, el enemigo… no tenían importancia, eran un coro sin rostro que se confundía con el paisaje.

Cuando se puso a su altura y le tendió la mano para ayudarle a subir al caballo de repuesto, gruesos lagrimones caían por las curtidas mejillas de Rusilo, que sonrió.

—¡Vamos! ¡Sube! —dijo Murilo, tendiéndole la mano desde el otro lado.

Rusilo se agarró con su brazo útil y, con un esfuerzo sobrehumano, montó en el caballo.

Dieron la vuelta y salieron al galope, buscando con la mirada al Nubio y a los otros dos exploradores.

Los germanos fueron quedándose atrás. Sonó un trueno y empezó a diluviar.

5

El cielo había decidido no dar tregua a los romanos, y tan pronto como la expedición entró en el fuerte abandonado, empezó a llover de nuevo. Los legionarios de la legión Quinta *Alaudae* y los auxiliares de la la *Cohors I peditum et equitum cantabrorum et asturum* se vieron obligados a trabajar desesperadamente bajo la lluvia a fin de tener listas las defensas antes del crepúsculo.

Marco Quintilio no estaba seguro de que fuera posible, a pesar del esfuerzo de todos, incluidos los esclavos y los oficiales. De hecho, Sexto Vinicio le sorprendió para bien al unirse a sus soldados y ayudar a levantar los troncos que se habían caído de la empalizada y colocarlos de vuelta en su posición original. Quintilio pensó que se quedaría en su tienda, escribiendo despachos y bebiendo vino, y no ensuciándose las manos como uno más.

El prefecto de los auxiliares había subestimado la eficiencia de los legionarios. Bajo la dirección de Publio Celio —y con la ayuda de su vara de centurión golpeando la espalda de los perezosos—, el trabajo progresó mucho más rápido de lo que Quintilio imaginaba. El ejemplo de los legionarios despertó el espíritu competitivo de sus propios hombres, que redoblaron sus esfuerzos.

Quintilio tampoco se quedó atrás, sino que, como Vinicio, se metió en la zanja, inundada por el agua de lluvia, para ayudar a sus hombres a limpiarla de matorrales, troncos caídos y reemplazar las estacas. El agua helada le cubría por encima de los tobillos. Al cabo de un rato tenía los pies tan entumecidos que dejó de notar los dedos. Las capas, aunque estaban impermeabilizadas, empezaban a empaparse y no conseguían evitar que la lluvia se les colase por la nuca.

—Vamos a acabar a tiempo, Marco Quintilio —le aseguró Celio, acercándose a su sección.

Estaba mojado y sucio de barro, pero aun así su presencia era imponente. Su perro, al que llamaba Ferox, le seguía a todas partes, siempre atento a su dueño. Era un animal enorme, con mandíbulas tan potentes que podían romper el cráneo de un lobo como si fuera una cáscara de huevo. Celio lo tenía muy bien educado, aunque eso no

evitaba que los hombres le tuvieran miedo y se mantuvieses prudentemente alejados de él. No parecía importarle la lluvia.

—Es una pena no tener abrojos para sembrar el foso —comentó Quintilio como respuesta.

—¡Ja, ja, ja! ¡Ya sabes que en las legiones nunca tienes lo que necesitas cuando lo necesitas! ¡Solo lo tienes cuando ya no te hace falta! ¡Es una ley universal! —se rio Celio.

Quintilio estaba tan cansado que apenas pudo esbozar una sonrisa.

—No queda mucho. He ordenado a los esclavos que vayan calentando la comida. Y he oído que Sexto Vinicio ha traído un ánfora con vino, así que igual luego podemos convencerle para que lo comparta —dijo el centurión guiñándole un ojo.

—¿No tenemos noticias de las avanzadas? Deberían haber vuelto ya —comentó Quintilio.

—De momento, nada, aunque con este diluvio es probable que se hayan extraviado.

—¡Uf! Lo dudo. El Nubio y Rusilo son capaces de encontrar un rastro en medio del océano. No se perderían. Después de lo de Laberio y su familia… —Quintilio dejó la frase sin terminar. Tampoco hacía falta.

Celio se encogió de hombros.

—Tenemos que esperar. Pronto anochecerá, no tiene sentido que mandemos otra patrulla. Son cuarenta hombres armados, no una familia indefensa.

Quintilio sabía que lo que decía el centurión de la Quinta *Alaudae* era razonable. Lloviendo y a punto de ponerse el sol, no tenía sentido arriesgar más hombres.

—Llegarán cuando lleguen, prefecto —añadió Celio a modo de despedida.

Los carpinteros habían terminado las defensas de las puertas y fabricado escalerillas para acceder a las torres de vigilancia que todavía estaban en pie. Tras reforzar las tablazones y comprobar que eran seguras, Vinicio ordenó a Quintilio que organizara las guardias.

Una de las torres tendría una guardia de legionarios y la otra, la más cercana al bosque, de auxiliares.

Justo antes del crepúsculo, acabaron de preparar el campamento y de levantar las tiendas. Los animales estaban a cubierto en los establos y, como sobraba espacio en ellos, también los carros. Aunque la carga estaba protegida por lonas para evitar que se mojase, era preferible sacarla de debajo del aguacero. Las guardias se repartieron en cuartos: mientras una cuarta parte de los hombres permanecían sobre las armas en los puestos de vigilancia, el resto estaba comiendo o descansando.

Quintilio se dirigió a su tienda. Avinoam, uno de los esclavos de la cohorte, le había preparado una túnica limpia; mientras se cambiaba, le trajo un cuenco con unas gachas calientes, un trozo de pan, algo de queso y bebida.

—Es posca, *domine*. No he podido conseguir vino.

—Al menos no es cerveza —respondió el prefecto con un gruñido. Estaba tan cansado que le costaba ser amable.

—El centurión Publio Celio me dijo que te comunicara que Sexto Vinicio requiere tu presencia cuando sea conveniente, *domine*.

Quintilio asintió mientras atacaba las gachas. No eran gran cosa, pero al menos estaban calientes. Rompió el pan y el queso en trozos y los mezcló todos hasta formar una especie de papilla.

Dio un largo trago de posca; Quintilio tenía debilidad por esa bebida, ya que le recordaba a su niñez en la villa de su padre. En verano, los esclavos guardaban las ánforas con posca en las bodegas, excavadas bajo tierra, donde permanecían frescas. Allí se reunían, fuera de la vista de sus amos. Le dejaban estar con ellos, y eso le hacía sentirse especial. Además, era un escondite perfecto cuando el pedagogo pretendía regañarle por no haber hecho sus tareas. Por eso, siempre tuvo mucho cuidado de que ni su padre, ni su hermano mayor se enterasen. No creía que estuviera haciendo nada malo, pero estaba seguro de que no les gustaría y que castigarían a los esclavos por permitirle pasar el tiempo con ellos.

Cuando terminó de comer, se puso la cota de malla mientras Avinoam le ayudaba a abrocharse el cinturón y a colgar la espada. Cogió su casco. Había dejado de llover, pero aun así decidió llevarse la capa: cuando terminase la reunión con Vinicio quería visitar a sus hombres. Seguía preocupado por los exploradores, de los que todavía no había noticias.

Salió de la tienda. Ya había anochecido. Avinoam, con una antorcha en la mano, caminaba un par de pasos por delante para iluminar el camino. La tienda de mando no estaba lejos.

—No hace falta que esperes. No voy a necesitarte de momento.

Avinoam agachó la cabeza y se marchó sin hacer ruido.

Dos centinelas guardaban la entrada.

—Anunciad al tribuno Sexto Vinicio que Marco Quintilio, prefecto, espera para ser recibido.

Uno de los guardias entró en la tienda de mando y, al cabo de unos momentos, volvió a salir, indicando a Quintilio que pasase, mientras le sujetaba la lona de la entrada.

Era algo más grande que las tiendas de los soldados y que la suya, pero tan frugal como aquellas. Un camastro, una mesa y tres sillas plegables eran todo el lujo visible. Las únicas fuentes de luz eran unas lucernas, que apenas eran suficientes para iluminar el espacio alrededor de Sexto Vinicio y Publio Celio, que estaban sentados bebiendo vino.

—¡Ah! ¡Marco Quintilio! ¡Bienvenido, bienvenido! ¡Me alegro de que hayas podido reunirte con nosotros! ¿Vino? —preguntó Vinicio, señalando la jarra, tan efusivo como si estuviera en el atrio de su propia casa en Roma recibiendo a sus clientes.

—No, gracias, tribuno. Tengo que hacer mis rondas y ya bebí antes, al cenar. No estaría bien dar mal ejemplo.

—Claro, claro. ¡Es natural! Los superiores debemos ser un modelo de conducta para nuestros inferiores —dijo, rompiendo en una carcajada—. Pero siéntate, por favor. Estaba discutiendo con Celio el plan de marcha para mañana. Me gustaría escuchar tu opinión.

Quintilio dudó un instante, algo que no pasó desapercibido para Vinicio, pero se sentó en la silla que quedaba libre.

—Antes de eso… ¿no deberíamos esperar a que vuelvan los exploradores y nos informen del estado del camino y de lo que podemos esperar? Lo sucedido con Laberio y su familia es señal de que hay hostiles en la zona.

—No creo que sea necesario. Los que mataron a Laberio son, claramente, bandidos. No se atreverían a atacar a un destacamento como el nuestro. Quieren plata y esclavos que vender en Galia. Laberio y su familia tuvieron la mala suerte de cruzarse en su camino. Estaban donde no debían, cuando no debían.

—Pero, entonces ¿por qué torturarlo de forma tan elaborada? ¿A qué venía dejarlo en un calvero, lo bastante próximo a la linde como para que lo encontráramos, pero a la vez lo suficientemente dentro del bosque como para que pasara desapercibido para un viajero de paso? ¿Por qué mataron a los niños en vez de llevárselos para venderlos en Galia o entre los frisones?

—¡Ah, Marco Quintilio! ¡Es demasiado! —respondió Vinicio irritándose—. Vamos a ponernos en lo peor e imaginar que hay una banda de germanos en la región. ¿De verdad piensas que van a atreverse a molestar a una expedición romana, protegida por casi mil legionarios y auxiliares? Sería absurdo, ¿no te parece?

Quintilio sabía que Vinicio tenía razón, pero no conseguía quitarse de encima la sensación de que algo no iba bien.

—Cierto… si se tratara de una banda de incursores, pero ¿y si son algo más?

—¿Y qué podría ser? ¿Un ejército? ¿Una rebelión general de las tribus? Si fuera así, ¿crees que no nos habríamos enterado? Es una preocupación absurda —respondió Vinicio exasperado, descartando las preguntas de Quintilio.

—Entonces ¿cómo explicas que no haya regresado la avanzadilla?

—¡Otra vez! ¡Puede haber múltiples razones! Ponerse en lo peor no lleva a nada —dijo Vinicio casi a gritos.

Celio decidió intervenir, en vista de que tribuno y prefecto estaban empezando a levantar la voz. Sabía, por experiencia, que hay pocas cosas que más enerven a la tropa que los rumores de que sus mandos están enfrentados.

—Es extraño, sin duda. ¿Qué sugieres tú, Marco Quintilio? —preguntó Celio.

La verdad es que el prefecto tampoco se atrevía a aventurar una explicación. ¿Qué podía decir? ¿Qué en Iliria habría sido suficiente para doblar la guardia y alertar a los hombres para que estuvieran preparados por si eran atacados? Vinicio ya había dejado claro qué opinaba de la experiencia en Iliria, además de su convicción de que los problemas de los auxiliares en aquel teatro de operaciones habían sido responsabilidad de la impericia de los mandos y de la indisciplina de la tropa.

Sin embargo, no podía quedarse callado. En Akroliso no se había atrevido a desafiar la autoridad de Lucio Atilio y su timidez costó centenares de vidas. Esta vez no iba a permitir que volviera a pasar lo mismo.

—¿Qué creo que deberíamos hacer? —Fingió pensar un instante antes de continuar—. Doblar las guardias y llamar a los hombres a las armas. Eso es lo que creo que deberíamos hacer. Es cierto que no podemos mandar a nadie en busca de la avanzada. Es casi noche cerrada. Lo que sí podemos es suponer que hay enemigos cerca y que están dispuestos a atacarnos… por mucho que seamos casi mil legionarios y auxiliares.

—¡Ja! —exclamó Vinicio echando los brazos al aire—. ¡Somos romanos, por Júpiter! ¿Acaso vamos a asustarnos de nuestras sombras?

Celio carraspeó sonoramente antes de que Quintilio, que estaba empezando a ponerse colorado por la furia, pudiera responder.

—Es un comentario injusto, tribuno. La propuesta de Marco Quintilio…

No terminó lo que iba a decir. En el exterior de la tienda se oían voces excitadas y movimiento de tropas. El centinela que había dado paso a Quintilio se asomó para decir algo, pero alguien le apartó a un lado bruscamente y entró en la tienda. Era Bodo. Antes de que nadie reaccionara dijo:

—Han regresado los exploradores. —Hizo una pausa—. Los que quedan.

Quintilio, Vinicio y Celio se levantaron y se precipitaron hacia la salida. Habían olvidado lo que estaban discutiendo. Antes de salir, Bodo cogió a Quintilio del brazo. Era infrecuente que el veterano se tomara esas confianzas. El prefecto le miró, inquisitivo.

—Es malo, *domine*. Peor de lo que imaginábamos. Sean quienes sean saben lo que hacen y no nos tienen miedo.

—En ese caso tendremos que hacer que aprendan de nuevo cuáles son las consecuencias de desafiar a Roma —respondió Quintilio con más confianza de la que sentía.

Salieron de la tienda. Avinoam les esperaba con una antorcha encendida. El aire olía a lluvia, a tierra mojada y a hierba, a la madera quemada de las hogueras.

El cielo estaba, por fin, despejado. En unos días, habría luna llena y su luz impediría ver las estrellas. Quintilio levantó la vista hacia el cielo nocturno. Todavía podían observarse las más brillantes. Respiró hondo, llenando sus pulmones con el aire fresco de la noche.

—Vamos, Bodo. Tenemos trabajo.

6

Vinicio asignó a Quintilio la cuarta guardia, la última antes del amanecer. Las horas previas a la aurora son en las que los hombres están más cansados; cuando el cuerpo está exhausto y la mente pierde

el foco; cuando es difícil saber si estás despierto o estás soñando. Vinicio se reservó la segunda guardia para sí mismo y asignó la tercera a Celio.

La avanzadilla había sido aniquilada. Aparte de los cinco exploradores, solo regresaron diez bátavos, uno de ellos tan malherido que probablemente no vería el amanecer. Los demás, incluido su oficial, habían muerto o estaban desaparecidos.

—Esperaron a que pasáramos de largo para infiltrarse aprovechando que hay mucha hierba alta. Entonces, nos atacaron. Fue muy rápido —informó Murilo.

—Querían a los bátavos, no a nosotros, ¿sí? —dijo el Nubio. Todavía sujetaba la espada que le había arrebatado al guerrero enemigo.

—¿Por qué a los bátavos? —preguntó Vinicio, con tono de sorpresa.

—Son mejores presas. Más ricos. Mejor armados.

—En cuanto los mataban, los desnudaban —añadió Murilo—. Incluso antes de que estuvieran muertos del todo. Estaban tan distraídos saqueando los cadáveres, que por eso pudimos escapar.

Los bátavos estaban callados. Quintilio no sabía si era por vergüenza o porque todavía no habían conseguido salir mentalmente de la emboscada. Lo había visto en Akroliso: algunos de los supervivientes tardaron días en volver a hablar, incapaces de entender lo que había sucedido, como si no pudieran procesar el hecho de que seguían vivos.

A pesar de sus dudas anteriores, Sexto Vinicio no perdió tiempo. Ordenó doblar las guardias: la mitad de los hombres permanecería de servicio, armada y lista para el combate, incluso si no le tocaba turno; la otra mitad descansaría. Al relevarse las dos primeras guardias, los que habían estado de servicio podrían descansar y los que habían dormido ocuparían su puesto. No era una solución ideal, pero Quintilio tuvo que admitir que, al menos así, una parte de la tropa podría descansar; o tanto como las circunstancias lo permitieran.

—Bodo, tengo la cuarta guardia. Quiero que uno de nosotros esté siempre preparado, así que vamos a repartirnos. Tú vas a estar al frente de los nuestros durante la primera y tercera guardias, y yo durante la segunda y la cuarta.

—¿Qué hacemos con Murilo y los suyos?

—Que traten las heridas, atiendan a sus caballos y que descansen. Si pueden. Son los únicos batidores que nos quedan y mañana sospecho que va a ser un día muy largo. Dejémosles dormir.

Bodo saludó y se fue a cumplir sus órdenes. Quintilio se quedó solo con Avinoam.

—*Domine*, los otros esclavos y algunos soldados dicen que no son humanos, que los que han matado…

No terminó la frase, incómodo. Era poco frecuente oírle hablar, menos aún que fuera él quien tomase la iniciativa; que lo hiciera era síntoma del estado de tensión entre los hombres.

—Si no son humanos, ¿qué es lo que son, Avinoam?

—*Shedim*… Demonios. Cuentan que se mueven saltando de sombra en sombra, sin que nadie los vea. El Nubio asegura que en Germania hay hechiceros con magia muy poderosa, que consiguen haciendo sacrificios humanos. No todos, porque también se sirven de gente real, pero los más peligrosos son los otros, los que tienen magia.

El prefecto hubiera querido reírse, pero lo cierto es que él también dudaba. Habían logrado engañar incluso al Nubio, y eso ya era en sí un prodigio. Tal vez fuera cierto que habían hecho un pacto con los espíritus que dominaban los bosques de Germania desde tiempos inmemoriales: desde antes de los romanos, antes de las tribus, antes incluso de los hombres. Quizá por eso eran invisibles a los ojos de sus enemigos.

Él no quería creerlo.

—No son criaturas del inframundo, Avinoam. Simplemente, conocen bien el terreno y saben aprovecharlo ¡Casi preferiría que fueran espíritus malignos! —Soltó una risa forzada.

Avinoam no estaba muy convencido. Sin embargo, Quintilio quería evitar los rumores. El miedo es contagioso, como una enfermedad que salta de una víctima a otra, infectándola. Dejar que campe a sus anchas era como perder la mitad de la batalla antes de que vuele la primera flecha. Él, al menos, no podía permitirse caer en la superstición.

—Vamos, acompáñame hasta mi tienda y luego te puedes ir a dormir. No hace falta que te despiertes hasta la última guardia.

Quintilio solo tenía un par de mantas y un poco de paja. Dobló la capa para usarla como almohada y dejó la espada a su lado. Pensó que le costaría dormir, pero lo siguiente que supo fue que Bodo le sacudía suavemente el hombro, llamándole en voz baja.

Se sobresaltó, aunque se recompuso al momento al ver que era el cántabro, que sostenía una lámpara de aceite. Bostezó.

—¿Ya es la cuarta guardia?

—La segunda. El destacamento de alerta.

—¡Ah! Cierto, cierto… Estoy tan atontado que lo había olvidado.

Quintilio se desperezó. Había una palangana con agua, posiblemente era cosa de Avinoam. Se echó un poco en la cara para despejarse.

—¿Alguna novedad?

—Nada, todo tranquilo por ahora. La niña tuvo una pesadilla y empezó a gritar, pero el Nubio la calmó antes de que nadie diera la alarma pensando que era un ataque —dijo Bodo, riéndose entre dientes.

—¿Y los hombres?

—Tensos. Hay docenas de rumores. Tienen miedo.

El prefecto asintió, preocupado. Tenía que hacer algo para cortarlos de raíz, pero no era sencillo. A los hombres les gustaba hablar, sobre todo cuando estaban asustados.

—Debemos informar a Lucio Cedicio, en Aliso —comentó Bodo.

—Estoy de acuerdo. ¿Quién podría llevar un mensaje?

—Dagomarus —respondió Bodo sin titubear—. Conoce bien la zona.

Quintilio aceptó la sugerencia. Fue a comunicarle la propuesta a Vinicio antes de que este se retirase a dormir después de su guardia. Sorprendentemente, el tribuno no solo no hizo ninguna objeción, sino que, de hecho, ya tenía preparado un despacho para Cedicio, el comandante del fuerte de Aliso, en el que le informaba de la emboscada y del asesinato de la familia de Manio Laberio.

—Iba a pedir que buscaras un hombre de confianza para que llevase el informe a Cedicio —le dijo—. Los míos no conocen la zona y no me fío de los bátavos.

—Según mi centurión, Dagomarus es el indicado. Es galo, pero ha viajado por esta comarca. Es quién nos ha guiado hasta aquí, está familiarizado con la zona.

—Bien. Que salga cuanto antes —ordenó Vinicio entregándole el despacho.

Quintilio fue a buscar a Dagomarus.

El galo estaba sentado junto con otros auxiliares y legionarios, alrededor de una fogata. También estaban el Nubio, a cuyos pies dormía la pequeña Mania, y uno de los bátavos supervivientes. No se dieron cuenta de la presencia de Quintilio.

—… no digo que no sean hombres, pero nadie puede negar que están protegidos por magia muy poderosa, ¿sí? —estaba diciendo el Nubio.

—¡Esas son supersticiones de bárbaros! —exclamó uno de los legionarios, alzando la voz y provocando que Mania rebullera en su sueño.

El Nubio le lanzó una mirada que silenció al legionario en el acto.

—Solo son supersticiones —musitó este para su coleto, aunque con el crepitar de la hoguera nadie le escuchó.

—Las tribus se están vengando —dijo el bátavo. Su latín era rudimentario, pero se le entendía—. El padre de mi padre recordaba las matanzas, cuando vino aquel a quien los romanos llamáis el divino

César. Era apenas un niño entonces. Las reunió en una asamblea de paz y cuando estaban todas juntas lanzó a sus legiones y a sus aliados galos contra ellas. Fue una masacre: miles fueron aniquilados.

Dejó que los demás asimilaran la historia.

—Vio morir a su madre y a sus dos hermanas. Logró escapar tirándose al río, casi se ahogó. Llegó hasta el territorio de nuestra tribu. Tuvo suerte de que una familia le adoptara. Las tribus no olvidan.

—Si tanto nos odian, ¿por qué se alistan en el ejército romano? —preguntó el mismo legionario de antes. Se llamaba Atio.

El bátavo se encogió de hombros.

—No sé otros, yo lo hice porque me parecía más fácil pelear que ser granjero.

—Yo porque mis acreedores querían que les pagara y habían mandado a sus matones para romperme las piernas. Para dar ejemplo a otros morosos —dijo Dagomarus, riéndose.

—¿Y tú, Nubio? ¿Por qué te uniste? —preguntó Atio.

—Porque Lucio Atilio me compró en Alejandría, pero me dijo que mejor si era soldado, así que me manumitió y me alistó en la cohorte, ¿sí?

Se hizo un silencio incómodo.

—¿Y tú, romano? ¿Por qué peleas? ¿Por la gloria de Roma? —El tono de Dagomarus era sarcástico.

Quintilio estuvo a punto de intervenir; esperaba que el legionario reaccionara con agresividad. Para su sorpresa —y quizá también para la de Dagomarus—, su respuesta fue suave, casi amable.

—No, no fue por eso. Mi padre es zapatero. Tiene un taller en Miseno, donde está la flota, así que siempre tiene negocio. Se lo dejará a mi hermano mayor, que trabaja a su lado y además tiene talento para ello. —Atio se encogió de hombros—. A mí me gustaba demasiado beber y meterme en líos. Así que me alisté. Aquí, al menos, me pagan por pelear.

Se detuvo un momento.

—Pero si me preguntas por qué peleo, lo hago por estos —dijo, señalando a sus compañeros—, y por ella. —Hizo un gesto con la cabeza en dirección de Mania—. ¡Ja! ¡Incluso por vosotros, panda de bárbaros que apenas habláis latín! Lucho por los que están a mi lado. Roma está demasiado lejos.

—Eres un sentimental, Atio —le dijo uno de sus camaradas.

—Puede que sí, pero hasta tú, que eres más feo que el culo de una mula, eres más mío que mi propia familia.

—¡Mientras te deba dinero! —respondió el otro con una carcajada —. Además, los culos de las mulas no son tan feos —añadió después de una breve pausa, mientras todos reían a mandíbula batiente, incluso Atio.

La niña gimió en sueños. Las risas cesaron. El Nubio se agachó y la cogió, sin despertarla. Era una escena que, dos días atrás, Quintilio no habría podido imaginar: la criatura de seis años dormida, acunada por los brazos de un gigantesco guerrero que hacía unas horas había estado peleando por su vida. Mientras, los soldados, fijaban su vista en el fuego, ensimismados en sus pensamientos.

—La llevo a la tienda, ¿sí?

—Este no es lugar para una niña pequeña —dijo Murilo, sin dirigirse a nadie en particular.

—No lo es para nadie, pero es lo que hay. Mejor no darle vueltas —respondió Dagomarus.

Quintilio esperó a que el Nubio se marchara antes de aproximarse al grupo. Al verle, los hombres hicieron ademán de levantarse, pero el prefecto les hizo el gesto de que se quedaran sentados.

Se acercó a Dagomarus y le dijo que le acompañara. Mientras se dirigían hacia los establos, le explicó la misión.

—Tienes que llevar este despacho a Aliso. Debes entregárselo a Lucio Cedicio en persona. Si te interroga, cuéntale la verdad sin adornos. No tolera a los estúpidos ni a los mentirosos. Es importante que entienda el peligro que corremos.

Llegaron a los establos. Dagomarus cogió su caballo, un animal castaño oscuro. Se quitó la armadura y el casco, dejándolos apoyados en la pared del establo junto con el escudo y la lanza. Solo volvió a coger el cinturón con su espada, el puñal, la cantimplora y una faltriquera para llevar el despacho.

—Mejor nada que pueda brillar o hacer ruido —explicó Dagomarus, mirándole de reojo.

—Les diré a los esclavos que pongan tu equipo en uno de los carros.

Dagomarus no dijo nada. Se limitó a mirar al prefecto en silencio, con una media sonrisa en la boca, como si se estuviera burlando de él.

Quintilio se movió incómodo. No sabía que pensar de Dagomarus. Era un buen soldado: disciplinado, no se metía en líos, pero los camaradas de su contubernio no buscaban su compañía. No le rechazaban abiertamente, pero tampoco parecían confiar del todo en él. No ayudaba tampoco que el Nubio estuviera convencido de que era un hechicero, o que estaba camino de serlo. Sus ojos, decía, lo delataban.

Pensó que tenía que hablar con el Nubio y ordenarle que dejara de mentar a hechiceros y la magia. Los hombres estaban lo bastante inquietos como para echar más leña al fuego.

Le ayudó a montar y lo acompañó hasta la puerta pretoria, que era la que daba en dirección del río. Los centinelas le franquearon el paso.

—Recuerda, entrega el despacho a Cedicio, en sus propias manos —insistió Quintilio.

Dagomarus asintió, saludó y se marchó. Los guardias cerraron el portón a sus espaldas.

—Va a ser una noche muy larga —musitó mientras intentaba reprimir un bostezo.

7

Las puertas del fuerte se cerraron a su espalda. En el silencio de la noche, el portón sonó como un trueno. O eso le pareció a Dagomarus. El terreno estaba tan blando que los cascos de su caballo no hacía ruido. Se preguntó qué hacía en medio de la noche en los bosques de Germania.

En realidad, Dagomarus no se llamaba Dagomarus, ni tampoco era galo.

Mejor dicho, no sabía si sus padres habían sido galos, germanos, romanos, griegos o cualquiera de las diferentes etnias que podían encontrarse en los callejones del puerto de Ostia, donde prostitutas de todos los países ofrecían sus servicios a marineros, estibadores y soldados. Nunca los había conocido. Debería haber muerto antes de nacer; o cuando nació, o antes de cumplir los dos años. No debería haber sobrevivido hasta convertirse en adulto. Y, sin embargo, aquí estaba, sirviendo en los ejércitos de Roma.

La única «madre» que recordaba era una prostituta egipcia, que solía atender a los marineros de los barcos de grano que venían de Sicilia y Egipto. Nunca supo por qué había decidido criar a un bebé ajeno, que solo era una fuente de problemas. Fueran cuales fueran sus motivos, lo cierto es que le dio comida, cobijo y cariño. Al menos, hasta que un cliente borracho la mató a puñaladas, cuando Dagomarus tenía seis años.

Ese mismo día, el proxeneta de su madre adoptiva quiso venderle en un burdel. Una vez más, la diosa Fortuna le protegió. En vez de un prostíbulo, quien le compró fue un ladrón hispano que había formado un equipo de niños especializado en robos al descuido en el Foro en Roma. Su pequeño tamaño era ideal para los propósitos del Hispano.

—A partir de hoy te llamarás Mus.* Voy a enseñarte a sobrevivir y tú me vas a hacer ganar mucho dinero.

En ambas cosas llevaba razón: Mus aprendió a sobrevivir en los bajos fondos de la ciudad más cruel del mundo e hizo rico al Hispano. Más tarde, cuando creció demasiado para trabajar en la banda, el

Hispano lo vendió al *collegium*[*] que controlaba el barrio. Mus no se lo reprochó: solo eran negocios.

«¡Ah, buenos tiempos, buenos tiempos! Si no fuera por el idiota de Antímaco aún estaría en Roma, disfrutando de la vida en vez de jugándome las pelotas en Germania», pensó.

Antímaco. Hacía años que no se acordaba de aquel *cunnus*. Eran amigos, o todo lo amigos que pueden ser el hijo del jefe y uno de los «gladiadores», como llamaban a los sicarios que se dedicaban a partir cabezas y romper piernas en las peleas callejeras. Fue una riña de borrachos, mientras jugaban a los dados. Nada serio. O no debería haberlo sido.

—¡Eh! ¡Mus! ¡Hijo de una puta egipcia! ¡Estás haciendo trampas! —había gritado Antímaco.

A Mus no le importaba que insultaran a una madre a la que apenas recordaba y que ni siquiera era su madre biológica. Tampoco le importaba realmente que le acusara de hacer trampas. Era normal: estás borracho, vas perdiendo y, aunque sea una cantidad miserable, te jode. Al contrario que Antímaco, Mus estaba sereno. El alcohol no le afectaba como a otros. Podía beber toda la noche y al día siguiente levantarse sin resaca.

Había mirado a Antímaco. A pesar de los gritos, era como si le oyera muy lejos. Veía sus dientes amarillos, llenos de sarro; las gotitas de saliva que saltaban cada vez que decía algo y que alcanzaban a Mus en la cara.

Una regla del *collegium* era que, en el club, en la zona dónde se jugaba y bebía, nadie podía entrar armado. Era una buena política; así, las peleas habituales solo terminaban con un ojo morado o una nariz partida.

Mus había cogido la jarra de vino que estaba en la mesa y la había estrellado en la cara de Antímaco. No se detuvo. Volvió a golpearle. Una y otra vez. Gotas de sangre, trozos de dientes y huesos y algo que podría ser el cerebro de Antímaco le salpicaron.

Alguien intentó cogerle por detrás y apartarlo. Mus se revolvió y le cortó el cuello con el borde roto de la jarra. Cuando vio salir la sangre a presión en un chorro que parecía el de una fuente, Mus se rio como si fuera una broma muy graciosa.

Escapó antes de que los demás patronos reaccionaran.

Intentó ir a su apartamento para coger su puñal y algunos denarios que tenía escondidos, pero nada más llegar vio a dos de los «gladiadores» de Filón, el padre de Antímaco. Tuvo que cambiar de planes. Aguardó a que anocheciera, escondiéndose entre montones de basura. Se apostó en una callejuela cerca de una taberna a la que solían ir los esclavos y trabajadores después de que se pusiera el sol.

Esperó hasta que vio salir a un tipo que había ido a beber sin compañía. Lo siguió durante un rato, hasta que entró en una calle solitaria. Entonces se le acercó por detrás. Le pasó un brazo por el cuello, encajando el codo bajo la barbilla, y con el otro apretó con fuerza. El hombre pataleó, arañando desesperadamente con sus sucias uñas el antebrazo de Mus, pero este mantuvo la presión hasta que dejó de moverse.

Aún respiraba. Mus le retorció el cuello como a una gallina: se oyó un chasquido seco. Las piernas del tipo se agitaron de forma espasmódica, y luego, se detuvieron. Mus arrugó la nariz al oler la orina que se le había escapado al hombre al morir. El tipo no llevaba más que unos pocos ases, que Mus se guardó. Lo que le interesaba era la túnica. La suya estaba sucia de sangre. Llamaba demasiado la atención.

Era consciente de que no se podía quedar en Roma si quería seguir vivo. Abandonar la ciudad le había resultado más difícil de lo que esperaba; no solo por los problemas prácticos de escapar sin ser detectado, sino también por una emoción que Mus no supo cómo interpretar: nostalgia.

«Al menos le he dado una lección a ese imbécil. ¡Si no me hubiera escupido…!», pensó, sonriendo mientras recordaba con placer el

sonido de los huesos de la cara de Antímaco rompiéndose y el gorgoteo de la sangre mientras se ahogaba.

Al amanecer, fue a Ostia. Allí se unió a la tripulación de un mercante con destino a Masilia,* donde conoció a un comerciante galo —el verdadero Dagomarus—, que vendía vino y aceite de Hispania a las legiones en Germania. Le sirvió como guardaespaldas durante dos años, acompañándole en sus viajes. Mus sintió una punzada de remordimiento cuando se vio obligado a matarle después de que le pillara robando, pero era un sacrificio que estaba dispuesto a hacer.

Se unió a la cohorte en Ara Ubiorum,** para escapar de los parientes del comerciante, que andaban buscándole para vengarse. La cohorte acababa de llegar de Iliria y estaban desesperados por conseguir reclutas para cubrir las bajas sufridas, así que no indagaban demasiado en el pasado de los voluntarios. Cuando le preguntaron su nombre para incluirlo en el rol de la cohorte, respondió:

—Dagomarus.

Se rio por lo bajo al recordarlo. Le había parecido una broma estupenda.

Y por toda esa cadena casualidades, se encontraba ahora en medio de la nada, de noche, y rodeado por quién sabe cuántos enemigos dispuestos a matarle.

Dagomarus no creía que fueran fantasmas, ni demonios. Sabía lo que los seres humanos podían hacerse unos a otros. No hacía falta que intervinieran fuerzas sobrenaturales.

Si hubiera podido, habría desertado, pero ahora mismo, regresar a las Galias era igual de peligroso que ir a Aliso y, además, estaban demasiado lejos. Decidió bajar del caballo y conducirlo por las riendas. Tal vez era más lento, pero ofrecería una silueta menos conspicua que si fuera montado. «Un par de millas serán suficientes», se dijo a sí mismo.

A pesar de que la luna estaba en cuarto creciente, no iluminaba lo suficiente como para ver demasiado lejos. Eso jugaba a su favor, ya que sería más difícil que le localizaran. Abandonó el camino y siguió

la ribera. Los árboles y cañaverales que bordeaban el río creaban una zona de sombras en la que sería especialmente difícil que alguien le viera; tendrían que darse de bruces con él para que supieran que estaba ahí. En Roma, cuando emboscaban a las bandas rivales, usaban la penumbra creada por los edificios para moverse sin ser detectados.

El roce de los tallos contra los flancos de su caballo provocaba un ruido que a Dagomarus se le antojaba atronador. En realidad, el ligero viento que agitaba las ramas de los árboles y hacía silbar las hojas, y el rumor de la corriente bastaban para evitar ser oído.

Así que el desafío, que más que un grito era un susurro fuerte, le cayó como un jarro de agua fría.

—*¿Quién vive?*

Aunque Dagomarus no entendía la lengua, el sentido era obvio. Su mano se dirigió de inmediato a la empuñadura de su puñal, pero se detuvo sin sacarlo.

—*¿Quién vive?* —repitió la voz.

Dagomarus se quedó completamente inmóvil. Puso una mano sobre el hocico de su caballo. Estaba debajo de unos robles, en una zona tan oscura que solo alguien con vista de lechuza podría darse cuenta de su presencia. Casi no se atrevía ni a respirar.

Oyó pasos que se acercaban. Debían ser dos hombres. Eran silenciosos, pero no lo suficiente. Sintió que se le aceleraba el pulso. No estaba asustado, sino excitado. Siempre le pasaba antes de una pelea: todos sus sentidos se ponían en alerta y toda su existencia se reducía a este instante. El tiempo se ralentizó hasta arrastrarse.

Los dos enemigos ya no parecían tan silenciosos. Dagomarus podía oírlos perfectamente. Localizó de dónde venía el ruido y pronto vislumbró dos sombras, que se aproximaban hacia su posición. No pudo distinguir sus facciones, pero sí que cada uno de ellos llevaba una lanza en las manos. Todo su cuerpo se puso en tensión, dispuesto a atacar.

—*No hay nadie ¡Vamos!* —dijo la sombra de la izquierda, incorporándose ligeramente.

La otra se quedó quieta, dudando.

—*¡Vamos! ¡Ya!* —insistió la primera, moviendo el brazo en el que llevaba la lanza y señalando hacia dónde habían venido. Por fin, el otro, reacio, le hizo caso y los dos se marcharon.

Dagomarus no se atrevió a respirar hasta que dejó de oírlos. Soltó el aire despacio. Sin embargo, no se permitió el lujo de relajarse. Tenía que eliminar a esos dos centinelas si quería pasar. «Podría intentar cruzar el río a nado e ir por la otra orilla», pensó, «¡pero no sería tan divertido!». Solo si no conseguía localizar a los germanos elegiría esa opción. Contuvo una risita nerviosa.

Ató las riendas del caballo al tronco de un árbol. El animal se quedó tranquilo. Se quitó la túnica y el cinturón y los dejó en la silla. Se quedó el puñal. No quería llevar nada que pudiera entrechocar y delatara su presencia. Se dirigió al río, adentrándose en el agua entre los cañaverales. Si era cuidadoso haría menos ruido siguiendo su curso que intentando infiltrarse entre los arbustos.

El tiempo parecía, de nuevo, avanzar más despacio.

A pesar de la oscuridad, se imaginó que podía observar los detalles más nimios; cada hoja, cada brizna de hierba, incluso los diminutos insectos que se abalanzaban sobre él en cuanto entró en el río, intentando chuparle la sangre. No les prestó atención, estaba concentrado en un único objetivo. Tras recorrer unos cien pasos, regresó a la orilla, justo debajo de un sauce, aprovechando sus raíces, que se hundían en el agua.

Se detuvo.

Por un momento solo pudo escuchar el sonido del viento entre las ramas de los árboles, del agua del río siguiendo la ribera, el molesto zumbido de los mosquitos. Hizo un esfuerzo de voluntad para controlar su impaciencia. Era difícil medir el paso del tiempo. Las picaduras de los insectos eran cada vez más irritantes. No se atrevía a ahuyentarlos a manotazos, por si alguien le veía moverse.

Cuando ya estaba a punto de volver atrás y seguir su primera idea de cruzar el Lupia a nado, escuchó el tenue sonido de una

conversación mantenida en susurros. Sus ojos chispearon con malicia. Empezó a avanzar muy despacio guiándose por el sonido de las voces. Cada vez que callaban, él se detenía, esperando hasta que las oía de nuevo.

Llevaba el puñal en la mano izquierda, pegado al muslo, ocultándolo en la sombra de la pierna para que el reflejo de la luna en el metal no pudiera delatarlo. Durante su época como matón a sueldo del *collegium* aprendió a utilizarlo con ambas manos, lo que siempre desconcertaba a sus oponentes. Le había resultado muy útil en las peleas callejeras.

Vio a los dos centinelas. Estaban uno al lado del otro, vueltos en dirección al campamento romano. Decidió que se aproximaría desde atrás, por su izquierda. De ese modo, el viento, que soplaba desde el frente de los germanos le ayudaría a ocultar su avance, amortiguando el ruido que pudiera hacer, además de su olor corporal.

No llevaban armadura y, aparte de la lanza, tampoco parecía que tuvieran otra arma. Ahora que estaba más cerca se dio cuenta de que apenas eran adultos. Ni siquiera les había crecido la barba. El pelo lo tenían recogido en una especie de moño, a un lado de la cabeza.

«Novatos. Mejor, más fácil», se dijo a sí mismo.

Sin embargo, no se confió. Había visto a demasiados luchadores veteranos morir a manos de guerreros inexpertos. Una lanza en las tripas no discrimina.

Dagomarus se fue acercando muy despacio. Avanzaba apoyando primero el talón en el suelo y luego bajando la punta del pie con cuidado, en un movimiento completamente controlado. Podía notar el esfuerzo en cada músculo de sus piernas.

Estaba a cinco pasos. Demasiado lejos. Todavía tenía que acortar más la distancia.

Otro paso.

Otro.

Se quedó completamente inmóvil, como un depredador preparándose para saltar.

Eso es lo que eran. Presas. Y él era el cazador.

Se le aceleró el pulso. Cerró los ojos. Tenía que vaciar la mente. El placer vendría después.

Cambió el puñal de mano. Decidió acabar primero con el que estaba a la derecha. Se abalanzó sobre él con un movimiento explosivo.

Antes de que cualquiera de los dos centinelas pudiera reaccionar, Dagomarus cogió a su víctima por la frente, echándole la cabeza hacia atrás, mientras lo degollaba de un tajo tan violento que pudo oír como la hoja del puñal rozaba el hueso de la columna. Saltó un chorro de sangre que parecía tinta, mientras el hombre, después de que Dagomarus le diera un empujón, se desplomó retorciéndose antes de quedarse quieto.

Dada la sorpresa, el segundo centinela reaccionó más rápido de lo que cualquiera podría haber esperado, pero no lo bastante. Abrió la boca para gritar; Dagomarus le golpeó en la barbilla con la palma de la mano, de arriba abajo, cerrándosela de un golpe. Los dientes le amputaron un trozo de lengua. La boca se le llenó de sangre, de forma instintiva quiso escupirla.

Antes de que siquiera pudiera hacerlo, notó como una mano le sujetaba firmemente la cabeza por detrás y entonces un dolor imposible de describir le estalló en el vientre. Seguido de otro, y otro, y otro más, hasta que dejó de sentir nada y solo fue capaz de oír a lo lejos, como si estuviera con la cabeza debajo del agua, el repugnante sonido de succión que hacía el puñal al entrar y salir de su cuerpo.

Dagomarus estaba sin aliento. Los dos centinelas habían sido eliminados antes de que pudieran dar la alarma. Contó hasta sesenta en su cabeza. Cuando el único ruido que podía oír era el de su corazón y el del viento, se permitió sentir una oleada de satisfacción tan intensa que se mareó. Quería reír, cantar y saltar de pura alegría.

Miró los cadáveres. No podía demorarse, pero no quería irse sin dejar un «regalo». Clavó en el suelo una de las lanzas de los germanos. Luego se dirigió al cadáver del centinela al que había degollado. Con

una economía de golpes que hubieran sido la envidia de un carnicero profesional terminó de separarle la cabeza del tronco. La cogió con ambas manos y la clavó en la punta de la lanza. Una vez se aseguró de que estaba bien ajustada y que no se caería, le dio un beso en la frente, como hacen las madres con sus hijos al acostarlos.

—Buen chico, buen chico —musitó mientras le acariciaba.

Hizo lo mismo con el otro cadáver. Tenía que darse prisa y marcharse antes de que llegase el relevo de los centinelas que acababa de matar.

Regresó hasta donde estaba su caballo, que mordisqueaba un tallo de cebada silvestre con despreocupación. Dagomarus se vistió y montó en el animal. Más adelante pensaría que debería haber sido más cuidadoso, porque ¿qué habría pasado si hubiera habido más enemigos ocultos? Tuvo suerte y aquellos dos muchachos eran los únicos guardias en esa zona.

Siguió avanzando por la ribera, aprovechando, como antes, las sombras de los árboles. Al cabo de un rato, a su espalda —ya lejanos —, oyó los gritos de los germanos.

«Espero que les haya gustado el regalo», pensó, divertido.

8

La venda, sucia de sangre coagulada, pus y barro tapaba la mitad de la cara del herido. Cayo Postumio, el médico jefe de la guarnición de Aliso, le tomó el pulso: estaba agitado, rápido, como si un ciempiés asustado estuviera corriendo por el interior de sus venas; la piel estaba seca y caliente al tacto.

Lucio Cedicio, prefecto de la fortaleza de Aliso, no necesitaba estudiar medicina para saber que Cayo Estacio, *optio*[*] en la segunda

centuria de la segunda cohorte de la legión Decimoctava se estaba muriendo. La herida desprendía un apestoso hedor a carne podrida.

—Cuatro días. Fueron cuatro días. Al principio… —Estacio intentó tragar saliva, pero no pudo. Empezó a toser.

—¡Agua! ¡Traedle agua! —ordenó Cedicio a uno de los legionarios del retén de guardia.

Este le acercó una cantimplora.

—Es posca rebajada con agua —informó.

Cedicio vio que el médico asentía.

—Vale con ella.

Ayudó a Estacio a beber un trago. Le sujetó la nuca mientras acercaba la cantimplora a sus labios cuarteados. Estaba ardiendo de fiebre. Hubiera preferido dejarle descansar, pero necesitaba saber que había sucedido.

El centenar de legionarios, auxiliares y las dos mujeres que habían alcanzado el fuerte de madrugada conformaban un espectáculo desolador. Heridos, derrotados, exhaustos. Aterrorizados. Solo Estacio, el único oficial en el grupo, había sido capaz de mantener el ánimo, a pesar de su estado. Cedicio no podía evitar admirar su fuerza de voluntad.

Estacio se recostó. La habitación estaba a oscuras. La única luz procedía de las lámparas que sostenían los legionarios. Olía a sangre, heces y podredumbre. Cedicio sintió una oleada de compasión. Era muy joven, más que sus propios hijos, no aparentaba más de veinte años.

—Cayo Estacio, sé que es difícil, pero necesito saber lo que sucedió con el ejército del legado.

Usó un tono formal, autoritario. El médico le miró haciendo un gesto de reproche. El comandante lo ignoró: sabía que el *optio* estaba aguantando por pura fuerza de voluntad. Si el comandante mostraba la lástima que sentía hacia él, podía derrumbarse. Tenía que tratarle como a un hombre sano: le debía eso, como mínimo.

—Sí, sí, prefecto, puedo hablar —respondió Estacio con voz débil.

—Dijiste que fueron cuatro días…

Estacio asintió.

—Al principio, fueron escaramuzas, sin gran importancia. Mi legión estaba en la mitad de la columna. Los ataques sucedieron en la retaguardia, sobre todo contra los civiles. Empezaron al amanecer, poco después de ponernos en marcha. Había algo de neblina; poca, pero no estorbaba. Creo que ya estábamos cruzando el bosque. Recuerdo que había árboles, pero estaban separados. Era un bosque normal, como los de Italia. No parecía de los de aquí.

Cedicio intercambió una mirada con el médico. Estacio hablaba rápido, agitado; era difícil distinguir lo que era recuerdo real de lo que era delirio por la fiebre.

—Nos dejaron en paz a los del medio. Algunos hombres, los que tenían familias en los carros, ¿sabes?, querían ir a la retaguardia de la columna, para saber… —Tragó saliva—. No se lo permitimos, claro. Marco Batiato… era nuestro centurión. Le vi caer el tercer día. Estaba muerto antes de darse cuenta de que le habían herido. No estaba… — Una lágrima le resbaló por el ojo sano.

—¿Qué hizo Batiato? —preguntó Cedicio, conteniendo la impaciencia.

—Puso orden. ¡Tendrías que haberle oído blasfemar! —rio, hasta que le dio otro ataque de tos.

Cedicio le ayudó a beber un poco.

—Estaba preocupado, nos lo dijo. Había servido con Druso. Les tenía respeto a las tribus. «Van a ser días difíciles. Estad atentos y mantened la disciplina. No les deis tiempo a que tengan miedo. Es contagioso. No os confiéis, los germanos saben pelear», decía. Mientras montábamos el campamento, la caballería auxiliar germana desertó. Mataron a tres legionarios y a un centurión de nuestra cohorte antes de huir.

—¿Eran bátavos? ¿Frisones? —preguntó Cedicio.

La guarnición de Aliso incluía un ala de caballería bátava, una cuarta parte de los efectivos presentes. Las tribus germanas eran

independientes unas de otras. Eso no significaba que no traicionaran a sus patrones y se unieran a los rebeldes si se veían en una situación complicada.

Le hubiera gustado que al menos estuvieran bajo el mando de un oficial romano. Sin embargo, el acuerdo entre Quintilio Varo y los jefes bátavos había estipulado que servirían bajo sus propios mandos. En el tiempo que había conocido a Gundiaro, el caudillo bátavo, Cedicio no había podido entender qué pasaba por su cabeza y eso le preocupaba.

—No, no. Queruscos. Los mandaba su jefe, el que siempre andaba con el legado. No recuerdo el nombre...

—¿Arminio?

—No, no, otro. Igual era su hermano.

—Flavus es su hermano, pero lo último que supe de él es que seguía en Roma. Podría haber sido Inguemaro. No nos aprecia demasiado.

—Puede ser. El otro, Arminio, estaba más adelante. También desertó ese mismo día. O a lo mejor fue antes. No estoy seguro.

No pudo continuar hablando. Estaba exhausto. La herida le latía, dolía tanto que le costaba pensar. Estacio sabía cuál era su deber y estaba decidido a cumplirlo hasta el final. Sin embargo, su cuerpo no respondía a las órdenes de su cerebro. Se le nublaba la vista. Intentó hablar, pero se estaba quedando sin fuerzas. Tenía la lengua inflamada.

La puerta se abrió y entró una mujer.

—Es Segiburga —aclaró Cayo Postumio—. Nos ayuda a cuidar de los enfermos. No es muy habladora, pero sabe hacer su trabajo.

Sin mediar palabra, la mujer cogió un taburete y se sentó al lado del camastro del herido. Era una mujer alta, de cabello rubio casi blanco, recogido en una trenza gruesa. Sus ojos eran de un color gris azulado que le recordaban a Cedicio el mar en los días de tormenta. Calculó que debía tener entre veinte y veinticinco años. Sus manos eran grandes, de dedos fuertes y piel cuarteada; manos de quien ha trabajado con ellas toda su vida.

—¡Tú! ¡Ven, dame luz! —ordenó a uno de los legionarios que sostenían las lámparas.

El legionario dudó, hasta que Cedicio asintió con la cabeza, dándole permiso. La mujer le agarró el brazo y estuvo moviéndoselo hasta que se quedó satisfecha.

—No lo muevas, ¿eh? Te estás quieto, ¿entiendes? —Sin esperar la respuesta del legionario, se giró hacia Postumio y, en un tono más respetuoso, dijo—: Necesito agua limpia.

Postumio llamó a un esclavo para que le trajera un cuenco. Cuando volvió, se lo entregó a Segiburga. Esta cogió la cantimplora que llevaba en el cinturón y echó un chorro de vinagre.

—Es bueno para las heridas —explicó, sin dirigirse a nadie en particular.

Muy despacio, humedeciendo la venda incrustada con sangre seca y porquería, fue retirándola hasta dejar la herida al descubierto.

El tajo le cruzaba la cara desde encima de la ceja izquierda hasta la mandíbula. Le había abierto la carne hasta dejar al descubierto los dientes y el hueso del pómulo. Afortunadamente, el ojo no estaba afectado, aunque tenía los párpados tan inflamados que no podía abrirlos. La piel era una mezcla abigarrada de violeta, verde enfermizo y blanco amarillento. Una maraña de capilares, que le daban el aspecto de una araña gigante de finas patas, se extendían desde los márgenes de la herida hacia afuera. El hedor era insoportable.

Centenares de gusanos blanquecinos se alimentaban de la carne en descomposición. Salvo la mujer y el médico, los demás no pudieron evitar las arcadas. Segiburga les lanzó una mirada severa. Todos, incluso el prefecto, hicieron un esfuerzo por contenerse.

—Los gusanos. Son buenos. Creo. —Hizo una pausa—. Ahora hay que quitarlos, pero casi siempre se comen la carne mala —explicó mientras empezaba a retirarlos usando unas pinzas de metal, dejándolos caer en un pequeño cuenco.

Cada vez que las pinzas hacían contacto con la herida, Estacio gemía quedamente, pues apenas estaba consciente. Cedicio querría

haber seguido interrogándole, pero se daba cuenta que era imposible.

Cuando terminó, Segiburga se volvió a los legionarios.

—Tú y tú. Sujetadlo bien. Fuerte. Que no se mueva. Voy a hacerle daño.

Los hombres se acercaron con aprensión. Miraban la herida con gesto de asco, pero no se atrevían a contradecir las órdenes de la germana. Esta indicó a uno de ellos que le sujetara las piernas y el otro los brazos. El legionario que sujetaba la lucerna temblaba por el esfuerzo de sostenerla.

Segiburga colocó un trapo limpio bajo la mandíbula y apretó la herida. Brotó una masa hedionda de pus y sangre. Si no hubiera sido por los legionarios que le tenían sujeto, Estacio habría saltado de la cama, gritando de dolor. La mujer parecía indiferente. Cada vez que el herido se movía, le sujetaba la cabeza con firmeza y, sin inmutarse, continuaba limpiando la herida. De vez en cuando, echaba agua mezclada con vinagre para quitar los restos. Estacio se desmayó.

Cuando quedó satisfecha, sacó una aguja de su faltriquera. La enhebró con un tipo de hilo que Cedicio no conocía.

—Tripa de cerdo. La fabrico yo —explicó Segiburga.

Empezó a coser los bordes de la herida. A pesar de no estar consciente, cada vez que la aguja atravesaba la carne, Estacio volvía a gemir. El dolor estaba más allá de lo que su mente podía comprender. Cuando terminó, Segiburga cortó el resto de hilo con un cuchillito, haciendo un nudo con los extremos. Llevaba varias bolsas de piel colgadas del cinturón. Fue sacando distintas pastas y hierbas, mientras murmuraba en su lengua.

Cedicio pensó que se debía tratar de algún encantamiento para reforzar los efectos. Las fue echando en el cuenco que le había traído el esclavo y las machacó hasta hacer una pasta, que untó en la herida.

—*Stillo, stillo*. Ya está, todo está bien —le susurraba a Estacio mientras le acariciaba la frente—. Puedes vendarla —dijo dirigiéndose a Postumio—, a mí no me quedan. Si descansa, igual vive. Depende de él. Es joven y fuerte, así que puede que sí. Lo sabremos luego.

Se levantó de la silla, recogió sus cosas, incluido el cuenco donde había echado los gusanos, que se retorcían inquietos, y se marchó sin despedirse.

El médico miró a Cedicio.

—La adoptó Hiparco, el médico que estuvo antes que yo —dijo Postumio, sin apartar la vista de la puerta por la que ella había salido —. Dicen que era la única que sobrevivió en su aldea. Le enseñó los fundamentos. Viene, trata a los que damos por desahuciados y se va. No pide más pago que poder comer del rancho del hospital y usar los instrumentos viejos.

Sonreía como un tío lejano que presume de los éxitos de sus sobrinos.

—No causa problemas, así que la dejo hacer y de esa forma yo me puedo ocupar de los que sí se pueden salvar.

—Estacio… ¿vivirá? —preguntó el comandante.

—Como ha dicho ella, no lo sé. Es joven. Si supera la fiebre en las próximas horas, tiene una oportunidad. Si no…

A Cedicio no le hacía falta que terminara de explicarlo.

—Avísame si se despierta.

Se despidió del médico y se marchó seguido por los legionarios del retén.

La estancia quedó casi por completo a oscuras, iluminada por una única lámpara de aceite. La respiración de Estacio era algo más profunda y regular. El médico le tomó el pulso de nuevo. Parecía que el ciempiés se había calmado y ya no corría con tanta prisa.

Lucio Cedicio fue a interrogar a los demás supervivientes, pero estaban en tal estado de aturdimiento que la información que le dieron no era demasiado útil. El relato era inconexo, caótico, tal y como se podía esperar de hombres todavía traumatizados.

No se atrevía a especular sobre el desastre. Aparentemente, el ejército del legado Publio Quintilio Varo había sido aniquilado. Les

habían hostigado durante dos días y al tercero habían atacado en serio. Una de las mujeres aseguraba haber visto a Varo cayendo sobre su espada. Al cuarto día, con las tropas desorganizadas, sin liderazgo y entremezcladas con los civiles, las tribus asaltaron la columna por todos lados. Ahí fue cuándo empezó la matanza en serio. Solo unos pocos lograron escapar. El *optio* Cayo Estacio logró restaurar la disciplina y que se retiraran como un cuerpo coherente de tropas en vez de como una chusma. Caminaron cinco días, sin descanso, hasta llegar a Aliso.

Cedicio no podía perder el tiempo en especulaciones. Su deber era defender Aliso y para ello tenía que asumir que los germanos se habían sublevado y atacado al ejército de Varo. Hasta que no tuviera más pruebas, no aceptaría su destrucción, pero era innegable que había sufrido una derrota y que no podía contar con su apoyo.

Ordenó a los oficiales de las dos liburnas* que estaban anclados en el embarcadero que redoblasen la vigilancia. El barco mercante era otra historia, pertenecía a una compañía comercial afincada en Lutecia,** con una delegación en Ara Ubiorum, desde donde transportaba vino y aceite para las guarniciones del Rhenus y el Lupia. El capitán era un griego de Masilia, pero su tripulación estaba formada por galos y germanos, por lo que no eran de fiar. Tendría que embarcar algunos legionarios para vigilarlos.

Aparte de la flotilla, Cedicio contaba con una cohorte de la legión Decimonovena, que había sido asignada por Varo a la guarnición, los convalecientes de las legiones y auxiliares, que habían estado hospitalizados cuando el ejército de Varo se marchó de Aliso, un ala de auxiliares bátavos y una cohorte de arqueros bajo el mando de un cretense llamado Nearco. En total, pocos más de setecientos legionarios, cuatrocientos jinetes y doscientos arqueros. Los cincuenta hombres que manejaban los escorpiones de las torres completaban la guarnición.

Llamó a los centuriones y al comandante de los bátavos y les explicó la situación. Era vital que supieran como estaban las cosas

antes de que se empezaran a extender rumores. Les ordenó doblar las guardias y estar preparados para cualquier contingencia. Los romanos se mostraron todos estupefactos a la vez que preocupados.

Solo Gundiaro se mantuvo impasible, como si fuera el espectador de una tragedia que estuviera esperando el momento en el que los dioses destruyeran a los protagonistas. Cedicio había clavado en él la mirada cuando contó lo que sabía del ejército de Varo y de la traición de Arminio, pero ni siquiera se inmutó: le devolvió la mirada con gesto de indiferencia.

Le dolía la cabeza. Apenas había dormido un par de horas; sentía el peso de sus cincuenta y tres años, treinta de ellos sirviendo en las legiones. Era en estos momentos cuando pensaba en retirarse e ir a cultivar viñedos en la Campania. Su hijo mayor era centurión en la flota de Miseno y su hija Cedicia no vivía lejos, en Herculano. Podría visitar a sus nietos.

«Después de este mando, pediré el retiro. He servido tiempo más que suficiente. Roma no puede decir que no he sido un buen ciudadano. Quiero llevar las cenizas de mi esposa de vuelta a su tierra. Ya es momento de irnos de aquí», pensó.

Fue a su despacho en el pretorio. Uno de los esclavos, Córax, entró con un cuenco con menestra y un vaso de vino con especias.

—Me manda Antíoco, *domine*. Me dijo que te trajera algo caliente para comer.

—Gracias, Córax. Avisa a Antíoco y dile que venga. Tengo que dictarle unas cartas. Que se dé prisa.

Córax se retiró, dejando a Cedicio a solas. Ni la menestra ni el vino eran gran cosa, pero los tomó con gusto. Hasta que empezó a comer, no había sido consciente del hambre que tenía. Estaba terminando cuando apareció su secretario, Antíoco.

—¡Justo a tiempo, Antíoco! Como de costumbre.

—Gracias, *domine*.

—Bien, bien. Hay que escribir unas cartas. Para el comandante de Castra Vetera, el de Ara Ubiorum y al propio *princeps*. También a su

hijo Tiberio César.

Antíoco no mostró sorpresa. Los rumores, que se extendieron entre la guarnición como un incendio en verano, contaban que el ejército del legado Quintilio Varo había sido destruido. Sacó un estilo y las tablillas de cera para tomar notas. A los prefectos de Castra Vetera y Ara Ubiorum les enviaría las tablillas; al *princeps* y a su hijo, en papiro.

Antes de que Cedicio pudiera empezar a dictarlas, entró Cayo Manilio, el centurión al mando de la guardia, acompañado de un individuo vestido solo con una túnica legionaria.

—Dice ser un mensajero enviado por Sexto Vinicio y Marco Quintilio, que están al mando de una expedición de suministros que salió de Castra Vetera hace dos días —explicó Manilio una vez Cedicio le dio permiso para informar.

—¿Tu nombre? —preguntó el comandante, con sequedad, al hombre que traía Manilio. No quería ser brusco, pero estaba agotado y no tenía paciencia. Le pareció ver la sombra de una sonrisa en la boca del soldado.

—¡Dagomarus, *domine*! ¡Cohorte auxiliar de los cántabros y astures! —contestó el interpelado, cuadrándose y poniendo su mano derecha sobre el pecho.

—Bien, Dagomarus, ¿cuál es el mensaje?

Este sacó unas tablillas. Se las fue a entregar a Cedicio, cuando Antíoco se adelantó e hizo ademán de cogerlas. Dagomarus las apartó.

—Mis órdenes son entregárselas en mano al comandante del fuerte —dijo con insolencia.

Cedicio vio como dos puntos de color aparecían en las mejillas de su secretario, signo seguro de que estaba a punto de explotar.

—Está bien, Antíoco. Solo está cumpliendo órdenes.

Dagomarus le dio las tablillas y empezó a leerlas. Vinicio le explicaba en su informe todo lo sucedido desde que salieron de Castra Vetera, incluidos los detalles de la emboscada.

—¿Es cierto?

—Sí, prefecto. Ayer, antes de la primera guardia, atacaron a nuestras avanzadillas. De treinta y nueve hombres, volvieron catorce.

—¿Eran germanos? ¿De qué tribu?

Dagomarus se encogió de hombros.

—No lo sé, pero maté a dos centinelas y llevaban el pelo recogido en un moño a un lado de la cabeza.

—Podrían ser marcomanos —comentó Manilio

—O brúcteros, también usan ese peinado —añadió Antíoco.

Cedicio suspiró con cansancio. Si eran marcomanos, brúcteros o de alguna de las tribus de la orilla izquierda del Albis,* era más peligroso de lo que había imaginado. Significaba que no eran solo los queruscos los que se habían levantado en armas, sino la mayoría de las tribus entre el Albis y el Rhenus.

Necesitaba más información y la única manera de conseguirla era salir a buscarla. No le cabía duda de que la expedición estaba en peligro, pero de momento tendría que apañárselas con su escolta.

—Está bien, Dagomarus, buen trabajo —dijo Cedicio y volviéndose a Manilio—: Que le den de comer algo y una panoplia completa de caballería. Dile a Gundiaro que prepare a sus bátavos para salir. Que venga a verme.

—¡Prefecto! —saludó Manilio, marchándose junto con el auxiliar galo.

Cedicio se había sentido incómodo delante de Dagomarus y no sabía por qué. Se frotó las sienes.

—*Domine*, ¿las cartas? —le recordó Antíoco.

Cedicio había olvidado su presencia.

—Cierto, ¡las cartas!

En ese momento, se abrió la puerta y entró Gundiaro. Con un gruñido ininteligible como saludo, cogió una silla y se sentó sin más ceremonia. Se quedó mirando a Cedicio fijamente. Ninguno de los dos dijo nada durante unos instantes que se antojaron eternos al comandante de Aliso.

—Vamos a salir a cazar queruscos —dijo Cedicio, por fin.

Gundiaro asintió.

—Bien.

—Veremos si tú y tus hombres valéis lo que decís que valéis.

—Veremos —respondió lacónico.

Se levantó y se marchó sin despedirse. Antíoco y Cedicio volvieron a quedarse a solas.

—¿Empezamos con las cartas, *domine*?

Lucio Cedicio sintió que le volvía el dolor de cabeza.

—Está bien. La primera para Tiberio César, de Lucio Cedicio, *praefectus castrorum* de Aliso. Salud.

9

Iniciaron la marcha al final de la cuarta guardia, antes del amanecer. El horizonte era un cielo abigarrado que combinaba azules casi negros y púrpuras que iban degradándose hacia naranjas y amarillos, según la aurora daba paso al día. La niebla matutina era tan densa que desde las torres de vigilancia el bosque había parecido que estaba flotando en un mar de espuma. En el cielo podían observarse las bandadas de gansos volando hacia el sur, huyendo del invierno, en sus características formaciones en V.

—Es un buen augurio —dijo un legionario de la Quinta *Alaudae*.

—No, al revés. Nos están diciendo que vamos por el camino equivocado, que tenemos que ir hacia al sur —le respondió su camarada.

Publio Celio les hizo callar con un golpe de su vara en el casco.

Una garza caminaba tranquilamente entre los cañaverales del Lupia, cazando ranas. El ruido de los carros y el entrechocar de las armaduras, cinturones y vainas le hizo levantar la cabeza. Por un momento, Marco Quintilio se imaginó que estaba mirándole a él en

particular, reprochándole la barahúnda que le ahuyentaba la caza. Las libélulas más madrugadoras empezaban a desperezarse con su característico zumbido, bajando hasta casi rozar las tranquilas aguas del río en busca de alimento.

Las dos primeras millas de la marcha transcurrieron sin incidentes. Detrás de un suave repecho encontraron el primer aviso de que la calma no iba a durar mucho. Colocadas en hileras, a ambos lados del camino, estaban clavadas las cabezas de los bátavos y los exploradores que los germanos habían matado en la emboscada del día anterior. Los cuervos que las estaban picoteando salieron volando al ver aparecer a la columna. Graznaron irritados por la interrupción.

Quintilio sintió un escalofrío. Estaban mutiladas brutalmente: sin ojos, sin labios, sin nariz, con la lengua amputada. Centenares de moscas se posaban en las heridas abiertas, mientras otras zumbaban a su alrededor. Empezaban a desprender el olor dulzón característico de la carne muerta.

El prefecto creyó reconocer a Demetrio, pero era difícil distinguirlos a unos de otros. Esta vez, al contrario que con el cadáver de Laberio, no era una advertencia, sino una promesa: «esto es lo que os espera, romanos».

Un momento después se unieron Sexto Vinicio y Celio, que se quedaron mirando fijamente los macabros trofeos.

—¿Los bajamos, tribuno? —preguntó el centurión.

—No, que los hombres las vean. Que sepan a qué nos enfrentamos —respondió Vinicio con frialdad.

Quintilio no estaba seguro de que fuera una buena idea, pero le bastó echar un vistazo a Vinicio para saber que no iba a tolerar ninguna discusión. No ahora, no en este caso. No estaba asustado, comprendió, sino furioso: quería contagiar esa furia a sus soldados.

Poco después de dejar atrás los macabros trofeos empezaron los ataques. Con apenas cinco hombres, el destacamento de Murilo no podía cubrir toda la columna, así que los germanos pudieron

infiltrarse hasta estar a solo una docena de pasos de la centuria de auxiliares que cubría el flanco del camino.

De repente cayó sobre ellos una lluvia de proyectiles, hiriendo levemente a dos hombres. El resto reaccionó con rapidez, retirándose hacia la columna y formando una muralla de escudos. La caravana se detuvo inmediatamente. Las tropas se desplegaron, listas para hacer frente a la amenaza. Sin embargo, los germanos no se acercaron a las líneas romanas, limitándose a disparar desde lejos.

Quintilio vio una oportunidad.

—¡Bodo! Lleva a la caballería hacia el final de la columna, por detrás de los carros. Úsalos para que no os vean. Manda un mensajero a Murilo y dile que se una con sus hombres a la *turma* de Níger.

Se volvió hacia Avinoam, que hacía las veces de su ayudante:

—Ve a Vinicio e infórmale que voy a atacar al enemigo con los cántabros.

Quintilio clavó los talones en los ijares de su caballo y galopó para unirse a sus hombres. Tan pronto como los tuvo a todos reunidos, impartió las órdenes:

—Las *turmae* de Cestio y Abilio, en primera línea; las de Níger y Arno, veinte pasos atrás, como reserva. Yo mando la primera línea, tú la segunda, ¿entendido? —dijo a Bodo.

—Tú atacas con Cestio y Abilio y yo os cubro las espaldas con Níger y Arno. Entendido —confirmó el cántabro.

Colocó a sus hombres en posición. Quintilio comprobó que los germanos no se hubieran dado cuenta del peligro. Podía escuchar el bombeo de su propia sangre; por fuera parecía impasible, pero por dentro sentía como si el corazón estuviera a punto de escapar del pecho.

Desenvainó su espada, levantó el brazo y lo dejó caer.

Sesenta hombres clavaron los talones en sus animales y empezaron el avance. Quintilio iba algo por delante, sirviendo de guía para las dos *turmae*; al paso, empapado de sudor. Todavía no era el momento de acelerar. Tenía que calcularlo a la perfección. El enemigo seguía

hostigando a la línea romana. Podía ver cómo un par de guerreros avanzaban, lanzaban sus jabalinas y volvían a la carrera hacia sus propias filas.

Levantó la espada hasta dejarla paralela a la cabeza de su caballo. Puso al animal al trote. Un guerrero enemigo los vio llegar cuando estaban a menos de cien pasos. Quintilio pudo ver su cara de sorpresa, dando paso al miedo. No esperó a que los cántabros se acercaran más y huyó.

El pánico se extendió entre los germanos. Solo entonces, cuando los vio empezar a huir, Quintilio dio la orden de cargar.

Puso el caballo al galope. La sensación era embriagadora. Aullaba como un poseído, gritando incoherencias. Era como estar borracho: no hay nada más excitante para un jinete que ver a un enemigo a pie huyendo. Empezó a reír a carcajadas. Vio la cabeza de un germano y lanzó un golpe con la espada. Sintió en su brazo como conectaba, pero antes de poder comprobar si lo había herido, ya había pasado de largo.

A su izquierda, Cestio ensartó su lanza en un germano al que se le había soltado el moño y llevaba la cabellera suelta. El choque estuvo a punto de derribar al jinete, pero arrojó la lanza, que se partió, y la silla absorbió el impacto, evitando que fuera desarzonado. Quintilio echó la vista atrás y pudo ver al guerrero enemigo retorciéndose en el suelo, con el trozo de lanza clavado en su espalda. Tiró de las riendas de su caballo, obligándolo a reducir el paso. Sin necesidad de dar ninguna orden, sus hombres también se fueron deteniendo.

El *cornicen*,* que estaba con Bodo, tocó la señal de reagruparse. Mientras los hombres de las dos *turmae* que habían lanzado la carga iban formando de nuevo, Bodo avanzó con las otras dos, cubriendo la maniobra de cualquier posible contraataque. No era necesario: de momento, los germanos habían perdido las ganas de pelear.

Contaron una docena de muertos, más los que habrían quedado ocultos entre la maleza. A Quintilio le hubiera gustado poder capturar algún prisionero, pero los únicos tres heridos que encontraron estaban

moribundos, todos muy jóvenes. Los remataron donde los encontraron. Los cántabros no habían sufrido más que un par de heridos leves.

Cogió su cantimplora y le dio un largo trago. Estaba sediento. Después de las lluvias del día pasado, hacía un glorioso día de finales de verano. El cielo estaba despejado y el sol ya apretaba con fuerza, secando el suelo embarrado por las lluvias del día anterior.

Vinicio estaba exultante.

—¡Bien hecho, Marco Quintilio! ¡Brillante carga! ¡Brillante! —le felicitó efusivamente.

A Quintilio le llamó la atención que lo hacía sin reservas. No estaba siendo sarcástico, ni se apreciaba nada de envidia. Vinicio estaba genuinamente satisfecho con el resultado de la acción. Lo que no entendía era porqué él mismo no estaba contento. Una vez pasada la euforia de la carga, se dio cuenta de que no compartía la alegría de Vinicio. Tampoco Bodo y Celio, los dos oficiales más veteranos, parecían contentos. El primipilo de la *Alaudae* fue quien lo verbalizó:

—Ha sido un espectáculo, sin duda; pero llevamos un buen rato parados. Si esto se repite, hoy tampoco llegaremos a Aliso.

A su lado, Bodo asintió, mostrando su acuerdo. El comentario de Celio enfrió el entusiasmo de Vinicio, que volvió a su puesto de mando al frente de la caravana con gesto preocupado. Quintilio tenía que reconocer que, a pesar de su soberbia, Vinicio era un oficial concienzudo que aprendía rápido.

La observación de Celio había sido acertada. Los germanos lanzaron cinco ataques antes de que el sol hubiera llegado siquiera a su cénit, matando a un auxiliar y a un esclavo, e hiriendo a dos legionarios. En cada ocasión, la expedición se veía obligada a detenerse hasta que aparecía la caballería cántabra y ahuyentaba a los atacantes.

—En cuanto nos ven, desaparecen —se quejó Arno, uno de los exploradores.

Tanto los hombres como los caballos acusaban el cansancio. Sus reacciones eran cada vez más lentas. Fuera quien fuera el jefe enemigo había aprendido la lección, y esa era una mala noticia.

Bodo se quitó el casco y se enjuagó la frente con un poco de agua. Apenas a treinta pasos a su derecha brillaban las aguas del Lupia.

—Tenemos que abrevar a los caballos, *domine* —dijo mirando a Quintilio—. Están sedientos y agotados.

Los flancos de su ruano estaban blancos de sudor, lo mismo que los del castaño de Marco. Ambos habían desmontado y los llevaban de las riendas, para darles un respiro.

—No podemos detenernos. No por el momento. Estamos muy retrasados y no sabemos cuántas sorpresas nos tienen preparadas —respondió Quintilio.

—No lo consigo entender, *domine*. Hemos pasado por zonas en las que podrían haberse emboscado al lado del camino. Sin embargo, se limitan a lanzar unos cuantos proyectiles y se retiran de inmediato.

—Eso es porque le han cogido miedo a nuestra caballería. No…

El prefecto se detuvo al ver que Bodo negaba con la cabeza enfáticamente.

—No, no creo que sea la razón —contestó el cántabro—. ¿Por qué no aprovechan los bosques que llegan hasta la vereda? Ahí no podemos entrar con los caballos; pero tampoco lo hacen. Amagan, nos obligan a pararnos y se esfuman.

—Está claro que quieren retrasar la marcha todo lo posible —respondió Quintilio pensativo—. Pero ¿por qué?

—Si yo fuera el comandante enemigo y solo tuviera unos pocos guerreros jóvenes a mi disposición, pero supiera que están llegando refuerzos masivos que me permitirán aplastar a los romanos, esto es exactamente lo que estaría haciendo —dijo Bodo.

No apartó la mirada de Quintilio. Normalmente, no estaría escudriñando el paisaje en busca de amenazas; el que clavara los ojos en el prefecto era la prueba más convincente de lo seguro que estaba en la validez de su hipótesis.

—Es como la trampa dialéctica de un sofista: si nos detenemos, les hacemos el juego a nuestros enemigos; y si continuamos la marcha, agotamos a los caballos. ¡Y también les viene bien! —Quintilio soltó una carcajada sarcástica.

—No sé quién es ese tal Sofista, no me suena que sea de la cohorte —masculló Bodo para su coleto.

Quintilio se rio. Sabía que Bodo estaba siendo deliberadamente obtuso como forma de expresar su malhumor sin ser insolente con su superior. Era consciente de que el veterano tenía razón.

Se le ocurrió una solución temporal al problema. Si no podían detenerse e ir al Lupia para refrescar a los animales, tendrían que llevar el Lupia a estos.

—¡Nubio, ven! ¡Tengo un trabajo para ti! —llamó al enorme auxiliar haciendo gestos con la mano.

El Nubio se sintió satisfecho de que por fin pudiera hacer algo más que cabalgar de un lado a otro de la caravana. Había intentado convencer a Murilo de que le dejase explorar por su cuenta, pero este se lo prohibió terminantemente. Tampoco le había dejado unirse a la carga, a pesar de la mirada implorante del Nubio. Comprendía las razones de Murilo: con tantos hombres perdidos, no quería arriesgar más vidas sin una buena causa, pero él se estaba aburriendo a muerte.

Al principio, los parloteos de Mania le habían servido de distracción, pero después del primer ataque la niña se hizo un ovillo en el carro, se metió el pulgar en la boca y no volvió a decir palabra. El Nubio le acarició la cabecita hasta que se quedó dormida. No podía hacer nada por ella y eso le frustraba.

Así que el que el prefecto le diera algo que hacer, le llenó de felicidad.

—¡*Domine*! —saludó sonriendo.

—No te muestres tan contento, que no es nada complicado —le regañó Quintilio—. Coge a los esclavos de la cohorte, todas las mulas que puedas y los odres de abrevar a los caballos. Ve a la orilla y los llenas —volviéndose a Bodo, añadió—: Que lo hagan por turnos.

Primero la *turma* de Níger, luego la de Arno, la de Cestio y por último la de Abilio. Estad atentos: los germanos no se han acercado por el río, pero no sabemos si lo intentarán.

Nada más terminar de impartir las instrucciones, pudieron oír un tumulto hacia la vanguardia del convoy se volvió a oír una algarabía de gritos. Los carros se detuvieron. Los hombres empezaron a formar antes siquiera de que los centuriones diesen las órdenes. Quintilio vio que, a algunos, a los más jóvenes, les costaba levantar el escudo. El cansancio estaba haciendo mella también entre la infantería.

—¡Cestio! ¡Abilio! ¡Conmigo! —llamó.

Se puso su caballo al trote, seguido por las dos *turmae*. Las otras dos se quedaron atrás con Bodo, en reserva.

El sol refulgía en los cascos, lanzando destellos de las puntas de las lanzas. El calor era sofocante. Bodo bebió un trago. Tenía los músculos tan fatigados, que le temblaban los brazos, haciendo que se derramara parte del agua. Ordenó a sus dos *turmae* que desmontasen, mientras esperaban a que llegase el Nubio con la aguada. Los hombres se sentaron entre la hierba, perdidos en sus propios pensamientos.

Aun no era mediodía.

10

Murilo miró hacia el río con deseo.

—Si pudiera… —musitó.

Ansiaba poder quitarse la armadura y la túnica, que el sudor pegaba a su piel. Tenía rozaduras en los sobacos y en las ingles que estaban casi en carne viva. Quería meterse en el agua, limpiar la mugre y aliviar el calor. Le molestaba el casco, el asta de su lanza pesaba como el tronco de un árbol; levantar el escudo para colgarlo en el arzón le costó un esfuerzo sobrehumano.

Su ruano no estaba mucho mejor que él. Respiraba agitado, las fosas nasales no se le cerraban del todo; tenía la lengua fuera y una hilera de baba espesa le colgaba de la comisura de la boca. Había desmontado para dejarle descansar, pero, aun así, al ponerle la mano en la grupa, notó como le temblaban los músculos. Por suerte, la herida recibida en la emboscada del día anterior era superficial. El resto de los animales de la *turma* estaban igual de agotados.

—Como mucho, les quedan un par de cargas —oyó comentar a uno de los jinetes.

—Si son tantas —respondió su camarada—, Céler no tiene ni una; si nos obligan a cargar de nuevo, va a reventar.

Murilo pensó que tenían razón. Los animales estaban al límite. Para que se recuperasen, solo hacía falta alimentarlos y dejarlos descansar un par de horas. Pero ¿de dónde iban a sacarlas? Con todos los retrasos acumulados, no llegarían a Aliso antes del anochecer.

Le llamó la atención que el jinete le hubiera puesto nombre a su caballo. Céler. El suyo no tenía nombre. Un veterano le había dicho que era una mala idea ponérselo:

—Llámalo caballo. No te encariñes con nada en el ejército. Esta vida es dura para los hombres, pero es peor aún para los animales.

Murilo le había visto morir desangrado después de que un ilirio le clavase su jabalina en la ingle, en la emboscada en Akroliso.

«Lo peor es que ni siquiera sé qué hago aquí. ¿Quién me mandaría meterme en esto?», se preguntó a sí mismo, frustrado, intentando recordar por qué se había alistado para servir a Roma. Tal vez es que le había parecido excitante, una aventura. La promesa de gloria y botín fueron una tentación irresistible para un chico de dieciséis años, harto de ver siempre los mismos valles y las mismas montañas.

Su padre se lo tomó con resignación. Él había combatido contra Roma y conocía su poder, así que creyó que sería una buena idea que su hijo se alistase en el ejército romano. Era una oportunidad de mejorar su posición en la vida.

Su madre, en cambio, no le había dirigido la palabra hasta la mañana en la que partió, con otros dos jóvenes de la aldea, para unirse a la cohorte cántabra que los romanos estaban formando en Segisama. La encontró en el camino, en una encrucijada. Recordaba la niebla y el frío. Le estaba esperando: muy seria, muy seca, aunque tenía los ojos enrojecidos. Sin mediar palabra, le entregó un hatillo con un queso, una aguja de coser —que todavía conservaba— y una cantimplora que había curtido ella misma.

En un inusual gesto de cariño, le acarició la mejilla y le dijo:

—Vuelve.

Nada más. Luego había regresado a su aldea sin mirar atrás. Como cada vez que revivía aquella memoria, Murilo sintió un nudo en la garganta. Habían pasado siete años desde entonces y no sabía si su madre seguía viva.

Los valles, las montañas, los ríos y los bosques de su tierra ya no se le antojaban tan aburridos. El adolescente que fue a servir a Roma con la cabeza llena de sueños de gloria no era el mismo que ahora sentía el sudor bajando por su espalda, en un maldito bosque de Germania.

Murilo salió de su ensimismamiento con un sobresalto cuando oyó el sonido grave de las tubas de los *cornicines* dando la señal de detener la marcha. Los hombres se pararon sin romper filas, apoyando sus escudos en el suelo y reclinándose en ellos para descansar las piernas.

Vio aparecer a Sexto Vinicio cabalgando hasta ponerse a la altura del prefecto de la cohorte. No desmontó para hablar con él, obligándole a levantar la mirada. Murilo estaba demasiado lejos para oír lo que decían, pero por los gestos de Quintilio daba la impresión de que estaban discutiendo. Al final, le vio asentir con aire resignado.

Vinicio saludó y volvió a la cabeza de la caravana.

Algunos soldados sacaron sus cantimploras para beber. Los oficiales recorrieron las filas recordándoles que nadie tenía permiso para abandonar la formación; quien lo hiciera sería castigado con diez latigazos.

Uno de los legionarios hizo ademán de quitarse el casco, lo que le valió un golpe del *optio* de su centuria con la contera de la lanza.

—¡¿Acaso te he dicho que te quites el casco?! ¡Póntelo y no se te ocurra tener ideas propias! ¡Ya pienso yo por ti! —le gritó.

Algún gracioso masculló en voz lo bastante alta como para ser oído:

—Pensar, dice…

Los hombres se rieron por lo bajo. El *optio* se volvió enfurecido:

—¿Quién ha sido? ¡¿Quién ha sido?! ¡Va a estar limpiando letrinas con la lengua hasta que el *garum* le sepa a mierda!

Como nadie dijo nada, siguió blasfemando y amenazándoles con castigos cada vez más ingeniosos e imposibles. Murilo podía ver la sombra de la sonrisa en las comisuras de su boca. Su pequeña charada había distraído a los hombres de la amenaza de los germanos, del calor y la sed.

—¡Abilio! ¡Murilo! —oyó que les llamaba Quintilio.

Murilo dejó su caballo a cargo de uno de sus hombres y se acercó al prefecto. Abilio le entregó las riendas de su caballo a su duplicario* y se reunió con ellos.

—Hay un arroyo ahí delante —les explicó señalando en dirección a la cabecera de la expedición—. El problema es que no hay un puente, no tenemos tiempo de construir uno y el arroyo va más crecido de lo que debería ser normal en estas fechas, probablemente por las lluvias de ayer. Hay un vado, pero no sabemos si es franqueable por los carros, así que el plan es que lo crucéis y organicéis la defensa de la orilla opuesta, por si acaso.

—¿Podemos dejar descansar a los animales cuando crucemos, *domine*? —preguntó Abilio.

—Sí, hacedlo por rotación; que siempre esté lista una *turma*, como mínimo.

—¿Ha dicho el tribuno si debemos esperar que haya enemigos al otro lado? —inquirió Murilo.

—No es probable, pero no hace falta que os diga que muchas cosas que parecían improbables hace dos días, ahora son normales.

El prefecto montó en su caballo y partió hacia la vanguardia, donde ya debían estar las *turmae* de Cestio y Arno.

Abilio dio orden de montar a sus hombres y partió de inmediato. Unos instantes después, Murilo vio pasar a la turma de Níger, que había estado apoyando a la retaguardia. A él todavía le faltaba por encontrar al Nubio y a Tito. Rusilo estaba con los heridos, así que tendría que prescindir de él por el momento.

Vio aparecer al destacamento del Nubio con una reata de mulas cargadas con odres de agua.

—¡Eh, Nubio! ¡Deja eso y coge tus armas! ¡Tenemos trabajo! —le gritó.

—¡Ja! ¡Por fin! —exclamó el Nubio, que con más rapidez de lo que era decoroso le pasó el mando de la aguada al bátavo que hacía las veces de segundo y se marchó a buscar sus armas.

Al cabo de un rato apareció llevando de la mano a Mania, que iba andando a su lado con pequeños pasitos.

—No te preocupes, *domine*, que la llevo conmigo y la dejo en uno de los carros de delante, ¿sí? Así me ve y no se asusta —le dijo antes de que Murilo pudiera abrir la boca.

Murilo miró a la niña, que le devolvió la mirada clavando sus ojos en el cántabro. Muy despacio se quitó el dedo de la boca y agarró con sus dos manitas la del Nubio; giró la cabeza y apoyó la frente en la manaza del explorador.

—*Tiene miedo. Como tú. Pero ella es una niña de seis años, no un cobarde que dejó morir a sus camaradas para salvarse él*— le susurró una voz que parecía hablarle directamente en el oído.

Miró por el rabillo del ojo.

Esta vez era Ibago. Tenía la piel grisácea y le faltaba la mitad de la cara, arrancada de cuajo por una falce tracia; un hilo de sangre oscura le caía del único agujero de la nariz que le quedaba, hasta llegar a los

labios; una lengua tumefacta, de un color violeta casi negro, salió disparada de repente y la lamió.

Murilo sintió como se le ponían los pelos de punta.

Haciendo un esfuerzo miró al Nubio, intentando fingir que no pasaba nada.

—Está bien, pero solo hasta los carros de vanguardia. Luego la tienes que dejar, aunque llore, ¿estamos? Adónde vamos no es lugar para una niña.

El Nubio le devolvió la mirada muy serio y, sin decir nada, levantó a la niña en brazos y se dirigió hacia donde tenían los caballos. Murilo le vio montar y poner a Mania delante de él.

—*Lo sabe. Él también puede verme. No le puedes engañar* —le dijo Ibago riéndose con un gorgoteo repugnante.

Murilo no le hizo caso y montó en su caballo.

El cielo se oscureció. Los árboles se resecaron, adquiriendo formas grotescas. La hierba se agostó, muriendo delante de sus ojos. Las sombras se acercaron, extendiendo brazos esqueléticos de piel tan pálida que era casi transparente. Su corazón latía desbocado.

—¡*Domine*! ¡*Domine*! ¡Murilo! —oía que le llamaban desde lejos.

—¡¡Murilo!!

Unas manos, negras, sudorosas, cálidas, le cogieron de los hombros y le zarandearon.

El cielo recuperó a su color normal y el sol brilló con la intensidad del mediodía. Las hojas de los árboles volvían a ser una mezcla de colores, propias de los últimos días del verano. La hierba retornó a su color normal, un vibrante verde en el que todavía se podía oler la lluvia del día anterior. Murilo parpadeó, sorprendido.

El Nubio estaba delante de él, mirándole fijamente a los ojos. La niña, sentada en su regazo, escondió su cabeza en el pecho del explorador.

—No es nada, solo una distracción. No he dormido suficiente. ¡Aunque ninguno lo hemos hecho, ¡ja, ja, ja! —dijo Murilo con una risa forzada, que sonó hueca incluso a sus propios oídos.

El Nubio negó con la cabeza.

—Por favor, Nubio, no digas nada; es temporal, ya ha pasado —le suplicó.

En vez de responder, el Nubio rebuscó en su faltriquera y sacó una bolsita de cuero con una cinta para colgarla del cuello. Se la puso en la mano libre.

—Toma. Te servirá por ahora. Es un buen hechizo, aunque se gasta rápido y vas a necesitar algo más potente más adelante. Buscaré los ingredientes para prepararlo.

—Gracias —musitó Murilo, mientras se quitaba el casco para colgarse el amuleto.

Hicieron en silencio la corta marcha hasta el frente de la columna.

El Nubio estaba preocupado. Estaba seguro de que la sombra que vio antes era un hechizo muy poderoso. Le había dado uno de sus amuletos más eficaces, aunque no sabía si serviría. Debía vigilarlo.

El jefe de su aldea, hacía muchos años, cuando todavía era un niño, les había advertido a él y a los demás muchachos que tuvieran mucho cuidado con los hechiceros:

—A veces los que están bajo el control de un hechicero se vuelven peligrosos para todos, porque no pueden resistir las órdenes de matar, de lanzar mal de ojo o de hacer que muera el ganado.

—¿Y qué pasa si conocemos a alguien que está bajo el control de un hechicero? —preguntó uno de los chicos.

El jefe había respondido inmediatamente:

—Matarlos. No hay otra solución.

Murilo cabalgaba delante de él. La sombra no era visible, así que el Nubio decidió que todavía podía esperar.

11

Mania le miró a los ojos.

—¿Vas a volver? ¿No me vas a dejar sola?

La niña hablaba una mezcla de latín y las lenguas de los bárbaros, pero el Nubio no tenía dificultades para entenderla.

—Tú te quedas en el carro y yo luego vuelvo a buscarte, ¿sí? Un rato y nada más.

—¿Vas a cazar a los monstruos?

—Sí. Y les voy a quitar los dientes y hacer un amuleto con ellos para ti y que así no les vuelvas a tener miedo.

La niña sonrió. No sabía a qué se refería con eso de quitarles los dientes. Podía ser para que no pudieran comer y se murieran de hambre. A Mania no le importaba si no comían nunca más.

Su familia había muerto asesinada por los monstruos; ella había conseguido escapar gracias a que su padre empujó al que la tenía sujeta. Corrió sin mirar atrás, sin prestar atención a las zarzas que habían arañado su cuerpo y destrozado su vestido; sin volver la vista hacia las sombras que la perseguían.

Aterrorizada se escondió debajo de las raíces de un roble gigantesco, que sobresalían del suelo apenas lo suficiente para que una niña pequeña pudiera usarlas como escondrijo. Fue allí donde la encontró el Nubio. Quiso gritar cuando le vio, creyendo que era un espíritu de los bosques, pero el Nubio le había tapado la boca. El enorme soldado le habló en una lengua extraña, que Mania no entendía, pero su voz tranquila hizo que se fuera relajando poco a poco.

Era el único del que se fiaba. Los demás le daban miedo, pero él no, que a pesar de su tamaño era casi tan delicado con ella como lo había sido su madre cuando la cogía en brazos.

El Nubio le acarició la cabeza antes de dar la vuelta a su caballo y reunirse con los demás. Mania los vio desde el carro como se introducían en el arroyo. Las aguas iban crecidas, haciendo una pequeña cascada en las rocas por debajo del vado. Tuvo que contener

las lágrimas. Su madre se lo había dicho muchas veces a sus hermanos mayores:

—Cuidado con el río cuando va crecido, que os podéis ahogar.

¿Y si el gigante negro se ahogaba y se volvía a quedar sola? «Cuando vuelva, se lo voy a explicar y así no se ahogará», pensó Mania.

Los exploradores entraron en el agua y empezaron a cruzar el arroyo con precaución. A la mitad del cruce, el agua les llegaba justo un poco por encima de los corvejones, aunque no siguió subiendo y pronto estaban en la otra orilla. Inmediatamente, les siguió el resto de la caballería.

—No te preocupes ¡Ese negro es inmortal! —le dijo uno de los dos hombres que iban en el carro, riéndose.

Mania lo reconoció como uno de los compañeros del Nubio. Los había visto llegar juntos. La chiquilla se había despertado cuando entraron en la tienda. No se acordaba de su nombre. El hombre estaba herido en un brazo y no podía moverlo. Ella no le respondió.

Solo conocía al Nubio, así que había decidido no hablar con los demás. Por si acaso. Además, su acento era tan cerrado que Mania ni siquiera sabía si le estaba hablando a ella o al conductor, un hombre taciturno que ni siquiera la había mirado cuando el Nubio la dejó en el carro.

El hombre agitó las riendas y el vehículo empezó a moverse.

Mania, que se había puesto en pie para intentar ver qué pasaba por delante, se cayó de culo, dándose un golpe en la cabeza. Fue tan doloroso que quiso echarse a llorar. Sin embargo, no había nadie que pudiera consolarla. Cuando se hacía daño, su padre le solía decir que una romana tiene que aprender a aguantarse, así que ella se tragaba el llanto hasta que su madre la cogía en brazos y entonces, ya tranquila, aprovechaba para llorar; pero su madre ya no estaba.

Se levantó, teniendo esta vez cuidado de sujetarse a uno de los laterales del carro. Los vehículos empezaron a cruzar el arroyo. Sonrió con timidez al ver los arcoíris que hacían las ruedas al salpicar el agua.

Se distrajo un momento tocándose el chichón que le estaba saliendo donde se había dado el golpe, y por eso no vio como en mitad del arroyo uno de los vehículos perdía una rueda, quedando atascado. Los carros que estaban detrás se detuvieron con una ligera sacudida. Mania se tambaleó, apretando las manitas para no caerse.

—¡Vaya! ¡Se ha roto uno de los carros! ¡Y en mitad del río! —dijo el que estaba herido. El otro hombre se limitó a gruñir.

—¡Ja! ¡Ahí va Vinicio! Está enfadado. ¡Seguro que quiere crucificar al desgraciado que lo conduce! —dijo riéndose a carcajadas mientras observaba los gestos del tribuno en mitad del arroyo—. ¡Le deben de estar sangrando los oídos!

El hombre se calló de repente. Su compañero le miró con curiosidad.

—¿Qué pasa?

—¡Silencio! ¡Escucha! —dijo llevándose un dedo a los labios.

Los dos hombres dejaron de prestar atención a lo que pasaba en el arroyo, poniéndose en estado de alerta como perros pastores que intuyen la presencia de los lobos.

Primero escucharon los cuernos y las trompetas; luego, las voces y el choque rítmico de las armas golpeando los escudos. El lindero de los bosques se encontraba a unos quinientos pasos del cruce. Vieron aparecer fila tras fila de guerreros, en una masa de apariencia desordenada. Miles de gargantas estallaron en cantos de guerra, cada banda el suyo propio, creando una cacofonía de ruido abrumador.

Los centuriones formaron a los legionarios y auxiliares, preparando la defensa de la caravana. Lo que no contaron fue con el pánico de los conductores. La mayoría eran esclavos, muchos de ellos germanos, tal vez incluso con familiares entre las tribus que se preparaban para avanzar.

El grito se oyó claramente, primero en latín, luego en galo y por último en germano.

—¡Nos van a matar a todos! ¡Huid! ¡Salvaos!

El miedo se extendió como un incendio. Los conductores de los carros abandonaron sus puestos, corriendo unos hacia el vado, otros simplemente intentándose alejar del convoy, sin fijarse en qué dirección lo hacían. Los oficiales intentaban calmarlos, pero en vano. Los soldados mantenían la disciplina, pero su confusión era evidente.

Mania vio como un hombre calvo, de piel muy morena, se metía en el arroyo sin mirar, perdía el pie y era arrastrado por la corriente. Estaba temblando. No quería mirar atrás; creía que, si no miraba, cesarían los gritos y los monstruos desaparecerían. El carro se movió, saliendo del camino y se detuvo. Alguien la cogió en brazos.

—¡Avinoam! ¡Toma, cógela y cruza con ella! —dijo el hombre del brazo herido mientras la bajaba del carro.

El otro hombre, Avinoam, estaba desenganchando a las mulas. Miró a Rusilo y luego al arroyo. Cuatro carros cerraban el vado, además del que había perdido la rueda. Docenas de fugitivos intentaban huir entre ellos, mientras que un grupo de jinetes se dirigía hacia el carro que estaba bloqueando el cruce colapsando el vado.

—Va a ser difícil cruzar con una niña en brazos —respondió.

—¡Mierda! —exclamó el hombre, acuclillándose a la altura de la niña—. Escucha, vas a ir con Avinoam —le dijo con tono urgente, señalando al otro hombre.

Mania le miraba asustada, sin entender nada.

—Tenéis que cruzar el río, ¿entiendes?

La niña se metió el pulgar en la boca y cerró los ojos. Rusilo, el herido, suspiró armándose de paciencia. Miró de reojo a los bárbaros: seguían saliendo del bosque; no estaban avanzando, esperando, posiblemente, a que llegaran todas las fuerzas antes de empezar el ataque. Eso les daba algo de tiempo, pero no sabía cuánto. No podían distraerse.

—Vas a ir con el Nubio, que está en la otra orilla, esperándote —le dijo.

Mania abrió los ojos y se quedó mirándole en silencio.

—Eso es. El negro cabrón te está esperando en la otra orilla. —Sonrió revolviéndole el pelo de la cabeza, satisfecho. Se volvió al esclavo sirio—: Avinoam, no la pierdas de vista. Si le pasa algo a la cría, el Nubio te crucifica.

—Lo sé, no te preocupes —respondió muy serio—. ¿Qué vas a hacer tú?

Rusilo señaló con un gesto de la cabeza en dirección donde los centuriones estaban intentando reorganizar las líneas.

—¿Con solo un brazo? —preguntó Avinoam.

—Puedo sujetar el escudo. Y el de la espada lo tengo en perfecto estado. Si me colocan detrás, no será un problema. Tú haz lo que te he dicho y en cuanto puedas, intenta salir de aquí, ¿está claro?

Avinoam asintió y Rusilo se fue corriendo hacia los auxiliares.

El esclavo cogió a Mania en brazos y se dirigió hacia el vado. Notaba como la niña temblaba y musitaba algo en una lengua que no entendía. Sonaba como galo, aunque no era galo.

En el centro del vado, el grupo de jinetes, entre los que se podía distinguir a Murilo y al Nubio, se apresuraba a retirar el carro para despejar el paso. Los conductores civiles y los esclavos cruzaban el arroyo con movimientos tan patosos que provocaban la risa. Las libélulas volaban a ras del agua. A su derecha, hacia el sur, Avinoam vio como dos patos echaban a volar de repente, de entre los cañaverales que bordeaban la orilla.

Se sobresaltó al oírlos, resbalando al pisar una piedra mojada. Eso fue lo que le salvó la vida, porque si no habría sido atravesado de parte a parte por la jabalina de un guerrero germano. Cayó de culo sobre la hierba húmeda, oyendo el silbido del arma pasando a la altura de su oído.

Empujó a Mania hacia un lado, para quitarla del medio y él rodó en dirección opuesta, ganando espacio respecto a su atacante. La niña chilló asustada. Avinoam se puso en pie y desenvainó la espada corta que habían entregado a cada esclavo antes de salir del campamento, listo para defenderse.

El grito de Mania llamó la atención de los jinetes. El Nubio, al oírla y ver cómo el esclavo caía, soltó la barra de metal que estaba usando como palanca para mover el carro y, sin prestar atención a las órdenes de Murilo y los insultos de sus camaradas, desenvainó la espada y salió a la carrera hacia ellos. La corriente y la grava suelta del fondo del arroyo dificultaban el movimiento. Al Nubio, sin embargo, no parecía estorbarle; con enormes zancadas, cruzó el espacio que le separaba de la orilla en apenas diez latidos de corazón.

Contó seis guerreros enemigos. Estaban desnudos, pero bien armados con lanzas, espadas, hachas y *machaerae*.* En unos instantes, se las habían arreglado para crear todavía más caos entre los esclavos y civiles que estaban esperando a cruzar el vado. Confusos y sin saber cómo reaccionar, eran presa fácil para los incursores.

El Nubio vio como uno de los germanos, que no debía tener más de quince años, destripaba a uno de los conductores con una cuchillada de abajo arriba en el vientre. El hombre, un galo de unos cincuenta años, aulló aterrorizado al ver como sus intestinos se desparramaban en el agua del arroyo, intentando inútilmente volver a metérselos en sus tripas.

Fue lo último que hizo el joven guerrero germano, porque antes de que pudiera buscar a otra víctima, el Nubio se le había echado encima. El chico no tuvo tiempo de reaccionar ante el ataque del Nubio, que le lanzó un tajo que le abrió la cara desde la ceja hasta la barbilla, amputándole la nariz. La sangre saltó en un surtidor de color rojo; las gotas brillaban al sol como si fueran diminutos rubíes.

El muchacho dejó caer la *machaera* para llevarse las manos a la cara intentado vanamente detener la hemorragia. Salió corriendo sin mirar, trastabilló y cayó de bruces en la corriente, que lo arrastró, perdiéndose de vista.

El Nubio se detuvo un momento para hacerse cargo de la situación. Dos guerreros estaban atacando a Avinoam, que se defendía sin grandes dificultades de ellos. Los otros tres, al oír el grito de dolor del chico, se giraron y, al darse cuenta de lo que había pasado con el

muchacho, abandonaron su propósito de matar civiles y se abalanzaron contra el Nubio.

Dos iban armados con lanzas y el otro, el más grande y de más edad, que tenía una impresionante barba rubia recogida en trenzas, con un hacha. Cargó contra el Nubio al tiempo que gritaba con furia incoherente. Pudo ver las gotitas de saliva salpicando mientras rugía toda clase de insultos en su idioma. El Nubio no se quedó quieto, sino que esquivó el golpe y contraatacó con una estocada al costado.

El germano retorció su cuerpo, evitando el ataque por media pulgada. El Nubio, sin darle tiempo a reaccionar se abrazó al germano y le golpeó en la cara con el reborde del casco. El otro trastabilló sangrando por la nariz, aturdido, y el Nubio aprovechó para volver a atacar, buscando clavarle la espada en el estómago.

Sin embargo, en ese momento uno de los otros dos guerreros aprovechó para lancear al Nubio por la espalda. Su armadura de escamas aguantó el impacto, aunque fue suficiente para hacerle perder el equilibrio y que la estocada que iba dirigida al vientre terminara por clavarse en la pierna de su adversario, justo por encima de la rodilla. El Nubio no intentó darse la vuelta de inmediato, sino que aprovechó el impulso del golpe para avanzar unos pasos y alejarse de sus enemigos. solo entonces se giró.

El hombre al que había herido estaba muy ocupado intentando sostenerse en pie y restañar la sangre que le manaba de la pierna y de su destrozada nariz. Por el momento tenía que preocuparse de los otros dos.

Uno de los atacantes de Avinoam agonizaba en la orilla, desangrándose por el muñón dónde antes había estado su brazo izquierdo. El esclavo y el otro germano giraban uno alrededor del otro, observándose, intentando encontrar una apertura.

Los guerreros supervivientes llevaban jabalinas, no lanzas pesadas. Eso, la suerte y su armadura eran las que le habían salvado la vida. Pero el Nubio empezaba a notar el cansancio: entre la emboscada del

día anterior, las escaramuzas de la mañana y la pelea su cuerpo empezaba a quedarse sin energías. Debía liquidar rápido el asunto.

Amagó con una estocada hacia el de su izquierda, luego contra el de la derecha, observando sus reacciones. «El de la izquierda es lento; el otro es más rápido, pero no tiene experiencia», pensó. Cambió de mano la espada. Prefería usar la derecha, pero en caso de necesidad podía utilizar también la izquierda. No se hubiera atrevido contra un guerrero experimentado, pero estos no lo eran.

Se lanzó a por el de la izquierda —había decidido llamarle Fallus, por el tamaño de su pene—. Esquivó su jabalina y el germano perdió el equilibrio al no encontrar resistencia. El Nubio le golpeó en el cuello con el puño, notando cómo se rompía la tráquea. Fallus cayó de rodillas, boqueando desesperado por conseguir aire, mientras le salían lágrimas de angustia.

El dolor no duró mucho. El Nubio levantó la espada y se la clavó hasta la mitad de la hoja en el hueco entre el omóplato y el cuello, y luego la retiró. Un chorro de sangre a presión brotó de la herida, empapando al Nubio. Fallus se desplomó como un saco.

A pesar de su inexperiencia, o tal vez por eso, el otro guerrero —al que llamaba en su mente Turpis por lo feo que era—, no huyó, sino que se lanzó contra el Nubio sin pensárselo. El ataque fue tan torpe, que el etíope no tuvo ninguna dificultad para desviar el arma con su espada. Cerró distancias con el germano. Vio que había avanzado su pierna izquierda, así que le dio una patada en la rodilla. Turpis cayó de bruces en el arroyo, y antes de qué supiera que le estaba pasando, el Nubio le clavó la espada en la nuca, matándolo de forma instantánea.

Avinoam también había acabado con su adversario, que yacía en la orilla con la sien hundida. Él estaba sentado en el suelo, jadeando. Tenía una brecha en la frente y un corte en el brazo izquierdo, pero eso era todo. Viendo el gesto inquisitivo del Nubio, se encogió de hombros.

—Mi antiguo amo me enseñó a pelear. Decía que podía resultar útil algún día.

—¿Y la niña? —preguntó el Nubio.

Avinoam señaló con la cabeza. Estaba sentada con las rodillas encogidas, los ojos cerrados y tapándose los oídos con las dos manitas.

El Nubio sonrió y estaba yendo hacia ella cuando entre los cañaverales, apareció el germano al que le había roto la nariz de un cabezazo y levantó a la niña en vilo, al tiempo que le ponía un cuchillo en la garganta. Mania gritó aterrada.

El Nubio reaccionó sin pensarlo. Si le daba la oportunidad, la degollaría, así que se lanzó a la carrera contra el germano. Este no lo esperaba. Tal vez había creído que aquel monstruo negro que había asesinado a su hermano pequeño intentaría negociar, que intentaría convencerle de que no la matase; había incluso anticipado el placer de cortarle la garganta y ver la desesperación en el rostro de su enemigo.

Ese instante de duda fue todo lo que necesitó el Nubio para embestirle a la carrera. Mania salió despedida hacia un lado, el cuchillo hacia otro, y el Nubio y el guerrero germano cayeron en el arroyo salpicando de agua la orilla. Se separaron al caer.

El Nubio se levantó, enceguecido por el casco, que se había girado con la caída y le tapaba los ojos. Se desató el barboquejo con dedos nerviosos y se lo quitó. El germano estaba casi encima de él y, antes de que el Nubio pudiera reaccionar, le agarró con ambas manos del cuello y le empujó.

El Nubio cayó hacia atrás. El agua le cubrió la cabeza. El germano se sentó a horcajadas sobre su pecho y empezó a apretar la garganta. El Nubio le sujetó los antebrazos con las manos, clavándole las uñas. Se retorció intentando escapar. Por un instante consiguió sacar la cabeza fuera del agua, cogiendo una desesperada bocanada de aire, pero el guerrero germano, cuyo rostro estaba desencajado por la ira, le volvió a empujar bajo el agua. Le zumbaban los oídos. Notaba las venas del cuello hinchadas. Su visión se llenó de puntos rojos y luego se fue oscureciendo. Se estaba quedando sin fuerzas. Intentó incorporarse, sin éxito. El germano tenía demasiada ventaja.

De repente, las manos del germano perdieron su fuerza y su cuerpo se relajó.

El Nubio no se paró a preguntarse por qué, sino que apartó al germano de encima suyo con un esfuerzo que se le antojó titánico, y se incorporó, saliendo a la superficie en busca de aire. Le entró agua por la boca y la nariz, provocándole un ataque de tos convulsiva.

Cuando por fin se calmó, se levantó tambaleándose. Solo entonces se fijó en que el cuerpo del germano, que había quedado atrapado entre los cañaverales, no tenía cabeza. El Nubio parpadeó.

Delante de él estaba el centurión de la *Alaudae*, Publio Celio, junto con un *signifer*, que portaba el estandarte de la legión, y un *cornicen*. Celio estaba limpiando con calma su espada.

—¿Te encuentras bien, soldado?

—¡Estupendamente, *domine*! —respondió echándose a reír a carcajadas, lo que le provocó un nuevo ataque de tos.

Celio sonrió y le dio una palmada en el hombro antes de volver a subir a su caballo. Saludó con la cabeza y se disponía a seguir, cuando el Nubio le sujetó las riendas.

—¡*Domine*! Tengo una deuda contigo y siempre las pago, ¿sí?

—¡Ja, ja, ja! Lo recordaré cuando haga falta —contestó Celio y, sin más, arreó a su caballo y se marchó.

Avinoam había cogido a Mania en brazos, pero esta, en cuanto vio salir al Nubio del agua, le echó los brazos para que la cogiera. Este la tomó del esclavo y la niña escondió la cabeza en su hombro y se echó a llorar.

—Te prometí que volvería —dijo mientras le acariciaba la cabeza.

—Tengo un chichón y me he hecho pupa en la rodilla —le informó la niña.

—Bueno, no te preocupes, que luego te lo curo y así no te duele.

Avinoam recogió su *machaera* y la espada del Nubio y se la entregó.

—Vamos. Murilo va a estar muy irritado, ¿sí?

El esclavo se encogió de hombros, como diciendo que lo que menos le importaba ahora mismo era el enfado de Murilo. Dando media vuelta, el Nubio entró en el vado con Mania en brazos, seguido de Avinoam.

Mientras tanto, un cuervo empezó a picotear uno de los cadáveres germanos. Pronto se le unió el resto de la bandada, para disfrutar del festín.

12

La inquietud y el miedo eran palpables. Publio Celio los notó nada más cruzar el arroyo. Los centuriones habían conseguido mantener el orden a pesar de la estampida de los conductores y los esclavos, pero cualquiera que tuviera dos ojos en la cara podía ver que los bárbaros superaban con creces a los defensores.

Publio Celio se volvió hacia el *cornicen* y el *signifer*.

—Vosotros dos, venid conmigo —dijo con voz serena y, dirigiéndose a los dos legionarios que hacían las veces de ayudantes, añadió—: Y vosotros id a buscar a los oficiales y decidles que vengan. Me encontrarán junto al estandarte.

Puso su caballo al paso, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Se adelantó una docena de pasos por el frente de la formación romana, colocándose donde todos pudieran verle.

—Toca la llamada de atención —ordenó al trompeta.

El toque resonó claro, imponiéndose momentáneamente a la algarabía de los germanos. Celio se volvió en la silla con gesto deliberado, observándolos unos instantes; luego, mientras seguía sonando la llamada de atención, giró de nuevo hacia sus hombres, dándoles la espalda a los enemigos como si le fueran indiferentes, apenas una molestia.

Pasó revista a las tropas en silencio, manteniendo un paso calmado. Su gesto era severo, pero tranquilo; era un día más, un entrenamiento un poco más duro de lo normal. Vio cómo los hombres se iban relajando; algunos tenían la expresión de aburrimiento típica de los soldados veteranos.

Esperó a que todos le miraran a él, expectantes.

—¡Parece que vamos a tener algo de jaleo! Se conoce que hoy era el día de lavar sus ropas y les estamos estorbando para hacer la colada. —Su voz se oía perfectamente, aunque no parecía que estuviera gritando—. ¡Pues tendrán que esperar su turno, nosotros hemos llegado primero!

Los hombres rieron.

—El plan para hoy es sencillo. Si se acercan con malas intenciones, las dos primeras filas os quedáis en posición: escudos bien pegados, sin dejar huecos. Las dos filas de atrás, listas para lanzar los *pila* en cuanto oigáis la señal. Cuando os diga que retrocedáis, lo haréis dando la cara al enemigo y sin perder la formación. ¿Está claro?

Los hombres gritaron un «¡Sí, *domine*!» al unísono, mientras hacían chocar las armas contra los escudos.

Celio esperó a que guardaran silencio.

—¡Hoy nadie muere sin mi permiso! ¡*Roma Victrix*!

—¡*Roma Victrix*! —respondieron los soldados, devolviendo el grito.

Celio se quedó delante de la formación, esperando a los oficiales. Era una bravuconada cuyos soldados sabrían apreciar. Los germanos, para su sorpresa, no se habían movido de su posición en el lindero. Solo unos pocos hostigadores merodeaban entre los carros abandonados de la caravana, aunque sin acercarse a las filas romanas.

Un grupo de unos diez hombres, completamente desnudos y sin escudos, avanzó a la carrera hasta situarse a unos cincuenta pasos del flanco derecho. Allí se detuvieron, gritando insultos en su lengua. Ocasionalmente, alguno se adelantaba unos pasos, hacía gestos obscenos y luego volvía riéndose con los demás, dándoles la espalda.

Celio no entendía cuál era el propósito de aquella exhibición. Si los jefes germanos esperaban provocarle para que ordenara un avance, estaban muy equivocados. De hecho, sus hombres parecían más divertidos que preocupados. Vio aparecer a los oficiales de la Quinta *Alaudae* y de los auxiliares. Por su actitud podía adivinar que no les hacía gracia celebrar un consejo de guerra en medio de los dos ejércitos. El centurión entendía su aprensión, pero en la guerra los gestos son importantes.

Cuando estuvieron todos reunidos, Celio fue directo al grano. Una cosa era mostrar indiferencia ante el enemigo y otra tentar a la suerte. Fortuna era veleidosa, mejor no abusar de su paciencia.

—Tenemos que retirarnos —anunció sin rodeos.

—¡Pero eso significa que tendremos que abandonar todos los suministros! —exclamó Cayo Avito, que mandaba una de las centurias.

—Eso ya hace tiempo que está fuera de nuestras manos —respondió Celio, señalando a los germanos que merodeaban entre los carros, algunos intentando llevarse aquellos que aún tenían las mulas enganchadas.

Avito agachó la cabeza y escupió al suelo. Celio no le dijo nada, entendía su frustración.

—El peligro es que nos ataquen en cuanto intentemos romper el contacto —apuntó Marco Sabino.

—O peor todavía: cuando estemos ya dentro del vado —añadió uno de los oficiales astures.

Los demás asintieron.

—Sí, y por eso nos retiraremos de forma escalonada, por centurias. Empezaremos por los flancos, hacia dentro. La centuria central será la última en retirarse.

—¡Vamos! ¡Claro que le toca a la mía! —bufó Sabino—. Luego dirán que no hay nepotismo en la *Alaudae*. ¡Siempre me tocan las mejores misiones! ¡Los demás centuriones me odian por culpa tuya, *domine*!

La salida de Sabino provocó una oleada de risas contenidas entre los oficiales, aliviando la tensión. Celio le miró con agradecimiento. Ambos hombres se entendían bien.

—No te preocupes, Marco Sabino. Me quedaré contigo para hacerte compañía y que no te aburras.

Todos seguían igual de sorprendidos que Celio por la inacción de los germanos. Les superaban claramente en número. ¿Por qué no atacaban?

—Sé lo que estáis pensando: «¿A qué están esperando?» —dijo Celio—. No puedo daros una respuesta. Sé tanto como vosotros. Lo único que podemos hacer es dar gracias a Fortuna por sus pequeños favores. No le deis vueltas a lo que no podemos explicar. Volved con vuestros hombres y estad preparados para empezar la maniobra cuando dé la señal.

Los centuriones volvieron con sus unidades a la carrera.

Celio y sus escoltas se retiraron detrás de las líneas. Un proyectil de honda silbó cerca de su oído; se encogió imperceptiblemente. Miró al *cornicen* y al *signifer*: ninguno se había dado cuenta. Su imagen de impasibilidad seguía intacta.

Los germanos no estorbaron la retirada, para alivio de todos.

Celio no entendía por qué, y eso le preocupaba. Algo se le estaba escapando… y no le gustaba esa sensación.

En cuanto cruzó el arroyo —él cerraba la retaguardia—, fue a buscar a Sexto Vinicio, al que encontró enzarzado en una acalorada discusión con Marco Quintilio. Algunos hombres los observaban con curiosidad, otros con sorna, el resto apartaban la mirada avergonzados. Aunque estaban apartados, hablaban a voces y se les oía perfectamente. Celio sintió una oleada de furia al ver a sus dos superiores dando un espectáculo tan poco edificante.

—¡Si me hubieras dado permiso para cruzar podría haber ahuyentado a los bárbaros! —gritaba Quintilio.

—No seas ridículo. ¿Dónde querías desplegarla, eh? ¡Solo hubieras provocado confusión y desorden! —respondía Vinicio en el mismo

tono.

Celio no tenía tiempo para aguantar a dos gallos de pelea intentando demostrar quién mandaba en el gallinero, y menos aun cuando estaban dando un ejemplo pésimo a la tropa; así que poniéndose entre medias de ambos saludó golpeándose el pecho y usando la voz que utilizaba cuando hablaba a los reclutas en el campo de instrucción

—¡Publio Celio, Quinta legión, centurión primipilo! ¡Permiso para informar!

Los dos se quedaron callados de inmediato. Celio observó satisfecho como ambos bajaban la vista avergonzados, sin atreverse a mirarle a los ojos. Tuvo que hacer un esfuerzo para no soltar un resoplido burlón. Se sentía como un pedagogo a punto de echarles un rapapolvo a sus estudiantes. Controló las ganas. Había asuntos más importantes que tratar.

—La infantería se ha retirado con éxito. No hemos tenido bajas. El enemigo no nos ha molestado. —Se detuvo un instante antes de seguir —. Los esclavos y los civiles… no han salido tan bien parados.

Vinicio carraspeó.

—¿Y los carros de suministros para Aliso?

Celio negó con la cabeza

—Los carros que han pasado. Los demás se han perdido.

—¿Por qué no han atacado? Nos han dejado escapar —inquirió Quintilio.

—No lo sé. Tal vez no estaban preparados —respondió Celio.

—Pero eso no es lo que tú crees…

—Correcto. Mi instinto me dice es que están esperando refuerzos. Probablemente, en este lado del río. O eso, o no se fían de que sus hombres estén dispuestos a combatir contra tropas regulares. O igual han cambiado de opinión —añadió señalando hacia el vado.

Los germanos habían decidido, por fin, avanzar. Estaban formando en columnas para cruzar el arroyo. En realidad, más que columnas en

el sentido romano, pensó Celio, eran grupos desorganizados de guerreros, que se estorbaban unos a otros.

—Estamos a una hora de camino de Aliso, como mucho. Puedo quedarme atrás con la caballería y estorbarles el cruce —propuso Quintilio.

—Estoy de acuerdo —respondió Celio antes de que Vinicio pudiera hacer algún comentario. Era una insubordinación, pero no iba a consentir que volvieran a discutir delante de la tropa.

—Conforme, pero entonces Celio también se queda —les dijo Vinicio, desafiándoles a que se negaran.

El centurión se encogió de hombros. No iba a suponer gran diferencia dónde estuviera y, al contrario que Quintilio, él no tenía suficiente rango como para llevar la contraria al tribuno.

Vinicio se fue a preparar la partida de los restos del convoy. A pesar del cansancio, los hombres estaban contentos de alejarse de los germanos, así que no tardaron mucho en ponerse en marcha.

—Es buen terreno para la caballería —comentó Celio cuando se quedó a solas con Quintilio.

Era una planicie amplia, de hierba no demasiado alta y con pocos arbustos. Una ligera elevación del terreno permitía tener a cubierto a la mayor parte de la fuerza. Los únicos jinetes que estaban a la vista de los germanos eran los que formaban parte de los piquetes.

Algunos hostigadores enemigos intentaron probar las defensas romanas, pero al ver que los romanos estaban en alerta, dieron media vuelta y volvieron a su lado del torrente.

Fue una pausa temporal: poco después los germanos empezaron a cruzar el vado en masa, con los caudillos y sus seguidores personales en vanguardia. Gritaban, tocaban los cuernos y golpeaban sus escudos para darse ánimos. Los piquetes cántabros se retiraron hacia la colina.

Cuando las primeras filas estaban franqueando el arroyo, prácticamente en la orilla de la caballería, Quintilio ordenó:

—¡Bodo! ¡Las *turmae* de Níger y Cestio! ¡En *orbis*!

—¡*Turmae* de Níger y Cestio! ¡*Orbis*! —gritó Bodo y puso a su caballo al paso.

Las tropas de los dos decuriones le siguieron de inmediato, al mismo paso que el centurión. Celio observó que cada uno llevaba dos jabalinas en la mano y un carcaj con otras cuatro más colgadas del arzón de la silla. Aunque apenas eran sesenta hombres y la masa de bárbaros los superaba ampliamente en número, no titubearon.

Los germanos, en cambio, al verlos aparecer por detrás de la cresta se detuvieron confusos.

—¿*Orbis*? —preguntó el centurión.

—Ahora lo verás, Publio Celio —respondió Quintilio sin apartar la vista de sus hombres—. No pretendo que los paren —aclaró—. Es imposible, son demasiados. Pero cuando salgan del vado su frente será muy estrecho. Si antes de que puedan desplegarse les damos un susto y se desorganizan, tardarán en recuperar el control. Ganaremos tiempo. A los bárbaros les cuesta mantener el orden. —Dándose la vuelta para mirar a su reserva, gritó—: ¡Abilio y Arno! ¡Preparaos! ¡Luego nos toca a nosotros!

Las dos *turmae* fueron acelerando el paso. Cuando estaban a unos sesenta pasos de la columna germana se separaron en dos alas y aceleraron al trote y luego al galope. Celio pensó que estaban lo bastante locos como para cargar de frente contra las filas enemigas. Por muy bárbaros que fueran, era un suicidio.

Sin embargo, cuando estaban a quince pasos, Bodo giró su caballo hacia la derecha, levantó el brazo con la jabalina por encima del hombro y la impulsó con todas sus fuerzas contra la formación germana. El resto de los jinetes de su ala siguieron el movimiento de su líder, arrojando también las jabalinas según llegaban a la distancia apropiada, mientras les imitaban los de la otra sección añadiendo las suyas a la lluvia de proyectiles. Manteniendo el giro, Celio vio como las dos secciones se reunieron girando en una especie de círculo de jinetes, que según volvían a la posición de tiro lanzaban sus venablos contra los confusos germanos.

Cuando se agotaron las jabalinas que llevaban en las aljabas, Bodo apuntó su caballo de regreso a la colina, poniéndolo a un tranquilo paso, seguido por el resto de las dos *turmae*, en la seguridad de que entre los germanos no había ninguno que estuviera en condiciones de perseguirlos.

El efecto del ataque fue devastador, no tanto por el número de muertos y heridos como por la completa confusión que causó entre la vanguardia.

Celio pudo ver a uno de los caudillos germanos caído en el suelo: una jabalina le había atravesado la pierna de parte a parte, justo por debajo de la rodilla derecha. Le estaban sujetando dos de sus guardias por los hombros, desde atrás, intentando mantenerle sentado. Él apretaba los dientes, intentando evitar el grito de dolor que Celio estaba seguro de que estaba conteniendo desesperadamente. Otro guerrero tenía un venablo clavado en el ojo izquierdo; caminaba aturdido por delante de las filas germanas, arrastrando el escudo.

Los que estaban detrás habían visto lo que había sucedido. En vez de seguir por el vado y añadir más desorden al caos en que se había convertido la vanguardia, los guerreros se desplegaron hacia los flancos. La mayoría no tuvo dificultades en cruzar ya que, aunque la corriente era fuerte, el lecho no era demasiado profundo, llegándoles a la altura del vientre en la parte más honda.

En ese momento, aparecieron las otras dos *turmae*, bajo el mando de Quintilio, que repitieron el ataque de las dos primeras, pero en esta ocasión contra los que estaban intentando vadear el arroyo por los flancos. El daño fue mayor todavía: incapaces de usar sus escudos para protegerse, el efecto de los proyectiles cántabros fue letal. Docenas de guerreros cayeron en la corriente, heridos o moribundos. Debilitados por las heridas, aturdidos por el dolor y desorientados, muchos de ellos fueron arrastrados por las aguas y se ahogaron.

—Con esto, van a tardar un buen rato en recuperarse —dijo Quintilio sonriendo satisfecho cuando volvió con Celio, que había sido un mero observador.

Los exploradores volvieron a sus posiciones de piquetes, molestando de vez en cuando a los germanos, simplemente para no dejarlos tranquilos.

—No hay nada más agotador que estar en constante tensión —comentó Celio, sin dirigirse a nadie en particular. El prefecto le daba la sensación de ser un poco presuntuoso, pero al menos sabía hacer bien su trabajo.

—En cuanto vuelvan a avanzar, nos retiraremos. No nos quedan suficientes proyectiles para otro ataque, y ellos van a estar sobre aviso —dijo Quintilio.

Celio asintió.

—Al menos una hora, puede que dos. Eso es lo que van a tardar en reagruparse.

Algunos hostigadores se adelantaban de las filas germanas para atacar a los piquetes, pero estos se retiraban fuera de alcance en cuanto los veían avanzar. Si algún guerrero se entusiasmaba demasiado, un rápido contraataque lo dejaba retorciéndose en agonía en el suelo.

Tal y como había previsto Quintilio, los germanos seguían cruzando, pero sin orden alguno. Una vez consideró que había pasado suficiente tiempo como para que no pudieran perseguir a los restos de la expedición, dio la orden de retirada.

El resto del camino hacia Aliso transcurrió sin incidentes, hasta estar a la vista de la fortaleza, cuando se toparon con el ala de caballería bátava que mandaba Gundiaro y a la que se había unido el prefecto del fuerte, Lucio Cedicio.

Quintilio y Celio le informaron de los sucesos en el vado.

—Si volvemos con los bátavos todavía les podemos dar un buen susto —comentó Quintilio al terminar su informe.

Cedicio negó con la cabeza.

—Tenemos que volver a Aliso —respondió señalando hacia su espalda—. Por ahí detrás vienen miles de bárbaros, un ejército. No la típica chusma sin organizar. Gente seria, que han probado la victoria sobre Roma y que nos aplastarían como a una cucaracha.

Ahora que los podía observar más detenidamente, Celio pudo ver las señales de la batalla: heridas, manchas de sangre, el agotamiento de los bátavos y sus animales; y, sobre todo, esa mirada perdida, tan característica de los hombres que han estado jugando con la muerte y no saben todavía por qué ellos están vivos y sus camaradas no.

Celio y Quintilio conocían bien a Cedicio y sabían que no era un hombre dado a exageraciones. Ya habría tiempo para explicaciones, así que le siguieron sin dilación.

Estaban entrando en el fuerte por la puerta decumana, cuando por detrás de las colinas al norte, apareció una columna detrás de otra de guerreros, maniobrando con una disciplina que normalmente no asociaban con los ejércitos tribales. Solo se oían las señales de los cuernos y las voces de los caudillos. Celio y Quintilio siguieron a Cedicio a una de las torres de vigilancia. Allí les esperaba Vinicio.

El espectáculo era sobrecogedor. Una vez estuvieron desplegados, después de un único toque de cuerno, los germanos empezaron a golpear sus escudos al unísono. El ruido era abrumador, incluso a una milla de distancia. Los oficiales romanos no pudieron evitar que se les erizaran los pelos de la nuca. Miles de gargantas gritaron al mismo tiempo.

—¡Hermann! ¡Hermann!

Y entonces se hizo el silencio. Solo se oía el aire agitando las ramas de los árboles.

Un grupo de jinetes salió de entre las filas germanas, cabalgando lentamente hacia Aliso. Uno de ellos llevaba una larga trompeta de bronce, rematada en una cabeza de dragón, parecida a las que usaban los galos; los otros iban armados con panoplias romanas. Uno de ellos, el único que no llevaba casco, irradiaba tal carisma y autoridad que incluso desde la distancia su presencia era imponente.

Vinicio lo reconoció de inmediato. Había estado invitado en casa de su padre cuando era cónsul.

—¡Arminio! ¡Es Arminio! —exclamó, y volviéndose a Cedicio—: ¿Qué está pasando aquí?

—¿Qué está pasando? Pues que Arminio ha traicionado a Roma —respondió Cedicio con gesto cansado.

* El 12 de junio.
** Actual ciudad alemana de Xanten.
***El río Rin.
* En una legión romana, los *speculatores* eran los exploradores o los encargados del reconocimiento del terreno.
* Un paso romano equivalía a unos 1,48 metros, así que el claro estaría a unos setenta o setenta y cinco metros en el interior del bosque.
* Mar del Norte.
* Espada corta romana.
* Alrededor del mediodía.
* En las legiones romanas, los *metatores* eran los encargados de seleccionar el lugar donde se situaba el campamento.
* El *pilum* (plural, *pila*) era la lanza o jabalina, junto a la espada el arma básica de un legionario romano.
* El actual río Lippe.
* Ratón.
* Un *collegium* era una asociación privada que funcionaba a modo de espacio de socialización; en varios aspectos, se asemejaba a los modernos sindicatos, ateneos y clubes privados.
* La moderna Marsella.
** Campamento romano que, unos años después, pasó a ser la Colonia Claudia Ara Agrippinensis, capital de la provincia de Germania Inferior y la actual Colonia en Alemania.
* Suboficial que servía como lugarteniente del centurión.
* Embarcaciones de origen dálmata que, desde época de Augusto, formaban parte de las *classes* o flotas romanas, como la establecida en Castra Vetera.
** La actual París.
* El río Elba.
* Suboficial músico que trasmitía las órdenes con un instrumento de viento, el *cornu*, una especie de trompa.
* El segundo al mando de una *turma*.
* La *machaera* era un un cuchillo de guerra, como un machete, más corto que una espada.

segunda parte

Aliso

13

Cayo Julio Arminio era el más bárbaro de todos los romanos y el más romano de todos los bárbaros. Alto, imponente en su armadura de cota de malla hecha a medida, no llevaba casco. Al contrario que otros queruscos, no se había dejado el pelo largo e iba afeitado. Si no fuera por el color de su pelo y sus ojos grises podría pasar por un aristócrata romano. «De hecho, está mejor afeitado que yo», pensó Vinicio con envidia, mientras se rascaba la sombra de barba de tres días.

Vestía unos pantalones de un marrón rojizo oscuro, manchados de barro, típicos de las tribus germanas. En cambio, la capa, que alguna vez fue roja, era romana hasta en la forma de llevarla. Un rico cinturón de cuero repujado, adornado con placas metálicas que representaban escenas de las guerras entre los dioses y los titanes, a juego con la vaina de la espada y el puñal, completaba su atuendo. Montaba un enorme ruano macedonio. Vinicio conocía bien a aquel animal; de hecho, había intentado comprárselo en alguna ocasión, pero Arminio siempre se había negado.

Su escolta se reducía a dos guerreros de su guardia personal, armados de pies a cabeza como la caballería legionaria. Lo único que les distinguía como germanos eran las barbas… y su tamaño. El *cornicen* se había quedado atrás.

Si esperaban que se sintiera intimidado, Vinicio tenía que reconocer, aunque solo para sí mismo, que estaban haciendo un excelente trabajo. Él era hijo y nieto de cónsules, y senador de Roma, y no iba a permitir que un bárbaro —y un traidor, además—, por muy imponente que fuera, se diera cuenta.

—Le conocí bien. Tuve trato con él y con su hermano, en Germania y en Roma. También estuvo de visita en nuestra finca de Herculano —había comentado al reconocerle.

Habló antes de recordar algo que todos los soldados aprenden en cuanto se unen al ejército: ten la boca cerrada, no vaya a ser que piensen que te estás ofreciendo voluntario.

—¡Ah! Entonces eres el candidato perfecto, Sexto Vinicio —exclamó Lucio Cedicio.

Vinicio había mirado a su alrededor, sin comprender. Los demás oficiales presentes estaban de repente muy ocupados en observar las nubes, contemplar los postes de madera o el estado de sus uñas.

—¿Candidato? ¿Para qué? —preguntó con suspicacia.

—Para parlamentar con ese bastardo y ver qué es lo que quiere —le respondió Cedicio.

Se le pasó por la cabeza la posibilidad de negarse, pero hubiera sido una deshonra para él y para su familia, así que por eso se encontraba ahora delante de aquel traidor. Tuvo que resistir el impulso de borrarle el gesto de jactancioso desprecio que se insinuaba en las comisuras de su boca.

—Parece que Fortuna no te mira con buenos ojos, Sexto Vinicio —saludó Arminio con tono socarrón al ver a su antiguo conocido.

Su latín era excelente, muy elegante, con un ligero acento que lo hacía todavía más atractivo. Su mirada era calculadora.

Vinicio había decidido llevar también solo dos hombres de escolta. No eran legionarios, sino de la caballería auxiliar. Un insulto velado al estatus de Arminio.

Los había elegido él mismo: un negro altísimo tan amenazador como cualquier germano, que sonreía con calmada suficiencia mientras medía con la mirada a sus posibles adversarios; y Dagomarus, que había impresionado a Vinicio por la calma con la que había ejecutado su misión, y que clavaba la vista en los germanos como si estuviera invitándoles a desenvainar.

—Roma sabe que Fortuna es una diosa voluble. Un día nos da la espalda y al siguiente nos colma de favores. Solo tenemos que esperar a que nos sonría para vengarnos de nuestros enemigos —contestó con frialdad.

Su voz, por lo general chillona cuando se ponía nervioso, estaba calmada. Era un senador de Roma. No iba a consentir que un bárbaro le humillara.

—¡Ja, ja, ja! ¡Bien contestado, Sexto Vinicio! ¡Bien contestado! —Arminio soltó una carcajada, que a cualquier observador casual le habría parecido sincera.

Vinicio le conocía lo bastante bien para saber cuándo era sincero y cuando disimulaba. No le engañaba con esa risa fingida. Era lo que más le sorprendía a Vinicio: Arminio sabía que Roma, tarde o temprano, vendría a pedirle cuentas, no dejaría la ofensa sin castigo. Todos los que la desafiaban, incluso los partos, terminaban por pagar la deuda con intereses ¿Por qué Arminio pensaba que él iba a ser diferente?

—No te engañes, Sexto Vinicio, ahora mismo yo soy el favorito de la Fortuna. —Su tono había pasado de la risa a ser glacial.

Vinicio sintió un escalofrío. Tuvo que hacer un esfuerzo para que su rostro se mantuviera impasible.

—¿Cuánto crees que va a durar su favor? ¿Una estación? ¿Dos? ¿Unos años? ¿Lo saben los caudillos y los guerreros que te siguen? ¿O les has ofrecido botín y gloria cuándo lo único que les espera es ser crucificados y que sus cadáveres sean comida para cuervos?

Vinicio intentó que su voz rezumara todo el desdén de un aristócrata romano hacia un bárbaro advenedizo.

Un rictus de furia desencajó el gesto de Arminio. Fue casi imperceptible; tan pronto como apareció, se fue, como una nube empujada por el cierzo. Vinicio ni siquiera podría jurar haberlo visto.

El caballo de Arminio debió sentir la tensión súbita de su jinete, porque golpeó con sus cascos delanteros el suelo, salpicando terrones de barro, mientras piafaba agitado. Arminio tiró con fuerza del

bocado hasta que el animal se calmó. Le palmeó en el cuello con suavidad. Una vez le había hecho saber quién era el amo, estaba dispuesto a mostrarle su rostro amable.

—¿Así es como controlas a las tribus, Cayo Julio Arminio? —le preguntó Vinicio, poniendo el énfasis en su nombre romano—. ¿Primero les enseñas quién manda y luego les das un dulce?

—Hasta el amanecer —contestó Arminio sin responder a las preguntas de Vinicio; su voz era fría, sin emociones—. Si al amanecer abandonáis Aliso con sus almacenes y edificios intactos, más cualquier prisionero o esclavo germano que tengáis en vuestro poder, os dejaré marchar hasta Castra Vetera o Ara Ubiorum, la que prefiráis. Podréis llevaros vuestras armas y estandartes, y a los civiles.

—¿Y si no queremos irnos?

—Entonces destruiré Aliso y a su guarnición. Ni siquiera tomaré esclavos. Todos, niños y mujeres incluidos, serán sacrificados a los dioses.

No era una amenaza, sino una exposición de hechos tan incontrovertibles como que la noche seguía al día.

Vinicio no hubiera sido humano si no hubiera sentido un escalofrío. Sin embargo, su emoción dominante no era el miedo, sino la ira. ¿Cómo se atrevía este advenedizo a hablar así a un senador de Roma? ¿Más aún con uno en cuya casa había partido el pan, comido su sal y bebido su vino?

Sin pensarlo llevó la mano a la empuñadura de la espada. Los guardias de Arminio se tensaron, preparados para defenderle. Dagomarus y el Nubio parecían perros de presa ansiosos de que les soltaran las cadenas.

Durante unos momentos, los seis hombres parecían estar listos para dejar de lado cualquier diplomacia y echarse al cuello unos de otros; para matar o ser muertos. Unos y otros estaban tomándose las medidas, recreando en sus mentes lo que sucedería, anticipando los movimientos que tendrían que hacer y los contragolpes de sus adversarios.

A Vinicio no le preocupaban los escoltas de Arminio; Dagomarus y el Nubio podían encargarse de ellos. Pero el jefe querusco era diferente. Le había visto pelear. Sabía que si desenvainaba pararía un par de estocadas antes de que Arminio le matase.

Poco a poco soltó la empuñadura, abriendo la mano muy despacio, sin apartar la mirada del caudillo querusco. Le pareció ver la sombra de una sonrisa burlona en las comisuras de su boca. Pero no era el miedo por lo que Vinicio había reculado, sino por la certeza de que ceder a sus instintos solo habría beneficiado a Arminio, no a Roma.

Vinicio negó con la cabeza, como un padre decepcionado con su hijo porque se ha portado de forma indigna de su nombre y ha humillado a su familia.

—Una respuesta propia de un bárbaro sin civilizar. Hubiera esperado algo más elocuente de ti, Arminio. Debe ser que pasar tanto tiempo entre animales te ha contagiado sus modales.

—¿Civilizar? ¿Tú, un romano, te atreves a hablar de civilizar? —preguntó en tono bajo, pero cargado de rabia—. ¿Llamas civilizar a lo que hizo César con mi pueblo? ¿A lo que hizo Druso? ¡Miles de hombres, mujeres y niños asesinados! ¡Miles más esclavizados! ¡Aldeas quemadas y bosques arrasados! ¡Y todo por la gloria de eso que llamas «civilización»! Te la puedes meter en el culo, Vinicio. Civilizadamente.

Arminio intentaba mantener la compostura, pero a duras penas era capaz de contener su furia.

Eso es lo que quería Vinicio: que perdiera los estribos; no por una ventaja táctica, sino por el placer de verle perder la compostura. No podía vengarse de su traición, no todavía, pero al menos podía humillarle; hacerle saber que no inspiraba temor, sino desprecio. Le hubiera gustado apresarlo allí mismo y crucificarlo delante de todo su ejército. Ya que eso no era posible, Vinicio quería hacerle sentir la frustración de ser incapaz de doblegar la voluntad y la *dignitas* de un senador romano.

—Fueron tus antepasados los que invadieron las Galias. Fueron ellos los que atacaron a nuestros aliados. Nosotros solo nos defendimos.

—¿Y qué hacíais allí, en primer lugar? Está lejos de Roma —preguntó Arminio con sarcasmo.

—Vinimos invitados por los pueblos galos, para protegerlos de vuestras incursiones —contestó Vinicio con total seriedad.

—¡Ja, ja, ja! ¿Y en serio te lo crees? Debe de ser que Vercingétorix no recibió copia de la invitación.

—Vercingétorix fue un traidor a su pueblo. Su ambición terminó por provocar su destrucción, y que su tribu fuera sometida al Senado y el pueblo de Roma. ¿Es eso lo que tú buscas para los ti y los tuyos? ¿Acabar como Vercingétorix, estrangulado en el Tuliano? ¿Y tu pueblo destruido y esclavizado? ¿Es eso?

—Vosotros, los romanos, sois el colmo de la hipocresía —afirmó Arminio—. Fingís amistad, cuando lo que buscáis son esclavos e impuestos. ¿Sabes lo que he hecho con los publicanos que acompañaban a Varo? Les he cosido los ojos y la boca, y los he encerrado en jaulas hasta que mueran de hambre. Soy la herramienta de los dioses para castigaros por vuestra codicia.

—Varo no fingía amistad. Te quería y te respetaba. Su afecto por ti era sincero. Yo no fingí amistad. Creíamos que realmente eras nuestro amigo.

Vinicio pudo observar un gesto de disgusto en Arminio.

—¿De un romano? ¡Nunca! He visto lo que hacéis con vuestros «amigos».

—¿Y acaso eres diferente? ¡Tú eres el que ha traicionado a Roma! ¡Roma no te ha traicionado a ti!

—¿Sabes lo que me contó el padre de mi padre cuándo yo era niño? Me explicó cómo el Rhenus bajaba lleno de cadáveres de ancianos, mujeres y niños después de que César nos mostrase la «amistad» de Roma ¡Niños, Vinicio! ¡Niños!

—Los piojos crían liendres —contestó Vinicio, con desprecio.

Arminio rugió y se abalanzó sobre Vinicio. Le cogió con una mano de la bufanda roja que llevaba al cuello y sacando un cuchillo se lo apoyó debajo de la barbilla. Fue tan rápido que ni Dagomarus ni el Nubio tuvieron tiempo de reaccionar.

—¿Liendres, Vinicio? ¿Liendres? —gruñó en su cara apretando los dientes; Vinicio podía olerle el aliento.

Los ojos de Arminio ya no eran témpanos de hielo, sino que ardían de furia. Vinicio detuvo con un gesto a sus guardaespaldas.

—Para Roma, sus enemigos sois menos que insectos —contestó con toda la frialdad que pudo fingir. Notó como la punta del puñal rompía la piel. Un hilo de sangre bajó por su garganta.

Tuvo que echar mano de todas sus reservas de *dignitas* para no apartar la mirada de los ojos de Arminio. Notaba la vejiga llena. Apretó los muslos contra el caballo para aguantarse las ganas de orinar.

Por fin, Arminio le desasió, envainando el puñal con movimientos deliberados. La ira había desaparecido. Volvía a ser dueño de sus emociones. Le colocó de vuelta la bufanda, que se había salido de su sitio, haciendo un gesto como si estuviera limpiándola de un polvo imaginario.

—Al amanecer, Vinicio. Recuerda: tenéis hasta el amanecer. Luego, no habrá piedad.

Antes de que Vinicio pudiera contestar, Arminio dio media vuelta, picó a su caballo y se marchó al trote junto con sus hombres.

Vinicio se quedó mirándolos un buen rato, hasta que desaparecieron detrás de un pliegue del terreno. Luego él también se dio la vuelta y regresó al fuerte, seguido por el Nubio y Dagomarus. Los tres cabalgaron en silencio.

Vinicio no sabía si había hecho bien en provocar a Arminio. Los dados estaban rodando y solo quedaba esperar el veredicto de la Fortuna.

14

Antíoco terminó su informe con voz monótona.

—Tenemos provisiones para tres semanas, aunque si se racionan, podrían durar más, tal vez un mes. Si el convoy de Sexto Vinicio no hubiera sido destruido podríamos ser más optimistas. Pero al perderlo, los refuerzos de la Quinta *Alaudae* y la cohorte auxiliar solo agravan el problema —terminó el secretario de Lucio Cedicio.

Las caras de Vinicio, Quintilio y sus centuriones mostraron su incomodidad ante las insinuaciones de Antíoco. Cedicio carraspeó y dijo:

—No podemos cambiar el pasado, Antíoco. Y tampoco nadie esperaba que Aliso estuviera sitiada por una horda de bárbaros.

—Me limitó a explicar cómo son los cosas, *domine*.

El tono de burócrata aburrido del secretario irritaba a Marco Quintilio. Sabía que tenía razón y que alimentar mil bocas adicionales, sin contar a los civiles que se habían refugiado en el fuerte, suponía un esfuerzo extraordinario para la guarnición. Que su análisis fuera correcto, no aliviaba su enfado; y no era el único que se sentía así.

Publio Celio tenía la mandíbula apretada; dos puntos rojos se marcaban en sus pómulos, notándose incluso por debajo de su piel curtida por el sol.

—Me pregunto si debería presentarle formalmente a Ferox —masculló entre dientes. Bodo resopló conteniendo la risa al imaginarse al perro de Celio «saludando» al escuálido secretario de Cedicio.

Aquel debió oírlos porque, volviéndose en su dirección, los miró de arriba abajo:

—Estaré encantado de conocer al sujeto que menciona; lo que no cambia que sea la incompetencia, o puede que la poca *hombría* —

remarcó esta palabra— de ciertos *oficiales* —otra vez— la que ha agravado nuestros problemas.

Antes de que nadie pudiera detenerlo, Celio cruzó la estancia y se plantó delante del secretario. El centurión no era un hombre alto, más bien parecía como si el tocón de un árbol hubiera cobrado vida y aprendido a hablar, pero aun así miraba al secretario desde arriba, desafiándole a continuar. Este se echó para atrás con el rostro demudado. Antíoco comprendió con cierta sorpresa que estaba hablando con un asesino entrenado, capaz de abrirle en canal y luego irse a beber vino con sus camaradas.

—¡Basta! —tronó Cedicio—. ¡Parece que no nos hemos enterado de que tenemos a veinte mil bárbaros a las puertas dispuestos a degollarnos a todos! ¿Acaso queréis facilitarles el trabajo peleando entre vosotros? —Llamó al orden a los dos hombres—: ¡Antíoco! Esas insolencias con mis oficiales no pienso tolerarlas. ¡Celio! Nunca más vuelvas a atreverte a faltarme al respeto en mi propio pretorio, ¿estamos?

Celio se recuperó el primero.

—Lamento la ofensa, prefecto. Mi comportamiento ha estado fuera de lugar —respondió llevándose la mano al pecho.

—Podría haber sido más circunspecto. No era mi intención ofender a nadie —añadió Antíoco.

Ninguno de los dos era sincero en sus disculpas, pero el prefecto lo dejó pasar.

—Si hubiera sido yo, les habría hecho luchar a muerte y luego habría decapitado al ganador, por ofenderme —comentó Gundiaro en su latín elemental desde una esquina y con su voz profunda, que parecía que salía del fondo de un barril.

—Sería una gran idea, pero no puedo prescindir ni del uno ni del otro. Así que me alegro de que no seas yo —refunfuñó Cedicio—. Y ahora mismo tenemos asuntos más urgentes que resolver —añadió mientras señalaba a Vinicio con la cabeza, indicándole así que

informase a los demás oficiales del contenido de su conversación con Arminio.

El tribuno tragó saliva antes de hablar.

—Arminio nos garantiza que podremos marchar a Castra Vetera o Ara Ubiorum sin ser molestados, si les entregamos el fuerte intacto. Podemos llevar nuestras armas y propiedades personales, menos los que sean esclavos germanos, que tendrán que ser liberados. Los almacenes de suministros habría que dejarlos intactos. Tenemos hasta el amanecer para decidirnos.

Se oyeron los murmullos de los oficiales presentes.

—¡Es absurdo, impensable! ¡Y él lo sabe! ¡Conoce lo bastante bien a Roma como para no darse cuenta de que es una propuesta ridícula! —exclamó Cayo Didio Secundo.

Aunque era un exabrupto que rompía el protocolo del consejo de guerra, Cedicio lo ignoró. Cayo Didio llevaba dos días alterado: si las noticias que les habían llegado eran ciertas, él y Cedicio eran los únicos oficiales supervivientes de la Decimonovena. Le había tocado a su cohorte quedarse como guarnición de Aliso; solo por esa casualidad ellos estaban vivos y el resto de su legión, no.

—¿Es posible que sea falso? ¿Lo que cuentan del ejército de Varo? —preguntó Celio. Su hermano mayor, Marco, era centurión en la Decimoctava.

Cedicio negó.

—No, no parece probable. Han llegado supervivientes que lo confirman. Luego podrás interrogarlos, aunque te aviso de que nosotros no hemos podido sacar mucho en limpio de ellos.

—Entonces, ¿por qué nos da Arminio un ultimátum? No tiene sentido.

Gundiaro, el caudillo de los auxiliares bátavos intervino:

—Vosotros, los romanos, no entendéis. No está hablando con vosotros; lo hace con sus guerreros. Si es verdad que han destruido al ejército de Varo, querrán volver a sus hogares lo antes posible, no quedarse aquí, sitiándonos. Arminio tiene que convencerlos de que, si

esperan, ganarán todavía más gloria y botín. Mañana, cuando rechacemos su oferta, podrá echarnos la culpa. Seremos nosotros los que no habremos aceptado. Una desgracia tener que quedarse para acabar con esos miserables romanos.

Hizo una breve pausa.

—Nunca ha tenido intención de dejarnos ir. Tiene que destruirnos. Él lo sabe, nosotros lo sabemos. Pero no es un rey: cada vez debe convencer a las tribus para que hagan lo que él quiere.

Se hizo un silencio pesado, como una losa de mármol. Cedicio podía ver la desmoralización entre sus oficiales.

—¡Bien! —exclamó dándose una palmada en el muslo—. Eso juega a nuestro favor. Tenemos suministros para tres semanas; más incluso, si los empezamos a racionar ahora mismo. Los germanos no son buenos atacando fortalezas, así que estamos relativamente seguros. Los puntos débiles son la aldea extramuros, la c*ivis*, y el embarcadero. —Se dirigió a su secretario—. Antíoco, ¿cuántas embarcaciones hay en el muelle?

—Dos liburnas y una barcaza comercial, *domine*.

—¿Sería posible que fueran a Castra Vetera?

—No, el río no tiene caudal suficiente —respondió Cneo Manilio, centurión de la Vigésima, asignado a la *classis Rhenus,* que mandaba las liburnas—. Hace falta que tenga más caudal. Podemos maniobrar en este tramo, pero más abajo hay bancos de arena; incluso si vaciamos los buques de todo lo innecesario, encallaríamos casi seguro.

—El problema es que no podemos defender todo el perímetro y *además* —remarcó Cedicio la palabra— el embarcadero. No con la gente que tenemos.

—Podríamos llevarlas a alguno de los islotes en medio del río —sugirió Manilio—. Podría defenderlo con mis hombres.

—Los queruscos tienen buenos nadadores. Pueden dar un golpe de mano —les recordó Gundiaro.

—¿Y si los reforzamos con una centuria de mis arqueros? —preguntó Nearco, un cretense que mandaba una cohorte auxiliar.

Sus hombres eran una mezcla de mercenarios, voluntarios y bandidos reclutados en todas las costas del *Mare Nostrum*. En sus filas había sirios, judíos, galos, griegos, egipcios, mauros, hispanos, incluso dos escitas que hablaban un griego tan cerrado que nadie les entendía. Lo cierto es que Cedicio prefería tenerlos bajo su vigilancia directa: se fiaba de ellos casi tanto como de los bátavos o, lo que es lo mismo, muy poco.

Sin embargo, era una buena idea: podían destacar ochenta arqueros a las liburnas, y todavía quedarían más de trescientos en la guarnición principal. Por experiencia, Cedicio sabía lo eficaces que eran contra las masas de bárbaros medio desnudos que constituían el grueso del ejército de Arminio.

Asintió con la cabeza, aceptando la sugerencia.

—¿Cuál es el estado de la caballería? —preguntó.

—Hay cebada y heno almacenados para seis semanas —informó Antíoco.

—¿No sería preferible que la caballería abandonase el fuerte y hostigase al enemigo desde el exterior? —preguntó Quintilio.

Nearco resopló conteniendo la risa. Los demás oficiales tosieron o apartaron la vista. El prefecto de los auxiliares astures y cántabros estuvo a punto de saltar al oír la risilla de Nearco.

—No se fían —dijo Gundiaro, mirando a todos por encima de las cabezas, con gesto a medio camino entre el sarcasmo, el desprecio y una casi imperceptible frustración.

Quintilio le miró sin entender.

—Cedicio, el gran jefe romano —continuó Gundiaro con marcada ironía—, piensa que, si deja a mis bátavos fuera de su vigilancia, la mayoría, si no todos, yo incluido, se unirán a Hermann —concluyó, usando el nombre germano del caudillo querusco.

A Quintilio no se le escapó la incomodidad de Cedicio: Gundiaro había dado demasiado cerca del blanco.

—No creo que sea el caso —dijo—. Todos conocemos la enemistad entre los bátavos y los queruscos. Sabemos las deudas de sangre que

tienen con tu pueblo. Un bátavo nunca pelearía junto a un querusco. Además, ¿sería lógico albergar casi quinientos traidores potenciales en una fortaleza bajo asedio? No, los mandarías fuera. Incluso si se pasaran al enemigo harían menos daño que estando dentro.

—¡Ja, ja, ja! ¿Con un querusco? ¡Antes preferiría ir a vivir con mi suegra! —rio Gundiaro.

Cedicio le dio las gracias a Quintilio silenciosamente. Era cierto que no terminaba de confiar en los bátavos. ¿Por qué querrían morir por Roma?

—Ejem… —carraspeó Antíoco para llamar la atención—. El último punto del orden del día es informar que, después de la revista de esta mañana, la guarnición de Aliso, sin contar el embarcadero, que depende de la *classis Rhenus*, y los refuerzos de la Quinta *Alaudae*, consta de una cohorte de la Decimonovena legión, una cohorte de convalecientes de las legiones Decimoséptima, Decimoctava y Decimonovena, los supervivientes de Varo, los auxiliares de Nearco, la cohorte *peditum et equitum* de los cántabros y astures, y el ala de Gundiaro —expuso con su monótona voz de burócrata—. Incluyendo los inmunes, médicos y especialistas son dos mil seiscientos efectivos. También hay trescientos esclavos y doscientos civiles, algunos de ellos son veteranos retirados.

—No podemos confiar en que Arminio respete el plazo. Es posible que decida atacar antes, por si acaso nos coge por sorpresa —apuntó Cedicio—. Manilio, ¿cuánto tiempo hasta que tus barcos estén listos para zarpar?

—Tres horas, *domine*.

—Que sean dos. ¡Nearco! Elige la centuria que les va a servir de apoyo. Gundiaro, cúbrelos con tu regimiento; en cuanto evacúen, os retiráis a Aliso.

—¿Qué hacemos con la *civis*? —preguntó Didio Secundo.

—Tenemos que evacuarla y destruirla; está demasiado cerca del foso exterior y podrían utilizarlo como avanzada —respondió Cedicio —. Quintilio, encárgate tú con tu infantería. La cohorte de la

Decimonovena, los cántabros y los convalecientes se quedan conmigo como reserva.

Se dirigió al tribuno de la Quinta:

—Sexto Vinicio, tu destacamento y el resto de los arqueros de Nearco tenéis que cubrir a los ingenieros para desmontar el puente. No creo que sirva de mucho, ya que más arriba hay tramos del río que son vadeables. Hay que suponer que Arminio también lo sabe, pero no vamos a ponerle fácil el ocupar las dos orillas. ¿Alguna pregunta?

Nadie hizo ademán de hablar.

—¡Bien! En tal caso, que cada oficial vaya a su puesto. Recordad: es esencial que los hombres mantengan la calma; todavía no sabemos qué ha pasado exactamente con el ejército del gobernador; así que nada de especulaciones y menos por parte de mis oficiales, ¿está claro?

Todos asintieron, saludaron y se fueron a cumplir sus misiones. Quintilio era uno de los últimos en salir, cuando Cedicio le detuvo:

—Marco Quintilio, un momento.

Este se quedó dentro del pretorio hasta que se hubieron marchado todos. Entró un esclavo con una jarra de vino y otra de agua. Cedicio sacó dos copas de cristal de un armario en la esquina de la habitación y las puso encima de una mesa que estaba bajo una ventana.

El sol del atardecer entraba por el vano; Quintilio podía ver las motas de polvo flotando en el aire. Estaba agotado: llevaba despierto desde antes del amanecer, había combatido en continuas escaramuzas a lo largo de la mañana y tuvo de mandar la retaguardia para cubrir la retirada de los restos del convoy; y encima tenía la sensación de que todos los sacrificios habían sido en vano.

Cedicio despidió al esclavo y procedió a escanciar él mismo el vino, mezclándolo con dos partes de agua.

—No es gran cosa, pero está fresco —dijo ofreciéndole una de las copas a Quintilio.

Ambos hombres bebieron en silencio. Es verdad que era bastante mediocre, aunque al prefecto de los cántabros en esos momentos le daba igual, ya que estaba demasiado concentrado en evitar quedarse

dormido: tuvo que ahogar un bostezo en la garganta. Hubiera dado un brazo por poder tumbarse, aunque fuera en el suelo, y poder dormir.

—Veo que estás tan exhausto como tus hombres, Marco Quintilio.

El aludido intentó esbozar una sonrisa, pero tan pronto como abrió la boca, el bostezo que había estado intentando ocultar, salió incontenible, provocando una risilla por parte de Cedicio.

—Sé que estáis al límite, pero no podemos dejar para mañana la evacuación del asentamiento. No falta mucho para que anochezca; quiero que esté resuelto antes de que se ponga el sol. No me fío de Arminio: nos conoce demasiado bien y va a intentar conseguir todas las ventajas posibles.

Se quedó callado. Empezó a rascarse el mentón de forma nerviosa.

—Lo ideal sería derribar los edificios, pero no tenemos tiempo. Tendrás que incendiarlos, así que asegúrate de llevar brea y antorchas. Si tu cohorte no tiene, pídeselas al oficial de almacén, de mi parte. Asegúrate primero de que el viento no viene en dirección del fuerte, no quiero un incendio accidental.

—¿Qué hago con los civiles, si se niegan a evacuar por las buenas?

—La mayoría ya lo han hecho por propia iniciativa. Solo queda un puñado de testarudos que se han negado. Puede que tengan miedo a que les roben en su ausencia o que crean que los bárbaros respetarán sus vidas y propiedades. Están asustados y el miedo convierte a la gente en estúpida.

—Podemos arrestarlos y traerlos al fuerte. No tenemos por qué darles explicaciones.

—Preferiría evitarlo.

—¿Por qué? Estarían desafiando una orden del representante del Senado y del pueblo romanos, nombrado para el puesto por el *princeps* en persona.

Cedicio esperó unos instantes antes de responder.

—¿Qué piensas que es Roma, Marco? ¿Qué significa aquí, en la frontera, en el culo del mundo?

Quintilio se quedó mirando a su superior sin saber qué decir. Roma era la Ciudad, la encarnación de la voluntad política del pueblo romano, del *prínceps* y del Senado. Sin embargo, intuía que no era eso lo que le estaba preguntando el prefecto de Aliso.

—No es lo mismo aquí que en las calles del Quirinal, o incluso en la Subura —explicó Cedicio—. En Germania, Roma es la civilización y nosotros somos su última línea de defensa. Si nos comportamos como los bárbaros, no somos mejores que ellos.

Quintilio entendía su lógica, pero no veía tantas diferencias entre unos y otros. Todos codiciaban las mismas cosas: poder, gloria, las alabanzas de las masas, la envidia de los que aspiraban a ser sus iguales, y dejar su nombre grabado en la eternidad. Diferían en los medios, no en las metas.

Marco iba a contestar cuando el *optio* al mando de la guardia entró en el pretorio, tan agitado que se olvidó incluso de saludar.

—¡*Domine*! ¡Los bárbaros! ¡Están atacando!

—¡Cálmate e informa como un legionario de Roma! —rugió Cedicio con severidad.

El *optio* se puso firmes, saludó y tragó saliva.

—Los germanos están avanzando hacia el asentamiento, el puente y el embarcadero.

—¿Cuál es la situación de nuestras fuerzas? —preguntó Cedicio.

Antes de que el *optio* tuviera tiempo de contestar entró el centurión Cayo Didio Secundo.

—¡*Domine!* —saludó antes de informar—. Cneo Manilio ha llegado al embarcadero; el enemigo no va a poder estorbar a las liburnas. El tribuno Sexto Vinicio les ha cerrado el paso hacia el puente. El problema es la *civis*; los exploradores informan de una fuerza considerable que se aproxima desde el norte.

—¿Cuántos son? ¿A qué distancia están?

—No saben cuántos son. Deben de estar a algo más de un par de millas —respondió Didio.

Cedicio no dudó; se volvió hacia Quintilio

—No hay tiempo de proteger la evacuación del pueblo. ¡Ve con tus hombres y quémalo!

—¿Y tú, *domine*?

—La amenaza más inmediata, las puertas más cercanas al enemigo; luego, ya veremos. Dejaré una centuria de arqueros en tu sector. Por lo demás, estás solo.

Quintilio asintió. Era lo normal: les tocaba pelear solos y morir solos. Cualquier otro mando se habría sentido culpable; a Cedicio no le hacía falta, sabía que era la única respuesta razonable.

Creyó oír gritos y el choque de espadas, aunque probablemente eran fruto de su imaginación.

Arminio había faltado a su palabra, ¿y qué? Uno nunca se puede fiar de un bárbaro y menos aún si es la de un rey. Arminio, como Augusto, quería un reino. Quería ser el primero de todas las tribus germanas. Nunca iba a encontrar una oportunidad mejor, ahora que las legiones estaban atrapadas en el laberinto ilirio, combatiendo a un enemigo tan duro como escurridizo.

Quintilio, olvidando su cansancio, corrió a formar sus tropas y cumplir unas órdenes que ni él ni Cedicio habrían querido poner en práctica. Al final, la realidad siempre tiene precedencia sobre las mejores intenciones de los hombres. A los dioses les gustan esa clase de bromas.

15

El pueblo no tenía nombre. En realidad, eran dos senderos que se juntaban en uno justo antes de llegar a la puerta principal del fuerte, flanqueados por viviendas, almacenes y talleres de los artesanos que vendían sus manufacturas a la guarnición. Había crecido sin orden ni concierto, siguiendo de forma natural las lindes de los

caminos: uno que se dirigía hacia el puente que cruzaba el Lupia y el otro hacia el norte, a las tierras de los queruscos.

Era el típico asentamiento que surgía alrededor de los fuertes en las fronteras. Tolerados antes que autorizados, eran un elemento básico de la economía local. Aparte de las dos calles principales, si es que se podían llamar así, los edificios estaban separados por callejones, en cuyas intersecciones los lugareños habían construido pocilgas y establos.

Los incursores germanos que formaban las avanzadillas de su ejército aprovecharon para infiltrarse en las callejuelas que daban a los campos alrededor del pueblo. Cogieron por sorpresa a los auxiliares, dando al traste con los planes de Marco Quintilio para incendiar el lugar. En vez de la operación ordenada que se había imaginado se encontró con una batalla donde sus hombres no podían aprovechar sus ventajas en disciplina y armamento. Mientras tanto, el resto de la horda enemiga se aproximaba inexorable.

Grupos de auxiliares quedaron aislados entre las casas, combatiendo contra unos bárbaros enardecidos por la victoria. Mientras tanto, Quintilio trataba desesperadamente de pergeñar una defensa que evitase la aniquilación de su cohorte. Sin embargo, pasada la primera sorpresa, los auxiliares, casi todos ellos veteranos, empezaron a reaccionar con la letal frialdad de profesionales entrenados.

Dagomarus fue uno de los que se quedó aislado dentro del pueblo. Estaba entre dos casas, en un espacio apenas suficiente para permitirle usar su escudo. Detrás no había nadie, ni amigo ni enemigo; por delante, al lado de una cochiquera, un germano agonizaba sujetándose las tripas que se le salían del vientre, abierto por la espada del galo. Hilos de baba ensangrentada bajaban por su barba rubia, mientras gemía horrorizado al ver a sus intestinos desparramados en la pocilga, manchados de barro y mierda de cerdo.

Unos pasos por detrás del germano, yacía el cadáver de un auxiliar, caído boca abajo. Le habían abierto la cabeza. El golpe había sido tan

violento que el casco de bronce estaba hundido. Tenía el rostro vuelto hacia la derecha. Dagomarus podía ver una sustancia blanca y rojiza, en la que ya se acumulaban las moscas, saliendo por la nariz. No lo reconoció.

Apoyó la espalda en una de las paredes y retrocedió hacia la calle principal. Si quería sobrevivir, la mejor opción era refugiarse en un edificio, al menos por el momento. Los ventanucos de las casas eran demasiado estrechos y estaban demasiado altos para colarse por ellos. Algunas casas debían estar ardiendo, porque el olor a madera quemada se le agarraba a la garganta, obligándole a toser, mientras que por el hueco entre los tejados podía ver una nube de humo negro alzándose perezosa en el cielo.

La calle principal parecía estar vacía. Dagomarus dobló la esquina y se dio de bruces con un germano tan alto que casi le sacaba una cabeza. Reaccionó por instinto: tiró una estocada contra el vientre de su oponente al tiempo que se agachaba detrás de su escudo. Si no lo hubiera hecho, la espada del germano le habría entrado por el puente de la nariz en vez de golpear su casco de refilón. El querusco fue tan rápido como él, evadiendo el estómago mientras daba un paso atrás, de modo que la punta del gladio solo le arañó la piel.

Estaban solos, pero ninguno de los dos se atrevía a perder de vista a su adversario para confirmarlo. El breve intercambio de golpes les había descubierto dos cosas: la primera, que su oponente era un luchador veterano; la segunda, que el primero que cometiera un error —o tuviera mala suerte— moriría.

Se vigilaban el uno al otro sin hacer más movimientos que los necesarios para ajustar su postura y asegurarse de que sus pies estaban firmemente apoyados en el suelo. El germano estaba armado con una espada romana y un escudo redondo. Su única vestimenta era un pantalón de color indefinido y una túnica que lo mismo podía ser gris que verde. Llevaba un brazalete de bronce en su brazo derecho, en forma de serpiente enrollada. Dagomarus mantuvo su escudo adelantado, tapando su torso, al tiempo que ocultaba el brazo de la

espada detrás, dispuesto para lanzar una estocada de abajo arriba a la primera oportunidad.

Súbitamente, el guerrero querusco se abalanzó contra Dagomarus. Mientras amagaba con la espada contra sus ojos, intentó desequilibrarle barriendo su pierna adelantada. Dagomarus dio un salto hacia atrás al tiempo que devolvía el ataque, que golpeó el escudo del germano. Este aprovechó el impulso para empujar a su oponente, que giró su escudo hacia la izquierda para desviar el impacto. La envergadura del germano le daba ventaja, obligando a Dagomarus a retroceder, que casi perdió el equilibrio al pisar con su talón derecho un desnivel en el suelo. Se recuperó justo a tiempo para esquivar un golpe con la espada que resbaló por su casco y la carrillera, cortándole limpiamente la punta de la oreja izquierda.

Ambos se separaron, resollando. El intercambio de golpes había durado unos instantes, pero habían sido suficientes para dejarles casi sin aliento. Giraron despacio el uno alrededor del otro, sin perderse de vista. Dagomarus notaba la sangre chorreando desde la oreja por el cuello, hasta introducirse por debajo de su cota de malla. No podía permitirse perder más tiempo. En cualquier momento podían aparecer otros enemigos y entonces estaría perdido.

Su oponente debía haber pensado lo mismo, porque los dos cargaron al mismo tiempo, como si se hubieran puesto de acuerdo. Los escudos chocaron con estruendo. La mayor corpulencia del querusco hizo retroceder a Dagomarus, pero aquello entraba en sus cálculos. Al ceder terreno, se desvió hacia un lado, inclinó el escudo hacia la derecha y extendió la pierna, de modo que el guerrero enemigo tropezó y, arrastrado por su propio ímpetu, avanzó unos pasos más allá, dejando la espalda expuesta.

Dagomarus aprovechó ese instante de vulnerabilidad y lanzó una estocada contra los riñones de su adversario. Por un momento, dudó que lo hubiera herido de gravedad, porque el querusco se revolvió dispuesto a continuar la pelea. Sin embargo, en cuanto intentó dar un paso se tambaleó como si estuviera borracho y cayó de bruces. Lo

remató clavándole la espada una y otra vez, mientras profería obscenidades.

Cuando por fin se detuvo, parecía salido de una pesadilla: salpicado de sangre de arriba abajo, con una sonrisa maniaca e intentando coger aire desesperadamente.

Tenía que salir de allí, y rápido. El problema era que no parecía haber ninguna ruta de escape. Los germanos controlaban la mayor parte del pueblo. Desde su posición, Dagomarus podía ver que ya combatían casi en la entrada de Aliso, mientras que si intentaba huir en la dirección opuesta corría el riesgo de darse de bruces con grupos sueltos que estuvieran saqueando la aldea.

En ese instante, a su izquierda oyó cómo se abría una puerta. Se volvió y vio, en el umbral, a una mujer medio asomada que le hacía señas para que fuera hacia ella. Dagomarus vaciló solo un momento. Las voces de los germanos sonaban cada vez más cerca; no podía permitirse titubear.

Corrió a refugiarse en la casa.

Estaba oscura. Olía a caldo de cardos, aceite quemado, polvo y mierda de ratón. La única luz entraba por unos ventanucos situados justo por debajo del tejado. Mientras su vista se ajustaba a la penumbra, Dagomarus solo podía intuir la presencia de la mujer y, en un rincón, medio incorporado en un camastro, un anciano. Dejó el escudo y la espada apoyados en la pared. No quería guardarla en la vaina antes de limpiarla de sangre, porque si se secaba dentro no habría manera de sacarla después. Se quitó el casco y lo apoyó en una mesa.

La mujer se acercó con una jarra y se la ofreció a Dagomarus.

—Es posca.

Le dio las gracias y cogió la jarra, bebiendo a grandes tragos. Estaba sediento, pero con la excitación del combate no se había dado cuenta. Cuando terminó, sintió que la tensión le abandonaba. Se dejó caer al suelo. Las manos le temblaban. Siempre le ocurría después de una pelea. No sabía por qué, pero sí que había notado que les sucedía

a muchos otros. Algunos incluso llegaban a vomitar, veteranos incluidos. No le dio importancia; sabía que se le pasaría al cabo de un rato.

Su visión ya se había acostumbrado a la falta de luz. La mujer era alta, tal vez más que él. No podía decir que fuera guapa, pero tenía un algo que la hacía memorable; de esas personas que son atractivas incluso en contra de su voluntad.

—¿Eres su esclava? —preguntó mientras señalaba al anciano.

—No, le cuido de vez en cuando —respondió ella con tono seco—. Estás herido.

Dagomarus asintió.

—Al de ahí afuera no le gustaba la longitud de mis orejas —señaló con la cabeza en dirección a la puerta.

Ella se encogió de hombros, sin tan siquiera esbozar una sonrisa. Cogió una arqueta de madera que tenía encima de una mesa y un trapo.

—Siéntate aquí —dijo señalando una zona de la habitación en la que caía un rayo de luz.

Él obedeció sin protestar. La mujer cogió un cuenco y lo llenó con agua. Humedeció el trapo y le fue limpiando la sangre de la oreja. Sus manos, de piel curtida por innumerables horas de trabajo físico, se movían, a pesar de todo, con delicadeza. Dagomarus notaba el calor que emanaba de su cuerpo, a través de la túnica de ella. Los dos permanecieron en silencio.

Fuera se oían los gritos de los germanos, entremezclados con el rumor crepitante del incendio que estaba devorando las casas en el otro lado del pueblo. Sin embargo, ni la mujer ni Dagomarus parecían conscientes de ello. Solo oían las gotas de agua que caían en la palangana y el sonido de sus respiraciones.

—Ya está. La he limpiado —dijo poniéndose en pie—. Con suerte, no tendrás fiebres.

Dagomarus se levantó. Clavó su mirada en ella y se acercó despacio; ella permaneció inmóvil, los brazos a lo largo del cuerpo, el

trapo goteando agua rojiza sobre la tierra. El auxiliar sintió que se le aceleraba el corazón. Tenía la garganta seca, así que tragó saliva. Quería hablar, decir algo: la impasibilidad de la mujer le enervaba, y al mismo tiempo le atraía. Tenía la misma sensación de peligro inminente, de estar totalmente vivo, que sentía mientras peleaba. Era excitante y al mismo tiempo, aterrador.

Las voces en el exterior cambiaron de idioma. Ahora los germanos ya no gritaban de euforia, sino de miedo, de ira y de dolor. Dagomarus sintió que la iniciativa había cambiado y que los auxiliares estaban reconquistando el pueblo.

Dagomarus fue el primero en apartarse. Ella soltó un suspiro en el que se mezclaban, de forma incongruente, el alivio y la frustración. Él se dirigió a donde había dejado sus armas.

—¿Cómo te llamas? —preguntó mientras se ajustaba el casco.

Ella dudó un momento antes de contestar, insegura de si era una buena idea que aquel hombre supiera quién era. Algo en él la atraía y, al mismo tiempo, la repelía.

—Segiburga. —La voz le temblaba casi imperceptiblemente—. Mi nombre es Segiburga. Trabajo en el fuerte, ayudo en el hospital. —Hizo una pausa—. ¿Y tú?

—Dagomarus, de la tercera centuria, primera y única cohorte de los cántabros y astures, a tu servicio —contestó, burlón.

—¿Eres galo? No lo pareces.

Dagomarus, que estaba cogiendo el escudo, se paró en seco.

—Soy de Masilia. Muy al sur. Casi pegado a Italia.

Cogió su espada. La sangre empezaba a formar una costra sobre el metal. Tenía que limpiarla pronto, o luego sería mucho más difícil. Ambos clavaron los ojos en la espada. «Debería matarla a ella y al viejo. Una pena. Sobre todo, por ella. Si luego quemo la casa con ellos dentro, nadie lo sabrá. Tal vez la dejaré vivir. Siempre pago mis deudas; las buenas y las malas. Se lo debo», pensó.

En ese instante dos fuertes golpes sonaron contra la puerta. El tercero la arrancó de sus goznes. Dagomarus se aprestó a defenderse.

Se había olvidado de la mujer y el viejo, ahora que su mente volvía a estar centrada en la supervivencia.

—¡Ah! ¡Dagomarus! ¿Qué haces aquí escondido? ¡Y con una mujer! ¡Ja, ja, ja! Te dábamos por muerto, ¿sí?

Reconoció inmediatamente al Nubio, acompañado por Murilo, que miraba a Dagomarus con recelo.

—Vamos, el jefe querrá saber qué has estado haciendo todo este tiempo. ¡Igual le da por crucificarte!

El Nubio rio a mandíbula batiente.

Les condujeron a él y a Segiburga hasta Marco Quintilio. Murilo ordenó a dos auxiliares que cargaran con el anciano.

—El prefecto les engañó —le explicó el Nubio—, les hizo creer que nos tenían atrapados contra el foso, así que cargaron como locos. Lo que no sabían es que les tenía preparada una sorpresa. ¡Más de cien arqueros escondidos en la muralla! ¡No te imaginas el destrozo que hicieron! —contó ufano, como si la idea hubiera sido suya.

—Les perseguimos por todo el pueblo —intervino Murilo—. Tú eres el primero de los nuestros que encontramos vivo —añadió con cierto recelo.

Cuando llegaron hasta el prefecto, este tenía la voz ronca de gritar y estaba bañado en sangre de la cabeza a los pies. Interrogó a Dagomarus mientras el sol del crepúsculo daba paso a la noche, iluminados por las llamas que devoraban hambrientas el asentamiento. Las explicaciones de Dagomarus, corroboradas por Segiburga, satisficieron a Marco Quintilio, que le dio una palmada en la espalda mientras le felicitaba.

Más allá del pueblo podía verse a grupos de queruscos, que no se atrevían a atravesar el infierno que destruía la población. Dagomarus, como todos los romanos de la Urbe, odiaba los incendios, así que no pudo evitar estremecerse al ver arder las casas.

Por fin, Quintilio dio la orden de regresar al fuerte, una vez estuvo satisfecho de que los enemigos no se atreverían a intentar apagar la conflagración. Dagomarus se cruzó con la mujer, que parecía fascinada

por el incendio. Las llamas se reflejaban en las pupilas de sus ojos azules.

—Tardamos años en levantarlo —dijo en voz tan baja que Dagomarus no estaba seguro de haberla oído—. Y, puf, en una tarde… ¡Desaparecido! —Suspiró, se dio la vuelta y se dirigió al fuerte, sin volver la vista atrás.

Dagomarus se quedó mirándola hasta que el *optio* que mandaba su centuria, un neapolitano llamado Celsio, le gritó para que volviera a su puesto. Escupió al suelo y fue corriendo, no fuera a ser que decidiera castigarle a limpiar letrinas.

Detrás, el pueblo sin nombre que había crecido junto a Aliso ardía.

16

Estacio no sabe dónde está, ni si está vivo o muerto. Oye los gritos de los moribundos y los de sus verdugos. Tres hombres se suicidan. Un puñado combate espalda contra espalda hasta que mueren todos. Los fugitivos huyen en todas direcciones; algunos tiran sus armas, otros se aferran a ellas desesperados. Los menos intentan rendirse. Todos caen bajo el hierro de los bárbaros.

Una punzada de dolor le hace volver a la realidad. Alguien le está quitando la venda de la cara. Quiere apartarle las manos, pero no le quedan fuerzas. Ni siquiera puede gemir. La piel le arde.

Vuelve a desmayarse.

Está de nuevo en el bosque. Es el mismo bosque y, a la vez, distinto. «¿Son recuerdos? ¿O nunca me he movido de aquí?», se pregunta, confuso.

Observa la escena desde arriba, como si fuera un pájaro sobrevolando la matanza. Un guerrero decapita a un comerciante romano; otro atraviesa con su lanza por la espalda a una mujer que

corre asustada; el arma la golpea con tanta fuerza que la punta asoma entre sus pechos. Se desploma con la mirada desorbitada.

Se ve a sí mismo defendiéndose de dos guerreros que le atacan al mismo tiempo. Su casco sale volando, se tambalea aturdido y, entonces, el otro guerrero le cruza la cara de un tajo. Los guerreros no se molestan en rematarlo y se van. Él se queda en el suelo, boca abajo, mientras se forma un charco de sangre debajo de su cabeza, que empapa la tierra.

Un latigazo de dolor le devuelve al presente. Tiene la boca seca. La herida de la cara le late e irradia calor. Quiere beber e intenta pedir agua, pero de su boca solo sale un graznido ininteligible.

Quien sea que está a su lado entiende lo que quiere. Le humedece los labios, mientras que con mucho cuidado le da de beber con una cuchara. A pesar del dolor, de la confusión y del miedo, Estacio piensa que nunca ha probado nada tan delicioso. Si tuviera fuerzas para ello, lloraría. Cierra su párpado sano y cae en un estupor inquieto. Su respiración sigue agitada, pero Segiburga se da cuenta de que es un poco más profunda.

En su sueño, Estacio regresa al pasado.

Alguien le ha subido en una mula, tal vez la única que ha sobrevivido a la matanza. Intenta ver quién es el que le ha ayudado. No lo reconoce. Parece un legionario, ¿o es un auxiliar? Casi ni recuerda quién es él mismo.

—Mi nombre es Cayo Estacio, *optio* en la segunda cohorte —titubea—, segunda cohorte…

Se detiene, porque el resto no lo recuerda.

El paisaje es extraño, gris, de tonos apagados. Los rostros no están definidos. Las voces suenan lejanas. Por un momento cree que ha cruzado la Estigia y está en el Tártaro. Solo que no es posible. En la tierra de los muertos, su rostro no sería un amasijo de dolor pulsátil.

Abre los ojos con una exhalación angustiada.

—*Stillo*. Estás a salvo. *Stillo*. Tranquilo —oye decir a una voz de mujer, mientras una mano fresca le acaricia la frente.

Estacio se acuerda de su madre, cuidándole cuando estaba enfermo. Es imposible. Su madre murió cuando él tenía trece años, de fiebres. Él va a morir igual, ardiendo.

La voz de la mujer suena cada vez más lejana y siente como si estuviera cayendo dentro de un pozo.

Está otra vez en el bosque, caminando por senderos que se abren paso a duras penas entre una masa de árboles que no deja pasar la luz del sol. Quedan un centenar y él es el único oficial. El resto del ejército se pudre a dos días de viaje.

Estacio no se pregunta por qué ha sobrevivido. Sabe la respuesta. Su deber como oficial de Roma es salvar a sus hombres. Hasta que no lo haga, no podrá descansar.

Un legionario intenta limpiarle la herida. Ni siquiera llega a retirar el trapo sucio que hace las veces de venda. El hedor es tan intenso que se tiene que apartar aguantando las arcadas.

Empieza una pesadilla. No recuerda el viaje hasta Aliso —su mente enfebrecida se pregunta por qué Aliso es importante, sin hallar respuesta—; solo imágenes sueltas en las que los árboles, la hierba, hasta los charcos y los arroyos, son rojos.

Fuera del mundo de los sueños, en el camastro del hospital militar de Aliso, Estacio tirita, aunque su piel arde como si estuviera al lado de una hoguera. Cada músculo, cada articulación existe como una bola de nervios doloridos. El corazón le late desbocado; su respiración vuelve a ser rápida y superficial. Segiburga no se da por vencida: lava su cuerpo con paños de agua fría.

Han pasado cuatro días con sus noches desde que el *optio* llegara a Aliso, delirante, al frente de un puñado de supervivientes casi tan aturdidos como él.

A Estacio le molesta el roce de los paños, aunque no quiere que la mujer se detenga. Oye, muy lejos, como si tuviera la cabeza metida debajo del agua, la voz de un hombre.

—Si rompe la fiebre, si sobrevive a esta noche…

—… vivirá. No voy a dejarle morir. No esta vez —escucha responder a la mujer. Gotas salpican el agua del cuenco cuando ella retuerce el paño para escurrirlo.

Estacio quiere decirle que sí, que no le deje morir, que todavía tiene que cumplir su misión. Sus labios se mueven sin voz. Ella, sin embargo, parece entenderle, porque le coge la mejilla sana con la mano, acariciándole y enjugándole las lágrimas que él no sabe que están cayendo por su rostro.

—Come —le dice mientras le da cucharadas de leche mezclada con miel.

Apenas puede tragar, pero hace el esfuerzo. Poco a poco el dolor va remitiendo, hasta transformarse en algo sordo que no ocupa toda su mente consciente.

—Te he dado unas hierbas que son buenas para el dolor.

Cuando se despierta nuevamente —no sabe cuánto tiempo después —, nota los rayos del sol entrando por las ventanas. Abre el ojo que no estaba vendado. La piel de la cara está tirante, pero el dolor es soportable.

—Vaya, esto sí que es inesperado… ¡Sigues vivo! —oye exclamar.

Estacio vuelve la cabeza y ve que se trata de un hombre de mediana edad, calvo, de brazos fuertes y peludos. Lleva una tablilla de bronce rectangular colgada al cuello. Imagina que es uno de los esclavos asignados a los médicos de la legión.

Quiere pedir agua. La voz no le sale. Traga saliva. Su lengua tiene, por fin, un tamaño normal.

—Agua…

Quiere añadir un «por favor», pero se queda sin fuerzas.

—¡Ah! ¡Claro, claro! ¡Agua! Espera.

En ese instante, entra una mujer, alta, rubia, con ojeras muy marcadas. Se acerca a la cama y le pone la mano en la frente; luego le toma el pulso: es firme, como los pasos de un legionario en el campo de instrucción.

—Bien, bien —murmura. Se vuelve hacia el esclavo—: Trae un cuenco con agua limpia.

Con cuidado empieza a quitarle la venda de la cara. Espera a que vuelva el hombre con el agua antes de retirar la última capa, humedeciéndola con delicadeza. A pesar del cuidado con la que la retira, Estacio no puede evitar dar un respingo cada vez que la tela se separa del hilo que ha usado para coser la herida. Tiene todo el lado derecho de la cara amoratado, pero la inflamación se ha reducido. La mujer aprieta con delicadeza los bordes de la herida, que exuda un líquido blancuzco traslúcido. Acerca la nariz y aspira.

—Tiene buen olor.

Saca un pequeño frasco de una de las bolsas que lleva colgando del cinturón.

—Miel. No me queda mucha —dice encogiéndose de hombros.

Coge su cantimplora, echa un chorro de posca en el cuenco con agua y la miel. Los agita con una varilla de madera. Cuando por fin se queda satisfecha, le lava la herida con el mejunje y se la venda de nuevo con un trozo de tela limpio.

La mujer le acerca la cantimplora a los labios.

—Bebe.

Estacio hace ademán de tragar con ansia.

—¡Despacio! No es bueno todo de un golpe. Te sienta mal. No quieres vomitar.

Hace un esfuerzo por beber despacio. La mujer le acaricia la cabeza. Se va relajando poco a poco.

—Te he puesto medicina en la bebida. Para que estés mejor. Descansa. Duerme. Lo peor ya pasó. Duerme.

Cierra los ojos y se queda dormido, respirando suavemente.

Segiburga le pide al esclavo que le traiga una silla. Se sienta al lado de Estacio. Después de siete días de lucha, por fin, ella también puede descansar.

17

Por primera vez desde antes del desastre, Estacio sintió hambre. Acababa de despertarse y sus tripas rugieron con tanto entusiasmo, que resonaron en las paredes de la habitación. Todavía era lo bastante joven como para sentir vergüenza, pero en aquellos momentos estaba solo. Fuera oía hablar a Segiburga con otras personas.

—Todavía está débil —le escuchó decir.

—En mi opinión, creo que es posible hablar con él. Esta mañana estaba coherente. La herida está mucho mejor. Sin duda, gracias a ti, Segiburga.

Estacio reconoció la voz del médico jefe, Cayo Postumio.

—Entiendo, pero es importante. Necesitamos saber lo que sucedió con el ejército de Varo y que podemos esperar. Los demás supervivientes no han sido de gran ayuda. El *optio* es nuestra última esperanza.

No reconoció a quién estaba hablando, aunque dedujo que era un oficial de alto rango.

—Está bien, pero que lo haga con calma; no sería bueno que se volviera a poner mal, ¿no? —replicó Segiburga.

Al verlos entrar, Estacio hizo ademán de incorporarse. Segiburga le ayudó a sentarse en el camastro, con la espalda apoyada en la pared. No era una postura cómoda y Estacio, al principio, sintió como la habitación le daba vueltas. Cerró el ojo, hasta que consiguió recuperarse.

—Debes descansar más —dijo la mujer.

—No, no... puedo hablar. Quiero hablar —respondió.

Aparte de Postumio y Segiburga, entraron otros tres hombres. A uno de ellos, al prefecto Lucio Cedicio, lo reconoció de cuando la

legión estuvo en Aliso, antes de la campaña. Los otros dos le fueron presentados como Marco Quintilio, prefecto de la cohorte de auxiliares cántabros y astures, y Publio Celio, centurión primipilo en la Quinta *Alaudae*.

—¿Publio Celio? ¿Eres pariente de Marco Celio? —preguntó Estacio al escuchar el nombre.

—Es mi hermano mayor. Centurión primipilo de la Decimoctava —aclaró Celio.

—Sí, lo recuerdo. Era un buen jefe. Su cohorte tenía fama por su buen orden y disciplina.

—¿Sabes si…? —Celio no se atrevió a terminar la pregunta.

—No, no lo sé. Lo siento, al final todo era muy caótico. La cohorte de Marco Celio fue de las pocas que mantuvo el orden hasta el final. Estaba intentando unirme a ella cuando me hirieron y perdí el conocimiento.

Celio se quedó en silencio. Era difícil imaginar a su hermano muerto. No, en realidad, lo que era difícil aceptar que un ejército romano hubiera sido aniquilado por unos bárbaros.

—Estacio, sé que no es sencillo, pero necesitamos toda la información posible acerca del ejército de Arminio y para eso debemos saber qué pasó exactamente con el del gobernador Varo —intervino Cedicio antes de que Celio pudiera preguntar más sobre su hermano; aunque entendía al centurión de la *Alaudae*, no era prioritario: ya tendría tiempo más adelante.

Estacio no contestó inmediatamente.

—En realidad, todo empezó en el verano, mucho antes de que nos ordenaran volver a la Galia.

—El último mensaje que recibimos de Publio Quintilio Varo daba la impresión de que todo estaba tranquilo —apuntó Cedicio.

—No sé qué escribiría el general, pero nos estuvieron hostigando todo el estío. A mi destacamento lo atacaron cuatro veces en dos semanas. Mataron a uno de los centinelas —replicó Estacio—.

Estábamos acantonados en una aldea de los angrívaros, apoyando a un jefe local.

—¿Qué hizo el gobernador? ¿No ordenó que las guarniciones se reunieran con el ejército? —preguntó Quintilio.

—Sí, para pasadas las nonas de este mes.* Nos juntó para repartir la paga. Se decía que Arminio le había convencido para alargar la estancia en Germania Magna. —Dudó un momento—. Era solo un rumor, ¿sabes? ¡Nadie iba a contarme a mí los planes del general!

—¿A nadie se le ocurrió que podrían estar tramando algo?

Estacio negó con la cabeza.

—No, al menos que yo sepa. Arminio era leal y amigo. O eso creíamos. ¿Por qué íbamos a sospechar de él?

—Uno de los legionarios que vinieron contigo dijo que el jefe de los marcomanos y el propio suegro de Arminio habían avisado a Varo de que estaba preparando una rebelión —intervino Celio.

—Incluso si le advirtieron, ¿por qué iba a creerles? —dijo Cedicio antes de que Estacio pudiera responder—. Maroboduo es un rey enemigo de Arminio y su suegro, Segestes, está picado por haberse casado con su hija Thusnelda sin su permiso. Varo tenía razones para dudar de ellos.

—Yo no sé nada de eso, *domine*. Nuestro centurión, Marco Batiato, insistió en que estuviéramos alerta como si fuera territorio hostil. Pero él era el único que no se fiaba, los demás estábamos muy tranquilos. ¿Quién iba a atreverse a atacarnos?

Estacio se detuvo. Segiburga le ofreció la cantimplora y él dio un trago antes de continuar su historia. Tenía la boca seca y la posca le supo deliciosa.

—El primer día después de la paga empezaron los ataques. Siempre hacían lo mismo: aparecía un grupo de bárbaros por entre los árboles, mataban a unos pocos y huían antes de que reaccionásemos. Donde yo estaba en la columna casi no hubo incidentes; en cambio, en la retaguardia… —Estacio dejó el comentario en el aire.

—¿Recuerdas cuáles fueron las órdenes de Varo?

—Batiato nos hizo desplegar guardias en los flancos e ir con las armas listas —contestó Estacio—. Hacía calor, pero nadie protestaba por tener que llevar la armadura durante la marcha. Si alguien de arriba dio órdenes, yo no me enteré; en nuestra cohorte fue Batiato quien tomó la iniciativa. Y lo mismo en la de Marco Celio, que iba detrás nuestro.

Apoyó la cabeza en la pared.

—Lo peor era el bosque. Cruzarlo era un infierno, no solo por los árboles y las cárcavas, que hacían que cada milla recorrida tardásemos dos veces lo normal, sino por los mosquitos, las moscas y las avispas que nos atormentaban. ¡Y encima empezó a llover! Nos cayó un aguacero que nos dejó empapados y transformó el camino en un lodazal.

Todos los presentes escuchaban la historia en silencio. Tras un momento de silencio para reunir fuerzas, Estacio continuó:

—El día siguiente lo pasamos en el campamento. Estuvo lloviendo todo el día. Era imposible atravesar el barrizal con el bagaje. Yo estaba de guardia en la puerta principal norte cuando salieron varios mensajeros en busca de Arminio. Nunca los volvimos a ver. Era como si se los hubiera tragado el bosque. Los hombres decían que se los habían llevado los espíritus.

Bebió un poco más.

—Faltaban cuatro días para los idus* cuando abandonamos el campamento. Nos mandaron destruir los suministros que no pudiéramos llevar en las mulas o carros ligeros. También nos ordenaron dejar atrás a los heridos graves. Nuestra cohorte y la de Celio…

Se calló, como si estuviera avergonzado.

—¿Vuestra cohorte y la de Celio…? —inquirió Cedicio, incitándole a seguir.

—Desobedecimos la orden. Batiato y Celio se reunieron con los demás centuriones y acordaron que no íbamos a cumplirla. A los tres hombres que estaban agonizando, los mató el propio Batiato. A los

demás, los montamos en las mulas y los llevamos con nosotros. Al final, dio igual, pero entonces no lo sabíamos.

Estacio apartó la vista.

Los oficiales guardaron silencio. Lo que habían hecho los dos centuriones era equivalente a un motín: habían desafiado una orden legal de su comandante en jefe. Por otra parte, los entendían, pues dejar a tus hombres a merced de los bárbaros era impensable. Cedicio y Quintilio habían leído a Tucídides y recordaban como habían castigado los atenienses a sus generales victoriosos por abandonar a los náufragos: ganaron la batalla, pero fueron ejecutados por dejar que se ahogaran ciudadanos atenienses.*

Batiato y Marco Celio ya no podían responder por sus actos y ninguno de ellos se atrevía a juzgarlos.

—Al final, los dioses nos castigaron por nuestra impiedad —dijo Estacio en voz queda, como si estuviera hablando para sí mismo.

Tragó saliva. Tenía la frente perlada de sudor. Segiburga se lo enjugó con un paño. Él intentó sonreír en agradecimiento, pero lo único que salió fueron lágrimas.

—Aquel día la marcha fue terrible, los bárbaros nos atacaron continuamente. Los auxiliares galos y frisones pelearon como héroes. Si no hubiera sido por ellos, la batalla habría terminado entonces.

Quería enfatizar que no habían sido derrotados por ser cobardes; al menos no los soldados.

—Fue entonces cuando mataron a Batiato. Yo estaba a su lado. Un bárbaro salió de repente entre los árboles, le clavó la lanza en la garganta y huyó. Recuerdo la mirada de asombro de Batiato, como si no estuviera seguro de por qué se estaba muriendo.

En ese momento su voz perdió toda emoción.

—Murieron diecisiete oficiales, entre ellos dos tribunos y ochenta legionarios solamente en nuestra legión. Nuestro legado estaba malherido. Dijeron que fue peor para la Decimoséptima y la Decimonovena, y me lo creo, porque al anochecer sus legados estaban muertos. —Calló un instante, pensativo, antes de continuar—. Cuando

salimos de aquel maldito bosque estábamos agotados, pero al menos estábamos en campo abierto; cuando montamos el último campamento, nos sentimos seguros.

—Todo esto ocurrió entre el sexto y el cuarto día antes de los idus,* si te he entendido bien —comentó Quintilio.

Estacio asintió.

—Suponiendo que Arminio movilizase a las tribus una semana antes de que empezarais la marcha, y hoy estamos a nueve días de las calendas de octubre,** quiere decir que llevan por lo menos tres semanas en armas —calculó el prefecto de los auxiliares, mientras miraba a Cedicio.

—Eso significa que, si conseguimos extender nuestros suministros otras tres semanas más, Arminio tendrá que retirarse o ver como su ejército se disuelve ante sus ojos. ¡Bien visto, Marco! —concluyó Cedicio, sonriente.

Los demás, menos Segiburga, les observaron como si estuviesen hablando en un idioma desconocido en vez de en latín.

—Si quieren rendirnos por hambre corren el riesgo de que se les eche el invierno encima. Salvo su séquito y algunos leales, los demás no van a aguantar mucho tiempo más. Querrán volver a sus aldeas a disfrutar su botín —aclaró Quintilio.

Segiburga asintió con aire de suficiencia.

—Hay algo que no acabo de entender, Cayo Estacio —intervino Celio—. Si estabais en campo abierto y en una fortificación, ¿cómo pudieron las tribus destruir al ejército?

El *optio* miró hacia la pared. En un rincón vio una telaraña llena de insectos atrapados.

—Salió un destacamento de caballería, los que todavía tenían caballos, bajo Numonio Vala hacia el norte. Supongo que el general los envió en busca de ayuda.

Estacio no quería mirar a los demás.

—Hay un pacto tácito entre oficiales y tropa. Los jefes mandan y a cambio asumen la responsabilidad de sus decisiones hasta el final.

Su voz sonaba ahogada.

—Los hombres de Vala fueron aplastados a la vista de todos. Justo antes de entrar en el bosque les atacó la caballería de Arminio. Los mismos que hasta hacía una semana creíamos que eran nuestros aliados. Pudimos reconocerlos por sus armaduras, sus cascos y sus escudos. Mataron a todos los hombres de Vala. Él fue uno de los últimos en caer, rodeado de enemigos.

Su voz adquirió un tono duro, casi iracundo.

—Esa misma tarde, antes del crepúsculo, Publio Quintilio Varo se tiró sobre su espada. Vi como lo hacía: apoyó la punta justo debajo de las costillas y el pomo en el suelo, y se dejó caer. Uno de sus esclavos le clavó un puñal en la nuca, para que no sufriera.

Se detuvo, antes de añadir:

—¡Que no sufriera…! ¡Ja!

Los hombres dieron un respingo ante el sarcasmo que destilaba Estacio. Segiburga se mantuvo impasible.

—Sé que era lo honorable, que así asumía la responsabilidad —continuó con voz rota—. ¡Pero nos abandonó! ¡Nos dejó solos! ¡Desertó de su deber para con *nosotros*!

Segiburga le puso una mano en el hombro.

—Está muy alterado. No es bueno para la herida tierna.

Cedicio se mantuvo impasible; sus ojos marrones tenían una mirada dura como el pedernal. Segiburga se sentó resignada, suspirando. Sabía que ella no tenía ninguna autoridad; si estaba allí era porque el prefecto de Aliso se lo permitía.

—En aquel momento, en aquella noche, me di cuenta de que estábamos perdidos —continuó Estacio—. Mientras se extendía el rumor del suicidio de Varo por el campamento, dejamos de ser un ejército. Nos transformamos en chusma. —Hizo una breve pausa—. Publio Quintilio Varo protegió el honor de su familia, pero aquí, en Germania, nos traicionó a todos.

Nadie dijo nada.

—El legado de nuestra legión, Cayo Cornelio, era el único oficial superior que seguía vivo. Hizo lo que pudo. Los germanos habían construido un terraplén, como los de nuestros fuertes, entre los bosques y los marjales al norte del sendero. Le vi por última vez dirigiendo el ataque, a pesar de que estaba muy mal herido y tenían que sujetarle entre dos hombres para que no se cayera del caballo.

Nadie interrumpió su relato.

—Los hombres de la vanguardia combatieron hasta el final. En el resto de la columna, la disciplina se derrumbó por completo. Los bárbaros se metieron entre las filas y nos masacraron. En la parte de la columna donde yo estaba solo unos pocos mantenían el orden; fue entonces cuando me hirieron. Lo siguiente que sé es que estaba en una mula, acompañado por una docena de legionarios y unos pocos auxiliares. Los demás supervivientes fueron uniéndose a nosotros más tarde.

Estacio se quedó en silencio.

—Eso es todo lo que recuerdo de la batalla en los bosques.

Cedicio hizo ademán de ir a preguntarle algo, pero Segiburga le interrumpió antes de que pudiera hacerlo.

—Ahora debe descansar.

—Está bien —consintió el prefecto y, volviéndose a Estacio, le dijo —: Has hecho un gran trabajo, Cayo Estacio; has protegido el honor de Roma y de tu legión. Puedes sentirte orgulloso.

Se levantó e hizo un gesto a los demás oficiales para salir de la habitación.

—*Domine* —dijo el *optio* antes de que se marcharan—, esos bárbaros son disciplinados. Jugaron con nosotros como un gato juega con un ratón. Arminio es peligroso.

Había contado las cosas tal y como las recordaba, menos una: cuando le hirieron estaba huyendo. Se había quedado solo, rodeado de cadáveres y heridos. Tuvo miedo y quiso escapar. Cuando recuperó el conocimiento pensó que su herida era el castigo de los dioses por su cobardía. Guiar a su banda de supervivientes hasta Aliso había sido su

penitencia, pero el hecho de que hubiera sobrevivido cuando debería haber muerto, significaba que su misión no estaba completa: los dioses querían algo más de él.

Segiburga apareció con un plato de madera, con unas gachas humeantes. Se sentó a su lado y cogió una cuchara de madera para darle de comer.

—No, sujétame el plato. Déjame comer yo solo.

Segiburga se quedó mirándole un instante y entonces asintió sin decir nada.

Se llevó una cucharada a la boca. Le costaba masticar y hacía que le doliera la herida.

—¿Cuánto de viejo eres? —le preguntó Segiburga de repente, como si acabase de pasarle el pensamiento por la cabeza.

—¿Qué edad tengo, quieres decir?

—Sí.

—Veinticinco años, creo.

Segiburga le miró con lástima. Había sobrevivido, pero mutilado. Si conseguía salir de Aliso tendría que vivir el resto de su vida con una cicatriz que todos señalarían; unos con miedo, otros con vergüenza, algunos para reírse de él.

—Tan joven… —murmuró Segiburga mientras le acariciaba el cabello—. Tan joven.

Mientras tanto, Estacio comía ajeno a la mirada de compasión en los ojos de la mujer.

18

Si después de la historia de Estacio le quedaba a Lucio Cedicio alguna duda acerca de la determinación de Arminio, se le pasó en las semanas que siguieron. El líder querusco levantó cinco

campamentos rodeando el fuerte. El principal estaba a dos millas de distancia, en linde de un denso bosque de robles. Tal vez eran algo más desordenados, menos eficientes que uno legionario, pero cumplían su misión. Tras un breve consejo de guerra, los oficiales romanos llegaron a la conclusión de que no era posible hacer salidas y tomar alguno de ellos por sorpresa.

El único error del caudillo germano fue intentar guarnicionar el embarcadero abandonado por los romanos. Cneo Manilio, en cuanto supo que los bárbaros estaban reuniendo barcas, los atacó de noche, incendiándolas. Después de eso, Arminio dejó patrullas para que vigilaran la posición, pero, por lo demás, la abandonó.

—Al menos no tienen armas de asedio, ni sabrían cómo usarlas —había dicho Sexto Vinicio, ganándose una mirada de reproche de los demás oficiales, incluso de su centurión.

En efecto, aquella misma tarde, como si se hubieran estado preparando para llevarle la contraria, los germanos desplegaron dos escorpiones y empezaron a batir las torres de la puerta principal. Pero Vinicio no se equivocaba y en el intercambio de proyectiles con las piezas de los defensores, los germanos salieron peor parados. El tribuno se pavoneó muy ufano durante toda la semana, presumiendo de su clarividencia.

Ambos bandos se instalaron en la letal rutina de los asedios. Los días eran cada vez más fríos, sobre todo al amanecer. A lo largo de la cuenca del Lupia se formaban bancos de niebla matutinos tan densos que en su interior no era posible ver más allá de diez pasos. En ellos, en los bosques y en la tierra de nadie, entre las hierbas altas y los matorrales, los exploradores de ambos bandos libraban salvajes escaramuzas para impedir que los infiltradores enemigos obtuvieran información, capturando prisioneros y matando o muriendo.

Aquella mañana fue distinta, lo que frustraba al Nubio, que no pudo encontrar siquiera a un merodeador enemigo. La patrulla tampoco halló rastros de su presencia. Sentía como si le hubieran dado plantón.

En las dos semanas trascurridas desde el principio del asedio había conseguido siete trofeos. Uno de ellos había llevado una talla de madera representando a un animal que el Nubio no conocía; se la había regalado a Mania, quien desde entonces la llevaba a todas partes colgada de un pequeño cinturón que le había fabricado Avinoam. No eran suficientes.

Así que volvieron a Aliso con las manos vacías. Los demás, entre ellos Murilo y Dagomarus —que había sido destacado con los exploradores tras la batalla por la *civis*—, estaban bastante más satisfechos que el Nubio. Al contrario que él, preferían no arriesgar sus vidas.

—No entiendo esas ganas de que te maten, Nubio —le dijo Dagomarus.

—No quiero que me maten, pero es divertido porque hay peligro. Si no hay peligro, no es divertido, ¿sí? —respondió el Nubio, genuinamente sorprendido de que algo tan evidente necesitara explicación.

Dagomarus puso los ojos en blanco. Le gustaba una buena pelea como al que más, pero lo del negro enorme era distinto: estaba seguro de que no estaba bien de la cabeza.

Murilo tuvo que persuadirle de que hacer un collar con dientes de germanos para regalárselo a Mania no era, precisamente, una buena idea. El Nubio no quedó convencido del todo, aunque como Murilo era de los pocos a los que respetaba, le hizo caso.

Cuando llegaron a la puerta principal notaron la conmoción. Los centinelas estaban distraídos, volviendo la cabeza y hablando entre ellos. Incluso el *optio* que mandaba la posición parecía con la mente en otras cosas. Murilo se sintió tan escandalizado que abroncó al jefe de la guardia, que al menos tuvo la decencia de mostrarse avergonzado.

—Los bárbaros han mandado un heraldo —explicó el *optio* a modo de excusa—. En la puerta decumana. Dicen que trajeron dos prisioneros y los degollaron delante de todos; el rumor que corre es

que, si mañana al amanecer no abandonamos el fuerte, quemarán vivos a todos los prisioneros romanos en su poder.

—Si esperan que Cedicio abandone Aliso solo porque van a quemar vivos a unos prisioneros, ya pueden esperar sentados —comentó Dagomarus con sorna, ganándose una mirada amenazadora de Murilo—. ¿Qué? ¿Acaso no tengo razón? —preguntó, enarcando las cejas.

—No me toques las narices, Dagomarus —respondió Murilo con tono que no admitía discusión.

Aquel no respondió, pero la sonrisilla burlona tampoco abandonó sus labios, lo que todavía irritó más a Murilo. Tenía que reconocer que era un excelente rastreador y que era un combatiente letal; tal vez solo el Nubio estaba a su nivel. Sin embargo, había algo en él, en su forma de hablar —o puede que fueran sus ojos de diferente color—, que le molestaba; como un picor que no se podía rascar. Si Murilo le hubiera preguntado al Nubio, este le habría dicho que Dagomarus estaba vacío por dentro. Algunos tienen sombras que le siguen a todas partes; otros están bajo el control de un hechicero. Dagomarus no tenía nada. Era un espacio en el que solo existía él mismo.

Al Nubio no le parecía mal. Sabía matar bien y era silencioso en los bosques, y eso era suficiente por el momento. Pero no le quitaba el ojo de encima. Era como un león poseído por un brujo, que se dedicaba a cazar humanos: igual de calculador y despiadado. Al final siempre era necesario salir a buscarlo y matarlo, antes de que hiciera más daño.

Acababan de acomodarse en sus barracones cuando llegó un teserario* del pretorio buscando a Murilo.

—El comandante requiere tu presencia lo antes posible —dijo sin preámbulos.

—¿No te ha dicho para qué? Aún no he informado al prefecto de nuestra cohorte sobre la patrulla.

—¿Crees que iba a perder el tiempo en explicárselo a un simple legionario? —respondió el mensajero con tono socarrón—. No tengo ni idea, pero apostaría que tiene que ver con el ultimátum de Arminio. —Y añadió mientras se iba—: ¡Date prisa, que el jefe hoy está de un humor de perros!

Murilo se levantó del camastro con un suspiro de cansancio. ¡Ni siquiera había tenido tiempo para desayunar! Como si protestara por la falta de atención, su estómago aprovechó para soltar un sonoro rugido de hambre. El Nubio se echó una enorme carcajada.

—Toma. Está bueno —dijo entregándole un trozo de pan que había estado mordisqueando.

Murilo volvió al cabo de una hora.

El Nubio se había marchado a visitar a Mania, a quien había dejado al cuidado de la viuda de un centurión. Dagomarus y Rusilo estaban durmiendo.

Los rumores habían tenido una parte de verdad y una parte de imaginación, pero la realidad era casi peor. Arminio había hecho una oferta a la guarnición, muy parecida a la del primer día del asedio a Sexto Vinicio:

—Abandonad el fuerte. Podéis llevaros vuestras armas y bagajes y aquellas provisiones que necesitéis para llegar a la Galia Bélgica. No os molestaremos.

Luego, la amenaza:

—Tenéis hasta el amanecer. Hay cuatro prisioneros romanos en mi campamento, incluido el hermano de uno de vuestros centuriones. Si no accedéis, los quemaré vivos delante de todos, para que todos sepan qué es lo que os espera.

Como había dicho el teserario, Lucio Cedicio estaba malhumorado; con Arminio, por supuesto, pero también por tener que tomar una decisión que odiaba.

—Quiere ponernos nerviosos e incitar un motín. ¡Ese astuto bastardo! —exclamó iracundo—. No vamos a abandonar el fuerte, por supuesto. Es absurdo. Y Arminio lo sabe, así que todo esto es

teatro dirigido a sus hombres y, claro, a los nuestros. Lo que quiero es que se lleve un chasco. Si mañana no están los prisioneros, Arminio quedará mal delante de los suyos.

Murilo había entendido de inmediato la orden: «Infíltrate en el campamento enemigo; rescata a los prisioneros, si puedes, y si no, mátalos, me da igual. Lo importante es que Arminio no pueda montar su "tragedia"».

Apenas tenía a dos hombres que pudieran hacerlo: el Nubio y Dagomarus. Hubiera preferido mandar solo a Dagomarus y no arriesgar al Nubio. Pero si para dos hombres era difícil, para uno era imposible. Murilo sabía que tenían que ir ambos.

Cuando el Nubio regresó a las barracas, Murilo despertó a Dagomarus y les llamó a ambos aparte.

—Las órdenes son infiltrarse en el campamento principal de Arminio y localizar a los prisioneros romanos. El objetivo es liberarlos, por supuesto, pero… —Hizo una pausa—. Si no es posible, debéis eliminarlos.

—¿Sabemos dónde los tienen? —preguntó Dagomarus.

—Sí. El jefe y Bodo han interrogado a dos prisioneros germanos. El primero aguantó bien; sin embargo, el otro, después de ver lo que hicieron con su camarada se mostró muy colaborador —respondió Murilo—. Parece que están en una especie de jaula cerca de la tienda de mando de Arminio, en el campamento principal.

—Va a ser un problema abrirla sin que nos detecten —intervino el Nubio. Dagomarus asintió.

—Arminio quiere exhibirlos; que cualquiera que vaya a su tienda recuerde que ha sido él quien ha derrotado a Roma.

Murilo observó sus reacciones: ambos se mostraban impasibles, como si les estuviera informando de que hoy comerían menestra con tocino en vez de gachas de pan y ajo. Dagomarus parecía casi aburrido; el único gesto de nerviosismo era un leve tic en el ojo izquierdo, casi imperceptible. El Nubio, Murilo le conocía bien, ya estaba planeando en su cabeza la ruta de aproximación.

—Décima hora,* cuarta vigilia —comentó el Nubio.

Dagomarus asintió. Tenía sentido: si entraban en el campamento enemigo a esa hora dispondrían de otra para buscar a los prisioneros, eliminarlos, y volver al fuerte.

—En ese caso, antes del cambio de guardia. Salimos en la novena —respondió Dagomarus.

—Un poco antes, por si acaso.

—Sí, mejor. Despiértame al principio de la tercera guardia. Voy a dormir.

Dejando al Nubio y Murilo solos, volvió a su camastro en las barracas.

—¿No te importa? Que sea Dagomarus, quiero decir —preguntó Murilo.

El Nubio se encogió de hombros.

—Es bueno; sabe moverse, no hace ruido. Me entiendo bien con él, ¿sí?

—Pero ¿no te preocupa tener que confiar en él? —insistió Murilo.

—No voy a ser yo quien vaya delante —contestó.

Y riéndose por lo bajo, como si hubiera contado un chiste muy gracioso, el Nubio también se fue a dormir.

Murilo se fue en busca de los esclavos de la escuadra, para que le dieran el rancho. Su estómago volvió a rugir.

Dagomarus y el Nubio eligieron la hora de salida para que su aproximación al campamento enemigo coincidiera con el momento de la noche en el que los guardias estaban más cansados y menos atentos. Arminio había montado el principal a novecientos pasos de Aliso.* Unos días antes, el Nubio lo había reconocido minuciosamente. No tenía órdenes de hacerlo, pero se aburría en el fuerte. El peligro, la idea de desafiar a la inteligencia de sus adversarios, le excitaban. Nunca se sentía tan vivo como cuando salía de «caza».

No fue difícil identificar el lugar por el que podrían colarse en el campamento sin ser vistos. Los germanos no preveían que la guarnición de Aliso les atacara, así que no se había preocupado de construirlo en terreno despejado, de forma que sus enemigos no tuvieran por dónde aproximarse a cubierto. De hecho, el campamento estaba tan cerca de una de las colinas boscosas que rodeaban Aliso por el norte, que los árboles llegaban casi hasta la empalizada: las sombras serían tan densas que ni siquiera un centinela con ojos de lechuza podría verlos acercarse.

Hacia la mitad de la octava hora,* el Nubio y Dagomarus estaban en la empalizada, listos para partir. Cedicio, Quintilio y Murilo los acompañaron para que los guardias les dejaran salir.

—Esta misión… Es importante que tenga éxito —les recordó Cedicio innecesariamente.

Ambos hombres supieron que lo que en realidad quería decir es que sus vidas eran secundarias comparadas con la misión. Cruzaron una mirada socarrona, que no se le escapó a Cedicio, que carraspeó incómodo.

—Suerte y volved —se despidió Quintilio, más diplomático.

Murilo se limitó a saludar. Sobraban las palabras.

Debieron de tardar casi una hora en hacer el camino. Se paraban cada pocos instantes; aguzando los oídos; solo cuando estaban seguros de que no habían sido detectados, reanudaban el avance. La luna menguante jugaba a su favor, limitando la visibilidad. El Nubio vio con aprobación que Dagomarus se había ensuciado la cara y las manos con hollín, para evitar posibles reflejos. Una vez alcanzaron la arboleda, pudieron relajarse.

Entrar no fue difícil: el problema era orientarse y que no los detectaran. La mayoría de los hombres estaban durmiendo, pero en un campamento tan grande, siempre había alguien despierto, aparte de los centinelas. Se ocultaron detrás de un grupo de tiendas que estaba casi pegado a la empalizada, bajo las ramas de un gigantesco roble. La oscuridad era absoluta.

Oyeron como alguien apartaba el faldón de la tienda y se encaminaba hacia donde estaban escondidos. Se quedaron completamente inmóviles, conteniendo la respiración. Apenas veían una sombra recortada contra el reflejo de unas hogueras lejanas. El chorro de orina cayó tan cerca de ellos que el Nubio notó como le salpicaba la pierna. Tras unos momentos interminables, el hombre terminó de mear, bostezó y volvió por donde había venido. El Nubio contó hasta veinte en su cabeza, y luego volvió a empezar, así hasta cuatro veces. Solo entonces dio un toque ligero en el hombro de Dagomarus para indicarle que podían reanudar el avance.

Si el campamento, como parecía, imitaba el de los romanos, la tienda de Arminio debía estar localizada hacia el centro. Se encaminaron en esa dirección, dejando a su izquierda lo que debía ser la vía principal, manteniéndose en todo momento a cubierto entre las tiendas. Repitieron la secuencia de avanzar y pararse hasta que pudieron ver una tienda más grande que el resto, delante de la que dormitaban dos guerreros al lado de las brasas de una hoguera.

Unos veinte pasos a la derecha pudieron ver un recinto circular construido con estacas de madera algo más altas que la cintura de un hombre puesto en pie, parecido a un aprisco de los que se usan para guardar a las ovejas. No era una jaula, como les había informado Murilo, pero era lo más parecido a ello, así que decidieron investigarla.

Dagomarus y el Nubio se aproximaron a la empalizada. Aunque apenas había luz pudieron distinguir a los prisioneros. Estaban sentados en el suelo, desnudos, con las piernas estiradas, los brazos encadenados a un poste, espalda contra espalda. El olor a heces, sangre y sudor era hediondo; se agarraba a la garganta.

Primero entró Dagomarus, seguido por el Nubio.

Súbitamente uno de los prisioneros empezó a gritar.

Ambos hombres se pararon en seco. Dagomarus hizo ademán de girarse para escapar, pero el Nubio le detuvo. Lo último que debían hacer ahora era moverse. La sombra que creaba la propia empalizada

era la mejor cobertura que podían desear, pero tenían que quedarse quietos.

Uno de los guardias se levantó, adormilado. Entró en el redil y, acuclillándose delante del romano, lo abofeteó brutalmente mientras le decía algo en su lengua; aunque ninguno de los dos exploradores hablaba el dialecto de los queruscos, tampoco hizo falta para saber lo que le estaba diciendo. Finalmente, le pegó un puñetazo en la cara y el prisionero quedó en silencio. El guardia se puso en pie, escupió y se marchó.

Dejaron pasar el tiempo hasta que se aseguraron de que el guardia germano volvía a quedarse amodorrado. Solo entonces se atrevieron a acercarse a los prisioneros. Dos de ellos estaban claramente agonizantes; otro, el que había gritado, mascullaba para sí mismo, escupiendo de tanto en tanto, inconsciente de la presencia de los dos exploradores.

—¿Quiénes sois? —susurró el último de los prisioneros, un hombre ya mayor, de unos cincuenta años, con el pelo rapado.

El Nubio no respondió. Sabía que los sonidos, por las noches, se oyen más lejos. Si los guardias escuchaban hablar al prisionero, igual no les llamaba la atención; podían creer que estaba intentando calmar al que había gritado antes. Sin embargo, la voz del Nubio sería distinta; no estarían familiarizados con ella y de algún modo sabrían que algo no marchaba bien y podían ir a investigar.

—Soy Marco Celio, primipilo de la Decimoctava legión —musitó en voz tan baja que al Nubio le costaba entenderle—. Sé que no podéis liberarnos. Es demasiado tarde: al amanecer, nos van a quemar vivos. ¡Ah, no os sorprendáis! Llevan todo el día diciéndonoslo, les gusta torturarnos así. No importa. Sé para que habéis venido y os doy las gracias. Tengo un hermano, Publio Celio. Es centurión en la Quinta *Alaudae*. Si le ves, dile que morí bien, como un romano.

El Nubio le apretó suavemente el antebrazo. Sacó su puñal y, sin dar tiempo a Celio a sentir dolor o miedo, se lo clavó con un golpe seco en la base del cráneo. Su cuerpo se tensó por un momento y, casi

de inmediato, se relajó. Dagomarus hizo lo mismo con los otros dos hombres.

Abandonaron el campamento por el mismo lugar por el que habían entrado. Iban algo más rápido, menos silenciosos que al entrar. Los dos querían salir cuanto antes y por eso corrían riesgos. Habían cumplido su misión, pero el Nubio no se sentía satisfecho. Sabía desde el principio que no iban a rescatarlos, sino a darles una muerte limpia. Aun así, estaba frustrado.

Estaban a medio camino de Aliso cuando oyeron una conmoción en el campo germano. Volviendo la cabeza de forma instintiva al quebrarse el silencio de la noche vieron como docenas, tal vez centenares de antorchas iban de aquí para allá. Aceleraron el paso. Ya no era necesario ser discretos, sino regresar a la seguridad del fuerte.

Dagomarus levantó el puño y empezó a aullar como un lobo, desafiando a los germanos a atreverse a seguirle. El Nubio se limitó a ir más rápido.

19

Hrolf miró a su destacamento. Eran cincuenta hombres escogidos entre el séquito personal de Hermann, todos ellos veteranos y equipados con armamento romano. Estaban ocultos en un bosquecillo que estaba a unos cien pasos del foso exterior que protegía Aliso; detrás de este había otra zanja y, luego, la empalizada.

Durante las dos semanas anteriores Hrolf dirigió personalmente las partidas que reconocieron las fortificaciones romanas, las posibles vías de aproximación y las rutinas de los guardias. Fue un trabajo duro y peligroso, ya que los romanos también patrullaban agresivamente. Las escaramuzas le costaron algunos hombres buenos, pero gracias a esos

sacrificios pudo hacerse una idea bastante precisa de las defensas de la fortaleza.

Le hubiera gustado explorar el interior, pero fue imposible infiltrarse. No le preocupaba demasiado.

—Todos los fuertes romanos son iguales —le había dicho Hermann—. Además muchos de mis guardias estaban en Aliso conmigo este verano, así que lo conocen bien.

Mientras esperaba el momento para dar la orden de avanzar, recordó cómo Hermann le había convocado en su tienda cuando descubrieran los cadáveres de los prisioneros romanos. Fue una humillación para Hermann y, por asociación, para todos los hombres de su guardia personal.

—No podemos dejar esto sin respuesta, por supuesto —le había dicho—, pero la venganza no es lo que realmente me preocupa.

Hrolf no respondió, esperando a que continuara.

—Tenemos que capturar y destruir Aliso. Si no lo conseguimos, el próximo verano habrá en ella veinte mil romanos listos para atacar el corazón de nuestro país.

—El ejército está harto de esperar, Hermann —respondió Hrolf—. Quieren volver a sus casas y disfrutar del botín.

—Lo sé y no puedo impedírselo.

—Ayer se marchó Orthic con sus hombres —insistió Hrolf—. Casi un centenar de buenos guerreros; y todos los días se van dos o tres, a veces más.

—¿Crees que no me doy cuenta? —exclamó Hermann con impaciencia—. No soy un rey, solo puedo intentar convencerlos para se queden.

Se rascó la barba, pensativo. Todavía era corta, pero era una declaración: «soy un querusco, no un romano».

—No puedo arriesgar un asalto general, ya que si fracasa corremos el riesgo de que el ejército se desbande. Así que vamos a destruir toda la comida que tengan almacenada. Así solo les quedarán dos opciones: o rendirse, o morir de hambre.

—Y aquí es donde intervengo yo, ¿verdad? —dijo Hrolf sonriendo ampliamente.

Era intimidante, incluso para Hermann. En un ejército en el que abundaban los hombres grandes, Hrolf era un gigante. Sus siete pies de altura y la constitución de una roca le convertían en uno de los hombres más imponentes de su guardia personal. Cuando se unió a su *comitatus*,* Hermann se gastó una fortuna en equiparle; solo con lo que había pagado por la cota de malla podría haber alimentado a una aldea todo un año. Y cada denario había valido la pena.

—Exacto, aquí es donde tú entras —respondió Hermann—. El plan es que mientras yo amago un asalto general para distraer a la guarnición y que debiliten los sectores no amenazados, tú atacas por otro lado con cincuenta hombres escogidos y quemas los graneros.

Hrolf asintió. Era consciente de que era una misión casi suicida, pero eso no le alteraba lo más mínimo. El día en que compartió la mesa con Hermann como parte de sus compañeros escogidos, supo que algún día tendría que morir por él. Estaba preparado.

—Los hombres tienen que ser voluntarios. No quiero que nadie vaya obligado, ¿entendido? —le advirtió.

—No te preocupes, jefe, que no van a faltar. De hecho, no me extrañaría que se peleasen por estar entre los elegidos.

No se equivocó: todos se ofrecieron voluntarios, a pesar de que eran conscientes de que era improbable que sobreviviesen. Al final, tuvo que ser el propio Hrolf quien hiciese la selección, para disgusto de los que no fueron escogidos.

Ahora estaban detrás de él, esperando sus órdenes. Hrolf decidió que daría la orden de avance cuando empezara a ponerse el sol. Así, los rayos les darían a los centinelas directamente en los ojos, dificultando su visión.

Desde el oeste llegaban ruidos de combate, tal y como Hermann había prometido. Fue difícil persuadir a los jefes de la solidez del plan, pero al final lo aceptaron a falta de algo mejor. Hrolf consideraba a los pequeños reyezuelos y caudillos peores que una reunión de comadres:

siempre cotilleaban y malmetían, criticándose unos a otros como si fueran viejas sin nada mejor que hacer. Hermann era el único capaz de convencerlos para que hablasen con una sola voz.

Los romanos retiraron algunos hombres de la sección que quería atacar. Entre las dos torres y el espacio de muralla elegido como objetivo del asalto, Hrolf contó veinte hombres. En cada torre, los romanos tenían desplegado un escorpión con una dotación de tres legionarios; eran los que menos le preocupaban. Otra cosa eran los arqueros —Hrolf había visto al menos cinco—, aunque esperaba que, con la luz dándoles en los ojos, no fueran demasiado efectivos.

Comprobó una vez más la posición del sol. Todavía tenía que esperar a que estuviese un poco más bajo. Aprovechó para comprobar que todos llevaran un pedernal y material incendiario. Habían dejado los escudos en el campamento, pero cada uno llevaba su cota de malla y su casco romanos. De lejos podrían ser confundidos como tropas romanas. El engaño no duraría mucho tiempo, pero incluso unos instantes podían ser suficientes para el éxito de la misión.

—Cuando la sombra de aquel árbol —dijo señalando a un solitario roble— toque el borde de la primera zanja, daré la orden de avanzar.

Todos asintieron, excitados.

Hrolf sentía que necesitaba la acción. La idea de que podía morir era irrelevante. Lo que de verdad le daba miedo era hacerse viejo y no poder sostener nunca más el escudo. Morir peleando era su sueño.

Las escalas, una para cada cinco hombres, estaban listas. Les dio las últimas instrucciones:

—Recordad el objetivo: no es matar romanos, sino quemarles el grano. No os detengáis por nada, ni por nadie. Si alguien es herido fuera del fuerte —no hacía falta que les dijera que pasaría con los que lo fueran en su interior—, que intente volver a este bosquecillo. Este es el punto de reunión. Tened cuidado con los abrojos —advirtió—. Suerte y espero volver a veros, sino en esta tierra ¡en el festín de los dioses! ¡O al menos en las canciones! ¡Y que sea yo quien las cante!

Todos se rieron. Hrolf estaba satisfecho: eran buenos guerreros.

La sombra estaba alargándose hasta tocar el borde del foso. Hrolf contó hasta diez y entonces levantó la mano y dio la orden.

—¡Adelante!

Los hombres se incorporaron y avanzaron rápido y en silencio, sin el habitual griterío que servía para darse ánimos unos a otros. Hrolf estaba pendiente de todo lo que pasaba a su alrededor. Por el momento, los centinelas enemigos no parecían ser conscientes de su presencia.

Llegaron a la primera zanja, algo más profunda que la altura de un hombre y de unos doce pies de ancho. Colocaron las escalas y bajaron hasta el fondo. Hrolf había limpiado esa zona de abrojos hacía un par de días; sin embargo, la otra pared del foso estaba defendida con estacas aguzadas y lanzas clavadas en la tierra, lo que los obligaba a tener cuidado para no herirse. La misión de estos obstáculos no era matar a los atacantes, sino entorpecerlos y romper el impulso. Unos asaltantes que se detenían era más difícil que siguieran avanzando. En otras circunstancias podría haber funcionado, pero en este caso, los hombres sabían cómo desenvolverse en ese terreno.

En apenas unos instantes superaron la primera línea de defensas y se dirigieron a la carrera a la segunda.

Fue entonces cuando algún centinela más atento o con mejor vista los identificó como enemigos. Hrolf oyó cómo les exigía a gritos la contraseña. No le hizo caso. Poco momentos después empezaron a caer las primeras flechas, aunque sin herir a nadie de momento.

Ahora que habían sido descubiertos, necesitaban darse más prisa todavía.

—¡Vamos, rápido! ¡Daos vida! ¡Mi abuela corría más que vosotros! —gritó.

—¡Claro, tenía que escapar de tu abuelo! —respondió alguien.

Todos rieron a carcajadas. Pronto dejarían de tener razones para reír.

El virote de uno de los escorpiones impactó en el terraplén a pocos palmos de su cabeza. Llegaron a la segunda zanja defensiva. Fue

entonces cuando empezaron a morir.

Harjabrandaz, un brúctero que se había ganado su puesto en el séquito personal de Hermann a base de bravura más allá de lo razonable, saltó dentro del foso, resbalando. Frenó la caída con la mano izquierda, con tan mala fortuna que una de las estacas se clavó justo por debajo de la muñeca. La punta le desgarró el brazo, destrozando venas, músculos y tendones, desde la muñeca hasta casi el hombro, y dejó dos trozos de carne colgando a ambos lados de los huesos.

Hrolf no pudo evitar un estremecimiento al ver la brutal herida; Harjabrandaz gritó de miedo, más que de dolor. Vio como Valomar, que había bajado detrás de él, lo recogía y lo apoyaba en el terraplén posterior. Un enorme charco de sangre empapó el suelo; los ojos desorbitados por el pánico unos instantes antes se volvieron vidriosos y dejó de respirar.

Superaron la segunda zanja. Los arqueros enemigos empezaban a ser más precisos. A Sigmer, uno de los primeros seguidores de Hermann, una flecha le atravesó el antebrazo derecho y otra se clavó en su muslo izquierdo, justo por encima de la rodilla, haciéndole caer. Ninguna de las dos heridas sangraba mucho, pero, aunque intentó ponerse en pie, no pudo. La flecha del muslo debió de cortar los tendones, paralizándole la pierna desde la articulación hacia abajo.

Menos los que transportaban las escaleras, los demás llevaban tres jabalinas cada uno.

—¡Jabalinas! —rugió Hrolf.

Una flecha le rebotó en el casco con la fuerza de un martillo golpeando un yunque. Luces multicolores estallaron en su visión. Hrolf perdió el equilibrio, cayendo de espaldas, y rodó sobre sí mismo. Dos flechas se clavaron en el suelo, justo donde él había estado momentos antes.

Las jabalinas empezaron a volar, obligando a los defensores a ponerse a cubierto. Uno de ellos no fue lo bastante rápido y el proyectil le alcanzó justo debajo de la barbilla, saliendo por la nuca.

Apoyaron las escaleras en la muralla. Este era el momento más peligroso. Los que subieran delante estarían a merced de los defensores, sin que sus camaradas al pie de las escaleras pudieran hacer nada para ayudarlos.

Hrolf fue el primero. La empalizada no era muy alta, apenas diez o doce pies. Un soldado enemigo se asomó entre las almenas; levantó su lanza por encima del hombro y golpeó hacia abajo. Hrolf giró el cuerpo para que la hoja no le alcanzase de lleno, pero el impacto estuvo a punto de derribarlo. Si sobrevivía a esta noche, al día siguiente tendría un bonito hematoma en el hombro izquierdo.

El legionario volvió a atacar, pero un venablo estuvo a punto de alcanzarlo, obligándole a echarse hacia atrás y a ocultarse detrás de la empalizada. Hrolf aprovechó el respiro para desenvainar su gladio. En cuanto su adversario volvió a asomarse, el querusco lanzó un tajo que le amputó tres dedos de la mano con la que se sujetaba al parapeto. Uno de ellos le cayó en la cara, colándose por el hueco entre su cota de mallas y su túnica. El romano dejó caer la lanza y reculó, gritando y salpicando de sangre a sus camaradas. A Hrolf le bastó ese instante de distracción para alcanzar el tope de la empalizada y saltar al adarve.

Un arquero intentó dispararle una flecha a bocajarro. Antes de que pudiera soltar la cuerda, Hrolf amagó una estocada contra su cara. El arquero se sobresaltó, lo que hizo que la flecha se desviase, hiriendo a un legionario que estaba detrás del germano. Este, sin darle tiempo a reaccionar, le lanzó un tajo a la altura de la entrepierna; oyó el grito del arquero, pero no se paró a comprobar la gravedad de la herida, sino que le dio un fuerte empujón, haciéndole chocar con los legionarios que tenía a su espalda.

Los momentos que ganó Hrolf supusieron que más guerreros alcanzaran el adarve, abriéndose paso a cuchilladas. No se detuvo, sino que se dirigió de inmediato hacia la torre que estaba a su izquierda.

La anaranjada luz del crepúsculo iba dando paso al añil de la noche, creando una escena fantasmagórica en la que los guerreros del

comitatus de Hermann aniquilaban a los escasos defensores romanos que, desesperados, procuraban cerrar la brecha.

La dotación del escorpión situado en la torre estaba intentando maniobrar la pieza para disparar contra la melé en la muralla. Mientras subía por la escalerilla de acceso, Hrolf aprovechó para cortarle los talones a uno de los legionarios, que cayó sujetándose las piernas. Los otros dos se volvieron, haciendo ademán de desenvainar sus gladios. Hrolf golpeó en la cara al que tenía a su derecha con el pomo de la espada. El legionario se tambaleó, aturdido.

El otro soldado desenvainó y lanzó una estocada desesperada. El ángulo no era bueno y el escorpión le estorbaba; Hrolf hurtó el torso mientras daba un paso atrás, esquivando la punta de la espada de su adversario, que resbaló sobre su cota de malla sin herirle. Ahora mismo ese era el enemigo más peligroso. De los otros dos, uno estaba fuera de combate y el otro tan atontado por el golpe que se limitaba a lanzar tajos al aire, como si estuviera borracho.

El romano se movió de forma que el escorpión estuviera entre él y Hrolf. Era una buena táctica. Contra otro enemigo, igual hubiera podido distraerle el tiempo suficiente para que llegaran refuerzos, pero no contra el gigante germano, que soltó el gladio y agarró el escorpión con ambas manos; haciendo tal esfuerzo que se le hincharon las venas de las sienes y los antebrazos como si estuvieran a punto de reventar, lo empujó con tanta violencia contra el pecho del legionario que pudo oír como se le partían las costillas. Al romano se le desorbitó la mirada y empezó a boquear como un pez fuera del agua.

Hrolf dejó de prestarle atención y se volvió hacia los otros dos. El que había golpeado con el pomo de la espada estaba inmóvil, boca abajo. Hrolf le dio la vuelta: estaba muerto; tenía la nariz medio hundida en el cráneo y le salían hilos de sangre de los oídos.

El último romano se había arrastrado hasta apoyarse en uno de los tabiques de la torre, dejando un rastro de sangre tras de sí. Había desenvainado su puñal, que apuntaba desafiante al germano. Por un momento ambos hombres se miraron, sabiendo que el herido no tenía

ninguna oportunidad. Hrolf se acercó hasta él sin prisa, el otro hizo un amago de defenderse. El germano apartó el cuchillo como quien aparta una mosca; apoyó la punta de la espada entre la clavícula y el hombro, y con un golpe seco se la clavó hasta la mitad de la hoja. El legionario vomitó una bocanada de sangre; unas breves convulsiones agitaron su cuerpo y, por fin, se quedó quieto.

Hrolf resollaba, gotas de sudor le caían por la frente. Hubiera dado lo que fuera por poder descansar, pero sabía que no podía. Cogió una de las cantimploras de los muertos y dio un largo trago. Reconoció la posca en cuanto la probó; había pocas bebidas que le parecieran tan asquerosas, a pesar de lo cual vació la cantimplora.

Oyó pasos subir por la escalerilla de acceso a la torre, así que se preparó para seguir peleando, cuando apareció Valomar. Miró los cadáveres de los romanos.

—¡Ja! ¡Los demás trabajando y el jefe divirtiéndose! —dijo entre risas.

Era una broma estúpida, pero en aquellos momentos a Hrolf le pareció graciosísima y estalló en carcajadas tan incontrolables que se le saltaron las lágrimas.

Cuando por fin se calmaron, Valomar le explicó que habían acabado con todos los defensores y que habían capturado también la otra torre. Los supervivientes del enemigo habían escapado hacia otras torres, así que esperaba verlos aparecer de vuelta con refuerzos de un momento a otro.

—He dejado diez hombres en ella, por si acaso. En cuanto a las bajas, han muerto cuatro, dos están malheridos y el resto son arañazos y contusiones sin importancia.

—Bien hecho. Vamos a dejar otros diez aquí. Te quedas al mando de las torres y el trozo de muralla. Yo me llevo al resto a incendiar los almacenes —respondió Hrolf—. Debes defenderla a cualquier precio. Solo podemos volver por aquí.

—Si la pierdo, será porque todos estemos muertos. No la capturarán mientras yo viva.

Hrolf asintió y le dio una palmada en el hombro.

Empezó a bajar las escaleras para reunir al grupo que le acompañaría a quemar los graneros. Tenía que darse prisa. Los romanos no tardarían en contraatacar. Todavía llevaban la iniciativa, pero sabía que eso iba a cambiar pronto.

El sol ya se había puesto. «Hoy va a ser un crepúsculo de sangre. No hay mejor forma de morir», pensó con satisfacción.

20

Murilo estaba exhausto y empapado de sudor. La cantimplora estaba casi vacía. Bebió lo que quedaba, aunque no calmó su sed.

El asalto de Arminio estuvo a punto de conquistar el campamento. Los germanos habían aprovechado los bosques al suroeste de Aliso para aproximarse a la puerta derecha de la vía principal. Solo la rápida reacción de Marco Quintilio había salvado el fuerte. Arminio, que no había previsto el éxito de la distracción, no tenía tropas en reserva para explotar la brecha. Una de las torres que protegía la puerta fue capturada al asalto; en la otra, los defensores resistían a duras penas cuando apareció Quintilio al frente de algo más de un centenar de hombres reclutados apresuradamente entre las tropas más a mano, entre ellos los exploradores de Murilo. En un combate desesperado consiguieron salvar la torre y reconquistar la otra.

Tres arqueros del contingente de Nearco se turnaban para disparar, asomándose entre las almenas. Un cuarto arquero yacía en el adarve, inmóvil. Murilo le había visto morir: una flecha le había entrado por el sobaco; había exclamado un «¡oh, vaya!» sorprendido y, antes de que nadie pudiera hacer nada por ayudarle, se había desangrado.

—¡Eh, tú! ¿Sabes usar un arco? —le preguntó uno de los arqueros señalando con la cabeza el arma de su compañero muerto.

—No demasiado bien —respondió Murilo.

—No importa, solo hace falta que dispares en dirección a los bárbaros. ¡Ni siquiera es necesario que aciertes! —replicó sonriente.

Murilo apoyó su espada en el muro. Tuvo que forzar los dedos de la mano del muerto para poder coger su arma. Hacía años que no usaba un arco y menos de ese tipo. Las flechas tampoco le resultaban familiares. Era una pérdida de tiempo, pero era preferible a estar mano sobre mano.

Si se quedaba parado, aparecían las sombras, susurrándole en el oído: *¡Vamos, cobarde! ¿A qué estás esperando para huir?* Sacudió la cabeza, rechazando el recuerdo.

Observó por un momento la rutina de los tres arqueros: el primero, un escita que no hablaba latín tenía una sonrisa pegada en la boca, disfrutando; se asomaba, apuntaba y soltaba la cuerda en un movimiento tan fluido que parecía una sola acción.

El segundo, un individuo rubio, de ojos azules, que decía ser britano, era casi tan eficiente como el escita. El último, el que le había preguntado si sabía usar un arco, era un egipcio al que llamaban Sem; aunque no tenía la misma experiencia que los otros dos era claramente el líder del trío.

—Dispara después de mí. No te compliques, solo tira en la dirección del enemigo.

El sol estaba muy bajo en el horizonte. Pronto anochecería, lo que pondría fin a los ataques. O eso esperaba Murilo.

Cuando fue su turno, apenas fue capaz de tensar el arco. Los brazos le temblaban tanto que se preguntaba si la flecha siquiera iría en la «dirección del enemigo», como le había dicho el egipcio. Soltó la cuerda y vio perderse al proyectil, sin impactar a nadie. Por un momento se quedó paralizado. Centenares de cadáveres y heridos alfombraban el terreno delante de la muralla. En uno de los fosos, los cuerpos se amontonaban hasta casi tocar el borde de la zanja. Si hubieran querido, los germanos podrían haberlos utilizado como un pontón improvisado.

El egipcio le cogió por detrás y dio un tirón para apartarlo. Una flecha pasó a escasos dedos de su cabeza.

—¡Qué mierda estás haciendo! ¿Quieres que te maten? —le gritó en la cara.

Murilo masculló una disculpa, pero el egipcio ya estaba preparando una nueva flecha y no le prestaba atención.

Había tirado otras dos veces cuando apareció Dagomarus, acompañado de un *optio* que no conocía y media docena de legionarios.

—¡Eh, jefe! Pensé que igual te habían pillado —le dijo con tono desenfadado.

Él, Rusilo y el Nubio habían seguido a Murilo cuando Quintilio organizó el contraataque para reconquistar la torre que habían capturado los germanos al principio del asalto. En medio del caos, Murilo se había separado de sus camaradas, terminando junto a los tres arqueros.

—¿Y los demás?

—El Nubio recibió un puñetazo en la cara y le han astillado un diente, así que es aún más feo que antes, pero nada más. Por cierto, Bodo te anda buscando.

—¿Te ha dicho para qué?

—No, solo que si te veía te dijera que bajaras a la explanada y que le buscaras.

Ahora tienes excusa para huir, ¿eh?, dijo la voz, exhalando el aliento directamente en su oído, haciendo que se estremeciera de forma involuntaria. Dagomarus le miró con curiosidad, inclinando la cabeza hacia un lado.

«¿Se habrá dado cuenta?» pensó Murilo.

No, no me puede ver; solo tú puedes, je je je. Igual sabe que eres un cobarde. ¿Te ha visto temblar?, le respondió la voz.

—Bien, vamos —y, volviéndose a Sem, dijo—: Me reclaman en mi unidad.

El egipcio le miró con indiferencia, como si estuviera preguntándose por qué debería importarle.

Murilo dejó el arco y recogió su espada. La hoja estaba sucia de sangre seca, el filo se había embotado e incluso le faltaban pequeños trocitos allí dónde había chocado con otra arma. «Tengo que repararla en cuanto pueda; ahora mismo no sirve ni para cascar nueces», pensó.

Siguió a Dagomarus hasta la explanada formada por la encrucijada de las vías principal y *sagularis*, donde encontraron a Bodo, que los saludó efusivamente pero enseguida se puso serio.

—Hay algo que no encaja. Arminio está malgastando sus fuerzas. Tuvo la oportunidad cuando nos cogieron por sorpresa y casi capturan la puerta, pero no tenía reservas. No tiene sentido salvo que no se lo esperase. Y si no lo esperaba, ¿por qué lanzar el ataque en primer lugar?

—¿Quizá le han obligado los demás caudillos? —preguntó Murilo.

Bodo negó con la cabeza.

—No creo —respondió—. Más bien es al revés: es él quien les ha forzado la mano. Sea como sea, lo he hablado con los jefes y me han dado el mando de un destacamento para que lo tenga cerca del pretorio y acuda en ayuda de otros puntos, por si los germanos están preparando algo.

—Aparte de mis hombres —Murilo los señaló con la cabeza; habían hecho un corrillo y estaban comiendo—, ¿quién más forma parte del destacamento, *domine*?

—Alguna gente del ejército de Varo y media docena de arqueros que he conseguido sacarle a Nearco. Ya sé que no parece mucho; sin embargo, los de Nearco son gente bragada, y lo mismo la tuya. Los otros son dudosos, aunque como poco sirven para hacer bulto. Hubiera preferido algo de caballería, pero los jefes han decidido que la quieren más a mano.

Bodo se calló al notar que Murilo había dejado de prestarle atención y estaba mirando más allá de su hombro con gesto de

sorpresa.

—¡Qué! ¿Qué pasa? —preguntó Bodo mientras se giraba.

—¡Allí! ¡Mira! —señaló Murilo hacia el noroeste, dónde podía verse el reflejo anaranjado de un incendio contra el azul oscuro del crepúsculo.

—¡Los graneros! ¡Son los graneros! ¡Están ardiendo! —exclamó Bodo—. ¡Murilo, rápido, ve a los graneros! ¡Voy a por el resto del destacamento y te sigo!

Bodo se dirigió a toda prisa hacia el pretorio sin esperar a la respuesta de Murilo. Este no perdió el tiempo, sino que gritó a sus hombres que dejaran todo y le siguieran. Olvidado su anterior agotamiento, salió corriendo hacia el incendio.

El hórreo del extremo sur estaba ardiendo por los cuatro costados, iluminando sus alrededores con llamas de más de doce pies de altura. En el que estaba inmediatamente a su izquierda el fuego empezaba a asomar por las ventanas debajo del alero.

Una densa humareda, aventada por un súbito golpe de aire, rodeó a Murilo, cegándole y haciéndole toser. El calor de las llamas era tan intenso que notó el escozor en la piel de su cara y sus manos. De forma instintiva se intentó tapar la cara con los brazos. Notó cómo se le secaba el sudor. Tenía que salir de allí. Se movió hacia su izquierda intentando escapar del humo y el fuego, confiando en que sus hombres vieran hacia dónde iba y le siguieran.

A pesar de sus ojos llorosos, pudo ver las siluetas de un grupo de individuos armados con lanzas y antorchas que intentaban alcanzar el tercer granero. Un puñado de civiles armados, probablemente antiguos veteranos retirados que se habían refugiado en Aliso, intentaba hacerles frente. Sin embargo, no eran rivales para unos hombres mejor armados, decididos y sin duda mucho más jóvenes.

Murilo no sabía quiénes eran los hombres de las antorchas, ni tampoco le importaba. Lo único que tenía claro es que, si no los detenían, Aliso estaba condenado. Volvió la cabeza para comprobar

que sus hombres le habían seguido. Estaban tosiendo y con los ojos enrojecidos, pero ninguno se había separado en la confusión.

—¡Seguidme! ¡A los de las antorchas, matadlos a todos!

Y sin más, cargó contra los enemigos.

No llevaba escudo y había perdido el casco en algún momento de los combates en el muro; en aquellos momentos, ni siquiera era consciente de su vulnerabilidad. Toda su atención estaba enfocada en los germanos; lo único que le importaba era destruirlos antes de que pudieran incendiar los demás almacenes. El Nubio y Dagomarus, más rápidos que Murilo, fueron los primeros en caer sobre la retaguardia enemiga, seguidos del propio Murilo y Avinoam, que había sido manumitido y asignado al destacamento de exploradores para cubrir las bajas, y, finalmente, el resto de la escuadra.

A pesar de tener superioridad numérica, los germanos no tuvieron ninguna oportunidad de defenderse.

El Nubio parecía danzar en medio de ellos, usando su lanza como si fuera una extensión de sí mismo. La primera de sus víctimas casi ni tuvo tiempo de darse cuenta de que estaba muerto antes de que el Nubio retirase la lanza de su nuca; cayó al suelo agitando las piernas. Utilizó el ímpetu de la carrera para clavársela en el muslo a otro germano. El guerrero cayó de rodillas sujetándose la herida. Avinoam aprovechó para darle un tajo en el cuello con tanta fuerza que la cabeza salió volando, mientras el cuerpo se desplomaba.

Al notar la conmoción, el guerrero que Murilo había escogido como objetivo se empezó a volver hacia él. No fue lo bastante rápido y antes de que pudiera terminar la acción, Murilo lanzó una estocada de abajo arriba, con todo el peso de su cuerpo detrás. La punta atravesó la cota de malla, clavándose en el costado del germano hasta la mitad de la hoja. El guerrero soltó una exhalación y le miró con la cara de asombro, sin llegar a comprender lo que estaba pasando. Murilo no se detuvo. Retiró la espada y siguió moviéndose, consciente de que pararse era letal. El germano se derrumbó.

Atrapados entre los civiles en su frente y los exploradores en su retaguardia, y sin lugar para huir, los germanos fueron aniquilados. Ninguno pidió cuartel, ni hizo ademán de escapar, intentando cumplir su misión de incendiar el tercer almacén hasta que el último de ellos estuvo muerto.

Murilo sabía que el trabajo no había acabado. Todavía quedaban guerreros enemigos en el campamento. El fuego de los dos almacenes en llamas amenazaba con extenderse a otros edificios del recinto. La única noticia buena era que el viento soplaba en dirección contraria a los dos hórreos todavía intactos, así que no estaban en peligro inmediato.

Se volvió hacia los civiles. El que parecía el líder debía tener unos sesenta años, aunque su porte era el de un hombre más joven. Tenía la frente perlada de sudor y solo ahora empezaba a recuperar el aliento. La mayoría del grupo eran hombres mayores, pero también había algunos tan jóvenes que no debían tener siquiera catorce años e incluso algunas mujeres.

—¡Escuchad, tenéis que evitar que el fuego alcance otros edificios! —gritó Murilo intentando hacerse oír por encima del rugido de las llamas.

—No te preocupes, nosotros nos encargamos. Vosotros id a hacer vuestro trabajo y ¡cazad germanos! —contestó el hombre que se había puesto al frente de los civiles.

Murilo ordenó al Nubio y a Rusilo que hicieran una batida por si había más enemigos cerca. Mientras tanto él y el resto de los hombres se dirigieron a la vía principal, en busca de Bodo y los refuerzos. Tuvieron que dar un rodeo para evitar la humareda.

Las llamas de los incendios iluminaban la noche. Las pavesas se movían a merced de un viento ligero, depositándose en el suelo suavemente antes de extinguirse, como copos de nieve anaranjados. La dirección del viento era hacia el suroeste, de modo que la vía principal actuaba como eficiente cortafuegos, evitando que la conflagración se extendiese.

Aparecieron Rusilo y el Nubio corriendo; con voz entrecortada por la necesidad de coger aliento, le informaron de que las tropas de Bodo estaban combatiendo para recuperar dos torres capturadas por incursores germanos, que intentaban retirarse para no ser copados. A unos doscientos pasos, se podía ver arder otro edificio.

Murilo eligió el brillo del incendio como punto de referencia dirigiendo allí a sus hombres a paso ligero.

El fuego afectaba a una de las armerías y a un almacén donde guardaban la madera para alimentar el horno. Los germanos se habían retirado a las torres, mientras que las tropas de Bodo intentaban ganar las escaleras cubiertos por los disparos de los arqueros. Aunque ya era noche casi cerrada, el resplandor del fuego les daba la suficiente luz como para poder tirar, aunque no parecía que estuvieran teniendo demasiado efecto.

Las sombras de los guerreros enemigos se proyectaban sobre los muros de madera a sus espaldas, haciéndoles parecer gigantes. Los romanos titubearon, sin atreverse a subir. Bodo se adelantó, gritando que le siguieran, pero ninguno se atrevía a hacerlo.

—¡Nubio, Dagomarus, conmigo en primera fila! ¡Rusilo, Avinoam y Turenno, detrás! ¡Ciso, Abanio y Vadón, los siguientes! ¡Cilio, Noreno y Pinto, cerrad la retaguardia! —ordenó Murilo y se volvió hacia los arqueros—: ¿Veis a ese gigante? —Señaló a un guerrero enemigo que era alto incluso entre los propios germanos y que parecía ser el jefe—. Es vuestra referencia, ¿entendido?

Se colocó en posición al frente de su improvisada fuerza de asalto.

—¡Escudos arriba! ¡Adelante!

La sombra que siempre le acompañaba le susurró en el oído: *¿Estás seguro? Vais a morir todos*.

Murilo no le hizo caso. Tenía cosas más importantes en las que pensar, como mantener el paso con el Nubio y Dagomarus, que estaban tan ansiosos por enzarzarse con los germanos que subían las escaleras de dos en dos, obligando a Murilo, más bajo que ellos, a esforzarse por no quedarse atrás.

Las lanzas de los germanos intentaron pasar los escudos que Dagomarus y el Nubio llevaban en alto protegiendo sus cabezas. Los golpes eran brutales, casi haciéndoles perder el pie; de no ser porque los hombres que iban detrás les sujetaron con sus propios escudos, probablemente hubieran terminado por caer escaleras abajo.

Murilo intentaba lanzar estocadas a los pies de los germanos; sin embargo, estos se apartaban tan rápido que no había manera de conseguir alcanzar a ninguno.

De repente, los golpes se detuvieron.

Murilo, Dagomarus y el Nubio pudieron entrar en la plataforma de la torre. Los demás se dirigieron hacia el adarve, ya que no cabían en la torre.

Delante de ellos solo quedaba el gigante germano. Había perdido el casco, tenía una venda manchada de sangre y hollín en la mano izquierda, y un gladio en la derecha. La sangre le caía sobre la barba de un corte en la mejilla, posiblemente causado por una flecha. Su boca dibujaba una sonrisa maniaca.

—Estáis jodidos, romanos —les dijo en un latín tan basto que era difícil de entender—. ¡Jodidos!

Les tiró la espada y mientras ellos la esquivaban, puso las dos manos sobre el borde y dándose impulso, saltó al otro lado.

Dagomarus fue el primero en reaccionar, seguido del Nubio y Murilo. Se asomaron, viendo como el germano, a pesar de su tamaño, bajaba a toda velocidad por una cuerda que tenían preparada. El Nubio se dispuso para tirarle su lanza; sin embargo, antes de que pudiera apuntar, el germano había llegado al suelo y había escapado hacia la noche.

Murilo se sentó, exhausto. Dejó su espada en el suelo. Fue a coger su cantimplora, dándose cuenta de que estaba vacía. El Nubio bebió de la suya y, al ver que Murilo no tenía, se la ofreció. Murilo la cogió y bebió un largo trago de posca tibio que sabía a sangre y sudor.

—Tiene razón. Estamos jodidos —comentó Dagomarus, mirando hacia el interior del fuerte.

Murilo se incorporó y siguió la mirada del galo. Las llamas de los incendios iluminaban sus rostros. Los tres, ensimismados, guardaron silencio.

21

Antíoco intentó mantener la compostura mientras terminaba de presentar el informe a Cedicio, aunque no pudo evitar que le temblara la voz.

—Hemos perdido la mitad del trigo, un tercio de la harina, un tercio de la cebada y casi toda la paja para los caballos. Los dos graneros y la herrería han ardido por completo.

El secretario de Cedicio se detuvo y carraspeó antes de seguir.

—Podría haber sido peor. La iniciativa de Valerio Gabinio de organizar a los civiles para evitar que el fuego se extendiese fue muy oportuna. La lluvia también ha ayudado. Tengo que comprobar los datos una vez más, pero dudo que vayan a cambiar mucho.

Las nubes habían llegado durante la tercera guardia,* acompañadas por un viento suave y frío que había avivado temporalmente las llamas. Al enterarse de lo sucedido con los almacenes, Lucio Cedicio dejó a Sexto Vinicio al mando de la puerta principal y fue a coordinar los trabajos para salvar los edificios cercanos a los incendios. Casi al final de la tercera guardia había empezado a llover.

Al amanecer, el paisaje era desolador. Los esqueletos ennegrecidos de los hórreos todavía humeaban, a pesar de la lluvia. El olor a quemado impregnaba las ropas de los exhaustos romanos —soldados y civiles— que habían estado luchando contra el fuego toda la noche.

Cedicio vio a los exploradores de la cohorte de Marco Quintilio apretujados en un corro, debajo de los soportales de las torres,

arrebujados en sus capas, intentando mantenerse calientes. Se había acercado a ellos y les había dado permiso para ir a sus barracones. Su comandante —Murilo, le había recordado Antíoco en un susurro—, nervudo, de piel tostada por el sol y el viento, apenas había sido capaz de mantener los ojos abiertos mientras informaba al prefecto.

Incluso el negro alto al que llamaban el Nubio había borrado de su cara su acostumbrada sonrisa burlona, y estaba dormido de pie, como aprenden a hacer los veteranos con muchas campañas a sus espaldas. «Si Arminio decide atacar ahora, pillaría a la mitad de la guarnición durmiendo. ¡Y no habría fuerza humana o divina que los despertara!», pensó Cedicio al verlo.

Lo único positivo que había sacado de aquella lamentable noche era que los supervivientes de la derrota de Quintilio Varo se habían portado bien. Su jefe provisional, el centurión de los cántabros, confirmó a Cedicio, delante de ellos, que habían cumplido con su deber.

Sin embargo, esa era la única parte buena. Arminio les había tendido una trampa y habían caído en ella. La finta contra la puerta principal estuvo tan bien ejecutada que, por un momento, pareció que Aliso iba a ser capturada al asalto. Si no sucedió así fue gracias a que Arminio no esperaba el éxito que tuvo el ataque, y al rápido contraataque organizado por Marco Quintilio.

Cedicio notaba el estrés y la fatiga acumuladas. La lluvia le aplastaba el escaso pelo que le quedaba contra su coronilla y se le colaba en torrentes por el cuello de la coraza.

—*Domine*, si me permites la sugerencia, creo que deberías volver al pretorio. Arminio sería el único que saldría ganando si enfermas —le dijo Antíoco.

Cedicio miró a sus escoltas. Estaban tan empapados como él, ya que tampoco habían tenido tiempo de coger sus sayos para protegerse. Algunos tenían los labios azulados y tiritaban sin poderse controlar. Antíoco no estaba mucho mejor.

—Sí, volvamos al pretorio —confirmó Cedicio—. ¡Ah! Envía a un ordenanza a Vinicio, Quintilio, Gundiaro y todos los primipilos. Que se presenten en la sala de recepciones lo antes posible.

Antíoco respiró aliviado. Aunque estaba acostumbrado a la maniática capacidad de trabajo del comandante, se encontraba al límite de sus fuerzas. No solo había tenido que cumplir sus tareas como secretario del comandante —comprobar el estado de los abastecimientos y preparar el informe—, sino que además se había visto obligado a pasar cubos con agua para evitar que los incendios se extendieran. Cuando empezó a llover, creyó que podría descansar, aunque fueran unas pocas horas, pero Cedicio no le había dado ni un momento de respiro.

Nunca había visto así a su antiguo amo; ni tan siquiera cuando su esposa había fallecido dando a luz a su hija más joven, Annia Cedicia. Antíoco recordaba como después de enterrar a su esposa, Cedicio se había encerrado en su despacho con un ánfora de vino y no había salido en tres días. Los esclavos habían oído sus gemidos a través de la puerta. Al cabo de ese tiempo había salido del cuarto oliendo a sudor y orines, barbudo y con los ojos enrojecidos. Sin embargo, se había dirigido a ellos con la misma voz firme y decisiva a la que estaban acostumbrados.

Esta vez no. Ahora su tono era el de un hombre derrotado. Se había quedado sin fuerzas. Arminio no lo sabía, pero su incursión tuvo éxito en más de un sentido.

Cuando entraron en los aposentos del comandante pareció como si todo el peso de la responsabilidad que había estado cargando y que, hasta ese momento, había conseguido disimular, le aplastara de repente. Sus hombros se hundieron. Las piernas le fallaron y tuvo que sujetarse al borde de su mesa de despacho.

—¡*Domine*! —exclamó alarmado Antíoco, acercándose para sujetarle.

Cedicio levantó la mano para indicarle que no necesitaba ayuda. El secretario se detuvo en seco.

—¿He fallado, Antíoco? ¿Les he fallado? —preguntó sin darse la vuelta, con la mirada clavada en la pared.

—*Domine*…

—¿Te acuerdas cuándo murió mi esposa? —le interrumpió Cedicio —. ¿Sabes lo que más me angustiaba?

—No, *domine* —contestó Antíoco en un susurro.

—Pensar que cuando ella me había necesitado, no pude hacer nada más que verla agonizar; que, si hubiera sido más listo, o hubiera traído un mejor médico, habría conseguido salvarla. —Se detuvo un instante, recordando—. Esta vez es distinto. No hace falta que me pregunte qué podría haber hecho diferente. Sé perfectamente dónde me he equivocado. Arminio ha jugado conmigo como un gato con un ratón.

—*Domine*, aunque no soy militar llevo el suficiente tiempo a tu lado para haber aprendido algunas cosas —replicó Antíoco—. ¿Recuerdas lo que nos dijo Marco Agripa cuando nos emboscaron los cántabros en las afueras de Segisama? «El enemigo también hace planes y a veces le salen bien; lo importante es que el último plan que salga bien sea el nuestro».

—¡Lo recuerdo! —sonrío con tristeza—. Estábamos todos con los ánimos por los suelos y entró Agripa con la cabeza vendada, un ánfora en la mano y contando chistes de putas. ¡Casi nos meamos de la risa! —Suspiró—. Ya no hay jefes como él.

—No, *domine*, te equivocas. Tú eres como Agripa. ¡Todo lo que sabes cómo soldado de Roma lo aprendiste mamando de sus peludos pechos!

A pesar de las palabras de su secretario, Cedicio no podía evitar darle vueltas a lo sucedido: si hubiera dejado más reservas, si hubiera hecho caso a Gundiaro y hubiera dejado un contingente de caballería atrás, si hubiera visto que Arminio solo quería distraernos… ¡Si, si, si! ¡Tantos síes! Le gustaría poder dar marcha atrás en el tiempo y cambiar las cosas. Era imposible, no podía permitirse el lujo de dejarse llevar por la fantasía.

Demasiadas cosas, demasiados hombres dependían de que él mantuviera la mente clara y tomara decisiones —acertadas o equivocadas—, y que asumiera las consecuencias. Su deber era representar a Roma como su máxima autoridad en ese rincón de Germania olvidado por los dioses.

—¡Ah, nadie puede compararse con el viejo Agripa, querido amigo! ¡Era todo un personaje! —exclamó Cedicio, intentando disimular el momento de debilidad y de duda.

—Por supuesto, *domine*. Después de todo, ¿qué va a saber un pobre secretario de los grandes generales del pasado? —respondió Antíoco refunfuñando, aunque ocultando al mismo tiempo una sonrisa de alivio—. ¿Mando que te traigan algo de comer? El cocinero ha preparado un puchero con menestra y unos trozos de tocino que se iban a estropear.

—Uf, si «se iban a estropear» es que ya estaban con gusanos… ¡Conozco a ese bergante!

—Bueno, mejor todavía. Así hay más carne en el guiso —replicó Antíoco.

—Ja, ja, ja, más carne en el guiso… ¡Qué gran comediante ha perdido el teatro contigo, mi buen amigo! —rio Cedicio, y luego, más serio, añadió—: Sí, manda que me traigan un cuenco; y también pide a uno de los esclavos una túnica y botas secas. ¡Ah, asegúrate de que los hombres de la escolta también coman algo!

Antíoco inclinó la cabeza y con un «lo que mandes, *domine*» hizo ademán de marcharse, pero antes de que pudiera salir Cedicio le llamó.

—¡Antíoco!

Este se volvió y miró a su jefe.

—¿*Domine*?

—Gracias —dijo este después de un momento.

Antíoco saludó con la cabeza sin decir nada y se marchó.

Cedicio se quedó solo. Recordó algo que también les había dicho Agripa: «Un comandante es tan bueno como lo son sus

subordinados». En ese sentido, él había tenido mucha suerte con Antíoco. Se lo había regalado su padre cuando cumplió los catorce años y vistió por primera vez la toga viril. Era un muchacho apenas un poco mayor que él, muy serio, con la cara llena de granos. Habían pasado casi cuarenta años desde entonces y, aun cuando Cedicio le otorgó la libertad poco después de la muerte de su esposa —hacía ya más de veinte años—, Antíoco no se marchó. Al día siguiente se presentó como siempre, dispuesto a continuar su labor de secretario.

El esclavo le trajo ropa y calzado, un cuenco con una menestra de aspecto poco apetitoso y un trozo de pan; estaba caliente, así que Cedicio se la comió con gusto. Comido y con ropa limpia se sintió más animado. Se dirigió a la sala de recepción del pretorio, que había ordenado habilitar como centro de mando.

Cuando apareció, estaban presentes todos los oficiales, incluido Estacio, que todavía llevaba una aparatosa venda tapándole la mitad de la cara. Cedicio había decidido que en cuanto se terminara de recuperar hiciera las funciones de centurión con el destacamento formado por los supervivientes de Varo.

Solo faltaba Sexto Vinicio, que llegó unos instantes después de que entrara Cedicio. Estaba sucio de barro, hollín y tenía el pelo alborotado. El prefecto sabía que había estado trabajando toda la noche, sin concederse un momento de descanso, así que pasó por alto su aspecto desaliñado.

Después de saludarlos a todos y felicitarles por su trabajo, entró en materia.

—No voy a engañaros: nos han hecho mucho daño —su tono era tajante—. Dos almacenes con trigo y cebada han quedado destruidos por completo; también se ha mojado parte del grano que conservábamos en el otro almacén al intentar evitar que se extendiera el incendio. Además, hemos perdido una herrería y un almacén de madera, y el fuego ha dañado otros dos edificios.

Un murmullo de consternación se extendió entre los oficiales.

—Esto significa que, si estiramos los suministros, podemos aguantar hasta diez días antes de quedarnos sin comida. Luego tendremos que empezar a matar a los caballos, perros y gatos. Con eso podríamos aguantar dos semanas más. Si reducimos la ración de la tropa a la mitad de la normal, y la de los civiles a un tercio, podríamos ganar otra semana adicional.

—¡*Domine*, si hacemos eso los hombres estarán demasiado débiles para combatir! —exclamó Cayo Didio.

Cedicio le miró impasible, como diciéndole «ya sé cuáles son los problemas, así que haz tu trabajo y propón soluciones».

—Y ahora que están llegando las lluvias, ¿no podrían bajar las liburnas hasta Castra Vetera y pedir ayuda? —inquirió Nearco.

—Es posible que en una semana haya caudal suficiente —respondió el comandante de las liburnas, Manilio.

Tenía un feo corte encima de la ceja derecha. Los germanos habían intentado sorprender e incendiar las liburnas, pero, al contrario que en Aliso, en este caso habían tenido la mala fortuna de que la corriente del río les había desviado de su objetivo original y los marinos no habían tenido dificultades para rechazarlos.

Cedicio era consciente de que se estaban agarrando a un clavo ardiendo.

—Aunque las liburnas levanten la alarma, pasarán varias semanas hasta que se organice una fuerza de relevo, y eso en caso de que sea posible —dijo—. En realidad, ni siquiera sabemos qué está pasando en el resto de Germania. ¡Puede que seamos la última posición que todavía resiste!

Se volvió hacia Manilio:

—Si llegáis hasta Castra Vetera y esta aguanta, ¿podríais remontar el Lupia con una carga de suministros?

—Depende de si llueve lo suficiente. El problema son los bancos de arena, como ya comenté. Si el caudal no sube, podríamos cruzar yendo de vacío, pero sería imposible si viniéramos cargados —respondió

Manilio—. Y el transporte es incluso peor, ya que tiene más calado que mis liburnas.

—Además luego habría que traerlas hasta Aliso desde el embarcadero, sin que el ejército de Arminio se entere y nos intercepte en campo abierto— añadió Vinicio.

Cedicio asintió. No esperaba otra respuesta, pero aun así no podía evitar sentirse decepcionado.

—Así pues, las opciones son aguantar hasta que llegue el invierno y el ejército de Arminio levante el asedio; mandar un mensaje pidiendo ayuda con las liburnas y confiar en que puedan enviar un ejército de relevo; o simplemente resistir hasta que muramos de hambre o estemos tan débiles que no podamos defender los muros y los germanos capturen la posición en un asalto —resumió Cedicio.

—*Domine*, también hay otra alternativa —dijo Marco Quintilio después de un momento.

Cedicio enarcó una ceja, invitándole a desarrollar su idea.

—Podemos evacuar Aliso.

Los oficiales murmuraron incrédulos.

—¿Evacuar el fuerte? ¡Ridículo! ¡Nos aniquilarían en los bosques, como al ejército de Varo! —exclamó Vinicio.

—¿Y quedarnos en Aliso es mejor? ¡Ya has oído a Lucio Cedicio! O morimos de hambre aquí, o lo arriesgamos todo a una tirada de la Fortuna —replicó Quintilio—. Los fuertes pueden reconstruirse; los hombres, no.

El comandante observaba a los demás oficiales mientras Quintilio argumentaba con Vinicio. El caudillo de los bátavos asentía con entusiasmo a las palabras de Quintilio, y otro tanto hacía Manilio. Cayo Didio parecía estar de acuerdo con Vinicio, mientras que Nearco mantenía una postura neutral.

Cedicio quería defender Aliso tanto tiempo como fuera posible. Quintilio Varo le había encomendado el mando de la fortaleza. Él mismo sería quién tendría que dar explicaciones a Augusto si ordenaba su evacuación. Su nombre sería arrastrado por el fango si los

germanos destruían a la guarnición mientras intentaban huir. Pero no podía cambiar los números: incluso estirando lo más posible la comida, dejando que los civiles murieran de hambre y que sus hombres se debilitaran tanto que no pudieran ni sostener las armas, solo habría comida para unas tres semanas más, tal vez cuatro. En el mejor de los casos, en ese plazo, era inimaginable que se organizase una fuerza de relevo con la fuerza suficiente para romper el asedio.

La discusión estaba subiendo de tono. Oía a Vinicio casi gritando:

—¿Acaso no has aprendido nada en estas semanas? ¿Todavía crees que Arminio es un bárbaro más?

—¡Precisamente porque sé que no es un bárbaro del montón es por lo que debemos evacuar antes de que sea demasiado tarde! ¡Solo tu estúpido orgullo te impide verlo! —le contestaba Quintilio igual de exaltado.

Cedicio levantó la mano.

—¡Basta! ¡Suficiente los dos! ¡Somos soldados de Roma, comportaos como tales! —gritó con tono autoritario.

Ambos se callaron de inmediato, con las caras enrojecidas y los ojos lanzándose puñaladas. Recorrió sus caras con su mirada: estaban cansados e irritables, y se sentían profundamente humillados por la derrota que les había infligido Arminio.

—Yo soy el responsable. Soy yo quien tiene la culpa del desastre y quien tiene que asumir las consecuencias. Es lo que significa que yo esté al mando y vosotros, no. De momento, vamos a continuar la defensa.

Vio por el rabillo del ojo como Vinicio empezaba a esbozar una sonrisa.

—¡Pero —exclamó antes de que terminara de formarse— Marco Quintilio preparará un plan para evacuar Aliso! Y lo quiero listo dentro de dos días. —Calló un instante y dijo con voz decidida—: Señores, esto no sale de aquí. Somos oficiales de Roma y las discusiones se quedan aquí dentro. Si alguien se va de la lengua, que tenga claro que lo degradaré a recluta y lo pondré a limpiar letrinas.

Vamos a dar ejemplo de lo que significa ser romano a esos bárbaros y a nuestras tropas.

—Yo no soy romano —comentó Gundiaro con tono socarrón.

—Si yo digo que tú eres romano, eres romano y lo serás mientras estés bajo mi mando —replicó Cedicio con un siseo furioso.

Estaba tan cansado que había perdido hasta el sentido del humor. Por fortuna, a Gundiaro no pareció importarle.

Despidió a sus oficiales y mandó a un esclavo a buscar a Antíoco. La tentación de descabezar un sueño era casi inaguantable.

—No tengo edad para estas cosas, debería haberme retirado ya. Si fuera un simple legionario ya me habrían dado mi *honesta missio*[*] —refunfuñó para su coleto.

Se sentó en una de las sillas, estiró las piernas y cerró los ojos. «Solo un momento» pensó.

Poco después, Antíoco entró en la sala. Allí, en la silla, estaba su jefe, su amigo, roncando suavemente. Cogió el *paludamentum* de Cedicio y lo tapó con él. Muy despacio, teniendo cuidado de no hacer ruido, salió de la habitación cerrando la puerta tras de sí.

22

No fue fácil preparar un plan de evacuación, y menos en dos días; así que Marco Quintilio había tardado una semana en tenerlo listo. Para entonces, el racionamiento empezaba a hacer mella entre los civiles. Incluso los soldados notaban la reducción en las raciones. Algunos empezaban a murmurar en contra de los mandos. Todavía eran pocos, pero era cuestión de tiempo que se les uniesen otros.

Lucio Cedicio decidió que los caballos recibieran una ración completa de cebada, aunque redujo la de paja. También ordenó que los mantuvieran en forma, obligando a los bátavos y a los cántabros a

competir entre ellos. La rivalidad entre ambos había provocado algunas peleas, obligando a los oficiales a azotar a los culpables.

—Esto significa que el comandante ha decidido abandonar el fuerte —dijo Quintilio a Murilo—, así que necesito saber dónde están los germanos y cómo se han desplegado. Y pronto, además. No puedo presentar un plan sin esa información —añadió con tono frustrado.

Sabía que lo que estaba pidiendo habría necesitado mucha más gente de la que tenía Murilo a su disposición. Sin embargo, no le quedaba otra alternativa que presionar a sus exploradores. Un contubernio* tendría que hacer el trabajo de una centuria.

—Es el ejército, *domine*. Nunca hay suficiente de lo que necesitas, excepto si no te hace falta —le había contestado Murilo, encogiéndose de hombros, cuando Quintilio, en un inusual gesto, le pidió disculpas por exigirles tanto.

Tardaron cuatro días en conseguir la información que les pidió.

—Han abandonado los dos campamentos más alejados —reportó Quintilio a Cedicio—. Mis exploradores no han podido averiguar por qué. Los interrogatorios de los prisioneros tampoco lo han aclarado.

—¿Cuál es tu opinión? —preguntó Cedicio.

—No estoy seguro, pero creo que Arminio lo ha hecho para reducir las deserciones. Es lo que tiene más sentido.

Los demás oficiales presentes se mostraron de acuerdo, incluso Sexto Vinicio.

—Ahora tiene tres campamentos en vez de los cinco originales: uno, el principal, al nordeste, pegado a las colinas que dominan el valle; otro al sudoeste, cerrando el paso entre las estribaciones occidentales de aquellas y el Lupia; y otro, más pequeño, a una milla del embarcadero.

Quintilio consultó las notas que le había pasado Antíoco a partir de la inteligencia recogida por la escuadra de Murilo. Tenía que reconocer que el secretario del comandante era muy eficiente: pocas veces había leído unas tan bien organizadas.

—Como no tiene hombres suficientes para guarnecer una empalizada continua entre los campamentos, ha construido varios reductos entre medias: los más pequeños formando un anillo interior y los más grandes entre los campamentos mismos —explicó.

Ese era un punto débil que creía que podrían explotar:

—Mis exploradores no han localizado ninguno en el que quepan más de dos centurias. Además, parece que no les gusta demasiado el servicio en los reductos. Según Murilo, el decurión que manda mis *speculatores*, solo los guardias personales de Arminio se toman en serio la vigilancia.

—En tal caso, ¿sería posible infiltrarse entre sus líneas? —intervino Cayo Didio.

Quintilio no respondió inmediatamente. Murilo fue tajante cuando él le preguntó lo mismo:

—Solamente si abandonamos a los civiles y a los heridos y enfermos más graves; y ni siquiera entonces es seguro que lo consigamos.

Era consciente de las implicaciones, pero su obligación era ser objetivo.

—Sería un error —dijo Estacio en voz tan tenue que al principio nadie estuvo seguro de que hubiera hablado.

Su cicatriz, una gruesa línea de color púrpura que le cruzaba la cara en diagonal desde la ceja izquierda hasta la mandíbula, atravesando un paisaje formado por piel amarilla, morada y gris verdoso, le latía como si la herida se la hubieran hecho ayer. Miró a Cedicio antes de continuar, pidiéndole permiso. Este asintió con la cabeza.

—Cuando dieron la orden de abandonar a los heridos y que los civiles se las apañaran como pudieran, la moral de la tropa se hundió —explicó Estacio—. Todos tenían miedo de que, si les pasaba a ellos, también les dejaríamos atrás.

Se hizo un silencio incómodo.

—Hay una posible solución —adujo Quintilio—. Podemos cargarlos en los barcos.

—En ese caso, tendremos que asegurar el embarcadero —comentó Cneo Manilio—. No hay otro sitio cerca en dónde recogerlos. Y eso significa que hay que contar con espacio para las tropas encargadas de ocuparlo y proteger el embarque.

—¿Cuánta gente podrían coger? —preguntó Cedicio.

—Entre las liburnas y el mercante, hasta trescientos, aunque irían un poco apretados —calculó Manilio—. Pero no podríamos negociar los bajíos que están al oeste. No hasta que el río no baje con más agua.

—Quintilio, ¿qué opinas?

—Hay un par de centenares de civiles, pero si solo subimos a los ancianos, las mujeres y los niños habría espacio para la escolta. Los hombres son en su mayor parte legionarios retirados, esclavos y mercaderes. Están acostumbrados a marchar duro. No serán un estorbo si van con la columna principal.

Cedicio mostró su aprobación. El consejo de guerra decidió adoptar el plan de Marco Quintilio.

El día elegido para la evacuación sería las nonas de octubre y se iniciaría en la hora cuarta, al principio de la segunda guardia.* La columna principal, formada por la infantería, saldría por la puerta principal y la caballería lo haría por la decumana, dando un rodeo por el norte. Era preferible que fueran por separado, ya que, si no la formación ocuparía demasiado terreno y sería más fácil de detectar.

Quintilio estaría al mando del destacamento encargado de capturar el embarcadero y escoltar a los civiles y los heridos. Los germanos no lo vigilaban con atención, así que no esperaba encontrar resistencia. Vinicio y Celio, al frente de la avanzadilla de la Quinta *Alaudae*, mantendrían la ficción de que Aliso seguía ocupado; luego se retirarían al embarcadero y serían evacuados en las liburnas.

—Si todo se da bien, los germanos no descubrirán nuestra ausencia antes del amanecer.

—¿Y si no se da bien? ¿Y si alguien se da cuenta y da la alarma? ¿Y si cierran el camino? —preguntó Gundiaro, con retranca.

Quintilio sintió una punzada de irritación, pero eran preguntas relevantes.

—En ese caso, nos reagruparemos en uno de los islotes que hay río abajo —respondió Cedicio en su lugar—. Las tribus locales lo conocen como el islote de Tyr, por un viejo roble. Los guías conocen el camino.

—Pero, *domine*, ¿no nos quedaríamos atrapados y sin suministros? —preguntó Estacio.

Lo cierto es que estaba aterrorizado. No quería mostrarlo —no *podía* mostrarlo—, pero el miedo a repetir la experiencia de la aniquilación del ejército de Varo, le asustaba más de lo que podía explicar con palabras. Por un momento, Estacio pensó en imitar a Varo y tirarse sobre su espada. Sin darse cuenta apretó los puños, clavándose las uñas en las palmas de las manos.

—Sí, es correcto; de hecho, estaríamos en una situación peor que ahora —respondió Cedicio—. Pero en una semana estaremos aún peor que ahora. ¡Y en dos semanas, peor que la semana anterior!

Recorrió con la mirada al grupo de oficiales. Menos el bátavo, el resto no se atrevió a sostenérsela.

—Solo hay una cosa peor que equivocarse y es no hacer nada.

—*Domine*, yo…

Cedicio levantó la mano, cortando en seco las disculpas.

—No te disculpes, Estacio. Has preguntado y he contestado. Ahora la decisión es mía. —Suspiró con cansancio—. Somos romanos. Si morimos, lo haremos de frente, mirándolos a los ojos. No les vamos a dar la satisfacción de matarnos mientras huimos. Tendrán que pagar el precio en sangre.

Quintilio observó el cambio en el estado de ánimo de los oficiales. Al principio del consejo de guerra, estaban tensos, con la preocupación marcada en sus facciones. Ahora mostraban una nueva determinación: tenían un propósito, un trabajo que hacer y unas directrices claras. Su admiración por Cedicio era cada vez mayor.

—*Domine* —intervino Vinicio—, Arminio debe de sospechar que estamos en una posición difícil. En los días pasados se ha limitado a observarnos. Ni siquiera ha estorbado a nuestras patrullas.

Cedicio asintió, esperando a que Vinicio continuara.

—¿No es posible, en ese caso, que se imagine que vamos a evacuar la fortaleza?

—Sí, es posible —contestó Cedicio, sonriendo con malicia—, y por eso vamos a celebrar un banquete de despedida.

Vinicio le miró con gesto de no entender de qué estaba hablando.

El comandante indicó a Quintilio que contara el plan.

—Vamos a liberar a los prisioneros germanos capturados en la incursión. —Todos le miraron con sorpresa. Continuó—: Pero antes de hacerlo, les vamos a dar de comer hasta que se harten.

—Forman parte del séquito personal de Arminio —aclaró Cedicio —, así que en cuanto regresen a su lado, le informarán de lo que han visto.

—Conozco bien a Arminio. Siempre fue suspicaz, se imaginará que queremos engañarle —comentó Vinicio.

—Es posible, pero tendrá que valorar la posibilidad de que la situación de nuestros abastecimientos es mejor de lo que supone. Y eso nos da ventaja.

Vinicio no parecía demasiado convencido, pero no insistió en sus objeciones. Cedicio dio por terminada la reunión y cada oficial regresó a su puesto.

Quintilio fue a hacer su ronda, era el turno de guardia de su cohorte. Los hombres se sentían más tranquilos cuando veían que el jefe se encargaba personalmente de las cosas.

Subió a una de las torres de vigilancia. Era una de las que habían capturado los germanos. Los tres auxiliares de guardia le saludaron al verle aparecer por el hueco de la escalerilla de acceso. El escorpión estaba reparado y no se apreciaban las manchas de sangre. Nada indicaba que en aquel reducido espacio un único guerrero germano había matado a tres legionarios.

Los bosques parecían más ominosos que de costumbre. Quintilio se había criado en el campo, entre encinas, alcornoques y frondosos y perfumados jarales que le dejaban la piel pegajosa de resina cuando caminaba entre ellos. Si cerraba los ojos todavía podía ver los olivares de la finca familiar extendiéndose hasta el horizonte, ondulando por las suaves colinas en olas de verde y gris. La naturaleza no le era extraña. Sin embargo, en Germania, le angustiaba.

—No les gustamos. A los espíritus de aquí, ¿sí? —había dicho el Nubio.

—A los bosques le damos igual, Nubio —contestó Dagomarus—. No importa si son árboles germanos o de Italia. Para ellos, nuestra vida es demasiado corta.

Quintilio quería estar de acuerdo con Dagomarus. El Nubio era uno de sus mejores hombres, pero era supersticioso como todos los bárbaros. Creía en historias absurdas. Y, aun así, a veces, los árboles parecían susurrar entre ellos, anticipando el momento en que sus raíces beberían sangre romana. En esos momentos, el Nubio ya no le parecía tan bárbaro, y agradecía a los dioses que sus amuletos mantuvieran a raya a los espíritus del bosque.

Una ráfaga de viento azotó la torre. Reprimió un escalofrío.

—Parece que viene más agua, *domine* —dijo uno de los centinelas.

—Si, debe de ser eso —musitó, mientras clavaba la mirada en la línea de árboles.

23

El olor a pan recién horneado le hizo rugir el estómago. No había probado bocado desde la noche pasada. El romano negro al que llamaban Nubio le había traído un cuenco de gachas de cebada y tocino, que Segiburga había compartido con la niña que aquel había

dejado a su cuidado un día, cuando apareció de su mano mientras ella ayudaba a los médicos romanos con los heridos.

—Esta es Mania. La mujer que la cuidaba ya no puede hacerlo. Si tú la cuidas ahora cuando yo no esté, te traigo comida, ¿sí?

Y sin esperar a su respuesta se había marchado, dejándola a cargo de una niña de unos seis años que la miraba con cara de susto.

—¿Los estás matando? —le había preguntado, mientras señalaba a los heridos que gemían en los camastros.

Segiburga tenía que reconocer que su aspecto daba miedo: tenía la ropa, las manos y los brazos manchados de sangre; le caían gotas de sudor y el pelo estaba enmarañado. Ni siquiera había podido lavarse, así que debía de oler. Era la imagen de un demonio, no de una sanadora.

—Me gusta pensar que no —había respondido ella—, aunque no estoy segura.

Desde entonces, Mania se había vuelto inseparable de ella. Solo la dejaba en paz cuando aparecía el Nubio. Este había cumplido su promesa y les traía comida a diario.

Segiburga no había empezado a sentir hambre hasta los últimos días. El incendio de los graneros lo cambió todo: las raciones se redujeron a la mitad, se habían recortado incluso las de los enfermos y los heridos. Los civiles eran quienes lo estaban pasando peor. Aquellos que habían perdido todos sus bienes al huir de los germanos estaban cada día más débiles y las raciones que les entregaban en los almacenes militares no eran suficientes para cubrir sus necesidades.

Ella conocía bien los síntomas de la desnutrición.

Recordaba un invierno en su aldea, cuando ella acababa de sangrar por primera vez y su padre estaba negociando su matrimonio. Los vientos del norte llegaron cargados de nieve, sepultando el país bajo un manto blanco. El ganado se había congelado, incluso dentro de las casas; habían perdido casi todo el grano que habían recogido en el verano.

De toda su familia, fue la única superviviente, convertida en un esqueleto emaciado, con el vientre hinchado. Así la había encontrado una patrulla romana que escoltaba a un médico griego que trabajaba en el hospital militar de Aliso. En vez de matarla, los romanos se apiadaron y se la llevaron. Más tarde, el médico la adoptó e hizo de ella su aprendiz. Segiburga debió morir, pero a los dioses les gusta jugar con las vidas de los mortales y decidieron que se salvase.

Sabía que pronto empezarían las peleas por la comida. Los niños y los viejos serían los primeros en morir. El anciano que había rescatado del pueblo había fallecido incluso antes de que recortaran las raciones. Sabía que llegaría un momento en el que los vivos envidiarían a los muertos.

—Bura —la llamó Mania, que no sabía pronunciar su nombre completo, tirándole de la falda—. Tengo hambre, ¿cuándo vamos a comer?

—Pronto. Voy a hacer un caldo de hierbas —le respondió en tono seco.

La niña todavía tenía los mofletes propios de su edad, aunque empezaba a notarse la pérdida de peso; en unos días, se empezarían a hundir sus mejillas. Se le llenó la boca de saliva pensando en comida.

Ella y la niña dormían en una tienda que compartían con un comerciante griego que vendía aceite y vino a las legiones, su esposa y sus dos hijos. El caldo era una excusa para engañar al estómago, pergeñada con algunas hierbas aromáticas y patas de pollo que había conseguido en las cocinas del hospital. La mujer del griego, una iliria de nombre impronunciable sacó un pedazo de pan seco que tenía escondido, lo rompió en trozos y lo echó al puchero, sin atreverse a mirar a Segiburga. Esta confiaba en que el olor a pan recién hecho que salía de las cocinas militares próximas evitara que alguien se diera cuenta de que tenían comida.

Encendió una pequeña hoguera detrás de la tienda, en un punto cercano a la muralla, a salvo de la vista de miradas indiscretas. Sabía lo que hacía el hambre con las personas, así que prefería evitar el

riesgo de que la vieran otros civiles. Algunos estaban armados y si tenían hambre suficiente no dudarían en robarles, incluso algo tan miserable como su puchero.

Estaba tan concentrada en la tarea que solo cuando vio a la iliria dar un paso hacia atrás, abriendo los ojos de par en par por el susto, se dio cuenta de que alguien estaba detrás de ella. Segiburga se dio la vuelta rápidamente empuñando el cucharón de madera que estaba usando para remover la sopa. Se tranquilizó de inmediato al ver que era el Nubio y que Mania estaba con él.

—¿Qué haces aquí? Pensé que estabas de patrulla —le dijo.

—Venir a buscarte. Necesito un favor, ¿sí?

—Estoy cocinando —respondió, dándole la espalda.

—Hay pan y carne —dijo el Nubio enseñándole un trozo de tocino y parte de una hogaza—. Más, si vienes. Mania viene conmigo, en todo caso.

Segiburga se dio la vuelta, clavando sus ojos en las manos del Nubio. Tuvo que hacer un esfuerzo para no abalanzarse y arrebatarle el tocino. Los demás miraban la comida con ansia casi animal.

Tragó saliva.

—¿Cómo?

—Te lo cuento, si vienes.

La sanadora frunció el ceño con irritación. Entregó el cucharón a la iliria y se dispuso a marcharse con el Nubio.

—Toma —dijo este entregando el tocino y el pan a la iliria.

Segiburga hizo ademán de detenerle.

—No te preocupes, hay más —volviéndose a la iliria, le dijo—: Podéis comer vosotros, ya me ocupo de ellas —añadió señalando a Mania y Segiburga.

El Nubio las llevó hasta el edificio del pretorio. Delante, en la vía principal, habían colocado una hilera de mesas en las que los esclavos del campamento servían platos de comida caliente y pan a una cola de civiles bajo la atenta mirada de un destacamento de legionarios

armados con porras de madera. Segiburga podía notar el esfuerzo que hacían para no saltarse el turno.

Se giró hacia el Nubio enarcando una ceja.

—Es un día especial. Los jefes han decidido hacer un banquete. Es para convencer a nuestros huéspedes de que nos sobra comida y se lo cuenten a su jefe.

—¿Huéspedes? ¿A qué huéspedes te refieres?

—Prisioneros —aclaró el Nubio—. Han decidido dejarlos en libertad y por eso han montado un festín.

Segiburga se dio cuenta de inmediato de lo que eso significaba. Los romanos iban a abandonar Aliso. Estaba segura. ¿Evacuarían a los civiles? ¿O los dejarían a merced del ejército de Arminio?

Ella era germana, pero llevaba tantos años viviendo entre romanos que apenas recordaba lo que significaba vivir entre las tribus. Se había acostumbrado al sonido del latín y a la musicalidad del griego que le había enseñado su padre adoptivo. Este había muerto hacía dos inviernos, dejándole sus instrumentos médicos y sus libros. Eran los que más pena le daba haber perdido en la destrucción del pueblo; solo se habían salvado los rollos de Hipócrates, que había prestado a Cayo Postumio. Además, ni tan siquiera estaba segura de que los queruscos respetasen la vida de una marcomana.

—Ya veo. —En su voz se mezclaban la angustia por el futuro, la añoranza por su familia perdida y el temor a volver a quedarse sola—. Lo que no entiendo es qué favor quieres que te haga.

—¡Ah, sí, el favor! Es para hablar con los prisioneros. No saben latín bien, o eso quieren que creamos. Así que te necesitamos a ti.

—¿Para que haga de intérprete? Hay otros que hablan el dialecto querusco mejor que yo y que han vivido entre ellos.

—No, no es para interpretar. Es para que les convenzas de que podemos defender Aliso mucho tiempo —respondió el Nubio con una sonrisa.

—¿Acaso crees que soy actriz? Curo heridas, no hago teatro.

—El jefe me ha dicho que, si lo haces, serás considerada parte del personal del hospital y que entrarás en el reparto diario de víveres con la categoría de *medicus*. Esa es la oferta.

Segiburga miró al Nubio directamente a los ojos. Le parecía demasiado bonito. No solo no tendría que preocuparse por la comida, sino que además le reconocerían el estatus de médico; aunque fuera mientras durase el asedio, habría cumplido un sueño que hasta hacía solo una hora era inimaginable.

—Por escrito. Lo quiero por escrito y con el sello personal del comandante —dijo con voz ahogada.

—Se lo pides a él. Yo soy el mensajero.

El Nubio se agachó para coger a Mania en brazos. Sacó de su faltriquera un pedazo de pan y se lo dio a la niña, que sonrió tímidamente y empezó a comerlo dando pequeños mordiscos.

Entraron en el pretorio, donde les estaba esperando el secretario del comandante. El Nubio se despidió y se fue con Mania, dejando a Segiburga con Antíoco.

—Entiendo que ya te han informado, ¿es así?

—Sí, queréis que hable con los prisioneros que vais a liberar y que les haga creer que nos sobra la comida —respondió Segiburga—. A cambio, me daréis raciones como las de los *medici*.

—Correcto.

—¿Incluso si el engaño no funciona?

—Incluso si no se lo creen. Una ración más no va a suponer una gran diferencia. Es una tirada de dado. Si sale, perfecto; si no sale, no perdemos demasiado.

Antíoco se dirigió hacia una de las salas adjuntas a la principal. Antes de abrir la puerta se detuvo.

—Te presentaré como una civil cuya función es servir como intérprete. Es mejor que piensen que son más listos que tú y que se sientan superiores.

Segiburga asintió. Estaba acostumbrada a que la minusvalorasen, sobre todo los hombres que se creían que formaban parte de una élite.

Tal vez por eso apreciaba tanto a Cayo Postumio: para su sorpresa, la había aceptado desde el primer momento, tal vez por su larga amistad con su padre adoptivo, Hiparco de Alejandría; pero incluso si era por eso, Segiburga se sentía afortunada de ser tratada con ecuanimidad y valorada por sus conocimientos.

El olor a comida le asaltó el olfato tan pronto como entraron en la habitación. Empezó a salivar involuntariamente. En una mesa alargada estaban sentados tres hombres, comiendo y bebiendo de manera despreocupada. Hablaban entre ellos en dialecto querusco. Cuatro legionarios armados los vigilaban.

Los tres se quedaron callados al ver entrar a Segiburga.

—Mi nombre es Segiburga, de los marcomanos. Ya que no habláis latín, seré vuestra intérprete.

Uno de los hombres, el más corpulento, un pelirrojo con la cara marcada de cicatrices, la miró con desprecio; volvió la cabeza y escupió al suelo. Antíoco hizo ademán de ir a decir algo, pero Segiburga lo detuvo con un gesto de la mano.

Otro, un individuo de pelo castaño y ojos grises, no tan grande como el primero, aunque muy musculado, esbozó una media sonrisa. Recorrió su cuerpo con la mirada, desnudándola con los ojos. Segiburga no se inmutó. Sabía que su único propósito era ponerla nerviosa. Estaba acostumbrada a esos juegos de poder.

Ninguno de esos dos era importante.

El último de los tres era al que debía prestar atención. Se había dado cuenta nada más entrar, cuando los otros dos se habían quedado quietos al verla con Antíoco y le habían interrogado con la mirada. Salvo un imperceptible titubeo inicial, el hombre había seguido mojando pan en un cuenco en el que había un guiso de carne y verduras, con gesto deliberadamente tranquilo. Era el más viejo de los tres; de cerca, podían distinguirse las canas entremezcladas en los pelos rubios de su bigote.

—Siéntate —le dijo.

Segiburga obedeció, aunque mostrando la desgana suficiente como para provocar un gesto de irritación en el germano.

—¿Quieres comer? Yo ya estoy satisfecho —empujó el cuenco con los restos del guiso.

—No, he desayunado antes. Estoy bien. —Tuvo cuidado de no mostrar ninguna emoción mientras lo apartaba.

—Insisto. Sería una pena que se desperdiciara, ¿no crees?

Se encogió de hombros y puso el plato delante suyo. El aroma que desprendía la comida era enloquecedor. Segiburga tuvo que hacer un esfuerzo para controlar sus impulsos. Cogió una cucharada, apoyando con un pedazo de pan, y se la metió en la boca. Masticó despacio, saboreando cada trozo; dejando que el caldo tibio recorriese cada vericueto de su boca. Era tan feliz que sentía ganas de llorar.

Mojó el pan en la salsa y se lo metió en la boca con gesto displicente, como si realmente estuviera saciada y tuviera que hacer un esfuerzo de voluntad para seguir comiendo, sin apartar ni un momento la mirada de los ojos del guerrero. Comió otro par de cucharadas siguiendo el mismo ritual, y entonces apartó el plato.

—Estoy llena. Tendrás que acabártelo tú.

El guerrero no hizo ademán de cogerlo, pero tampoco insistió. Se encogió de hombros.

—Diles a los romanos que liberarnos no va a cambiar nada. No somos tan importantes para Hermann.

—¿Crees que no lo saben? Es un acto de fuerza, no de debilidad. Quieren que sepáis que ni vosotros ni Hermann sois otra cosa que bárbaros y que nunca seréis capaces de conquistar una fortaleza romana —le respondió poniendo un ligero tono de desprecio.

Un gesto de ira distorsionó la cara del guerrero, aunque supo controlarlo de forma que solo Antíoco y Segiburga, que le estaban observando atentamente, se dieron cuenta.

—¡Ya veremos si sois tan engreídos cuando empecéis a morir de hambre!

—Para entonces ya habrá llegado el invierno y veremos entonces quiénes se mueren de hambre antes, si vosotros o nosotros —replicó Segiburga—. ¡Si es que os queda un ejército para entonces, claro!

Esta vez el guerrero no se contuvo: levantándose de la silla la abofeteó con tanta violencia que Segiburga estuvo a punto de caerse.

Los legionarios echaron mano a sus espadas, listos para ejecutarlo allí mismo. Segiburga los detuvo. Su mejilla izquierda estaba enrojecida; notaba un pitido en el oído y un hilillo de sangre le resbalaba desde la comisura de la boca hasta el mentón.

Sonrió despacio, sin alterarse. Sus ojos azules reflejaban tanto desprecio, que el germano se ruborizó, como un niño al que han pillado haciendo una trastada. Con toda la deliberación del mundo, se limpió la sangre con el pulgar de la mano derecha; lo observó y se lo metió en la boca, chupándolo.

—Haces honor a los prejuicios romanos sobre nuestro pueblo; eso de que somos impulsivos, incapaces de contener nuestras pasiones. —Asintió reflexivamente, dando a entender que era algo tan esperado que por lo general no merecía comentario alguno—. Cuando le veas, dile a Hermann que, si quiere conquistar Aliso, tendrá que hacerlo por la fuerza. Que cuando su ejército deserte al llegar el invierno, nosotros seguiremos aquí.

Segiburga se levantó y dándole la espalda, se marchó, seguida por Antíoco.

—¿Qué ha sido eso? ¿Y qué le has dicho? —preguntó Antíoco ansioso.

—Ha sido un drama, que empezó como una comedia, y que esperemos que no acabe en tragedia —le respondió citando a su padre adoptivo.

Estaba temblando.

—Les he dicho que cuando su ejército esté muriendo, nosotros seguiremos detrás de los muros de Aliso y que no hay nada que puedan hacer para impedirlo.

Antíoco se quedó pensativo. Confiaba en que la estratagema funcionara. Los prisioneros habían comprado la actuación de Segiburga. No había esperado mucho de ella, así que se había sentido muy sorprendido.

—Si sale bien, te debemos una.

—No, griego, no «si sale bien» —siseó Segiburga—. Me debéis una comida caliente y pan recién hecho; y me la debéis *ahora*.

La miró con un nuevo respeto. No era fácil impresionarle, pero esta germana lo había conseguido. Si la guarnición de Aliso conseguía escapar y sobrevivir, sería, en buena parte, gracias a ella. Era muy alta para ser mujer; más que él, así que tuvo que levantar la vista para poder mirarla a los ojos.

—Cierto, cierto, te lo debemos. Vamos, acompáñame —dijo mientras se dirigía hacia las cocinas del pretorio con pasos cortos y apresurados.

Segiburga le siguió, sonriendo.

* Las nonas de septiembre caían en el día 5.
* Era el 10 de septiembre.
* Tras la batalla de las Arginusas, en 406 a. C.
* Entre el 8 y el 10 de septiembre.
** El 24 de septiembre.
* Soldado que, entre sus tareas de seguridad en el interior del campamento romano, se encarga de conocer y reclamar la contraseña (*tessera*) del día.
* Entre las cuatro y cinco de la madrugada.
* A unos 1,13 kilómetros.
* Alrededor de las tres de la madrugada.
* Séquito formado por un caudillo germánico y cuyos integrantes, hombres libres, establecían un vínculo de lealtad con el líder.
* Hacia las tres de la madrugada.
* El licenciamiento del servicio militar, que supone el retiro a la vida privada.
* Una unidad de ocho soldados que compartían tienda y suministros. En el caso de los exploradores de la cohorte auxiliar cántabra, al ser una formación *ad hoc*, son unos pocos más, una docena de hombres.
* El 7 de octubre, sobre las 10 de la noche.

tercera parte

La retirada

24

Miró al cielo y torció el gesto.

—Tenía razón. Venía lluvia —dijo Marco Quintilio en voz alta, aunque no estaba hablando con nadie en particular.

El viento estaba tan cargado de humedad que el agua podía olerse en el aire. Las nubes tan pronto tapaban la luna llena, como desaparecían empujadas por la brisa, permitiendo que su resplandor iluminase el paisaje, creando formas fantasmagóricas con los árboles. Las ramas crujían, mientras el céfiro hacía silbar las hojas.

El embarcadero estaba destruido. Prácticamente, todos los tramos de la empalizada que no habían ardido durante el primer día del asedio, los habían desmontado para construir sus propias fortificaciones. Solo quedaban algunos troncos sueltos y los pilares. De las navalias —los cobertizos donde se albergaban las liburnas cuando había que repararlas—, solo quedaban las vigas y el armazón; el resto había sido saqueado.

Tras el fracaso del intento de reparar algunas de las barcas abandonadas por los romanos, Arminio consideró que la destrucción era tan completa que no era necesario guarnicionarlo. No quedaba nada que ocupar, así que no creía que los romanos intentaran recapturarlo. Además, la guarnición del campamento más próximo estaba a solo una milla: bastaba para contener cualquier incursión.

Quintilio vio acercarse a Dagomarus.

—Solo he encontrado a dos bárbaros, tan borrachos que aún no se han dado cuenta de que los he matado —rio este—. Avinoam y Rusilo han recorrido todo el perímetro: no hay señales del enemigo.

El prefecto de los auxiliares se arrebujó en la capa, tanto para resguardarse del viento como de la casual crueldad del galo. Los germanos eran bárbaros y enemigos que habían asesinado y torturado a miles de romanos, y no sentía compasión por ellos. Lo que le turbaba no era la suerte de los muertos, sino la euforia evidente de Dagomarus. Para los demás, matar era un deber; para él, era un placer y ni siquiera intentaba disimularlo.

—No esperaba que Arminio hubiera dejado centinelas —reflexionó Quintilio en voz alta.

—No creo que lo fueran; simplemente eligieron un mal sitio para emborracharse —respondió Dagomarus encogiéndose de hombros.

En ese momento apareció Avinoam para informarle de que los barcos ya habían embarrancado en la playa y que estaban listos para iniciar el embarque tan pronto como llegara la columna. El plan de Quintilio preveía que los heridos y enfermos, los ancianos, los niños y las mujeres se repartieran entre el mercante y una de las liburnas, mientras que su escolta y el destacamento de retaguardia que se había quedado en Aliso lo harían en la otra.

—Ve a buscar a la columna de Estacio y guíala hasta aquí —le ordenó—. Conoces bien el camino, ¿verdad?

—Sí, *domine*.

—Bien. ¡Ve entonces! No hay tiempo que perder.

Avinoam se marchó por el camino de Aliso. Una nube tapó la luna en ese momento; cuando pasó, apenas un instante después, ya había desaparecido entre los árboles que flanqueaban el sendero. Fue el Nubio quien recomendó que fuera reclutado para cubrir las bajas entre los exploradores.

—Es valiente, sabe pelear, está acostumbrado a la fatiga y sabe moverse en los bosques. Dice que era pastor y que su antiguo amo fue quien le enseñó a luchar. Puede ser, pero yo creo que en verdad era un bandido, ¿sí? —Había sonreído como si le acabara de hacer un gran halago.

Así que Quintilio había autorizado que fuera manumitido y se le anotase en el rol de la cohorte como *speculator*.

Bajó hasta la playa. Las tres naves estaban varadas en la arena. Las tripulaciones habían colocado planchas para facilitar el embarque de los civiles. Aunque era una tarea sencilla, la oscuridad la complicaba. Manilio no quiso que se encendieran antorchas ni linternas, así que los hombres se veían obligados a trabajar en la penumbra.

Uno de ellos, un masiliense, se había aplastado los dedos al soltar sus camaradas una de las pasarelas demasiado pronto. El hombre tenía el rostro desencajado en una mueca de dolor, mientras acunaba la mano herida con la otra. Sus gemidos quedaban apagados por los sonidos del viento, aunque a Quintilio le parecían atronadores. Vio cómo lo subían al barco.

Saludó a Manilio, que estaba supervisando la maniobra y dijo:

—He desembarcado a los arqueros en el islote río abajo. Los podemos recoger más adelante; aquí serían inútiles, con este viento y a oscuras.

Manilio había ordenado pintar los cascos de negro. El trabajo no era perfecto, por la escasez de materiales; pero en una noche como esa serían casi invisibles.

Se hizo un silencio incómodo. Los dos hombres estaban nerviosos. El plan tenía demasiadas variables, por mucho que Quintilio hubiera intentado reducirlas al mínimo. Temían —no, *sabían*— que tarde o temprano algo saldría mal. Eran veteranos, así que no se hacían ilusiones pensando que el plan marcharía bien. Sin embargo, ninguno de los dos se atrevía a expresar sus dudas en voz alta. Era demasiado tarde para cambiar nada, así que ahora solamente quedaba esperar y confiar en que Fortuna estuviera de su parte.

Pasó casi una hora antes de que apareciera Avinoam guiando a una pequeña columna formada por los heridos, enfermos, ancianos y la mayoría de las mujeres, escoltados por una centuria formada por los legionarios supervivientes de la derrota de Varo y bajo el mando de

Estacio. Quintilio reconoció a Cayo Postumio, el médico jefe de Aliso, y a Segiburga, que llevaba en brazos y dormida a Mania.

No había tiempo que perder, así que empezaron a embarcar a los heridos, seguidos por los civiles. Quintilio estaba a punto de soltar un suspiro de alivio, cuando vio que la fila para abordar el mercante se detenía. Momentos después apareció Manilio acompañado por el atribulado capitán del mercante.

—Tenemos que parar el embarque. Si suben todos, luego no se podrá reflotar la nave. Hay que hacerlo ya y recoger a los que faltan con los botes.

—¿Cuánto tiempo haría falta si usamos los botes?

—Una hora, más o menos. Pero tendremos que utilizar las linternas. Es un riesgo. Pueden darse cuenta y, aunque crean que estamos patrullando el río, es probable que envíen a alguien a investigar.

—Organizaré un perímetro hasta que lleguen Vinicio y Celio con la retaguardia. Si hace falta podremos ganar tiempo hasta que lleguen, en caso de que nos ataque el enemigo.

Manilio y el capitán, un frisio cuyo nombre no había entendido, se despidieron. En unos instantes habían repartido las tareas y organizado la evacuación. Por su lado, Quintilio fue en busca de Estacio, que había estado en la fila preparándose para embarcar con sus hombres. Dudaba de que los supervivientes de Varo sirvieran para mucho: la derrota es un veneno que pudre el espíritu, un cáncer que se extiende por todo el cuerpo y lo va corroyendo por dentro, hasta destruirlo.

Lo había vivido en su propio mando, cuando, después de Akroliso, incluso los mejores soldados intentaron desertar. Condenó a uno a morir apaleado por sus camaradas de contubernio, delante de toda la cohorte. Era un veterano al que le faltaban tres meses para retirarse, con una carrera impecable. Quintilio presidió impasible el castigo, aguantándose las ganas de vomitar mientras oía, por debajo de sus gritos, como los golpes le partían los huesos.

Estacio escogió ese momento para interrumpir sus pensamientos.

—*Domine*, ¿permiso para hablar?

Le habían ascendido a centurión interino de la centuria formada con los hombres de Varo. A los auxiliares los habían repartido entre la cohorte de bátavos y la del propio Quintilio. Junto con los *optiones* asignados, elegidos entre los convalecientes de la guarnición de Aliso, la tropa de Estacio no llegaba a los cien hombres.

—Permiso concedido, *opt*… centurión Cayo Estacio.

—Sé lo que te preocupa, *domine* —dijo Estacio—. ¿Combatirán o se quedarán paralizados?

Quintilio asintió.

—¿Y cuál es la respuesta, Estacio?

—*Domine*, estos son los que no huyeron. Pelearon durante cuatro días, vieron morir a sus camaradas y, cuando todo parecía perdido, decidieron que morirían juntos o se salvarían juntos. No tiraron las armas. —La voz de Estacio era vehemente, casi desesperada—. Y no me abandonaron. Cuidaron de mis heridas lo mejor que supieron; no me dejaron atrás ni cuando estaba delirando.

Guardó silencio por unos instantes, antes de continuar:

—Cumplieron con su deber, *domine*. Fueron fieles a Roma y a sus juramentos. Son hombres leales, no te fallarán. No *fallaremos*.

Quintilio pudo oír en ese «no fallaremos» toda la angustia personal del propio Estacio. Eran hombres que habían descendido al Tártaro y regresado con su honor intacto. Lo sabía, como también sabía que hasta el más valiente se quiebra si le golpean lo suficiente. Incluso el mejor acero termina por romperse.

El embarque procedía a buen ritmo, pero el prefecto observó con preocupación que a veces escapaban destellos de las linternas que usaban los marineros para guiar a los botes hasta el mercante. No podía hacer nada más que pedirles a los dioses que cegaran a los germanos, aunque no estaba seguro si le escucharían tan lejos de Italia.

Como si los hubiera invocado, en ese momento apareció Avinoam a la carrera. Se detuvo delante de Quintilio, jadeando.

—¡*Domine*, una banda de germanos! ¡Han salido del campamento más pequeño y vienen hacia aquí!

—¡Estacio, en formación! ¡A mi señal!

El centurión saludó y se disponía a cumplir sus órdenes, cuando de repente, iluminando la noche como si fuera una lluvia de estrellas, docenas de flechas incendiarias empezaron a caer sobre el embarcadero desde el nordeste de la posición. La mayoría cayó en la arena y se apagaron de inmediato; otras impactaron en los restos de vigas de las navalias o en los troncos de la empalizada, donde siguieron ardiendo durante unos instantes antes de apagarse.

No llegaban ni a medio centenar de proyectiles, así que, aparte de anunciar que los germanos estaban en las inmediaciones, no deberían haber tenido ningún otro efecto. Sin embargo, Fortuna tenía otros planes.

Una de las flechas hirió en el vientre a un marinero. En su agonía, la linterna que llevaba en la mano —una lámpara de aceite dentro de un armazón de madera— salió despedida y chocó con una de las vigas del cobertizo más cercano, bañándola en aceite. Por un momento pareció que la llama se apagaría, pero antes de que nadie reaccionase, el fuego saltó como si estuviese vivo y la madera empezó a arder.

Al instante inicial de sorpresa, siguió el caos. Los civiles que todavía esperaban su turno se lanzaron aterrorizados hacia las barcas, obligando a los marineros a golpearles con los remos para evitar que las hicieran zozobrar. Estos, contagiados por el pánico, hicieron ademán de escapar en ellas. La estentórea voz de Cayo Manilio —y la determinación del puñado de marineros que le escoltaban— consiguió controlarlos por el momento.

Estacio, sin necesidad de que Quintilio se lo dijera, desplegó a sus hombres en dos filas. No era una formación muy profunda, pero al menos cubría la zona de embarque.

—¡Atentos! ¡Que nadie lance su *pilum* antes de que yo dé la orden! ¡Manteneos firmes! —gritaba Estacio, mientras caminaba por delante de la centuria, colocando en su sitio a los hombres.

Solo llevaba su vara de centurión en la mano. Ni siquiera había desenvainado su espada, observó Quintilio con aprobación.

El fuego, avivado por el viento, saltó a las otras navalias, que primero empezaron a humear, según el calor de las llamas evaporaban la humedad acumulada en la madera, y luego a arder.

A la luz de las llamas, Quintilio vio correr a Dagomarus, como si le persiguieran los lémures.* Los legionarios se mantuvieron firmes. El prefecto vio a Estacio levantar la mano, preparándose para ordenar que convirtieran al intruso en un puercoespín.

—¡Espera, Estacio! ¡Es de los míos! —gritó Quintilio antes de que aquel diera la orden de lanzar.

El centurión hizo un gesto brusco para detenerse, cortando la voz de mando antes de que saliera de su garganta. Uno de los legionarios, tal vez más nervioso que los demás, creyó que era la orden de tirar, así que cogió impulso y lanzó el venablo.

Dagomarus no lo vio llegar hasta que casi le ensartó; se le desorbitaron los ojos y, reaccionando más rápido de lo que es normal en un ser humano, se tiró al suelo, esquivando el proyectil por menos de una pulgada. La lanza que llevaba en la mano salió disparada hacia un lado; el escudo le golpeó en la barbilla, haciendo que se mordiera la lengua. Se levantó blasfemando mientras escupía salivazos de arena mezclada con sangre.

—¡¿Quién ha sido?! ¿Eh? ¿Quién ha sido el hijo de puta que casi me mata? ¡Voy a destriparlo y estrangularlo con sus propios intestinos! —blasfemó furioso.

De repente, una flecha se clavó en el suelo, entre sus pies y otra rebotó contra su casco. Dándose cuenta del peligro en el que se hallaba, Dagomarus salió corriendo hacia la derecha, hasta superar la línea romana.

Solo entonces, una vez detrás del muro de escudos, se permitió el lujo de seguir jurando en el latín más vulgar que Quintilio había oído en toda su vida, describiendo los defectos morales y físicos del legionario que casi le mata, de los padres de dicho legionario, de los germanos que habían intentado asesinarle y de Arminio y todos sus antepasados.

Cuando le puso la mano en el hombro para calmarle, Dagomarus se revolvió como una víbora a punto de atacar. Quintilio se sobresaltó, pero Dagomarus recuperó el control en cuanto vio quien era. Era perturbador notar el súbito cambio en el comportamiento del galo.

—¡Ah, *domine*! ¡Eres tú! —dijo sonriente, como si no hubiera pasado nada.

Un flecha cayó a unos pasos, aunque ninguno de los dos hombres le prestó atención.

—Son unos pesados, no muchos más de veinte —informó—. Lo malo son los que vienen detrás.

—¿Detrás?

—Sí, cuando salí por piernas estaban llamando a las armas a toda la guarnición del campamento que tienen al norte —dijo Dagomarus —. Unos trescientos hombres o más. No creo que tarden mucho en llegar.

—¿Y los arqueros? ¿De dónde han salido?

—Son los jóvenes. Les han dado un arco, flechas, hondas y pedruscos y les han dicho que vengan a entretenernos. No son muy buenos, pero… —dejó la continuación en el aire, mirando al cadáver del marinero.

Quintilio se acercó a Estacio, que por fin había ocupado su puesto detrás de la línea.

—¡Estacio! Voy a por Manilio. Tiene diez legionarios en cada liburna. Voy a pedírselos, aguanta mientras tanto.

—No te preocupes, *domine*. No nos van a mover de aquí — contestó con determinación.

Quintilio se marchó en busca de Manilio. Lo encontró terminando de poner orden entre los civiles y los marineros del mercante.

—Estos son los últimos —le dijo—. Solo faltáis vosotros y el destacamento de Vinicio.

—Voy a necesitar a tus legionarios para reforzar la línea, Cayo Manilio.

A Quintilio no se le escapó el gesto de disgusto del centurión, pero este saludó y fue a dar las órdenes oportunas. Aunque entendía que a Manilio no le gustase la idea de quedarse sin soldados en las liburnas, la situación era crítica. Si quería sostener la posición hasta que llegase Vinicio, iba a necesitar a esos hombres.

—¡Avinoam! —llamó.

El explorador no debía estar lejos, porque se presentó casi de inmediato.

—¡*Domine*!

—Ve a buscar al destacamento del tribuno Sexto Vinicio y comunica que el embarcadero está siendo atacado. —Dudó si añadir algo más—. Dile a Vinicio que resistiremos todo lo posible, pero que si no llega pronto ¡lo único que encontrará serán nuestros cadáveres y a una horda de germanos!

Hizo que Avinoam repitiese la orden para asegurarse de que la había entendido correctamente. Cuando estuvo satisfecho, le dio permiso para marchar. Aquel saludó y salió a la carrera por el camino de Aliso.

Un súbito griterío le heló la sangre a Quintilio. Los germanos se habían dado más prisa de la que les había supuesto Dagomarus: pudo ver sus siluetas recortadas contra el fuego que consumía las navalias. En ese momento aparecieron los veinte marineros de Manilio, bajo el mando de un *optio*.

Quintilio no perdió el tiempo. Desenvainando la espada, la levantó por encima de su cabeza.

—¡Seguidme! —gritó, y, sin esperar a ver si lo hacían, salió corriendo hacia la delgada línea romana, donde Estacio y los

supervivientes de Varo se disponían a vender caras sus vidas.

25

Ferox se movía inquieto, recorriendo la sala principal del pretorio de un lado a otro, olisqueando los rincones, y metiéndose entre las piernas de Publio Celio.

—¡Cuidado, chico! ¡Casi me tiras! —exclamó entre risas.

El animal se tumbaba, se levantaba y volvía a girar a su alrededor. Gemía quedamente, sin llegar a ladrar del todo, como si estuviera pidiéndole explicaciones a su amo. Celio se agachó y le cogió la cabeza con las manos, agitándosela.

—¿Qué pasa, chico? Tú tampoco quieres estar aquí ¿Verdad? ¡Ja, ja, ja! ¡Ya somos dos! Tranquilo, pronto nos iremos.

Ferox sacó la lengua y empezó a dar lametones en la cara de Celio, que reía encantado.

Sexto Vinicio los observaba torciendo el gesto con cara de asco.

—No entiendo cómo puedes permitir que te de lametones un chucho. ¡Y menos en la cara!

—¡Un chucho! ¿Cómo que un chucho? —dijo Celio escandalizado —. Es un moloso de pura raza. Esta bestia es capaz de arrancarle la garganta a un lobo. ¡O a un germano!

El perro empezó a mover el rabo y a dar saltos, poniendo las patas sobre los hombros de su amo. Su cabeza era casi tan grande como la de este.

—¿Verdad que sí? ¿Verdad que sí? ¿A qué se la arrancarías tú? —respondió Celio haciéndole carantoñas al perro y besándole su húmeda nariz de color negro.

—¡Puaj! ¡Qué asco! ¡Me voy antes de que me entren ganas de vomitar! Voy a formar a los hombres —exclamó Vinicio.

Celio no le hizo caso. Vinicio estaba tenso. Se había ofrecido voluntario para mandar el destacamento de ochenta hombres, entre legionarios de la Quinta *Alaudae* y auxiliares cántabros, que constituía la retaguardia. Había decidido quedarse con él en vez de acompañar a la columna. A pesar de sus defectos, Vinicio era valiente, decidido y se preocupaba honestamente por sus subordinados. Lo que le faltaba era experiencia, así que Celio estaba allí para compensar sus carencias.

Se puso en pie, echó un último vistazo al pretorio y salió, seguido por Ferox, que trotaba a su lado con la lengua colgando, satisfecho.

Fuera, en la intersección entre la vía principal y la pretoria, los hombres ya estaban formados. Las antorchas ardían en postes cercanos. También en las torres de vigilancia, se fijó Celio. A sugerencia de Antíoco habían colocado en ellas monigotes disfrazados como legionarios, para simular que el fuerte seguía ocupado. Habían saboteado las máquinas de asedio de forma que, si los germanos intentaban usarlas, se iban a llevar una sorpresa desagradable.

Entre la luz de las llamas y el resplandor de la luna, cuando las nubes lo permitían, la noche era clara, casi brillante. Los hombres estaban serios. Celio podía ver la tensión en sus posturas. Sabían lo que arriesgaban. Todos eran voluntarios, aunque Celio y Bodo habían elegido personalmente a los que formarían parte del destacamento. Eran veteranos que habían demostrado en docenas de combates su sangre fría, su disciplina y su valor. El centurión estaba seguro de que cumplirían con su deber.

El único que parecía relajado, como si fuera otra noche cualquiera, era el Nubio, que se mantenía a la derecha y un paso por detrás de Vinicio. El detalle que revelaba la seriedad de la situación era que, por primera vez desde que le conocía, llevaba la panoplia completa, incluido un casco de bronce de estilo galo, cota de malla, lanza y espada. Celio comprobó con sorpresa que, en vez del típico escudo ovalado de los astures, el Nubio llevaba un escudo legionario, aunque sin heráldica: solo una funda de color rojo oscuro, que en la noche parecía negro.

Pasó revista a los hombres.

Los legionarios de la Quinta *Alaudae* formaban con perfecta disciplina. Algunos usaban las nuevas armaduras de placas. A Celio le resultaba incómoda, así que prefería seguir utilizando su vieja cota de malla. El equipo de los astures era más heterogéneo: aparte del escudo ovalado y la lanza, no había dos que llevaran el mismo tipo de casco, de armadura o de espadas; uno de ellos, incluso, llevaba en el antebrazo una *manica* como la que usaban los gladiadores.

En su juventud, cuando era un *optio* que acababa de recibir su primer mando, Celio combatió contra las tribus astures. Aprendió a respetar su espíritu guerrero y su ferocidad, que nada tenía que envidiar a la de los germanos. Comparados con los legionarios parecían una banda de bárbaros, pero se alegraba de que al menos estos estuvieran de su parte.

—Todos los hombres en formación y presentes, *domine*.

—Gracias, centurión —respondió Vinicio—. Da la orden de formar en columna por la derecha y de empezar la marcha.

Cuatro semanas atrás, Vinicio habría hecho algún comentario acerca del aspecto de los auxiliares; desde entonces había aprendido que un buen oficial sabe cuándo debe hacer la vista gorda y cuándo imponer disciplina. «Algún día será un buen líder, tiene lo que hay que tener: estatus, valentía y voluntad de aprender», pensó Celio.

—¡Centuria! ¡En columna, por la derecha! ¡En columna!

Los hombres giraron un cuarto a su derecha, formando una columna de cuatro hileras, con veinte filas de fondo.

—¡*Speculator*! ¡Al frente!

El Nubio corrió hasta ponerse al frente de la columna, excitado como un caballo de carreras antes de la salida. Celio esperó a que Vinicio, que se había colocado al frente de la columna, asintiera dándole el visto bueno.

—¡Centuria, a mi señal! ¡Por el frente! ¡En marcha!

La columna avanzó en filas bien ordenadas. Mantendrían el paso hasta abandonar Aliso por la puerta principal. Celio dejó que todos

pasaran, hasta la última fila. Solo entonces echó a andar, con Ferox trotando a su lado.

Cuando pasaron el portón y hubieron recorrido unos doscientos pasos, Celio se detuvo un instante y se volvió hacia Aliso. Desde la suave elevación en la que se encontraba podía ver la mayor parte del campamento, o, mejor dicho, podía distinguir los edificios iluminados por la luna llena y los puntos de luz de las antorchas que habían dejado encendidas.

Celio no podía evitar preguntarse cuánto tardarían los germanos en darse cuenta de que estaba abandonado el fuerte. Si Fortuna estaba de su parte, no se enterarían hasta el amanecer, y para entonces ya sería demasiado tarde para interceptar la retirada. La guarnición habría puesto suficiente distancia entre ellos y el enemigo como para que Arminio pudiera estorbarla.

Tuvo que trotar para alcanzar la columna. La distancia hasta su destino era corta, la mayor parte del camino cuesta abajo y, excepto por un bosquecillo, poco propicia para las emboscadas. Por eso Celio se sorprendió cuando la columna se detuvo de repente, justo después de que la cabecera superase un repecho que tapaba la vista al embarcadero.

Corrió hacia el frente y nada más coronar la suave colina se ofreció ante sus ojos un espectáculo que le dejó estupefacto: las navalias estaban en llamas, iluminando una escena terrible. Rodeados prácticamente por todos lados, menos por el del Lupia, un puñado de defensores se batía con desesperación contra una masa de bárbaros que amenazaba con aplastarlos en cualquier momento.

Las liburnas se habían retirado al río, quedando varadas en la playa media docena de barcazas; otro puñado —Celio contó tres— estaban en el agua, esperando.

—¡Celio! ¿Lo ves? ¿Lo ves? —exclamó Vinicio, como si no pudiera creer lo que veían sus ojos.

—¡*Domine*! Si no llegamos a las embarcaciones, nos quedaremos copados en medio de la nada. ¿Cuáles son tus órdenes?

Vinicio le miró con cara de asombro, como si no supiera bien que contestar.

—¿Mis órdenes?

—¡Sí, *domine*! ¡Tus órdenes! —repitió el centurión.

Los hombres empezaron a murmurar. Ferox gruñía en tono bajo. Celio no le miró, pero sabía que tenía la piel erizada y estaba enseñando los colmillos.

El Nubio les daba la espalda, con sus ojos fijos en la escena de la playa. Celio intuía por el leve temblor de sus hombros que estaba a punto de salir corriendo hacia el combate y cargar a los bárbaros él solo, si fuera necesario. Volvió la cabeza hacia la centuria.

—¡Silencio! ¡Azotaré al que vuelva a abrir la boca! —rugió.

Los hombres se callaron de inmediato. Volviéndose a Vinicio, repitió:

—*Domine*, ¿tus órdenes?

El tribuno dudaba y Celio entendía por qué: todavía no habían atravesado el bosquecillo que estaba más abajo. No sabía si había enemigos emboscados, por lo que cargar a ciegas podía ser potencialmente tan suicida como quedarse dónde estaban.

—¡Allí! —gritó el Nubio, señalando hacia el frente—. ¡Es el sirio!

Celio pudo distinguir una solitaria figura, dirigiéndose a la carrera hacia la centuria. Unos momentos después, Avinoam les alcanzó.

—¡*Domine*, me manda Marco Quintilio! ¡Si no llega ayuda, los germanos arrollarán el embarcadero y los barcos tendrán que retirarse!

A Celio no se le escapaba que eso significaría que se quedarían aislados en medio de todo el ejército de Arminio. Sería una condena de muerte.

—¡Espera! —dijo Vinicio con tono urgente—. ¿Has atravesado el bosque? ¿Has visto enemigos?

—¡No, *domine*! ¡No hay ninguno! ¡Están todos en la playa!

Vinicio ya no dudó más:

—¡Celio, preparado para desplegar en dos filas en cuanto estemos a distancia de asalto! ¡A paso ligero!

—¡Centuria, a mi señal! ¡Paso ligero! —ordenó Celio.

La columna se lanzó al trote, sin perder la formación.

Los dos exploradores acompañaban a Vinicio. Celio se colocó a la derecha; a su lado corría Ferox, con la lengua fuera, tan ansioso como los legionarios y auxiliares. El centurión quería ir más rápido, salir corriendo y caer sobre los germanos cuanto antes. En su mente veía a los legionarios en la playa siendo arrollados por los germanos y masacrados hasta el último hombre. No podía permitirlo, pero tenía que resistir la tentación. Sabía que debían llegar en orden y con las fuerzas suficientes para hacer sentir su presencia.

Los germanos superaban en número a las dos centurias combinadas. Sin embargo, si caían sobre ellos por la retaguardia, era posible hacerlos huir.

Cruzaron el bosquecillo y aparecieron en el embarcadero. El fuego de las navalias iluminaba a la horda de bárbaros y a los legionarios que resistían impertérritos los asaltos. Poco a poco iban siendo diezmados, pero la línea no se rompía.

El estrépito de las maderas quebrándose mientras ardían, el choque de las lanzas con los escudos y el viento agitando los árboles creaban una cacofonía ensordecedora. Celio miró a sus hombres: jadeaban, se inclinaban ligeramente hacia delante, como perros ansiosos de que el cazador les soltase para abalanzarse sobre la presa.

Desplegó a la centuria en dos filas, superando a la línea germana por ambos lados. Los bárbaros estaban apelotonados, sin prestar atención a su retaguardia, ansiosos por destruir a la banda de romanos que les negaba la victoria. Vinicio se colocó al frente de la centuria. La orden le correspondía a él y era su momento. Se volvió hacia sus hombres:

—¡Soldados, ahí están los nuestros! ¡Vamos a salvar sus feos culos!

Los hombres rugieron su aprobación.

Al oír el griterío, algunos germanos se volvieron hacia los romanos, con una mirada en la que se mezclaban el asombro y el miedo.

—¡*Roma Victrix*! —aulló Vinicio mientras cargaba contra la masa de enemigos.

Avanzaron rápido, manteniendo la formación; cada hombre concentrado en los escudos que tenían a su izquierda y a su derecha.

Ferox gruñía, con ganas de destrozar a los enemigos de su amo. Celio llevaba su espada en la mano, a la altura de la cintura.

Aumentaron el ritmo. Treinta pasos, veinte. Los germanos por fin se dieron cuenta de su presencia: unos pocos se volvieron para hacer frente a la amenaza, pero no eran los suficientes. Antes de que pudieran organizar una defensa, la centuria de Vinicio los golpeó como un ariete, destrozando todo lo que se les puso por delante.

Celio tuvo tiempo de ver al Nubio derribar a un germano con un golpe de su escudo y clavarle la lanza según pasaba por encima de él; a Vinicio con el rostro desencajado en un grito de furia incontenible lanzar una estocada a la cara de un enemigo; y a Ferox desgarrar la garganta de un sorprendido bárbaro.

Antes de que pudiera observar nada más, se encontró en medio de una masa de adversarios desconcertados, aunque todavía peligrosos. Lanzó una estocada de arriba abajo y notó como la punta golpeaba carne.

Los gritos de los heridos se mezclaban con los golpes de las armas.

Celio vio una lanza por el rabillo del ojo dirigiéndose a su cara, agachó la cabeza justo a tiempo de modo que la punta le golpeó en el casco. El impacto le hizo trastabillar. Golpeó a ciegas, intentando mantener alejado a su atacante. No supo si le había herido o si estaba demasiado ocupado para prestarle atención; en cualquier caso, le dejó en paz.

La presión cesó de repente. El germano que le había atacado debía ser uno de los últimos que quedaban, porque cuando Celio levantó la vista los germanos estaban huyendo. Cogidos por sorpresa, de noche y

sin saber exactamente cuántos estaban atacándolos por retaguardia, se dejaron llevar por el pánico.

En ese momento oyó un gañido a sus pies.

La lanza había atravesado a *Ferox* de lado a lado. El animal gemía con un lamento apagado. La hemorragia no era muy intensa. Tal vez el arma misma estaba taponando los vasos sanguíneos seccionados.

Celio se arrodilló, clavó la espada en la arena y le cogió la cabeza, que temblaba en sus manos. Ferox intentó lamerlas, pero estaba tan débil que no logró mover la lengua. Su respiración era agitada. Un hilo de sangre le corría del hocico.

—Tranquilo, tranquilo. Pronto pasará, tranquilo. Estoy aquí, contigo —le dijo con voz suave.

Celio tomó la espada, apoyó la punta entre las costillas, sobre el omóplato izquierdo y, con un golpe seco, la hundió en el pecho, directo al corazón. Ferox dio una breve sacudida con las patas y luego todo quedó en silencio. El centurión retiró la espada mientras acariciaba la cabeza del perro.

Se puso en pie, pasándose la mano por la cara. La tenía húmeda de sangre y sudor. Se sentía muy cansado. Las barcas se habían acercado a la orilla y estaban empezando a recoger a las tropas.

Fue en busca de Vinicio. Lo encontró apoyado en una barca a la que estaban subiendo a los heridos de la batalla. Reconoció al prefecto de los auxiliares, Marco Quintilio, que llevaban entre dos hombres.

—Una pedrada. De todas las formas de ser herido, tuvo que ser una pedrada, ¿sí? —explicó el Nubio, que era uno de los que llevaban a Quintilio—. Me lo contaron. Se quitó el casco para enjugarse el sudor y ¡cloc! ¡En toda la cabeza! ¡Cayó redondo! No ha recuperado el conocimiento.

Celio asintió, distraído.

Le preocupaba Vinicio. Se tambaleaba ligeramente de un lado a otro y cuando intentó saludarlo, casi perdió el equilibrio.

—¿*Domine*?

—El jodido me ha cogido bien. Se agachó y me tiró un golpe con su lanza. Muy rápido —dijo señalando el cadáver decapitado de un germano—. Su cabeza debe estar por ahí, en algún lado —continuó, arrastrando las palabras, como si estuviera bebido.

Vinicio empezó a caer. Celio dio una rápida zancada antes de que se desplomase y lo sujetó.

—¡Vosotros dos, ayudadme! —exclamó, llamando a dos auxiliares que estaban esperando su turno para embarcar.

Los hombres obedecieron y le ayudaron a tumbar a Vinicio. Celio empezó a palpar el cuerpo del tribuno. A la derecha, casi a la altura del hígado, notó la sangre caliente y pegajosa.

—¡Tú! ¡Trae una lámpara! —ordenó.

Vinicio no se movía, su cuerpo descansaba lánguido en el regazo de Celio.

Cuando volvió el auxiliar con un marinero que llevaba una de las linternas, le ordenó que iluminase la zona de la herida. No podía distinguirla bien, pero supo de inmediato que era mala, de las que matan a bárbaros y a romanos. Se quitó el pañuelo que le protegía el cuello de los roces de la armadura. Hizo con él una bola y apretó en la región en la que pensaba que debía estar la herida. Vinicio gimió sin fuerzas. Su piel empezaba a enfriarse.

—¡Tú! —dijo señalando a uno de los astures—. ¡Aprieta aquí! ¡Fuerte! ¡No lo sueltes! —El auxiliar asintió con la cabeza.

Celio reclutó al Nubio y a un legionario que no conocía para que le ayudasen a subir a Vinicio a la barca.

—Escucha, Nubio. Llévalo con los médicos, lo más rápido posible. Encárgate de que los marineros no remoloneen. ¡Y que no suelte la herida!

—Tranquilo, que van a remar como nunca han remado antes en sus vidas —le respondió lanzando una mirada salvaje a los pobres remeros—. ¿Y tú? ¿Qué vas a hacer tú, centurión?

—¿Yo? —dijo—. Yo voy a asegurarme de que nadie de los nuestros, vivo o muerto, se queda atrás.

Celio estaba decidido a no dejar nada para los germanos.

Vio a Estacio ordenando a los supervivientes de su centuria y de los marineros que subieran a las barcas. Se unió a él y entre ambos terminaron de organizar la evacuación de los que quedaban por embarcar. Los últimos fueron cinco cadáveres, todos ellos, menos Ferox, de la centuria de Estacio.

—Sobrevivieron al desastre de Varo, para venir a morir aquí —dijo este con tono melancólico.

Celio no respondió, no sabía que decir. La muerte siempre cogía por sorpresa. Una mujer joven, sana, llena de vida, moría desangrándose cuando daba a luz por primera vez, mientras que otra sobrevivía a quince partos. Un legionario era abatido con una flecha clavada en el ojo y su camarada, a su lado, veía como todas le rebotaban en el casco o se clavaban en el escudo.

El fuego se había consumido casi por completo. Solo quedaban las vigas calcinadas, enrojecidas por las brasas que estaban terminando de quemar el corazón de la madera.

Dos flechas cayeron cerca de los oficiales, que eran los únicos que quedaban en la playa.

Estacio se apoyaba en uno u otro pie, inquieto. Celio, en cambio, estaba impasible. Los brazos a la espalda, el pecho echado hacia delante, como desafiando a los bárbaros a que se atrevieran a matarle. Detrás, en la barcaza, los marineros se impacientaban, aunque no se atrevían a meter prisa al centurión.

Por fin, pareció quedarse satisfecho. Le dio una palmada en el hombro a Estacio y sin volver a mirar atrás, embarcó.

Los marineros empujaron la lancha y pronto estaban remando, dirigiéndose hacia las liburnas. Celio cerró los ojos, agotado.

26

Le despertó el ladrido de los perros.

Hrolf estaba soñando con un banquete, en el que mujeres hermosas le servían toda la comida y cerveza que deseaba. No necesitaba pedirlo, era suficiente con que lo quisiera. En el sueño, el aire olía como olían los bosques de su patria, en el norte.

Bostezó aparatosamente mientras desperezaba los músculos, anquilosados por dormir sentado. Le crujieron los huesos de la nuca. Notaba la boca pastosa. «Demasiado vino», se dijo, mientras recordaba que él e Ingumaro habían bebido la última ánfora que les quedaba del saqueo de la caravana de suministros romana.

Bebió agua de una palangana que estaba junto al brasero. Estaba tibia y sabía a barro. Dio un trago y escupió el resto en el suelo.

—Mañana voy a tener resaca —dijo en voz alta, aunque estaba él solo en la tienda.

Salió de la tienda para orinar. Notaba la vejiga llena. Fuera, sentado con las piernas estiradas delante de una hoguera en la que brillaban las brasas, estaba Ingumaro durmiendo con la boca abierta. Un hilo de babas le colgaba de la comisura de la boca y le manchaba la barba. Roncaba y olía a vino.

Los perros continuaban ladrando con insistencia. Hrolf sintió una oleada de irritación.

Le dio una patada a Ingumaro en la pierna, que se sobresaltó ligeramente, soltando un medio ronquido, pero sin llegar a despertar del todo. Murmuró de forma incoherente y siguió durmiendo. Le volvió a golpear, esta vez más fuerte, haciéndole caer del asiento.

—¡¿Qué pasa?! ¡¿Qué pasa?! —exclamó sobresaltado.

Hrolf le agarró por la capa y le sacudió, dándole un par de bofetadas.

—¡Qué te has quedado dormido en tu guardia! ¡Eso es lo que pasa! —gritó enfadado.

Ingumaro le miró con una sonrisa de disculpa, como si fuera una simple chiquillada. Hrolf resopló con disgusto. Ingumaro era un buen

guerrero; valiente, decidido y leal hasta el extremo; pero de todos los hermanos de Hermann era el que tenía menos luces.

—¡Espabílate! Tenemos que hacer la ronda. La mitad de los centinelas van a estar dormidos.

El otro estiró la mano para que le ayudara a ponerse en pie. A veces parecía un adolescente. Hrolf estaba harto de cuidar de él, pero le ayudó a levantarse. Los ladridos, audibles incluso por encima del viento que batía las ramas de los árboles, le estaban sacando de quicio.

—¿Cuánto tiempo llevan ladrando esos chuchos? ¿Es qué nadie puede hacerlos callar?

—Estaban tranquilos cuando me quedé dormido —respondió Ingumaro—. Habrán olido a un jabalí.

Hrolf no aguantaba más las ganas de mear. Se apartó unos pasos y orinó, suspirando aliviado.

Decidió ir a comprobar personalmente por qué no se callaban los animales. Estaban muy agitados: los tenían atados para que no se escapasen al bosque, pero tiraban de las sogas, intentando soltarse. No era un comportamiento normal, incluso si había pasado algún otro animal cerca. Los perros gañeron al verle. Era como si estuvieran intentando contarle algo.

Abandonó la empalizada, en dirección a un bosquecillo de fresnos que separaba el campamento de una pradera por la que transcurría un estrecho sendero. Este conectaba con el camino principal paralelo al río, a unas seis millas.

Hermann había ordenado construir el puesto para tenerlo bajo observación, aunque no le preocupaba demasiado. Lo consideraba impracticable para cualquier fuerza de alguna importancia. Además, atravesaba una zona de bosques densos nada más abandonar la llanura abierta, lo que lo hacía ideal para las emboscadas. No creía que los romanos osaran utilizarlo.

Al llegar a la linde de la fresneda, las nubes se separaron permitiendo que la luz de la luna iluminara la meseta.

Fue entonces cuando vio a la columna romana, que cubría el camino hasta que su retaguardia se perdía en los bosques al otro extremo de la llanura. El resplandor de la luna arrancaba reflejos de los cascos de los legionarios. Avanzaban rápido, con el paso decidido típico de las legiones.

Hrolf abrió la boca con asombro. Un viejo dicho entre las tribus aseguraba que los «romanos nunca marchan de noche». Estos romanos no lo conocían, porque lo estaban haciendo sin titubeos.

Entendió de inmediato que la guarnición romana estaba evacuando el fuerte. Supo que tenía que hacer dos cosas lo antes posible: la primera, enviar mensajeros para informar a Hermann de la huida de los romanos y de la ruta que seguían; y la segunda, encontrar una posición en la que pudiera retrasarlos todo lo posible. Debía impedir que alcanzaran el camino principal antes del amanecer.

Hrolf regresó al campamento a la carrera.

—¡Ingumaro! ¡Ingumaro! ¡Los romanos están intentando escapar! ¡Han evacuado el fuerte! ¡Hay que avisar a tu hermano! —exclamó nada más llegar a la tienda de mando.

Este se sobresaltó con la repentina entrada de Hrolf, derramando en su jubón la cerveza que estaba bebiendo. Empezó a maldecir, deteniéndose súbitamente al comprender qué es lo que acababa de decir el otro.

—¡No puede ser! ¡Los romanos no marchan de noche! —contestó dubitativo, como si Hrolf le estuviera haciendo víctima de una broma pesada.

—¡Acabo de verlos con mis propios ojos! ¡En el sendero que cruza la pradera al norte del bosque de fresnos!

—¿Estás seguro? ¿No te habrán engañado tus ojos?

—¡Por completo! No bajan de los dos mil, es toda la guarnición —dijo Hrolf—. ¡Están huyendo!

—¡Mierda! ¡Withred! ¡Siebag! —gritó Ingumaro varias veces hasta que los dos hombres se presentaron—. Id a mi hermano. Informadle de que los romanos… —dudó, mirando a Hrolf

Este continuó lo que iba diciendo Ingumaro.

—Decidle que los romanos han evacuado el fuerte y están intentando huir hacia el camino del Lupia, por el sendero al norte de nuestro campamento.

Los dos guerreros saludaron y se marcharon a la carrera. Hrolf confiaba en que llegaran a tiempo. Si conseguían entretenerlos el tiempo suficiente, Hermann podría atacarles por la retaguardia. Le preocupaba no haber visto caballería. Excepto un puñado de jinetes, al resto no se le veía por ninguna parte. Se volvió a Ingumaro:

—Tenemos que intentar retrasarlos. O, al menos, obligarlos a que se desvíen de su ruta.

—¡Lo sé! ¿Pero qué quieres que hagamos con cien hombres? —contestó el otro con frustración.

—Sembrar confusión, forzarlos a desplegar, a perder tiempo. Eso dará la oportunidad a Hermann para alcanzarlos.

Ingumaro le miró a los ojos.

—Sabes lo que esto significa, ¿verdad?

Hrolf asintió.

—Sí. Lo supe desde el día que entré al servicio de tu hermano —respondió—. Solo somos muertos que están de permiso.

—Bien. —Ingumaro le dio una palmada en el hombro—. ¡Vamos a enseñar a esos romanos como muere un querusco!

Acordaron rápidamente un plan. Conocían bien el área, así que tenían una idea aproximada de dónde podrían intentar detener a la columna romana.

La meseta estaba encajonada entre bosques de fresnos y alisos al sur y por el norte por grandes robledales, tan ancianos que ni siquiera en las historias se recordaba su origen; algunos decían que eran anteriores a los dioses. Justo al fondo, antes de entrar en las selvas, había una suave colina, apenas un desnivel, donde el sendero se bifurcaba en dos ramales: uno, más al norte, que seguía senderos forestales durante dos horas, antes de girar hacia el sur y unirse al

camino principal; y otro, al sur, que llevaba directamente al río, donde los romanos quedarían atrapados entre el río y los bosques.

Si llegaban a la colina antes que la vanguardia romana podrían cerrar el paso a la columna.

—Tendremos los flancos seguros y podremos ir retirándonos entre los árboles —explicó Hrolf—. En la oscuridad no sabrán cuántos somos, así que tendrán que parar, desplegarse y avanzar. Cuando se den cuenta de que apenas llegamos al centenar de guerreros, Hermann estará hostigando su retaguardia.

La banda de guerreros estuvo lista para salir en unos pocos momentos, aunque a Hrolf le parecieron una eternidad. Debían colocarse en posición antes de que la vanguardia romana coronase la colina, pero en la oscuridad era fácil perder el rumbo, así que el jefe querusco impuso un paso rápido, aunque controlado. No quería terminar en mitad del prado por accidente.

Llegaron al paso justo a tiempo.

Hrolf pudo ver a la vanguardia romana en la base de la colina. Habían desplegado hostigadores por delante de la columna, para evitar sorpresas.

—No vamos a poder sorprenderlos —comentó Ingumaro.

—Si lo hacemos con la avanzadilla, será casi igual de eficaz. Esperaremos escondidos; cuando estén a distancia, los atacaremos. Tenemos ocho arqueros. Dispararán primero e inmediatamente asaltaremos. Luego formaremos un muro de escudos y esperaremos a que nos ataquen. Nos retiraremos unos pasos y repetiremos —propuso Hrolf.

Ingumaro mostró su acuerdo.

La descubierta romana se acercó despacio. Hrolf no estaba seguro si les habían detectado o si era prudencia por parte de los romanos. Pudo contar quince hombres armados con jabalinas y escudos ligeros. Cuando estaban a veinte pasos, se detuvieron en seco.

En ese momento, una nube aprovechó para tapar la luna, sumiendo la noche en una oscuridad tan profunda que Hrolf perdió de

vista a los romanos. Solo duró unos momentos, pero cuando el viento la arrastró para que siguiera su camino y la luna recuperó su brillo pudo observar cómo los hostigadores enemigos se estaban retirando.

Antes de que Hrolf pudiera impedirlo, Ingumaro dio la orden de cargar.

Los queruscos asaltaron al enemigo sin darle tiempo a reaccionar. Los que estaban más cerca no tuvieron ninguna oportunidad. Antes de que pudieran reaccionar, los guerreros los alcanzaron. Ninguno de ellos sobrevivió a la avalancha germana, pero los demás escaparon, dando la alarma.

Hrolf masculló una maldición y siguió a los demás. Intentó frenar su entusiasmo:

—¡Deteneos! ¡Atrás! ¡Volved a vuestras posiciones! —gritó desesperado, viendo como los planes se iban al traste nada más contactar con el enemigo.

La mayoría, con Ingumaro a la cabeza y enardecidos por la facilidad de la victoria, ni siquiera le oyeron. Cargaron colina abajo aullando como si les hubieran poseído los espíritus de los bosques, arrastrando al resto. Era un suicidio y Hrolf lo sabía: iban directos a la muerte.

Con un grito en el que mezclaba toda la rabia, la frustración y la ira que le consumían, siguió al resto en aquella carga sin sentido. Fue consciente de que el resto de su vida transcurriría en los breves instantes que tardaría en recorrer aquel pedazo de tierra sin nombre.

Era un momento de lucidez extraordinaria. Podía ver los rostros de sus camaradas, observar los movimientos de sus brazos y piernas, incluso las gotitas de saliva que salpicaban al gritar. Él mismo vociferaba como un demente, pero al mismo tiempo era como si estuviera mirando desde fuera del cuerpo.

Uno de los guerreros, más rápido que el resto, alcanzó a un legionario con la fuerza de un proyectil de escorpión. El romano, confuso, dudó demasiado tiempo entre lanzarle su *pilum* o

desenvainar la espada. Antes de que pudiera tomar una decisión, el guerrero estaba encima de él.

Hrolf oyó como chocaban sus escudos: la súbita exhalación de aire. el rugido del querusco mientras le clavaba la lanza al romano golpeando desde encima del hombro hacia abajo. Le clavó el arma en la boca abierta, atravesándole la cabeza hasta que la punta salió por detrás y golpeó el casco.

El guerrero fue el primero en matar y el primero en morir. Todavía no había podido liberar su arma, cuando apareció de la nada un jinete enemigo y lo decapitó con un tajo de su espada. El cuerpo cayó a plomo al suelo, como una marioneta a la que le hubieran cortado las cuerdas, mientras que la cabeza salía volando en otra dirección.

Al verlo morir, Hrolf gritó con furia y aceleró el paso para intentar alcanzar al jinete, pero este se alejó unos veinte pasos antes de dar la vuelta a su caballo y volver al ataque. El romano puso su caballo a medio galope, intentando coger a Hrolf por sorpresa. Este tuvo tiempo justo de reaccionar antes de que estuviera encima de él; levantó el escudo, mientras daba un paso hacia la izquierda y contraatacaba con la lanza.

El golpe le hizo trastabillar, desviando su ataque, que solo impactó de refilón en los cuartos traseros del caballo. El animal se encabritó, saliendo disparado en dirección opuesta sin que su jinete pudiera controlarlo. No tuvo tiempo de pararse a reflexionar: aunque ese jinete ya no era un peligro, los romanos se habían repuesto de la sorpresa y estaban haciendo notar su número y su mejor armamento.

Vio a Ingumaro defenderse de dos auxiliares, que poco a poco le iban empujando hacia uno de los carros de la caravana. Hrolf fue a ayudarle, pero en ese instante, desde su izquierda, apareció un legionario a la carrera; con un golpe que le dejó sin aliento, le empujó con el escudo al tiempo que le tiraba una estocada con el gladio.

El propio impulso del escudo enemigo le salvó de recibir la cuchillada en la garganta. La lanza salió despedida. El romano no le dio un respiro, sino que continuó con una estocada tras otra. Hrolf

apenas conseguía pararlas con el escudo. Desesperado, con un gruñido gutural, intentó empujar al romano con el escudo. Era mucho más grande que él, por lo que tenía ventaja, pero el legionario dio un paso a un lado, esquivándole mientras le ponía una zancadilla.

Hrolf cayó cuan largo era. Se dio la vuelta, pero antes de que pudiera incorporarse su rival estaba encima de él. El romano tenía la cara desencajada por la furia, la mandíbula apretada y los ojos abiertos de par en par. Vio que el gladio estaba mellado. Más que la muerte inminente, lo que le ofendía era que iba a morir degollado por una herramienta de carnicero. ¿Acaso no merecía una muerte digna de un héroe? ¿Era tan irrelevante?

Sintió como le consumía la furia. Dejó de pensar. La ira le abrasó como un incendio. Agarró el filo con la mano izquierda. La espada cortó músculos y tendones. No sentía el dolor. Era como si le estuviera sucediendo a otra persona. El romano intentó retirarla, pero Hrolf la sujetó con más fuerza.

Cerró la derecha y le pegó un puñetazo brutal en la cara. Oyó como se rompían los huesos, aunque no podía decir si eran los suyos o los del legionario. Echó el puño hacia atrás y volvió a golpear. Una y otra vez hasta que el romano soltó el gladio y cayó hacia atrás.

Hrolf cogió la espada. El legionario estaba boqueando, ahogándose en su propia sangre. Lo degolló de un tajo.

Con la espada en la mano derecha, la mano izquierda colgando inútil y gritando como una bestia incontrolada, Hrolf se lanzó sobre los dos auxiliares, que en esos momentos estaban alanceando a Ingumaro, que se defendía a duras penas. No le vieron llegar. Mató al que estaba a su derecha de una estocada en los riñones, que la cota de escamas que llevaba no pudo detener.

Retiró el arma y se giró hacia el otro, pero antes de que pudiera atacar, Ingumaro clavó su lanza en la ingle del auxiliar, que cayó de rodillas, gritando de pánico mientras veía su sangre escapar a borbotones de la herida.

Ingumaro estaba sentado con las piernas estiradas. Había arrojado la lanza, que seguía clavada en el auxiliar agonizante. Un enorme charco de sangre, negra en la oscuridad de la noche, se acumulaba en su estómago. Hrolf le veía hablar, pero no oía lo que le estaba diciendo. El corazón le latía como un caballo desbocado.

La primera flecha le atravesó limpiamente por debajo del omóplato derecho, clavándose en el pulmón. Un momento después le alcanzó otra en el brazo izquierdo. La siguiente impactó en el muslo del mismo lado y luego otra en el empeine.

Estaba muriendo, aunque todavía no lo sabía.

Ingumaro ya no respiraba. Un proyectil le había alcanzado en el ojo con tanta fuerza que le había clavado la cabeza a la rueda del carro contra el que estaba apoyado.

Los romanos le rodearon. Algunos llevaban antorchas, pero eso a Hrolf ya no le importaba: apenas podía enfocar la vista. Era como si caminara en una cueva, alejándose poco a poco de la luz de la entrada. Intentó hacer un barrido con la espada, pero se le escapó de entre los dedos. Trastabilló, como si estuviera borracho. Vio aparecer a un romano. Llevaba una coraza que imitaba los músculos del torso; su casco brillaba con los destellos de los fuegos. Caminó despacio hasta él. Era mucho más bajo que Hrolf.

Notó como le cedían las piernas. Cayó de rodillas delante del romano. Fue en ese instante cuando por fin comprendió que su vida se estaba apagando. No quería que le olvidaran. Hizo un último esfuerzo para hablar, quizás el más heroico que había hecho en toda su vida

—Mi nombre es Hrolf, del *comitatus* de Hermann, el querusco —dijo con un hilo de voz.

Tosió, salpicando de sangre la coraza de su adversario.

—Hrolf. Lo recordaré —respondió el hombre—. Has luchado bien, Arminio puede estar orgulloso.

El querusco quiso sonreír. A su alrededor solo había oscuridad. Oyó muy lejos al romano.

—Descansa, Hrolf, compañero de Arminio.

27

El Nubio había oído la historia cuando era niño y por una cuentista itinerante. La mujer iba de aldea en aldea narrando historias, contando chismes, negociando alianzas, matrimonios y acuerdos de paz entre clanes rivales. Era una inagotable fuente de información y los aldeanos le pagaban generosamente.

La llamaban Amaka, la que es bella. Cuando la conoció era una anciana de más de cincuenta años, pero el Nubio podía imaginarse por qué: casi estaba ciega y su piel parecía una pasa, de lo arrugada que estaba. Pero cuando sonreía contagiaba las ganas de reír a carcajadas, de pura felicidad, y su voz era capaz de traer a la vida a los personajes de las historias. Quien la escuchaba, quedaba hechizados. Al Nubio le encantaban las historias de la abuela Amaka. Por entonces la acompañaba un enano de pelo blanco como la nieve, que le servía de guía.

Aquel cuento en particular trataba sobre un gigantesco río, tan poderoso que se había convertido en un dios. En el vivían cocodrilos e hipopótamos gigantes, los leones iban a beber a sus aguas y más aves de las que podían contar los humanos anidaban en el gran río. Las gentes habían convertido sus riberas en vergeles en los que crecía tanta comida que se volvían gordos.

—El dios-río era el que daba la vida y la muerte —narró el Nubio.

Los hombres de la escuadra de exploradores le escuchaban, fascinados. Estaban sentados alrededor de una pequeña hoguera, sobre la que hervía un puchero con una sopa gris poco apetitosa.

—Un día —continuó el Nubio— llegó un poderoso hechicero que le dijo al jefe que mandaba a todos los pueblos del dios-río: «Devuélveme a mi gente o convertiré el río en sangre». El jefe le miró

extrañado: «¿A qué gente te refieres?», porque vivían tantos bajo su mando que no sabía cuántos eran, ni de dónde venían.

—¡Vamos, que podría ser Augusto! —interrumpió Dagomarus con una risotada sarcástica.

El Nubio se limitó a sonreír y a encogerse de hombros.

—Podría, pero no lo era, porque esta historia pasó hace tanto tiempo que Roma no existía aún.

Dagomarus resopló con incredulidad. El Nubio continuó con el relato.

—El caso es que el hechicero le gritó enfadado: «¿Cómo te llamas jefe si no sabes quiénes viven en tus tierras?», y entonces se convirtió en serpiente y se marchó, y cuando salió el sol, las aguas del dios eran de sangre.

El Nubio cerró los ojos, recordando la reacción de la gente de su aldea al oír el cuento. ¡Un hechicero capaz de transformar el agua en sangre! ¡Eso era más difícil que poseer un león!

—¿Qué pasó entonces, Nubio? —preguntó Rusilo con curiosidad.

—El hechicero volvió y mató al hijo del jefe con un hechizo, y a los hijos primeros de todos las gentes del río. Eso nos contó Akame.

—Pero ¿les dejó marchar, entonces? —insistió.

—La abuela Akame creía que sí, aunque no estaba segura —respondió el Nubio—. Pero cuando fui esclavo en Egipto un judío que trabajaba en las cocinas del que entonces era mi amo, me contó que el rey eligió a unos esclavos, se los regaló al mago y ordenó que se fueran lejos, más allá del desierto, y que esos eran sus antepasados.

—Es como la historia de uno de los profetas de mi pueblo, Moisés —intervino Avinoam.

—Puede ser. No nos dijo el nombre del hechicero, por si acaso. Los brujos, si los nombras, pueden oírte y entonces ¡estás jodido!, ¿sí?

—¡Bah! ¡Esas son supersticiones, Nubio! —se rio Avinoam—. Además Moisés no era un hechicero, sino un profeta. Por su boca hablaba Adonai —respondió, ya serio.

—¿Adonai? ¿Es un dios? —preguntó Rusilo. Avinoam dio un respingo, claramente incómodo.

—Yo pienso que no hay hechiceros ni enviados que traigan mensajes de los dioses —intervino Dagomarus, hablando despacio—. No creo que nos presten atención la mayor parte del tiempo. Y cuando lo hacen siempre es para jugar con nosotros. Es su forma de pasar el tiempo, como nosotros cuando vamos a ver una carrera.

Un pesado silencio cayó entre el grupo. No podían evitar pensar que Dagomarus pudiera tener razón y que los dioses estuvieran observándoles desde los cielos, haciendo apuestas entre ellos acerca de si escaparían del islote en el que se había refugiado la guarnición, o si dejarían allí sus huesos.

—Fijaos en el tribuno Sexto Vinicio: senador, joven, rico y una lanzada germana en el hígado lo tiene muriéndose. Así, sin más —intervino Murilo, que estaba apoyado en el tocón de un árbol, afilando su espada.

—Y si a nuestro prefecto no lo han descalabrado es porque tiene la cabeza demasiado dura —dijo Rusilo tan serio que todos se echaron a reír—. ¡Eh, no os riais! ¡Su cabeza es como un pedrusco! ¡No me lo estoy inventando! —protestó, aunque los ojos le chispeaban, con malicia burlona.

—Rusilo, ¿realmente crees que tengo la cabeza tan, tan dura? —dijo una voz detrás de ellos.

El auxiliar pegó un brinco y se puso en pie, saludando nervioso, al darse cuenta de que era Marco Quintilio, quien, acompañado de Bodo, se había acercado al grupo sin que nadie se diera cuenta. Un aparatoso vendaje le cubría la frente.

—¡No! ¡No, *domine*! ¡No creo que tengas la cabeza dura! —contestó un apurado Rusilo

—Entonces ¿crees que la tengo blanda? —preguntó Quintilio sonriendo con amabilidad.

El pobre Rusilo no sabía dónde meterse, mientras sus camaradas observaban la escena con ecuanimidad, apreciando el ingenio de su

comandante.

—¡No, *domine*! ¡Tampoco la tienes blanda!

—Así pues, ¿cómo es mi cabeza? ¿Dura o blanda? ¡Tienes que decidirte! —insistió Quintilio, frunciendo el ceño.

Rusilo miró a sus camaradas, buscando su apoyo, pero todos le devolvieron la mirada como diciéndole «es tu funeral, compañero».

—¿La tienes más dura que una piedra germana… *domine*? —preguntó Rusilo titubeante, lanzando una mirada de reojo al comandante.

Los hombres, incluido Quintilio, estallaron en una carcajada que debió de oírse incluso entre el ejército germano. El pobre Rusilo, que se había ruborizado todo lo que su tostada piel daba de sí, dudaba entre sonreír con timidez o salir corriendo y tirarse al agua antes de que el prefecto decidiera que era un insolente y ordenase que lo azotaran.

—¡Bien respondido, Rusilo! —dijo Quintilio, entre risas, dándole una palmada en el hombro.

—Eso no te va a librar de dos semanas de servicio de letrinas en cuanto lleguemos a Castra Vetera —gruñó Bodo con voz amenazadora, que apagó la sonrisa que empezaba a dibujarse en la cara del cántabro.

—¡*Domine*!

—¡Dos semanas, Rusilo! ¡Y no protestes o serán cuatro!

Todos entendieron a Bodo: no estaba castigando a Rusilo por una broma inocente, sino dándoles esperanza, asegurándoles que saldrían de aquel islote del Lupia y que sobrevivirían para ver al pobre Rusilo limpiando letrinas en Castra Vetera.

—Murilo, Nubio, acompañadme —les dijo Quintilio, indicándoles que quería hablar con ellos en privado.

Quintilio, Bodo y los otros dos se apartaron unos pasos del grupo.

El ataque sufrido por la columna principal durante la huida había confundido a los romanos. Aunque las bajas habían sido mínimas y no había sobrevivido ninguno de los incursores, la probable presencia de

fuerzas germanas importantes en los bosques obligó a Lucio Cedicio a desviarse del plan acordado en el consejo de guerra.

El islote en el que estaba atrapado el ejército no era el previsto. En vez de en la isla de Tyr, estaban en un islote sin nombre. Era más alargado y estrecho que aquel, y lo peor: lo separaba de la orilla derecha un canal tan poco profundo que no suponía un obstáculo para un enemigo decidido. En vez de tener entre ellos y el ejército de Arminio un brazo de río navegable, que los germanos no hubieran podido cruzar, este apenas llegaba a la altura de las rodillas de un hombre en su parte más profunda.

Habían construido algunas fortificaciones temporales, para reforzar la defensa, pero no las suficientes. Los incursores germanos que les habían atacado durante la marcha nocturna habían incendiado uno de los carros en los que llevaban los materiales para levantar empalizadas. Solo podían proteger algunos tramos.

Quintilio explicó a Murilo y al Nubio que hacía falta información sobre las fuerzas que Arminio había mandado para perseguirlos.

—No sabemos cuántos guerreros tiene, ni si le ha seguido todo su ejército o solo una parte.

El Nubio observó el terreno en silencio antes de contestar. Era una planicie bastante amplia. Los bosques no empezaban hasta unos veinte estadios de distancia de la orilla. Algunos árboles sueltos y pequeños bosques crecían cerca de la orilla, no suponían un obstáculo real. Calculó que era espacio suficiente para desplegar entre ocho y diez mil hombres con comodidad. Las ondulaciones del terreno, no muy marcadas, bastarían para ocultar a los contingentes germanos durante parte de la aproximación, lo que haría que los comandantes romanos no pudieran estar seguros de por dónde iban a hacer el esfuerzo principal hasta que casi los tuvieran encima.

La mayor parte de la llanura estaba cubierta de hierba baja, algunas gramíneas y ortigas. Era difícil infiltrarse por ahí, aunque no imposible. Lo ideal sería utilizar las horas inmediatamente anteriores al amanecer, cuando los centinelas están más cansados. Sin embargo,

el Nubio sabía que no podía esperar hasta entonces para cumplir la misión.

—Es difícil llegar —respondió pensativo, mientras los otros tres hombres le miraban expectantes—. Río abajo, donde hay más árboles, igual sí.

—Queda una barca de las que se utilizaron para evacuar el embarcadero. La arrastra una de las liburnas. Es discreta, podría servir para llevarte —comentó Bodo.

—No lo suficiente. Pondría al enemigo sobre aviso —dijo Murilo.

Tras unos instantes de silencio, el Nubio empezó a sonreír.

—Me puedo convertir en otra cosa, como el hechicero de la historia, y así no me ven. —Murilo, Bodo y Quintilio le miraron con curiosidad—. No usamos la barca, sino un tronco que dejamos a la deriva. Me escondo detrás y dejo que me lleve la corriente. Luego mandas una liburna, como si estuviera patrullando, y me recoge, ¿sí? Y yo puedo contar qué germanos hay con Arminio.

—Cuántos germanos —le corrigió Quintilio.

—Cuántos o qué germanos hay, mejor que no saber, ¿sí?

—¡Ah! ¡No, no! Quiero decir que se dice «cuántos germanos hay» no «qué germanos hay».

La voz de Quintilio se fue apagando al darse cuenta de lo absurdo de ponerse a discutir gramática latina en esas circunstancias. El Nubio le miró con amable condescendencia. Si al jefe le gusta «cuánto» en vez de «qué», no iba a discutir. Los jefes tienen esas cosas y es mejor que sean felices creyendo que son muy listos.

—Ejem… —carraspeó Bodo—. Nubio, voy a acompañar al prefecto para coordinarlo con Manilio.

El Nubio asintió sin dejar de sonreír. Estaba más satisfecho cuando podía ir por libre. Aunque se llevaba bien con sus camaradas, no terminaba de estar cómodo con las disciplina. En Iliria le había costado alguna bronca del centurión que habían matado los rebeldes en Akroliso, algo por lo que el Nubio les estaba agradecido, pues le

habían ahorrado la molestia. Bodo era mejor, ya que le dejaba a su aire.

Fue a despedirse de Mania. Le recordaba a cuando era niño y tenía una familia, antes de que fuera aniquilada por un clan vecino. Entonces había visto impotente cómo los mataban, mientras dos guerreros enemigos lo inmovilizaban contra el suelo. Les había fallado, pero estaba decidido a que no sucediera lo mismo con Mania.

—Te vas otra vez —le dijo la niña al verle.

Era un reproche, no una pregunta.

—Sí, tengo que hacer mi trabajo —le contestó, agachándose para ponerse a su altura.

Los ojos de la niña se llenaron de lágrimas. Bajó la mirada y empezó a chuparse el pulgar, sujetando una mano con la otra, como si creyera que si no lo hacía la obligarían a sacárselo de la boca. El Nubio le acarició la cabeza, primero con cierta torpeza, poco a poco con más confianza.

Mania sintió que todas las emociones acumuladas en las últimas semanas se desbordaban. Se abrazó al pecho del Nubio, llorando desconsolada. Eran lágrimas de miedo, de angustia, de soledad; del vacío por la muerte de su familia. Lloraba como si el alma quisiera abandonar su cuerpecito. El Nubio la dejó hacer. Se sentía extraño. Era como si tuviera un tapón en la garganta, impidiéndole respirar bien.

Mientras la abrazaba recordaba todas las veces que había perdido a alguien, todas las veces que se había quedado solo. No le gustaba sentirse así. Sabía que la muerte formaba parte de la vida; no discutía con los dioses. Pero por primera vez desde la muerte de su hermana quería que alguien viviera, sin importarle el precio que tuviera que pagar. Era un sentimiento desconocido e incómodo. Dolía por dentro, pero, a la vez, no era del todo desagradable.

—Mania —le dijo mirándola a los ojos cuando se calmó un poco —, no puedo prometer que nunca te abandonaré; ni que a veces no tenga que dejarte sola o al cuidado de otra persona. Pero sí que puedo

asegurar una cosa: siempre haré todo lo posible por volver a tu lado, cueste lo que cueste, ¿sí?

La niña asintió con la cabeza.

—Sí, *pater* —dijo la niña. El Nubio la abrazó con fuerza.

En ese momento apareció Segiburga con un cuenco de gachas de pan y tocino. Miró a ambos.

—Vamos a comer —anunció tajante—. Tú, ¿no tenías que irte? —le preguntó al Nubio.

El Nubio asintió mientras sonreía y se marchó después de darle un beso a Mania en la frente.

Si hubiera sido cualquier otro —excepto Dagomarus, claro—, Segiburga habría estado segura de que le había visto los ojos llenos de lágrimas. Sacudió la cabeza.

—Imposible —susurró, mientras se sentaba con Mania para comer.

28

Los dioses disfrutan gastando bromas pesadas.

Murilo había encontrado el tronco atrapado entre los cañaverales de una caleta en la orilla sur del islote.

—Es perfecto —le dijo—. Cualquiera que lo vea va a creer que es un simple tronco a la deriva.

El Nubio estuvo de acuerdo, así que se desnudó; el único equipo que llevaba era un tahalí de cuero del que colgaban la cantimplora y el puñal. Le entregó sus ropas y armas a Murilo.

—Me las guardas hasta que vuelva, ¿sí?

—Me debes dinero de la última partida de dados; no sé si debería venderlas.

El Nubio le miró con afecto; entendía lo que quería decir Murilo: «vuelve vivo, compadre».

—No, porque entonces tendría que coger las tuyas —respondió, dándole una palmada en el hombro.

Desnudo daba la impresión de ser incluso más alto de lo que realmente era. Estaba marcado por docenas de cicatrices, testigos mudos de su vida. Unas adquiridas combatiendo para Roma; otras, mientras fue esclavo, y las más antiguas, apenas visibles, cuando todavía no había entrado en la edad adulta pero ya acompañaba a las partidas de cazadores en busca de presas con las que demostrar su hombría.

Desperezó los músculos, estirándose como le había enseñado su padre. Cuando se quedó satisfecho, Murilo le ayudó a empujar el tronco hacia la corriente. El Nubio se metió en el agua, poniendo el leño entre él y la orilla ocupada por los germanos. La zona a la que quería llegar estaba a unos seis estadios* del extremo occidental del islote.

Apenas llevaba recorrido un tercio, cuando vio a la primera avispa. Ni él ni Murilo se habían percatado del avispero encajado entre las ramas, que debía haber sobrevivido a la caída del árbol. «Probablemente, con el propósito de fastidiarme», pensó el Nubio, que si tenía un punto débil era su fobia a las avispas. Sabía controlar el miedo, pero las odiaba con pasión, y ellas a él.

La primera decidió picarle en el pómulo. El dolor le hizo dar un respingo. La segunda aprovechó ese momento para hacerlo en la coronilla, lo que provocó un gemido contenido. Ambos insectos no le encontraron interesante, así que echaron a volar antes de que pudiera hacer nada para vengarse. La tercera no tuvo tanta suerte. Se posó en el brazo con el que agarraba el tronco y le clavó el aguijón, con toda la mala intención típica de esos insectos. Antes de que pudiera escapar, el Nubio la agarró, aplastándola entre los dedos. Sonrió satisfecho.

Al aproximarse al lugar donde quería llegar a la orilla, abandonó el tronco —y a las avispas—, sumergiéndose por debajo y nadando con potentes brazadas. La corriente no era demasiado fuerte, pero bastaba para arrastrarle, alejándole de su objetivo.

El agua estaba tan turbia que apenas veía a unos palmos por delante de sus ojos. Notó que algo le rozaba la pierna, probablemente un pez, y que empezaba a faltarle el aire, pero aún no se atrevía a salir a la superficie. Era improbable que hubiera germanos por las inmediaciones; sin embargo, a lo largo de su vida había aprendido que en territorio enemigo era mejor no dar nada por sentado.

Las manos tropezaron contra unas cañas. Se introdujo entre ellas, con cuidado de moverlas lo menos posible. Intentando no perturbar la superficie del agua más de lo necesario, asomó la cabeza. El cerebro le pedía coger aire a grandes bocanadas, pero se controló para hacerlo solo por la nariz hasta que fue capaz de controlar la respiración.

Estaba a unos veinte pasos de su objetivo. Dadas las circunstancias, podía felicitarse por la suerte que había tenido. Aparentemente, Fortuna estaba de su parte, ¡al menos de momento!

Nadó despacio entre el cañaveral, procurando no asustar a las aves que pudieran anidar entre ellas o en la orilla inmediata. Pocas cosas llaman más la atención de un centinela que el vuelo repentino de un pájaro.

Salió del río cerca de un hayedo. Le serviría como cobertura y como vía de aproximación a los grandes bosques al nordeste, desde dónde podría observar el campamento germano sin ser visto. Caminó cerca de la orilla, moviéndose en silencio entre los arbustos. Al llegar a un recodo, cerca de un sauce que hundía sus raíces en el Lupia, el Nubio encontró una zona de agua estancada en la que se acumulaban barro, hojas y cadáveres de insectos y de pequeños animales.

Centenares de moscas zumbaban en la charca, encantadas de haber encontrado ese paraíso en la tierra. Bajó un pequeño terraplén hasta el estanque, intentando ser lo más discreto posible. Las moscas estaban empeñadas en meterse en su boca, nariz y oídos; aunque eran molestas tenía que evitar hacer movimientos bruscos que pudieran llamar la atención de un centinela con buena vista, así que no podía ahuyentarlas a manotazos.

Cogiendo puñados de barro con ambas manos, los extendió por todo el cuerpo, intentando cubrir la mayor superficie posible. El barro fresco era de un color marrón que apenas era diferente al tono natural de su piel. Sin embargo, el Nubio sabía que una vez seco pasaría a ser gris amarronado. Añadió algunas hojas y ramas sueltas. Una vez dentro de la floresta, mientras estuviera inmóvil, sería casi invisible.

El barro, además, ocultaría su olor corporal. «Si hueles como la tierra no sabrán que eres tú», recordaba que le había dicho la abuela Amake. Era la forma de estar oculto de la mirada de los espíritus y de los brujos. Lo que servía para ellos, servía para que no te oliera un leopardo; y lo que servía para un leopardo, servía para un humano.

Cuando se quedó satisfecho, el Nubio continuó su avance. Cada pocos momentos, se detenía a escuchar y a olisquear, como si fuera un depredador buscando una presa. Miró al cielo. El sol se había movido una hora, más o menos, desde que había salido del islote. Era un buen tiempo: Bodo le había dicho que la liburna patrullaría la zona en la que había desembarcado entre las horas octava y novena,* lista para recogerle. Eso significaba que contaba con cuatro horas para cumplir la misión.

Entre los olores típicos del río —algas, maleza, hojas pudriéndose, hierba y barro negro de viscoso aroma— distinguió el inconfundible de las aglomeraciones humanas: el olor acre de miles de hombres haciendo sus necesidades en la misma zona, mezclado con el de la madera quemada de sus hogueras.

Al noroeste de su posición, pudo observar cómo se elevaban perezosas las columnas de humo de los fuegos de los germanos. Se encaminó en esa dirección. El barro se estaba secando, así que le empezaba a picar. La tentación de rascarse era casi irresistible, pero contuvo las ganas.

Un leve crujido le hizo detenerse. Sin mover un músculo, buscó con la mirada el origen del ruido. Por un momento pensó que se lo había imaginado, pero entonces volvió a escucharlo. A unos veinte pasos a su izquierda vio moverse un arbusto.

Contuvo la respiración.

En ese momento, entre la maleza, vio aparecer a un enorme jabalí macho, que trotó directamente hacia donde él se encontraba: era monstruoso, con una altura hasta la cruz que debía superar los tres pies. No parecía que fuera consciente de su presencia. Pensó que el hecho de que estuviera contra el viento y cubierto de barro y hojarasca despistaba al animal.

Sin embargo, pronto se dio cuenta de que lo que tenía distraído al puerco era un grupo de hombres —el Nubio contó doce individuos— que seguían su rastro. Todos estaban armados con lanzas y la mayoría llevaban túnicas y pantalones; uno de ellos, que parecía ser el jefe, llevaba un casco galo y un escudo hexagonal. Avanzaban en abanico, intentando cubrir el mayor espacio posible, deteniéndose de vez en cuando para buscar el rastro del jabalí.

Tenía que tomar una decisión. Quedarse quieto donde estaba o retirarse y buscar una nueva ruta de aproximación. Si se desviaba no tenía modo de saber cuánto tardaría en llegar a una posición desde la que pudiera observar el campamento germano y luego volver a la orilla del río para el encuentro con la liburna.

Oía las voces de los guerreros cada vez más cerca, llamándose unos a otros en su incomprensible jerigonza. Entrecerró los párpados, intentando que asomara lo menos posible del blanco de sus ojos.

De repente, los guerreros germanos empezaron a gritar excitadamente. Con un chillido de miedo, el jabalí empezó a correr, perseguido por los germanos, que, vista la presa, se lanzaron detrás del animal.

El Nubio vio pasar a su lado a cinco perros de caza, corriendo detrás del jabalí. Uno de los mastines titubeó un instante cuando estuvo a su altura —tan cerca que, si hubiera estirado la mano, podría haberle acariciado la cabeza—, quedándose ligeramente atrás; sin embargo, la duda no duró más que un momento y antes de que el Nubio reaccionara, el perro salió disparado detrás de sus compañeros.

El tiempo pareció transcurrir más despacio. Todo a su alrededor estaba, de repente, más vivo: los olores más intensos, los sonidos más nítidos. Notaba la hierba entre los dedos de sus pies y las diminutas moscas zumbando a su alrededor. El corazón le latía acelerado.

Los germanos estaban casi a su altura.

Pasaron de largo sin darse cuenta de su presencia.

Poco a poco sus voces fueron alejándose. Aun así, el Nubio no se movió. Dejó pasar el tiempo. Los rayos de sol, que se colaban entre el follaje, calentaron su cuerpo. Tenía la boca seca, como si hubiera tragado ceniza.

Una ardilla subió por su pierna izquierda hasta alcanzar su hombro. Se quedó un momento allí, sentada, frotando su hociquillo con gesto nervioso. El Nubio la veía por el rabillo del ojo. El animal se dio cuenta de que aquello a lo que se había subido no era un árbol. Emitió un chillido, furiosa por haberla engañado, y saltó hasta un roble cercano. Desde allí, empezó a chascar con los dientes en dirección al Nubio, a quien le costó contener la risa.

Cuando la ardilla por fin desapareció entre las ramas del árbol, el Nubio continuó la marcha. Le llevó la mayor parte de una hora aproximarse al campamento germano sin ser detectado, y la mitad de otra encontrar una posición adecuada desde la que observarlo.

Regresar a tiempo para que le pudiera recoger la liburna significaba que iba a tener que arriesgarse durante el camino de retorno, pero no había nada que pudiera hacer para cambiarlo, así que lo ignoró de momento.

«Lo que queda del ejército de Arminio», pensó el Nubio al ver a la fuerza germana. No habían levantado más que unas pocas tiendas, posiblemente las de algunos caudillos. El Nubio recordó que Arminio era famoso por su predisposición a compartir las penurias de sus hombres, así que no esperaba que ninguna de ellas fuera la del caudillo querusco.

No debían quedarle muchos más de seis mil hombres, quizá un poco más contando los que pudieran estar en las guardias o en

partidas de caza como la que había encontrado antes. «Es lo que decía Bodo: capturar el fuerte va a hacer más por la desaparición del ejército germano que ganar cien escaramuzas. ¡Se van a deshacer como un trozo de mantequilla en una olla caliente!», reflexionó.

El Nubio no podía saberlo, pero si a Arminio le quedaba poco más de la mitad de su fuerza original era porque el resto se habían dispersado. Liderados por sus caudillos, decidieron que, una vez capturada la fortaleza de Aliso, la campaña estaba acabada; era el momento de volver a sus hogares. Ni los ruegos, ni las amenazas, ni los intentos de soborno habían funcionado. Los hombres estaban hartos y querían volver a sus aldeas antes del invierno.

Aun así, superaban a los romanos en más de tres a uno. Las bajas sufridas durante el asedio, más los heridos y los enfermos, habían reducido la fuerza romana a menos de dos mil efectivos. Además, la caballería bátava y los cántabros habían seguido otra ruta. El plan preveía que esperasen a la columna principal ocho millas rio abajo, pero era imposible saber si cumplirían las órdenes o continuarían el camino a Castra Vetera.

Al cabo de un rato, decidió que ya no había mucho más que ver, así que abandonó el puesto de observación y emprendió el regreso. Miró la posición del sol, dándose cuenta de que tenía todavía tiempo suficiente como para no necesitar apresurar el paso, como había temido.

Siendo adolescente había participado en batidas junto a los cazadores expertos de su aldea, que le inculcaron, con la ayuda de las astas de las lanzas aplicadas con fuerza en sus pantorrillas, la importancia de mantener la disciplina de marcha en todo momento. Un error podía ser mortal.

—Recuerda: los animales no son tontos. Si sospechan, huyen o atacan. ¡Andando despacio se llega más lejos! —le había dicho su padre.

El Nubio había aplicado el consejo toda su vida. Las pocas veces que lo olvidó, tuvo que sufrir las consecuencias.

Se dio cuenta del error en el momento en que entró en el pequeño claro en medio del bosque. Era innecesario, podría haberlo bordeado sin problemas, pero algo, tal vez un demonio interior, le empujó a atravesarlo en línea recta. No había dado dos pasos cuando, por su izquierda, apareció renqueando ligeramente el que creyó que era el mismo jabalí macho perseguido por los germanos hacía unas horas.

El enorme marrano se detuvo al percatarse de la presencia del Nubio. Este, a su vez, se quedó congelado. El animal tenía los colmillos manchados de sangre; de uno de ellos colgaba algo que parecía, sospechosamente, un trozo de intestino.

El Nubio echó una pierna hacia atrás, con la intención de retroceder sin provocarle y refugiarse de nuevo entre los árboles. Por algún motivo que solo él conocía, aquello pareció irritar al animal, que arruó con furia y cargó contra el Nubio. Este no echó a correr de inmediato, sino que esperó a que el bicho estuviese casi encima de él y, solo entonces, saltó hacia su izquierda, esquivándolo; antes de que el puerco pudiera girar y cargar de nuevo, el Nubio salió corriendo, zigzagueando entre los árboles.

El jabalí, enfurecido, le siguió, ganando distancia a cada zancada.

El Nubio corrió como no había corrido en su vida, haciéndolo a tal velocidad que parecía imposible que pudiera esquivar los troncos que se interponían en su camino. Podía oír los gruñidos del gorrino por encima del sonido de su propia respiración.

Evitó un árbol, solo para darse de bruces con la patrulla germana que había visto persiguiendo al jabalí.

Un asombradísimo germano intentó apartarse del gigante negro cubierto de barro, un demonio del bosque surgido de una pesadilla, pero el Nubio iba demasiado rápido y los dos chocaron con tanta fuerza que salieron despedidos en direcciones opuestas. El Nubio consiguió minimizar el impacto dando una voltereta y cayendo de rodillas. El guerrero germano no tuvo tanta suerte. Su cabeza chocó con el tronco de un árbol con un desagradable chasquido.

Teniendo en cuenta las circunstancias y la repentina aparición del Nubio, los demás guerreros reaccionaron con encomiable rapidez, echando mano a sus armas. Sin embargo, antes de que les diera tiempo a hacer nada más, el enorme jabalí apareció en medio de ellos, agitando la cabeza de un lado a otro. Uno de los germanos gritó cuando los colmillos le abrieron la pierna derecha desde debajo de la rodilla hasta casi la ingle. El Nubio pudo ver el chorro de sangre salpicando a los camaradas del herido.

Aprovechando la distracción se puso en pie de inmediato y corrió hacia el río. Durante su huida se había desviado un poco hacia el oeste, de forma que salió del bosque antes de lo que le hubiera gustado y se encontró corriendo desesperado en medio de una pradera de hierba.

Una lanza pasó a su lado, a escasas pulgadas de su cabeza. No sabía quién le había atacado y si era el mismo grupo de cazadores u otros. Tampoco podía detenerse a comprobarlo, así que siguió corriendo en zigzag para dificultar la puntería de sus atacantes.

Los cañaverales que anunciaban la ribera estaban a dos estadios; allí, en medio del río, pudo ver la liburna.

Estaba tan concentrado que no se dio cuenta hasta pasados unos instantes que el jabalí acababa de adelantarle por su izquierda, aparentemente igual de decidido que él a lanzarse al agua. Por un momento se cruzaron las miradas del Nubio y del animal, que parecía estar diciéndole «¿Qué? ¿Nunca has visto galopar a un jabalí?». Una flecha silbó entre ellos, incitándoles a acelerar la carrera. Ambos, bestia y hombre, estaban unidos por el mismo instinto básico de seguir vivos, costara lo que costara.

El puerco entró primero, salpicando hacia todos los lados de forma que las gotas de agua parecían diamantes y piedras preciosas multicolores, al ser atravesadas por los rayos del sol. El Nubio se zambulló saltando con toda la fuerza que pudo poner en sus músculos, con los brazos hacia delante por encima de su cabeza. Entró

en el agua mientras los proyectiles de sus perseguidores caían a su alrededor, tan cerca que algunos le arañaron la piel.

Hubiera preferido bucear para evitar que los germanos supieran exactamente dónde estaba, pero no le quedaba aire suficiente para ello después de la carrera, así que salió a la superficie y empezó a nadar con potentes brazadas. A su lado, el jabalí nadaba con tanta energía como el Nubio.

De repente, su mano chocó con algo sólido. Levantó la mirada y vio que era el costado de una barca, desde la cual Bodo estiraba el brazo sonriente.

—Nunca me he alegrado tanto de verte —dijo el Nubio entre jadeos.

Bodo le ayudó a subir a la barca. El Nubio se sentó en el fondo, completamente agotado, y entonces empezó a reír a carcajadas. Bodo le miraba con media sonrisa. A lo lejos, los germanos agitaban sus armas, impotentes.

El jabalí llegó a la orilla opuesta y se sacudió el agua. Con un gruñido final les dio la espalda a los humanos y entró en el bosque.

29

Marco Quintilio pensó que esa era una de las tardes más miserables de su vida. Lo cierto es que el día no había ido demasiado bien hasta entonces.

Unas horas antes, poco después de que llegara el Nubio y le diera su informe, Lucio Cedicio convocó un consejo de guerra. Quintilio estaba en la tienda hospital cuando apareció un ordenanza para comunicarle las órdenes del comandante. Estaba visitando a Sexto Vinicio, que agonizaba, tumbado sobre un montón de paja que, a diferencia de la de la tropa, estaba limpia.

Los dos habían disimulado su rivalidad anterior y el hecho de que Vinicio estuviera muriéndose.

—La herida interesa al hígado —le informó Cayo Postumio—. Es asombroso que siga vivo.

Segiburga le había confirmado que no había nada que hacer por Vinicio, solo que estuviera lo más cómodo posible. Le había vendado la herida y preparado una pócima con unas pizcas del opio que todavía le quedaba. Vinicio estaba adormilado, aunque al menos el dolor estaba bajo control.

—No sé cuánto tiempo vivirá. Unas horas, unos días. Es joven y fuerte, así que igual unos días. Tal vez sería mejor que no aguantara tanto. Hacia el final, el dolor será casi insoportable. Solo cuando su fantasma empiece a separarse de su cuerpo igual no le duele tanto —le dijo la germana.

Vinicio hizo un esfuerzo casi sobrehumano por mantener una conversación civilizada, pero estaba tan aturdido por el agotamiento y los efectos del opio que apenas fue capaz de articular un pensamiento coherente. Solo se animó por un instante cuando apareció el ordenanza para informar del consejo de guerra. En cuanto se marchó, sin embargo, volvió a quedarse aletargado.

Tenía la piel pálida y húmeda; los labios y las uñas habían adquirido un tono violáceo, casi azulado. Cuando intentaba hablar, el esfuerzo le hacía jadear. Se le habían hundido las mejillas, mientras que su mirada estaba vidriosa. Quintilio no pudo evitar sentir una oleada de compasión al verle en ese estado. Alguien, tal vez el centurión Celio, había limpiado la armadura y las armas de Vinicio, que estaban a su lado.

—Ya ves, Quintilio. Al final… —intentó sonreír—. ¡Ah, es difícil…! ¿Te parece que seré recordado? No creo, no he hecho nada.

—Nos salvaste a todos —le respondió.

—¡Ja! Cualquiera hubiera hecho lo mismo. —Se quedó en silencio unos momentos—. Si puedes, escribe a mi padre. Dile que morí bien.

Quintilio asintió. Vinicio cerró los ojos, agotado por el esfuerzo. El prefecto se marchó cuando le vio dormido.

Las nubes se habían ido cerrando a lo largo del día. La mañana soleada dio paso a un atardecer gris. Empezó a llover. Las gotas de agua repiqueteaban al chocar con las hojas de los árboles. Salpicaduras diminutas formaban coronas simétricas en la superficie del río. Quintilio sintió que su ánimo era tan oscuro como el cielo nublado. Por un instante, mientras se dirigía a la tienda de mando, echó tanto de menos el sol de Hispania que el corazón se le encogió en el pecho, mientras sus ojos se llenaban de unas lágrimas que no permitió que llegaran a caer.

El consejo de guerra fue anticlimático. Antíoco, con voz monótona, como si estuviera leyendo una lista de asientos contables, expuso los hechos objetivos: estamos aislados en un islote, sin fortificaciones dignas de mención; rodeados por un enemigo que, según las observaciones de los exploradores, nos supera en tres a uno; solo las tres naves y las dos barcazas que no habían sido abandonadas río arriba podían servir para evacuar a parte de los civiles y, aun así, no había garantía de que no encallasen en los bancos de arena que existían en el tramo inmediato al Rhenus; la moral era baja, los hombres estaban desanimados y no quedaban apenas suministros de boca.

Cuando Antíoco acabó de presentar su informe, el único sonido que se escuchó durante unos largos momentos fue el tamborileo de la lluvia contra el techo de la tienda. Fue Cedicio quien rompió el incómodo silencio e inició la discusión.

—¿Y os llamáis romanos? —inquirió—. Si Fabio o el Africano hubieran sido igual de indecisos, ¡Roma no existiría!

Quintilio fue el primero en atreverse a hablar.

—No van a intentar rendirnos por hambre, parece obvio. En pocos días, ellos estarían igual de mal que nosotros, si no peor —explicó—. Arminio ha demostrado que sabe lo que hace. Va a atacarnos y lo va a hacer más pronto que tarde; probablemente, mañana al amanecer, si el

tiempo lo permite. El escuadrón cántabro y el regimiento bátavo están río abajo, a unas ocho millas. Necesitamos avisarles para que vengan en nuestra ayuda.

—También podemos embarcar los arqueros y usarlos contra sus flancos —sugirió Nearco.

—No, eso no es posible —intervino Cayo Manilio—. El brazo que separa el islote de la orilla norte no tiene la suficiente profundidad. Las naves estarían demasiado lejos para que tuvieran algún efecto. Se pueden usar los escorpiones, que sí tienen el alcance suficiente, pero solo tenemos dos, uno por cada liburna.

Al final, decidieron seguir el plan de Quintilio, que iría en una de las liburnas hasta donde se encontraba la caballería; se pondría al mando y esperaría para lanzar su ataque a que los germanos estuvieran comprometidos.

—Tenemos una decena de tubas y trompetas —dijo Cedicio—. Llévate a los músicos. Cuando os aproximéis al campo de batalla, que toquen las llamadas de órdenes; con suerte, los bárbaros creerán que son refuerzos de las guarniciones en el Rhenus.

Marco no estaba demasiado convencido, pero al final los músicos le acompañaron.

El viaje en la liburna transcurrió sin incidentes. Algunos troncos bajaban arrastrados por la corriente, pero los marineros apartaron con largas pértigas a los que podrían haber amenazado la integridad del casco o a los remeros.

Una vez que desembarcó y llegó al lugar donde acampaban los cántabros, Quintilio comprendió que quizá los planes no iban a ser siquiera posibles. Níger, que estaba al mando temporal de la caballería cántabra en ausencia de Bodo, no tenía buenas noticias.

—Los bátavos se niegan a marchar. Quieren volver a sus tierras.

—¿Cómo que se niegan?

—Su jefe vino esta mañana y me ofreció que nos uniéramos a ellos y nos fuéramos de aquí, hacia Castra Vetera —comentó—. Conseguí

convencerle para que esperara hasta tener noticias de la columna. No creo que aguanten mucho más.

Sin la caballería bátava, la guarnición de Aliso estaba condenada. Aquellos que pudieran alcanzar los barcos podrían salvarse, pero el resto sería aniquilado por los bárbaros. Un centenar de cántabros no bastarían para hacer mella en un ejército de seis mil hombres.

—¿Dónde están acampados, Níger?

—Al oeste, a una milla, siguiendo el sendero del río —respondió.

No había parado de llover en toda la tarde. En un rato sería de noche. Los hombres estaban arrebujados en sus capas, intentando escapar del tiempo desapacible. Habían encendido algunas hogueras. El agua de la lluvia las hacía chisporrotear cuando caía sobre la madera, que no llegaba a apagarse gracias a la constante atención que le prestaban los soldados.

Marco podía notar el desánimo. Incluso los más leales debían de estar preguntándose si no sería mejor aceptar la oferta de los bátavos. La columna estaba atrapada, ¿qué podían hacer ellos para salvarla? Nadie sabría que habían traicionado a Roma y a sus camaradas. Explicarían que continuaron la marcha, según estaba planeado y tal y como les habían ordenado sus jefes. No habría supervivientes que pudieran rebatirlo, ¿no?

Quintilio entendió que era necesario hacer algo, lo que fuera. Estar mano sobre mano era desalentador para la tropa. Su propio desánimo era buena prueba de ello. Resopló con aire de determinación. Si los bátavos no querían venir a Roma, entonces Roma iría a los bátavos.

—¡Níger! ¡Que monten todos los hombres! ¡Vamos a convencer a esos bárbaros de que no es buena idea traicionar a Roma! —exclamó —. ¡Y trae un caballo para mí!

—¡*Domine*! —saludó Níger, que acto seguido se puso a dar las órdenes pertinentes.

Mientras los auxiliares se preparaban, Quintilio intentó imaginar cómo iba a conseguir que Gundiaro y sus bátavos no solo no desertaran, sino que estuvieran dispuestos a arriesgar sus vidas por

una causa que parecía perdida. Eran un pueblo orgulloso, valiente, celoso de su independencia y, hasta ahora, leal a Roma. La decisión no debió ser fácil ni precipitada.

Suspiró. Lo olores del bosque ¡eran tan distintos de los de su país! Aquí olía a hierba fresca, a madera mojada, a pinos, robles y hayas; allí lo hacía a tierra caliente, a trigo, a castaños y olivos. El ataque de nostalgia fue como una emboscada: repentino y doloroso. En las semanas pasadas había estado tan ocupado que no había tenido tiempo siquiera para recordar a su padre, a su hermana en Augusta Emérita o a su hermano Cneo en Atenas. Probablemente, él pronto se reuniría con la sombra de su padre en la tierra de los muertos. «¡No! ¡No puedo permitirme pensar así! ¡No ahora! ¡Demasiadas vidas dependen de mí!», pensó con furia.

Los auxiliares habían formado en un pequeño claro, en tres filas, preparados para iniciar la marcha. Quintilio ordenó que los músicos y la *turma* de Cestio se quedaran en el campamento. La liburna estaba anclada en mitad del río. Volvería a su posición detrás del islote cuando el prefecto diera la señal de que la caballería había emprendido la marcha.

Revistó a los hombres. La lluvia les dio un respiro, aunque, por el sonido de las gotas que caían desde las copas de los árboles, parecía como si continuara con la misma intensidad que antes. Los cántabros eran hombres duros, de cuerpos nervudos y músculos firmes que se marcaban por debajo de su piel tostada por el sol. No se desanimaban con facilidad, como habían demostrado al mismísimo Augusto no hacía tanto tiempo. Un cielo plomizo y un aguacero no eran novedad para ellos. Por eso era aún más significativa su actitud, a medio camino entre el hastío y la hostilidad. El propio Níger, uno de sus decuriones más fiables, se mostraba extrañamente inquieto. Él y Quintilio estaban montados, revisando la formación.

—Hay algo que no me has contado, ¿verdad? —preguntó el prefecto. Níger desvió la mirada.

—No sé qué quieres decir, *domine*.

—Eso no es cierto. ¡Claro que sabes lo que quiero decir, Níger!

Este no contestó inmediatamente. Era como si le costase elegir las palabras.

—Cuando llegamos de Iliria pensamos que esta iba a ser una región tranquila; que podríamos descansar, reagruparnos, alistar nuevos reclutas. Ya sabes, *domine*, lo normal. Y luego esto —dijo señalando a los bosques con un movimiento en abanico—. La gente de aquí. La destrucción de las legiones. Tienen miedo, *domine*. Para ellos es el fin del mundo.

—Entiendo, Níger, pero…

—¡No! ¡No, *domine*! —exclamó interrumpiéndole—. Ahora tienen la oportunidad de vivir. Se preguntan por qué deberían quedarse. Algunos, los que tienen familiares o amigos entre la infantería, son más reticentes, pero incluso ellos quieren escapar de esta pesadilla. —Titubeó; sabía que lo que estaba diciendo era casi un motín y que podía terminar apaleado hasta la muerte delante de toda la cohorte—. Necesitan creer, *domine*. Necesitan que les lideren. *Necesitamos* que nos lideres. —Hizo una pausa—. *Domine*.

Quintilio asintió. Sabía que Níger era un buen oficial, aunque no tenía el carisma de Bodo o Murilo. Era consciente de que, si la tropa se amotinase, él permanecería a su lado, aunque le costase la vida. La actitud de los bátavos no se la había esperado; menos todavía la de sus cántabros, que incluso en los momentos más duros en Iliria habían demostrado su lealtad y su valor.

Se detuvo delante de la formación.

—¡Soldados! Nuestros camaradas están atrapados entre el río y un ejército germano. Mañana les atacará un enemigo que les supera en número. Pelearán hasta el último hombre, hasta el último aliento. Su única esperanza somos nosotros. ¿Vais a fallarles? ¿A vuestros hermanos? Me lo creería de otros hombres más débiles, ¡pero no de los cántabros!

Recorrió las filas con la mirada. Los hombres le devolvían la mirada con semblante adusto.

—Lo que os prometo es esto: cuando derrotemos al ejército de Arminio, saquearéis su campamento a placer. Podréis quedaros con los esclavos que a mí me corresponderían por rango. Cobraréis las pagas atrasadas y un año por adelantado. Los que sobreviváis seréis ricos, vuestros nombres serán recordados entre las tribus y volveréis ahítos de gloria. ¡Y de dinero!

Al principio, no hubo ninguna reacción, de modo que Quintilio se preguntó si no habría acelerado el motín, en vez de frenarlo.

Sin embargo, primero se oyó un vítor en uno de los flancos, seguido por otro y por último todo el escuadrón estaba golpeando sus escudos con las conteras de sus lanzas y gritando su aprobación. El prefecto sabía que no había sido un gran discurso, así que el entusiasmo debía de estar provocado por la promesa del botín. No le importaba. Solo hacía falta que les recordaran cuál era su deber.

Los bátavos, se temía, no iban a ser tan fáciles. Y no se equivocaba del todo.

—¿Cómo? ¿Que para que marchéis a nuestro lado «solo» tengo que matar a ese monstruo que tienes detrás de ti, Gundiaro?

—Correcto. Es un mensajero de Hermann, miembro de su séquito personal y además un chamán.

El individuo al que se refería era uno de los hombres más grandes que había visto Quintilio en toda su vida. Fácilmente llegaba a los siete pies de altura. Lucía un enorme bigote de puntas caídas, que le daban un aspecto triste a su expresión. El prefecto no se engañaba, sin embargo, porque sus ojos grises, de mirada fría y calculadora, estaban midiéndole desde el momento en el que se acercó a la hoguera alrededor de la cual se sentaban Gundiaro y los demás oficiales bátavos.

Gundiaro se lo había explicado.

—Apareció esta mañana. Mi primera intención fue matarlo y tirar su cadáver al río. Sin embargo, la hermana de su madre es la esposa de

uno de mis principales caudillos. Así que cuando pidió una asamblea tuve que dejarle hablar. No le resultó difícil meter cizaña. Aunque sea querusco, la gente le cree cuando dice que Roma está acabada. Es un enviado personal de Hermann. Mis hombres han oído hablar de Varo y de la destrucción de su ejército. Hemos evacuado Aliso y la infantería está atrapada. ¿A alguien le sorprende?

Y por eso Quintilio —a quién no se le había escapado que Gundiaro usara el nombre germano de Arminio— se encontraba ahora en medio de un círculo formado por sus propios hombres y por los bátavos. Ya había caído la noche, por lo que habían encendido antorchas. El humo se le metía en la garganta, provocándole ganas de toser.

Ambos hombres estaban desnudos, sin tan siquiera un taparrabos como concesión a la modestia. Quintilio se había negado a quitarse las *caligae*, lo que provocó un resoplido de desprecio por parte de su adversario.

El contraste entre ambos no podía ser mayor: el querusco era un gigante de músculos bien desarrollados; no con el perfil del gimnasta o el gladiador, sino el de un hombre que está acostumbrado a usarlos para sobrevivir en los bosques. Quintilio, por el contrario, era mucho más bajo, algo menos de seis pies, de constitución delgada y fibrosa. Unos años atrás, el germano le habría matado nada más empezar el duelo; ahora estaba mucho mejor preparado, pero no estaba seguro de que pudiera rivalizar con él.

Gundiaro les había obligado a usar las mismas armas: un puñal y un gladio, que en la mano del querusco parecía un juguete. Eran las armas normales de un soldado de infantería romana, herramientas pensadas para matar con eficacia, no para hacer florituras que entretengan al público. «Tal vez esta sea mi ventaja; a menos que este bárbaro sea uno de los auxiliares de Arminio y esté igual de familiarizado con ellas como yo, claro», pensó al cogerlas, notando el familiar peso y el equilibrio de las armas.

Gundiaro avanzó hasta el centro del anillo.

—Las reglas son simples. Lucharéis dentro del círculo hasta que uno mate al otro… u os matéis mutuamente —dijo sonriendo con truculencia—. Podéis usar las técnicas, golpes bajos y malicia que os plazcan. Solo puede vivir uno. Esas son todas las reglas —dijo primero en bátavo y luego las repitió en latín.

El querusco se acercó y le dijo algo al oído. Gundiaro asintió y se giró hacia Marco.

—Quiere que te diga que, aunque ha matado tantos romanos que no puede contarlos, él, Valomar del pueblo querusco, estará encantado de añadirte a su colección.

Quintilio clavó la mirada en el germano y escupió en el suelo.

—Cuando estés preparado, ven a morir —le dijo.

Valomar sonrió, apreciando la bravata del romano.

Ambos se colocaron en posición de combate, con la pierna y brazo izquierdos adelantados, mientras que mantenían las espadas por encima del hombro, presentando la punta hacia su oponente.

Empezaron a moverse en círculos, sin apartar la vista el uno del otro. Quintilio había dejado de oír el ruido ambiente. No sabía si los espectadores estaban en silencio o gritando con todas su fuerzas; animando a los rivales o cruzando apuestas. Lo único que oía era su respiración.

De pronto, el germano, en una explosión de movimiento se abalanzó sobre el romano lanzando una feroz estocada, que este esquivó a duras penas, desviándola con el puñal. Intentó un rápido contraataque, pero Valomar había dado un paso hacia atrás, evitando la espada de Quintilio. Una gota de sangre brotó justo por debajo de la clavícula izquierda del germano, donde el arma del romano había conseguido arañarle. Sin embargo, el ataque del germano había sido más eficaz, haciéndole un corte superficial en el antebrazo izquierdo.

Valomar solo estaba tanteando a su enemigo, intentando averiguar sus puntos débiles.

La mayoría de los duelos que había visto Quintilio fuera de las arenas seguían el mismo patrón: ambos contendientes se observaban,

ejecutando ataques de tanteo; cuando uno o ambos estaban satisfechos, entonces lanzaban el asalto definitivo. Un error de cálculo o una interpretación incorrecta de los signos, y eras tú quien acababa en la barca de Caronte, en vez de tu adversario.

El germano volvió a avanzar, pero esta vez Quintilio estaba mejor preparado y en vez de limitarse a reaccionar, fintó hacia su derecha con la espada, mientras el ataque real lo ejecutaba con el puñal. Valomar lo apartó de un manotazo, que le desequilibró ligeramente.

Quintilio se recuperó de inmediato y reaccionando por instinto tiró un tajo con la espada. El arma seccionó los tendones de la mano de Valomar que empuñaba el gladio. De inmediato se relajó su agarre y el arma cayó al suelo.

El germano no titubeó, sino que tiró el puñal y se agachó para coger la espada.

Quintilio atacó, intentando aprovechar la oportunidad. Sin embargo, era una finta de su oponente que, en vez de agarrar el arma, cargó contra Quintilio, lo cogió por la cintura y lo levantó como si fuera un saco de trigo, dejándolo caer acto seguido, contra el suelo.

El impacto le dejó sin aliento. Vio estrellas danzando delante de sus ojos. La cabeza rebotó, nublándole la vista. No se quedó quieto, sino que rodó sobre sí mismo, intentando esquivar cualquier ataque que pudiera estar llegando en su dirección.

Antes de que pudiera escapar, sin embargo, el querusco le agarró por el pelo y lo levantó en vilo. Echando la cabeza hacia atrás le golpeó en la cara con la frente. Quintilio había agachado la cabeza justo a tiempo para evitar que le rompiera el puente de la nariz. Con la fuerza que llevaba el golpe, se lo hubiera hundido en el cráneo y lo hubiera matado instantáneamente.

Valomar le soltó. Tambaleándose, prácticamente ciego de dolor y al borde de la inconsciencia, Quintilio cayó de rodillas.

El germano, jadeante, se acercó, le cogió por debajo de las axilas y lo levantó, sujetándole para que no se cayera. Un hilillo de sangre le brotaba a Quintilio de los oídos. Valomar le pasó el brazo izquierdo

por la espalda, justo por debajo de los omóplatos, agarró su otro brazo en el hueco del codo y, levantándolo en vilo, empezó a apretar con todas sus fuerzas.

Quintilio sintió que se asfixiaba. La cara se le puso roja, la mirada desorbitada y las venas se marcaron bajo su piel. Valomar aumentó la presión, con un gruñido de esfuerzo. Quintilio notó que empezaba a perder el conocimiento: le faltaba aire, necesitaba hacer algo, ¡lo que fuera!, antes de desmayarse.

Echó la cabeza hacia delante y le mordió la nariz al germano, moviendo la cabeza de un lado a otro como si fuera un perro intentando arrancar un trozo de carne de un hueso. Notó su sangre llenándole la boca. Un rugido animal salió del pecho del germano.

De inmediato, la presión se alivió al dejarlo caer Valomar. Quiso empujarle hacia atrás, para apartarle de su cara, pero Quintilio no le soltó. Le cogió la cabeza con las dos manos; dio un tirón y le arrancó la nariz de cuajo.

Se echó hacia atrás y escupió el objeto extraño, cartilaginoso, que tenía en la boca. Valomar estaba de rodillas, con las dos manos intentando frenar la hemorragia del agujero donde había estado su nariz. Quintilio, respirando en jadeos cortos y tambaleándose, fue hasta donde había caído su espada. La levantó del suelo y arrastrándola, pues casi no podía levantarla, se acercó al germano.

Le agarró el pelo y con un tirón brusco le descubrió el cuello. Los brazos de Valomar cayeron a los lados, sin fuerzas. Su rostro estaba desfigurado. La sangre le caía a borbotones desde el agujero en el centro de su cara. Lloraba, los ojos estaban vidriosos, con la mirada perdida.

Marco apoyó el filo en el garganta del querusco y con un tajo firme, en el que no había ninguna duda, ni un mínimo atisbo de remordimiento, lo degolló. En el silencio que se hizo, todos pudieron oír como la hoja partía el cartílago y llegaba hasta las vértebras. El cadáver del germano cayó al suelo, la cabeza en una posición imposible.

Apenas sosteniéndose en pie, Quintilio se volvió hacia Gundiaro y los bátavos. Estrellas y luces de colores bailaban delante de sus ojos. Apenas si podía verlos. Estaba echando mano de sus últimas reservas de energía.

—¡Preparad vuestras armas y vuestras monturas! ¡Marchamos en la segunda guardia! —exclamó con voz clara y firme.

Los bátavos y cántabros aullaron su aprobación, aquellos que estaban armados, golpearon sus escudos rítmicamente. Gundiaro sonreía satisfecho. Níger se acercó a su jefe con cara de preocupación, ayudándole a salir del círculo y alejarse de los hombres que querían felicitarle por su victoria.

Cuando por fin estuvo entre los árboles, dónde solo Níger podía verlo, Quintilio perdió el conocimiento.

30

El cielo amaneció de color gris plomizo. La niebla, a ras de agua, cubría el río y los cañaverales. El mundo estaba en silencio; incluso el trajín normal de un campamento que se está despertando parecía hacerse en voz baja, temiendo, tal vez, perturbar la calma de la fría mañana de octubre.

Mientras volvía a la tienda que hacía las veces de hospital, Segiburga no podía evitar sobresaltarse cada vez que oía como sus pasos hacían crujir a las hojas marrones, naranjas y rojas de los árboles. La calma era absoluta, como si hubiera entrado en el mundo de los muertos sin darse cuenta.

Los centinelas, envueltos en sus capas para escapar del frío, parecían sombras, difuminadas entre la neblina. Si se hubiera acercado habría podido ver las pequeñas nubes que formaban sus alientos al respirar, demostrando que no eran fantasmas. El humo de las

hogueras, ya casi apagadas, se unía a la niebla dándole un olor característico de madera quemada, agua y vegetación.

¿Era así cómo olía el inframundo de los romanos? Reprimió un escalofrío.

Por el rabillo del ojo, vio una luz brillar en la orilla germana. Se giró, sorprendida. Escudriñó el lugar donde creyó haber visto el destello, pero este ya había desaparecido, si es que alguna vez había existido. Una memoria recordada a medias rozó los bordes de su conciencia. Su mente quería decirle algo, escapándose por poco.

Estaba asustada; no con el terror abrumador, constante, que había sentido cuando vio morir a su aldea de hambre sabiendo que bandas de caníbales vagaban por los bosques en busca de presas humanas. Tampoco era como el miedo inmediato, agudo, del día en el que ardió Aliso. Este era más sutil, ansioso, indefinido; era el instinto animal que percibe el peligro, aunque todavía no sea capaz de verlo. Segiburga aceleró el paso. De repente, sentía que necesitaba llegar al hospital cuanto antes.

Al entrar en la tienda, vio al centurión romano, al que llamaban Publio Celio, hablando con el tribuno. Para sorpresa de todos, incluida ella misma, Vinicio tenía mejor color. Había dormido bien, no tenía fiebre, respiraba normalmente e incluso su voz era más firme. Sonrió al ver entrar a Segiburga, como si estuviera realmente contento de verla.

—¡El médico ha llegado! ¿O debería decir la médica? ¡Ja, ja, ja! —rio, y de inmediato se le torció el gesto en una mueca de dolor—. ¡Ah, ni siquiera puedo bromear! ¡Mi cuerpo no lo permite! —exclamó recostándose mientras se llevaba las manos al costado.

—Ya te lo he avisado, *domine*. ¡Nada de esfuerzos! —le reprendió Segiburga, aproximándose al camastro.

Le tomó el pulso y le puso la mano en la frente. Luego acercó la nariz a la herida y olisqueó, para comprobar si había infección. Gruñó satisfecha de que la herida oliera a sangre limpia, no a pus. El pulso era algo más rápido de lo que debiera, pero firme y dentro de lo normal.

—Voy a cambiarte la venda.

Celio hizo ademán de despedirse, pero Segiburga le sujetó del brazo.

—Antes, cuando venía, he visto brillar una luz entre la niebla, al otro lado. Cuando era niña, en los días de como este, con niebla y poca luz, llevábamos linternas que tapábamos con paños, para que los espíritus malignos no pudieran vernos. Lo he recordado. Los queruscos también tienen esa costumbre.

Celio abrió mucho los ojos, comprendiendo lo que quería decir la mujer. Le dio las gracias a Segiburga, se despidió de Vinicio y salió de la tienda hospital casi a la carrera.

—Están preparándose para atacar —dijo Vinicio. No era una pregunta, sino una afirmación.

Segiburga empezó a retirarle la venda, vertiendo agua limpia de vez en cuando para que la costra de sangre seca que se pudiera haber por encima de la herida no fuera arrancada al retirar la tela, provocándole un sangrado.

Ahora que estaban solos, ninguno de los dos se engañaba respecto a las posibilidades de supervivencia del tribuno. No sabían si la mejoría aparente continuaría hasta la curación total, o si, de repente, su cuerpo se colapsaría, entraría en coma y moriría.

Retiró la venda por completo. La zona de la herida estaba tumefacta, de un color violáceo. Presionó con los dedos con mucho cuidado. Sabía que le iba a hacer daño; un quejido de Vinicio y la repentina tensión de su cuerpo se lo confirmaron. La zona estaba dura al tacto, lo que indicaba que había inflamación, aunque no se hubiera manifestado todavía. No por esperado era menos decepcionante.

A pesar de que no se había querido hacer ilusiones, le frustraba la sensación de impotencia. No podía hacer nada para curarle; lo único que estaba en sus manos era intentar controlar el dolor y esperar que los dioses ayudaran a su cuerpo a expulsar los humores malignos antes de que fuera demasiado tarde. En cualquier caso, no estaba en sus manos.

El silencio se rompió, como un cristal golpeado por una piedra, estallando en miles de pedazos. Cuernos, trompetas, tubas y gritos; los pasos de miles de hombres corriendo a sus puestos. Más lejos, la barahúnda de otro ejército, y entonces el rítmico sonido de las armas golpeando los escudos. Alguien, un heraldo probablemente empezó a gritar en lengua de los queruscos.

—¿Qué dice? —le preguntó entre dientes Vinicio, intentando aguantar el dolor mientras Segiburga le untaba un ungüento en la herida, antes de volver a vendársela.

—Habla sobre su tribu y sus antepasados; dice que es un gran guerrero, hijo y nieto de grandes guerreros, y que cuando su espada se canse de matar será cuando no quede ningún romano vivo en su patria.

Vinicio apretaba los dientes. No quería gemir delante de la mujer. Al principio del asedio de Aliso, no se fiaba de ella. La vigiló, esperando que los traicionase. Sin embargo, ella había probado una y otra vez su lealtad. Ahora, no podía evitar admirarla.

—No quiero ser impertinente, pero ¿no la consideras también tu patria? Somos invasores, después de todo —inquirió Vinicio con genuina curiosidad.

—No. Cuando mi aldea estaba muriendo de hambre, nadie vino a ayudarla; los demás pueblos no nos dieron nada, nos dejaron solos. Aquel al que llamáis rey de los marcomanos no hizo nada. Ahora mi país, mi familia, son los enfermos y heridos de este hospital. ¿Mañana? No lo sé, ¡no lo saben ni los dioses!

Vinicio carraspeó sin saber muy bien qué decir. La idea de renegar voluntariamente a la pertenencia a una comunidad política era tan ajena a su forma de entender el mundo, que la lógica de Segiburga le resultaba incomprensible. Si él no fuera romano, ¿qué sería? Nada, ¡menos que nada! Admiraba las habilidades médicas de la mujer, pero era consciente del abismo que los separaba: él era un ciudadano de Roma y ella una bárbara acogida por las legiones.

Sabía que en breve le dejaría de importar, sin embargo. Conocía su cuerpo, su mejoría era más aparente que real. Sus posibilidades de superarla eran casi inexistentes. Se agarraba a ese «casi» como quien se aferra a un clavo ardiendo, aunque era consciente de que se estaba engañando a sí mismo. De repente, sintió la necesidad de esperar a la muerte con dignidad, sin apartar la mirada, como un soldado de Roma.

—Cuando termines de vendar la herida quiero que me ayudes a ponerme la armadura.

Segiburga enarcó una ceja.

—¿Para qué? No te puedes mover de aquí, *domine* —respondió con sequedad.

Miles de gargantas iniciaron al unísono un cántico guerrero. Parecía muy lejano, y al mismo tiempo casi al lado. Lo escuchaban con los oídos, al tiempo que sentían como les retumbaba en la boca del estómago. Las trompetas romanas, y los gritos de angustia de los civiles y el relincho de las mulas, contribuían con su estruendo metálico a la confusión.

—Si rompen la línea, no quiero que me encuentren tumbado, esperando el golpe de gracia —le contestó Vinicio.

Acostumbrada a su tono de voz normalmente orgulloso, Segiburga no pudo evitar sentir una oleada de piedad hacia el desdichado tribuno, que la miraba implorante.

—¿Qué cantan, Segiburga?

Era la primera vez que la llamaba por su nombre.

—Sobre dos hermanos que van juntos a la guerra. El mayor muere en combate y su sombra maldice al menor por no rescatar su cuerpo para incinerarlo antes de que lo profanen sus enemigos. El hermano pequeño emprende un viaje de penitencia y muere combatiendo junto a la sombra de su hermano.

El tribuno asintió. Comprendía esa necesidad de redención. Cuando acabó de vendarle, Segiburga, en silencio, le ayudó a ponerse la cota de malla, ceñirse el cinturón de la espada y colocarse las

grebas. El casco lo dejó encima de la silla. Vinicio terminó exhausto del esfuerzo, así que se recostó en el camastro.

—Segiburga, acércate a la entrada de la tienda y cuéntame lo que ves. Por favor.

Esta hizo lo que le pedía el romano. Por alguna razón que no alcanzaba a comprender del todo, quería agradarle. Se dirigió a la entrada y levantó el faldón de la tienda. Había otros heridos. Todos callaban, esperando a oírla.

—No se ve mucho. La niebla oculta al ejército enemigo. Solo las espaldas de los legionarios. No sé de qué legión. Se les nota inquietos. Se mueven, primero cargando el peso sobre un pie, luego sobre el otro. El prefecto Cedicio acaba de pasar montado a caballo delante de ellos. ¡Ah! ¡No pasa de largo! ¡Se detiene! ¡Ahora le da la espalda al ejército de Arminio! El caballo está justo en la orilla, con las patas metidas en el agua. Les empieza a hablar.

—¿Y qué dice, Segiburga? ¿Qué dice? —quiso saber Vinicio.

Su voz sonaba agitada. Los demás soldados heridos, los que estaban conscientes, al menos, estaban pendientes de las palabras de Segiburga.

—Espera. Es como si la niebla apagara su voz. —Salió de la tienda, sin soltar el faldón de la entrada—. Dice que estamos atrapados en una isla, que el camino acaba aquí, en este islote del Lupia; que solo hay dos alternativas, vencer o morir. Pero que son soldados de Roma. Que cada uno de ellos vale por seis bárbaros. Que, si obedecen las órdenes y no se dejan llevar por el pánico, ningún germano saldrá vivo de esta isla. —Se dio la vuelta—. ¿Los oyes? ¡Están saludándole! ¿Oyes como golpean sus escudos? —exclamó; ella misma, sin desearlo, no podía contener la excitación.

Vinicio intentó levantarse. Su cara se torció en un gesto de dolor. Al verlo, Segiburga abandonó su puesto y se acercó.

—¿Qué haces? ¡No puedes levantarte!

—¡Ayúdame a ponerme en pie! —ordenó Vinicio con tono autoritario. Segiburga se sobresaltó, sorprendida por el repentino

cambio de actitud—. Ayúdame, por favor... —repitió Vinicio, más suave.

—Si te levantas…

—¿Qué va a pasar? ¿Qué voy a morir? —sonrió con una mezcla de ironía y tristeza. Gotitas de sudor le perlaban la frente.

Segiburga suspiró. Se colocó a su lado; él le pasó un brazo por el cuello, mientras ella le sujetaba por la cintura. Vinicio se incorporó haciendo un esfuerzo sobrehumano. Pudo ver como cerraba los ojos y apretaba los dientes, intentando aguantar el dolor. Se tambaleó.

Afuera se oía el rítmico golpeteo de las lanzas contra los escudos. Miles de voces se unían en una cacofonía que era un asalto físico contra los sentidos.

Cuando salieron de la tienda, la algarabía fue apagándose. Entre las filas romanas solamente se oían las voces de los oficiales.

Los hostigadores de Arminio estaban disparando contra las líneas romanas. Salían de entre los cañaverales, avanzaban unos pasos y lanzaban una jabalina. Unos pocos, armados con arcos y hondas, lo hacían desde tierra firme. La mayoría de los proyectiles eran inofensivos, aunque aquí y allá alguno golpeaba un escudo, o un casco con suficiente fuerza para hacer trastabillar al soldado.

Los germanos estaban sufriendo la peor parte del intercambio. Aunque Cedicio, preocupado por la limitada munición que les quedaba a los arqueros, había prohibido responder a los disparos sin autorización expresa, aquí y allá alguno de los auxiliares de Nearco dejaba volar una flecha con mortífera precisión. Se podían ver algunos cadáveres medio sumergidos en el brazo de río que separaba el islote de la orilla.

Al otro lado, prácticamente invisibles entre la hierba alta, los matorrales y la neblina, se intuían las siluetas de los guerreros de Arminio.

Ya había amanecido.

Empezó a llover de nuevo. Despacio, como sin ganas. La niebla, poco a poco, se fue disolviendo.

Los hombres se pusieron en tensión. Sabían que el asalto germano no tardaría en producirse. A pesar de que hacía fresco, notaban el sudor corriendo por sus espaldas. Las palmas de las manos estaban húmedas, tenían la boca seca. Algunos se distraían un instante para beber un trago de sus cantimploras, aunque lo hacían sin dejar de lanzar miradas de soslayo a las filas enemigas; les latía el corazón con tanta fuerza que a algunos les costaba respirar.

Apenas oían las voces de los centuriones. Toda su atención estaba enfocada en la orilla de enfrente, esperando a que en cualquier momento se llenara de germanos que cargaban furiosos.

Vinicio escrutó la línea romana en busca del destacamento de la Quinta *Alaudae*. Se mostraba cada vez más agitado. Segiburga tuvo que hacer un esfuerzo para no resbalar en la hierba húmeda mientras le sujetaba.

—¿Lo ves? ¿Ves el despliegue? Cedicio ha situado a la cohorte de convalecientes y a la centuria de Estacio en el centro. Es la parte más segura, porque es la mejor protegida y donde el canal es más profundo. No mucho, lo suficiente. ¿Ves las estacas en el medio? Son para indicar cuándo hay que empezar a lanzar los *pila*. La del centro es la que está más hundida, les llegará a casi la rodilla.

Vinicio hablaba con voz rápida, casi jadeando, como si hubiera corrido una carrera. Segiburga notó como se apoyaba más en ella.

—¿Dónde quieres que te ayude a llegar, *domine*? Pronto habrá heridos y tendré que volver al hospital.

—¡Ah! Espera, déjame pensar un momento. La cohorte de la Decimonovena está cubriendo el ala derecha. Es el sitio natural; los arqueros de Nearco están repartidos por toda la línea, por lo que parece. Los auxiliares astures son la reserva. Deberían haber estado en primera línea, pero supongo que Cedicio cree que pueden llegar más rápido a los puntos de peligro. Así que mis hombres estarán en la izquierda —le dijo señalando a un punto que debía estar a unos dos o tres estadios, delante de un pequeño hayedo.

La lluvia arreció. Los últimos jirones de niebla desaparecieron, barridos por el agua. Segiburga había cogido una capa antes de empezar su turno en el hospital, pero Vinicio solo tenía su armadura. Ni siquiera tenía el casco, su pelo empapado se pegaba a su coronilla.

Segiburga se desabrochó la capa y la utilizó para tapar a los dos. Era todo lo que podía hacer.

—Gracias —le dijo Vinicio, con voz débil.

Con docenas de cuernos y trompetas, mezcladas con gritos guturales que iban *in crescendo*, y golpes rítmicos contra los escudos, la vanguardia del ejército de Arminio empezó su avance.

Un enjambre de guerreros jóvenes, armados con jabalinas y algunos con hondas y arcos, iban por delante del cuerpo principal. Era un avance caótico. Los guerreros con mejores panoplias, muchas saqueadas entre los caídos de Varo, se adelantaban en su prisa por llegar al contacto, mientras que el resto les seguían. La mayoría llevaban lanzas y jabalinas; muchos de ellos también tenían espadas saqueadas de los muertos.

—¡*Domine*! ¿Qué haces aquí? —preguntó Celio al ver aparecer a Vinicio apoyándose en Segiburga—. ¿Cómo se te ocurre traerlo, mujer? —preguntó iracundo.

—Se lo he ordenado yo. No quería perderme la diversión —respondió Vinicio antes de que ella pudiera contestar.

—¡Estás malherido! ¡Tu sitio no está en la línea de batalla!

—¡Publio Celio, centurión primipilo de la Quinta legión! ¡Soy tu superior! ¡Si yo digo que mi lugar está entre mis legionarios, está entre mis legionarios!

Tanto Celio como Segiburga dieron un respingo.

—No es momento, mi buen Celio —dijo con voz más suave—. Ya tendrás ocasión de regañarme cuando hayamos vencido… o estemos muertos.

—*Domine*, si estamos muertos, ¿cómo voy a ponerte en tu sitio?

—Podrás martirizar a mi espíritu en el Tártaro —contestó Vinicio.

Los germanos empezaron a atacar en toda la línea, con su vanguardia. Vinicio vio aparecer a una nube de hostigadores entre los cañaverales, seguidos por una masa de guerreros.

—Segiburga, vete. Ya no hace falta que te quedes aquí.

—Me necesitas todavía, romano.

—Si te quedas… —no terminó la frase; los dos sabían lo que significaba.

—No puedo abandonar a mi paciente, tribuno —le contestó con una media sonrisa triste.

Los germanos habían llegado a mitad del vado.

Los hostigadores intercambiaban disparos con la docena de arqueros que Cedicio había asignado a la *Alaudae*. Aquí y allá caía algún hombre, si herido o muerto Segiburga no lo sabía.

Detrás de los hostigadores aparecieron las primeras filas germanas. Al ver la línea romana, aceleraron el paso, ansiosos por llegar al choque. Veían que los superaban en número y eso les excitaba. Los arqueros retrocedieron hacia el flanco derecho, para seguir disparando mientras les quedaran flechas.

Vinicio estaba muy pálido, los labios le azuleaban. Se separó de Segiburga. Por un momento se tambaleó y pareció que iba a caerse, pero se recuperó antes de que Celio pudiera sujetarle.

Sacó la espada de su funda y avanzó con paso cansado hasta ponerse al lado del portaestandarte. Acompañado por él, se adelantó unos pasos. Le dio la espalda a los germanos, indiferente a los proyectiles enemigos.

—¡Soy Sexto Vinicio! ¡Senador de Roma! ¡Y mientras viva ningún bárbaro cruzará este río! —su voz sonó clara, firme.

Se encaró a los germanos. Los legionarios empezaron a gritar.

—¡*Roma Victrix*! ¡Vinicio! ¡*Roma Victrix*!

Liderados por Celio, se pusieron a la altura del tribuno, que se sostenía en pie gracias a un esfuerzo sobrehumano de voluntad. Segiburga corrió hacia él y le sujetó antes de que se colapsara, ayudándole a ponerse detrás de las líneas.

Celio había formado a la cohorte en cuatro filas. Los legionarios de las dos primeras entregaron sus *pila* a los de las dos de atrás. Los de las filas delanteras desenvainaron las espadas y entrelazaron los escudos, mientras que los demás esperaban a la orden de Celio para empezar a lanzar sus jabalinas.

Los germanos avanzaban en desorden, con los guerreros mejor armados adelantados, formando, de manera involuntaria, una especie de cuña. Los hostigadores se retiraron hacia los flancos, dejando el paso expedito al cuerpo principal. A pesar de todo era un ataque más controlado de lo esperado, sin el salvajismo que se les suponía característico. Lo único que les distinguía era la cacofonía que salía de sus filas, con los hombres animándose unos a otros a gritos, mientras otros hacían sonar los cuernos, excitando a los hombres a presionar el ataque.

Los legionarios, observó Segiburga, se mantenían en silencio, esperando.

Los germanos aceleraron el paso. Sus pies salpicaban agua en todas direcciones. La impasibilidad de la línea romana hizo titubear a los que iban en la vanguardia. Al detenerse, los que iban detrás se encontraron con el paso cerrado, provocando un momento de confusión. Ese fue el instante en que Celio dio la orden de lanzar los *pila*. Doscientos legionarios tomaron impulso, dieron un paso hacia delante y dejaron volar doscientas jabalinas. Antes de que los primeros hubieran llegado a su destino, lanzaron su segunda jabalina, y luego una tercera, y una cuarta, hasta agotar todos los proyectiles.

Las pesadas puntas atravesaron escudos, cotas de malla y cuerpos desnudos. Segiburga vio a un guerrero caer con cuatro clavadas en su cuerpo.

El desorden entre las filas germanas fue inmediato y absoluto.

Los romanos aprovecharon para contraatacar. Los cuatrocientos legionarios embistieron a los germanos, matando y destrozando todo a su paso. Por un momento, pareció como si fueran a ponerlos en fuga; sin embargo, había demasiados germanos. Poco a poco, el peso de la

fuerza enemiga empezó a imponerse y los romanos tuvieron que ir retrocediendo paso a paso. Según sus flancos eran rebasados por más y más guerreros, los supervivientes iban rehusándolos, hasta que terminaron por formar un círculo defensivo, rodeados por todas partes.

El portaestandarte fue herido por una flecha justo por encima de las grebas, que le atravesó el muslo de lado a lado. Un chorro de sangre de un vivo color rojo salió a presión de la herida. El hombre soltó el estandarte, que hubiera caído si Vinicio no lo hubiera sujetado; se retorció en el suelo, gritando. Segiburga sabía que no podía hacer nada por él. La flecha le debía de haber cortado la arteria femoral.

Una pedrada la alcanzó en el hombro derecho. El golpe la hizo tambalearse, dejándole el brazo entumecido. El dolor provocó que se le nublara la vista.

Los legionarios que aun podían combatir eran cada vez menos, lo que les obligaba a comprimir sus líneas más y más. Dentro del anillo, se acumulaban los heridos y los muertos. Los hombres resbalaban al pisarlos, poniendo en peligro la integridad de la defensa.

Celio parecía estar en todas partes, animando, empujando de vuelta a los hombres que retrocedían para que volviesen a ocupar su lugar en las filas. A veces, se incorporaba él mismo a la línea para tapar un hueco, antes de ceder el sitio a un legionario y volver a su puesto de coordinar la defensa.

Acababa de cerrar una brecha, cuando un guerrero querusco aprovechó que Celio había levantado el brazo para lanzar una estocada y le clavó su lanza. La punta del arma le entró por la axila y le atravesó el pulmón, antes de detenerse al chocar con el omóplato. Celio dio unos pasos hacia atrás y se desplomó boca arriba, al lado del cadáver de Marco Sabino.

Al verlo caer, Vinicio hizo ademán de ir hacia él. La herida del hígado había vuelto a sangrar, aunque ni él ni Segiburga se habían dado cuenta. En cuanto intentó dar un paso, cayó de rodillas sin que

la mujer, que todavía estaba aturdida por la pedrada, pudiera mantener el equilibrio y sujetarle. Arrodillándose a su lado intentó levantarle con su único brazo útil. El derecho le colgaba inmóvil.

—¡*Domine*! ¡Tribuno! ¡Sexto Vinicio! —le gritó en el oído. Su voz se perdía en la cacofonía de gritos, golpes de espada y el repiqueteo de la lluvia.

Vinicio ni siquiera la miró. Tenía los ojos muy abiertos, fijos en el cadáver de Celio. Su respiración era superficial, rápida. La piel estaba helada. No tenía fuerzas ni para sujetar la espada; solo su mano izquierda seguía sosteniendo el estandarte, que había clavado en el suelo embarrado.

Dos hilos de sangre negruzca le salían de las comisuras de la boca.

—Soy Sexto Vinicio… —Su voz era apenas audible—. Senador de Roma. Soy Sexto Vini… —dio un suspiro y dejó de respirar.

Una flecha le arañó la mejilla a Segiburga. La sangre, diluida por el agua de la lluvia, le corrió por el cuello. Gritaba incoherente, aterrorizada. A su alrededor, los soldados iban cayendo uno tras otro.

Y entonces, paró. Dejaron de caer lanzas, flechas y piedras. Los germanos retrocedieron precipitadamente. Los aturdidos supervivientes resoplaban exhaustos, sin comprender todavía cómo era posible que estuvieran vivos. La aturdida Segiburga oía gritos en una lengua que ni era latín ni querusco.

—¡Son los auxiliares! ¡Son los astures! —exclamó uno de los legionarios que todavía se sostenían en pie.

Segiburga notó las lágrimas, mezcladas con la lluvia, rodando por sus mejillas. A su lado, el cadáver de Sexto Vinicio parecía sonreír. Los bárbaros no habían pasado.

31

Después de rematar a otro herido germano, Dagomarus limpió la sangre de su espada. Era el octavo que encontraba vivo. Llevaban combatiendo desde el amanecer. El enemigo había lanzado dos asaltos; el primero había sido el más peligroso, porque casi había roto la línea en la izquierda. La resistencia de los legionarios de la Quinta *Alaudae* había ganado tiempo para que Lucio Cedicio los reforzara con la infantería de la cohorte astur y cántabra que tenía en reserva. Todos, incluidos los exploradores de Murilo, habían tenido que acudir a taponar la brecha.

Los germanos, exhaustos y desorganizados, no habían opuesto demasiada resistencia. Al ver aparecer a los auxiliares, la mayoría se había retirado antes de que pudieran llegar al contacto. Solo un puñado de valientes —«o estúpidos, más bien», pensó Dagomarus— había intentado hacerles frente. Los habían despachado sin esfuerzo.

A pesar de todo, ahora que la niebla había desaparecido y que solo caían cuatro gotas, se podía distinguir claramente al ejército enemigo. Cualquiera con ojos en la cara podía ver que a Arminio todavía le quedaban muchas tropas frescas. Los romanos, en cambio, habían comprometido todas sus reservas y lo único que habían ganado eran unas horas. Atrapados en un islote, sin suministros y con solo tres barcos que ni siquiera podían aproximarse lo suficiente para apoyar a las tropas, estaban condenados.

Dagomarus estaba convencido de que los oficiales escaparían en los barcos cuando lo viesen todo perdido.

—Es lo único que puede esperarse de esos *cunni*. Nos dejarán colgados, para que nos masacren los bárbaros, ¡ja! —masculló entre dientes—. Si se creen que voy a esperar aquí sentado a que me degüellen como a un cerdo, lo tienen claro.

Su plan de desertar durante la marcha nocturna se fue al traste cuando Murilo decidió acompañarle. Dagomarus intentó darle esquinazo en un par de ocasiones, pero el decurión era como si tuviera ojos en el cogote.

En un momento en el que estaban solos y Dagomarus iba unos pasos por detrás, pensó en apuñalarlo por la espalda; nadie encontraría el cadáver y si lo hacían pensarían que lo habían matado los germanos. En ese momento, Murilo se había dado la vuelta. Dagomarus tuvo la certeza absoluta de que sabía exactamente lo que estaba pensando y que le estaba desafiando a intentarlo. «No, gracias». Le había visto pelear. No era tan letal como el maldito negro, pero no le andaba demasiado a la zaga. Prefería no arriesgarse.

Hoy, sin embargo, todos estaban muy ocupados. Tenía que esperar al siguiente ataque de los bárbaros. En la confusión, se escabulliría, se quitaría la armadura y cruzaría el río a nado. Luego seguiría el Lupia hasta el Rhenus y de allí a alguna de las guarniciones de la frontera. Por lo que sabía, no había germanos en la orilla sur. Era arriesgado, aunque mejor que la muerte segura que le esperaba si se quedaba.

Había robado unas longanizas, que escondió en una bolsa de cuero cerca de la orilla. Tendría que racionarlas. No confiaba en cazar o recolectar frutos. Sabía moverse en el bosque, pero había crecido en la ciudad. No era un experto, pero sí realista: sabía que era igual de probable que eligiera un fruto venenoso que uno comestible. Prefería jugar con los dados cargados a su favor.

—¡Dagomarus! ¿Ya has terminado? —le preguntó Avinoam, que estaba unos pasos a su izquierda, mientras degollaba a un herido germano con la misma indiferencia que lo hubiera hecho con un cordero—. Este era el último que quedaba vivo.

Media docena de guerreros jóvenes aparecieron súbitamente, se lanzaron a la carrera hacia los dos exploradores y lanzaron sus jabalinas, para retirarse antes de que estos pudieran reaccionar.

Aunque todas cayeron cortas —no se atrevieron a avanzar lo suficiente—, eran un recordatorio de que los germanos estaban atentos y que un descuido podía costarles la vida. Avinoam y Dagomarus fueron a unirse con la cohorte, que estaba en el lugar que habían ocupado los de la Quinta legión al amanecer.

Cedicio había decidido que los restos de la *Alaudae*, poco más de la mitad de los que formaron por la mañana, quedaran bajo el mando de Bodo. Era inusual que los centuriones de una legión romana aceptasen subordinarse a un centurión de las tropas auxiliares. Sin embargo, los dos que habían sobrevivido a la ordalía lo aceptaron sin discusión. Tal vez estaban demasiado aturdidos por la matanza como para ponerse exquisitos con la cadena de mando; tal vez creían que era un decisión razonable.

—¿Cuánto tiempo habrá pasado? —comentó Murilo en voz alta, sin dirigirse a nadie en particular.

—Sin ver la posición del sol es difícil calcularlo. Diría que debe ser la mitad de la segunda hora o el principio de la tercera* —le respondió Cestio.

—¿Solo dos horas desde el amanecer? ¡Parece que han pasado más!

Dagomarus escuchaba la conversación con cierta sorpresa. Murilo era veterano, así que no entendía cómo no era consciente de que el tiempo, en combate, se comprime. ¡Lo sabía todo el mundo! Creías haber estado peleando una hora y en realidad habían sido unos pocos instantes. Los músculos te ardían, el corazón latía desbocado y resollabas como si acabaras de correr cincuenta estadios. A veces no notabas las heridas hasta mucho después.

De repente, Murilo se puso tenso, como un perro guardián que acaba de oler a un lobo aproximándose al ganado.

—Ya vuelven —dijo con tono inquieto.

Las nubes se abrieron en aquel instante, dejando pasar los rayos del sol, que relumbraron, en una miríada de destellos, en las puntas de hierro de las lanzas germanas. El efecto era aterrador. Una masa de miles de guerreros avanzaba hacia el vado, furiosos por las pérdidas sufridas y deseando acabar de una vez por todas el trabajo que habían iniciado más de un mes atrás.

Dagomarus sabía que si quería escapar no podía esperar mucho más. El problema era que el maldito centurión, Bodo, había ordenado

a los exploradores colocarse en la primera fila, lo que significaba que, por el momento, no había forma de escapar.

A su izquierda estaba Rusilo, luego él y Avinoam, y a la derecha de este, el Nubio. Detrás estaban, en dos filas, los otros ocho hombres de la escuadra. Murilo se había colocado el último, cerrando la fila. Formaban el flanco derecho de la cohorte, el más expuesto.

Bodo desplegó a sus hombres en tres filas.

—Tenemos que cubrir todo el frente posible —dijo a sus oficiales para explicarles porqué la formación tenía tan poca profundidad, mientras señalaba hacia el destacamento de Estacio y la cohorte de Marco Silio, que ocupaban el centro del despliegue romano.

Dagomarus sintió cómo le subía la bilis, quemándole la garganta. Estaba atrapado por la estupidez de unos oficiales que no eran capaces de distinguir el culo de la boca. Si hubieran dejado atrás a los civiles podrían haber esquivado al ejército de Arminio. ¡Pero no, tenían que salvarlos! ¡Nadie quedaba atrás!

¡Mierda, mierda, mierda!

Estaba tan furioso que hasta le costaba trabajo respirar. Apretó el asta de su lanza. Tenía que calmarse: dejarse llevar por la ira, en combate, era la forma más rápida de terminar siendo pasto de los gusanos. La ropa, empapada por la lluvia se le pegaba a la piel. La brisa era fresca, pero, en vez de tiritar de frío, notaba el sudor cayéndole por las sienes, desde los sobacos y por la espalda. Hasta las manos estaban resbaladizas. Las sensaciones eran embriagadoras: ira, miedo y unas irresistibles ganas de matar. Notó con sorpresa que tenía una erección. Le produjo una risita que no pudo contener. Avinoam le lanzó una mirada de extrañeza.

Los germanos llegaron al río y empezaron a cruzarlo. Esta vez sabían a lo que atenerse y no se pararon, sino que entraron a la carrera. Solo unas pocas flechas volaron desde las líneas romanas. Los arqueros, casi sin proyectiles, no podían mantener una cadencia de disparo suficiente para estorbar el avance enemigo.

Las jabalinas de los legionarios y auxiliares se habían agotado en el primer ataque. Aparte de unos pocos maderos afilados y un puñado de abrojos que habían conseguido repartir en su frente antes de que empezase el ataque enemigo, no había ningún obstáculo entre las líneas romanas y las cuñas germanas.

—¡*Ad parati*! ¡Preparaos para recibir la carga! —gritaron los oficiales.

Dagomarus embrazó su escudo y adelantó su lanza entre este y el de Avinoam, presentando una muralla de lanzas. Los hombres en las posteriores cerraron el espacio entre las filas, con las lanzas por encima de las cabezas.

Lo normal hubiera sido que los germanos se hubieran detenido antes de llegar al contacto. En esta ocasión no lo hicieron. Solo cuando estaban a unos pocos pasos frenaron el paso, para evitar ser ensartados por las lanzas de los auxiliares.

Cerraron la distancia hasta ponerse dentro del alcance de los venablos. Los germanos gritaban, amagaban con sus lanzas, golpeando los escudos de los romanos, buscando un hueco por donde herir a sus enemigos. Los auxiliares hacían otro tanto. Ninguno se atrevía a abandonar la seguridad del muro de escudos.

Los germanos avanzaron un paso, luego, otro, y otro más. El guerrero que tenía delante estaba gritando. Aunque no conocía las palabras, Dagomarus entendía el sentido. Él también gritó de vuelta, diciéndole que su padre era un asno, que su madre era una prostituta, que sus hermanas también eran putas y que las había dejado preñadas. Les saltaban gotitas de saliva. Los dos tenían los ojos desorbitados.

Dagomarus observó que su adversario llevaba una lanza y un escudo ovalado idénticos a los suyos. Probablemente, los había saqueado a los muertos de Varo. El casco era también romano, de estilo legionario, mejor que el viejo modelo de bronce que llevaba él, cosa que le molestó. La cota de malla era antigua, de un diseño que debía de ser común en los tiempos en los que César conquistó a los galos pero que hacía décadas que se había dejado de utilizar.

Ambos tanteaban con las lanzas, buscando aperturas en las defensas del contrario. Apenas se había movido de su sitio y, sin embargo, Dagomarus empezaba a notar el cansancio. Siempre era igual. Entrabas en combate, te excitabas, el corazón latía a toda velocidad, y entonces, cuando menos te lo esperabas, te daba el bajón. Los brazos te pesaban, las piernas temblaban, sudabas a chorros, incluso aunque hiciera frío. Por experiencia, sabía que ese era el momento clave; el momento en el que se cometían errores que te costaban la vida.

La línea germana volvió a avanzar y entonces el guerrero enemigo tuvo el instante de distracción que Dagomarus estaba esperando. Al adelantar la pierna se dio cuenta de que iba a pisar uno de los abrojos sembrados por los romanos. Hizo un movimiento brusco para evitarlo.

Durante un momento su muslo quedó al descubierto. Dagomarus lo aprovechó. Golpeó con la lanza, alcanzando el muslo de su adversario. Al retirarla, vio que habían quedado enganchados a las barbas de la moharra trozos de tela, carne y piel. «Incluso si sobrevives porque así lo quieren los dioses, quedas tullido para el resto de tu vida», pensó Dagomarus con satisfacción.

El guerrero cayó al suelo. Dagomarus no vio si lo retiraron sus camaradas o si le pasaron por encima, pisoteándolo. En todo caso, antes de que pudiera pensar cómo reaccionar, otro enemigo ocupó el hueco dejado por el herido. Adelantaron otro paso.

Tal vez fue una orden equivocada o puede que alguien perdiera los nervios, pero, de repente, los hombres en el flanco izquierdo empezaron a ceder terreno. Los germanos que estaban atacando en ese sector se envalentonaron, como suele ocurrir con los hombres que ven que su enemigo retrocede.

Lo que al principio apenas eran unos pocos hombres que daban un par de pasos hacia atrás, pronto supuso que un soldado aquí y otro allá se retirasen, arrastrando a los demás. La cohesión de la cohorte empezó a derrumbarse. Algunos grupos mantenían el orden, pero no

eran suficientes para detener a la masa de germanos que amenazaba con desbordar el flanco.

Bodo parecía estar en todas partes, amenazando, suplicando, arengando a los hombres. Algunos le hacían caso, otros le miraban aturdidos; la mayoría, no entendían siquiera lo que les estaba diciendo. Los germanos se introdujeron entre los que intentaban retroceder, matando a placer a los que se quedaban aislados.

Las cuatro centurias que formaban el flanco derecho y los legionarios supervivientes de la Quinta *Alaudae* consiguieron mantener el orden. A pesar de verse obligados a ceder terreno, lo hicieron presentando un frente continuo a los guerreros de las tribus, que preferían desviarse hacia la izquierda antes que enfrentarse a las filas de escudos y lanzas.

Dagomarus había aprovechado el retroceso para abandonar la primera fila, colocándose a retaguardia.

Creía que los demás exploradores seguían en la línea de frente, así que no pudo evitar un cierto desasosiego cuando vio que Avinoam le había seguido y estaba a su lado. Intercambiaron una mirada. Nunca había terminado de fiarse del todo del sirio; tenía algo, una forma de observarle, que le resultaba incómoda. Era como si le estuviera diciendo «sé quién eres».

Ahora tenía esa misma sensación. Vio a Murilo volverse en su dirección frunciendo el ceño. Por un momento pareció que les iba a decir algo; sin embargo, en ese instante un grupo de germanos, probablemente un líder guerrero rodeado de su séquito, por la calidad de sus armas, decidió intentar un ataque contra la formación romana. Murilo se volvió hacia los enemigos.

Era el momento de marcharse. Tenía que pensar qué hacer con Avinoam. Este le dio la solución.

—¡Eh! ¡Dagomarus! —hablaba en voz baja, lo cual le pareció estúpido. ¿Por qué susurrar? La barahúnda de gritos y los choques de los escudos y de las armas era tal que podrían hablar a voces y nadie los oiría.

—¿Qué quieres? —le respondió en tono desabrido.

—Sé lo que planeas —Dagomarus le lanzó una mirada asesina—. Yo tampoco quiero quedarme. Podemos irnos juntos de aquí, será más fácil.

Los dos habían ido retrocediendo poco a poco hasta llegar a los matorrales que crecían en el lindero del bosquecillo de hayas. Delante, los restos de la cohorte y los legionarios combatían desesperadamente por contener la avalancha de germanos que intentaba arrollarlos. Nadie les prestaba atención.

Dagomarus asintió.

—Está bien. Sígueme.

Más tarde, en los bosques, cuando estuvieran solos, podría dar cuenta del sirio. Su cadáver serviría para alimentar a las alimañas.

Se escabulleron entre la maleza sin ser observados. Siguieron una ruta paralela al brazo principal del Lupia. Podían ver las liburnas que maniobraban para disparar contra los germanos con el escorpión que llevaban a bordo. La corriente dificultaba la tarea, ya que, aunque no era muy fuerte, empujaba a las naves contra la orilla norte y los remeros debían de estar agotados. Al mercante no se le veía por ningún lado.

Pasaron por detrás de las tropas que defendían el centro.

Los asaltos en el centro también eran continuos, pero sin que los germanos consiguieran ninguna ventaja en ese sector. En cambio, en la derecha, la cohorte de la Decimonovena había retrocedido casi medio estadio dentro de la isla. Pudieron ver a Lucio Cedicio a caballo, rodeado por su guardia personal, combatiendo en mitad de la horda enemiga.

Los germanos se encontraban a un tiro de flecha de la tienda de mando y del hospital. Dagomarus se fijó en que la médica germana estaba atendiendo a los heridos fuera de este, con la ayuda de un aterrorizado esclavo. Continuamente llegaban nuevas víctimas.

Un puñado de asustados civiles se habían armado con lo que habían podido encontrar, dispuestos a morir luchando.

—Van a destrozarlos. No van a durar nada —comentó Avinoam.

Dagomarus no respondió. No tenía ganas de gastar aliento en hacer comentarios inútiles.

Empezó a llover de nuevo, sin demasiadas ganas. Cuando habían sobrepasado la tienda hospital, Dagomarus se desvió hacia la orilla sur, siguiendo un sendero que era casi invisible entre los arbustos que cubrían la zona. Había algunos árboles dispersos, no los suficientes para llamarlo bosque, pero sí para darles algo más de cobertura.

Solo tardaron unos momentos en llegar al río. Dagomarus se paró un instante para orientarse, y se dirigió a un sauce joven que crecía en la ribera. Allí encontró la alforja con la comida que había escondido de antemano.

—Vamos. Tenemos que cruzar antes de que los arrollen —dijo.

Dagomarus no dejó su escudo ni su lanza hasta que no vio a Avinoam tirar las suyas, quitarse la armadura y la túnica, quedándose completamente desnudo menos por un taparrabos y un puñal. Hizo un rollo con la túnica, metiendo dentro las botas y los calcetines. Dagomarus hizo lo mismo, un poco más relajado. No se fiaba del sirio.

Terminado el hatillo se puso en pie, echando el cuerpo hacia atrás para estirar los músculos de la espalda.

El instinto de docenas de peleas callejeras fue lo que le salvó de ser apuñalado. El sirio se había acercado a él en silencio, aprovechando que el sonido que hacían las gotas de lluvia al chocar con el agua, junto con el de la batalla, tapaban el que él pudiera haber hecho.

Dagomarus giró violentamente el cuerpo hacia su derecha, esquivando la cuchillada que iba destinada a sus riñones. Aun así, la hoja le hizo un profundo corte en el costado.

No se detuvo a pensar, sino que dejó que actuara su instinto y dio un salto hacia atrás, esta vez a su izquierda. Avinoam había corregido la trayectoria del puñal, dirigiendo la punta hacia su estómago. Si se hubiera quedado parado, le habría destripado.

Echó a correr antes de detenerse y darse la vuelta. Intentó sacar su propio puñal, pero Avinoam le había seguido y se abalanzó sobre él tirando cuchilladas que Dagomarus esquivó a duras penas.

Nadie, por buena forma física que tenga, puede sostener un ataque tan violento durante mucho tiempo, y menos aún después de haber estado combatiendo en una línea de batalla desde el amanecer. Los ataques de Avinoam se hicieron más lentos. Tenía que ganar tiempo, él también estaba agotado. Se preguntaba si sería capaz de cruzar el río sin ahogarse, si es que sobrevivía al intento de asesinato.

No sabía por qué quería matarle, ni le importaba. Lo único que le interesaba era sobrevivir y para eso tendría que ser él quien acabara con su atacante.

Avinoam retrocedió unos pasos, para coger aliento. Dagomarus quiso aprovechar el respiro para sacar su cuchillo. En ese momento se dio cuenta de que alguno de los tajos de Avinoam le había cortado la cincha de la vaina, de modo que su puñal descansaba a unos diez pasos a su derecha, cerca del sirio. Este siguió la mirada de Dagomarus y sonrió.

—Mala suerte.

—Sí. Cosas que pasan. —Normalmente no habría contestado, pero necesitaba ganar algo de tiempo.

Se desplazó lentamente hacia el lugar donde estaba el puñal. No apartaba los ojos de Avinoam. Ambos estaban intentando recuperar el aliento.

Dagomarus notaba la sangre en el costado. No era una hemorragia muy fuerte. Sin embargo, sabía que eso le ponía en desventaja. Estaba desarmado y herido. Si fuera un espectador, no habría apostado a su favor.

—Dagomarus. ¿Sabes qué conocí a un Dagomarus? —dijo Avinoam con tono socarrón—. Bueno, en realidad a él no le conocí, sino a sus hijos. Me contaron que lo había matado un tipo que decía venir de Egipto, aunque no era egipcio. Tenía un ojo marrón y otro

azul. ¿Te suena? ¿Sabes lo más gracioso? ¡Era su guardaespaldas! ¡Y lo mató! ¡Ja, ja, ja! ¿No te parece divertido?

—Supongo.

Dio otro paso; cambió el peso de su cuerpo a la pierna opuesta al costado herido. Sabía que Avinoam se daría cuenta.

Era exactamente lo que quería, que lo viera; que creyera que favorecía un costado sobre el otro.

—¿Sabes cómo se llamaba el guardaespaldas?

—No, no lo sé. Pero seguro que me lo vas a decir.

—Mus. Se llamaba Mus —dijo, y sonrió.

Los dos hombres se pusieron en movimiento con explosiva energía al mismo tiempo. Dagomarus hizo como que iba a lanzarse hacia el cuchillo. Avinoam había previsto esa maniobra, así que había ajustado su propia acción para interceptarlo.

Sin embargo, era una finta.

Dagomarus no intentó coger el arma, sino que imitando una maniobra que había visto hacer al Nubio docenas de veces, se agachó por debajo de los brazos de su contrincante y sujetándole las piernas por debajo de las rodillas, lo levantó en vilo y le hizo caer de espaldas.

El puñal salió despedido de la mano de Avinoam.

Ambos hombres intentaron alcanzarlo.

Dagomarus fue algo más lento, estorbado por la herida del costado y Avinoam llegó primero hasta el arma. La cogió y se revolvió para clavársela en el pecho. Dagomarus le sujetó las muñecas antes de que pudiera hacerlo.

Ambos cayeron al suelo. Tenían los rostros desencajados en una mueca de esfuerzo, enseñando los dientes. Los músculos y las venas de sus brazos se marcaban debajo de la piel.

Poco a poco el puñal fue bajando hacia el hueco del cuello de Dagomarus. Pulgada a pulgada, sentía acercarse a la muerte. Podía ver en los ojos de Avinoam una mirada anticipando la victoria.

—Tengo un mensaje para ti, Mus —masculló—. Filón te manda recuerdos.

Mus, también conocido como Dagomarus, entendió entonces.

Para vengar la muerte de su hijo, Filón no se había conformado con buscarle en Roma. Le había rastreado y luego había mandado asesinos para acabar con él. Avinoam era el que había tenido más suerte y le había logrado encontrar, y ahora iba a morir. Era hasta gracioso.

La punta del cuchillo arañó su piel.

Una gota de sangre se formó dónde estaba empezando a atravesarla. Mus no se rindió. No todavía. No lo haría hasta que estuviera muerto. Necesitaba una distracción y llegó de la manera más inesperada, en forma de una niña de seis años, que corría aterrorizada buscando un lugar donde esconderse.

Por supuesto, Mania Laberia no tenía ninguna intención de ayudar a Mus; simplemente, al ver a los germanos y oír sus gritos de guerra, se había asustado y huyó, intentando esconderse de aquellos a los que, en su mente infantil, veía como monstruos.

Tal vez los dioses jugaban con los humanos.

A Mus —ahora podía decir su nombre verdadero— le daba igual. Lo único que le importaba era que le habían dado la apertura que necesitaba.

Aprovechando el momento de distracción de Avinoam, Mus retorció su cuerpo violentamente. Aquel perdió la presa y en vez de clavarle el puñal, este resbaló, primero siguiendo la clavícula y haciendo un profundo corte en el hombro izquierdo.

El dolor le hizo ver estrellas.

Mus sabía que no podía permitirse el lujo de sentirlo, así que lo empujó a la parte de atrás de su mente.

Dobló las piernas, introduciéndolas por debajo de las de Avinoam y hasta su estómago y entonces empujó. El sirio no pudo retener el cuchillo, que se había clavado en el suelo al lado de la cabeza de Mus.

Antes de que pudiera recomponerse, Mus ya estaba encima. Le golpeó en la cara con su frente, rompiéndole la nariz con un crujido

seco. La boca se le llenó de sangre. Instintivamente, Avinoam se llevó las manos al rostro.

Mus aprovechó para agarrarle de los testículos con su mano derecha, retorciéndoselos. Avinoam soltó un grito en el que se mezclaban el dolor y un terror primario. Mus apretó más fuerte.

Cuando por fin le soltó, Avinoam cayó de rodillas, encogido, temblando, agitado por unas nauseas incontenibles. Mus recogió el puñal, se acercó por detrás, apoyó la punta en la nuca y, tras inclinarse, susurró:

—Dale recuerdos a Antímaco, cuando le veas en el infierno.

La hoja se hundió con un golpe seco.

Mus respiraba con dificultad. Notaba el latido de las heridas del costado y el hombro. Era hora de marcharse, pero quedaba un cabo suelto.

Mania estaba inmóvil en medio del claro. Se había metido un dedo en la boca y apretaba los ojos con fuerza, como si pudiera borrar de la existencia lo que no podía ver.

Mus se acercó despacio. Se acuclilló frente a ella y le sujetó las mejillas.

—Abre los ojos.

La niña se estremeció.

—¡Abre los ojos! —repitió, más firme.

Mania obedeció. Le cayeron gruesos lagrimones; temblaba, un olor agrio delató que se había orinado.

Mus hizo una mueca, casi una sonrisa.

—Dile al negro que te perdoné la vida. Díselo. ¿Me has entendido?

Mania asintió, sin poder articular palabra.

—Bien.

Le dio la espalda. Sin mirar atrás, Mus se acercó a la orilla, entró en el agua; cuando le llegó a la cintura se zambulló y empezó a nadar.

Mania se quedó sola, bajo la lluvia.

32

Los brazos le pesaban tanto que apenas podía levantar las armas. A su alrededor, los auxiliares y legionarios que todavía se sostenían en pie intentaban coger aire agotados, usando sus escudos y lanzas como apoyos improvisados. El aire olía a tierra mojada, a plantas pisoteadas por miles de pies, a sangre, a sudor, a orines y a mierda.

Los germanos habían retrocedido unos pasos para reagruparse antes de volver a la carga. Habían empujado a los romanos hasta las lindes del hayedo, donde los brezales se entrelazaban con las raíces de los árboles. Ellos mismos debían de estar al límite de su resistencia, aunque seguían gritando y golpeando sus escudos, como si así pudieran recuperar las fuerzas e intimidar a los romanos. En cuanto recuperasen el aliento, volverían a la carga.

Bodo había logrado reorganizar a los auxiliares, recuperando un cierto orden, lo que le había permitido frenar el asalto germano y recomponer la formación.

Murilo se preguntó cuánto tiempo sería capaz de sostenerse la línea cuando los germanos arremetieran de nuevo.

Su escuadra de exploradores había sido exterminada. Avinoam y Dagomarus habían desaparecido. Había visto morir a Abanio, Careca, Ciso, Turenno y Vadón. Labaro agonizaba; el resto habían sido evacuados a la retaguardia, malheridos. Por suerte, Rusilo solo tenía un ojo hinchado y un par de cortes superficiales; al Nubio le habían partido una ceja, que sangraba profusamente, pero no parecía molestarle.

Él mismo no tenía ni un rasguño. Era como si cada vez que una moharra o el filo de una espada estuviera a punto de herirle, se desviara o se quedara corto. Se pasó la mano por la cara, para

limpiarse el sudor. Apretó el gladio con fuerza. De momento, Fortuna estaba de su lado.

El viento barría los brezales, meciendo a la vez los cuerpos que flotaban en el agua. Llovía de nuevo. Al mismo tiempo, un brecha entre las nubes dejó pasar los rayos del sol, creando un arco iris sobre el campo de batalla. Igual era un presagio de victoria enviado por los dioses, aunque Murilo no podía decir para cuál de los dos ejércitos.

—¡*Ad aciem*! ¡Cerrad las filas! —gritó Bodo, haciéndose oír por encima de la lluvia y el vocerío de los germanos, que volvían a la carga.

Murilo fue a colocarse junto al Nubio y Rusilo. El tiempo de dar órdenes, de intentar dirigir el caos de la batalla, ya había pasado.

—*Todavía estás a tiempo para huir. Nadie te está mirando* —dijo la voz.

—¡No!

—*Sería fácil ¿Quién te iba a echar de menos?*

—¡Cállate!

—*Puedes agacharte entre la maleza, tirar las armas y huir. Ya estás acostumbrado. ¿Has olvidado cómo nos abandonaste?*

—¡No es cierto! ¡Cállate!

Los germanos se acercaban a la carrera hacia la línea de escudos. Murilo supo que esta vez no iban a detenerse. Estaban al límite: necesitaban romper las filas romanas a cualquier precio y si para ello debían ensartarse en las lanzas enemigas, lo harían. Tenían la mirada desorbitada, las bocas abiertas en un grito sin palabras en el que estaban descargando todo su miedo, toda la furia acumulada, toda la rabia de tener que morir cuando la victoria estaba al alcance de la mano.

—Cállate. No es el momento. Mis camaradas me necesitan. Ya os abandoné a vosotros una vez. Hoy no —les dijo con voz casi amable.

El enemigo estaba a diez pasos de las líneas.

—¡Hoy no! —repitió con más énfasis.

Se puso a la derecha del Nubio, en el lugar más expuesto, en el extremo de la línea. Detrás y a los lados no había nadie más. Una vez cayera, los germanos podrían flanquear la línea.

Estaban a cinco pasos.

A dos.

Chocaron con el muro de escudos. El impacto hizo retroceder a los legionarios y auxiliares, pero la línea no se rompió.

Murilo empujó con su escudo contra el de un germano, que empujó a su vez, Emitiendo un gruñido gutural, tuvo que usar ambas manos y echar hacia atrás la pierna derecha para evitar que le hiciera caer.

Volvieron a empujar. Ambos se habían olvidado de sus otras armas.

Murilo apretó los dientes. El germano era más grande y él estaba agotado. Le estaba haciendo retroceder, poco a poco, pulgada a pulgada.

Entonces notó un escudo en su espalda.

Alguien le estaba sosteniendo, y luego otro. Estaba atrapado entre el germano delante y quien quiera que fuera que estaba detrás de él.

Se le saltaron las lágrimas del esfuerzo y empezó a moquear. Notó un sabor metálico en la boca. Volvió a empujar. Ahora era él quien estaba ganando terreno.

El Nubio estaba a su izquierda. No se había movido ni un paso. Había perdido su lanza y estaba usando una de las espadas cortas de los legionarios. Murilo se preguntó dónde la habría conseguido, con esa sensación de desapego que a veces se produce en medio de un combate a vida o muerte. Si sobrevivían, tendría que preguntárselo.

La presión en su frente cesó de forma tan repentina, que Murilo perdió el equilibrio. Si no hubiera sido por el ribete de su escudo al chocar con el suelo, se habría caído de bruces.

El germano estaba pataleando mientras intentaba tapar con sus manos el chorro de sangre que le salía de la garganta. Murilo no había

visto quien le había herido. Puede que el Nubio, tal vez alguno de las filas de atrás.

Otro guerrero le reemplazó, pasando por encima de su camarada. Este era más prudente y se mantuvo a un paso de Murilo. Usaba su lanza para probar su defensa, sin arriesgarse. Murilo retrocedió para esquivar un ataque. Su espalda tropezó con el escudo del legionario o auxiliar —no podía volverse a ver quién era— evitando una caída.

La lanza del germano resbaló en la carrillera de su casco y le hizo una herida en el cuello.

Murilo usó el impulso de su adversario y antes de que pudiera recuperarse tiró una estocada contra la cara de su enemigo. Este intentó echarse para atrás, pero no fue lo bastante rápido. La espada de Murilo le golpeó en la encía, rompiéndole los dientes. Debido al ángulo del golpe, la punta no penetró, sino que fue resbalando por los huesos de la cara hasta alcanzar el pómulo.

En circunstancias normales, el tajo habría bastado para dejar fuera de combate a su oponente. Para lo único que sirvió en este caso fue para enfurecerle.

Una furiosa lluvia de golpes cayó sobre Murilo, que a duras penas podía rechazarlos con su espada y su escudo. Quiso retroceder, pero una vez más los escudos de los hombres de la segunda fila le frenaron en seco.

Los ataques del germano fueron perdiendo intensidad poco a poco. Murilo aprovechó el respiro para contraatacar. Se fijó que el germano iba descalzo. Él, por el contrario, llevaba unas pesadas botas legionarias, con la suela tachonada de clavos. Le dio un pisotón con todas sus fuerzas. Oyó con satisfacción como se le rompían los huesos del empeine.

El sorprendido germano saltó instintivamente sobre su pie sano. Murilo aprovechó el momento para empujarle con el refuerzo de su escudo, haciéndole caer. Sin darle tiempo a reaccionar, le clavó la espada en la boca, cortándole la lengua y atravesándole la garganta.

A su alrededor, las líneas se habían roto. Pequeños grupos de romanos formaban núcleos de resistencia, rodeados por todas partes. Otros, como él mismo, estaban aislados en medio de una marea de enemigos que si no los habían matado todavía era porque estaban demasiado excitados para darse cuenta de que aún quedaban romanos entre ellos.

Quien fuera que le había cubierto la espalda unos momentos antes, había desaparecido.

Murilo buscó desesperadamente a sus camaradas. A su izquierda, a unos diez pasos vio un puñado de hombres, tal vez una veintena, peleando espalda contra espalda. El Nubio, Bodo y Rusilo estaban entre ellos. Este había perdido su escudo y peleaba con una lanza partida por la mitad en una mano y una espada en la otra. A su lado, un arquero de Nearco usaba sus últimas flechas disparando a bocajarro contra los germanos.

No lo dudó y corrió hacia ellos, en un intento desesperado por unirse a los suyos. La lluvia le golpeaba la cara, lavando la sangre que brotaba de su cuello. De su garganta salía un grito gutural, que reunía toda la angustia, el miedo y la furia que le embargaban.

Los germanos no se atrevían a acercarse al grupo. Estaban tan seguros de la victoria que no veían el sentido a arriesgarse por un puñado de hombres que en cualquier caso ya estaban muertos.

Así que no vieron llegar a Murilo, que los embistió por detrás, empujándolos fuera de su camino.

Un sorprendido Nubio estuvo a punto de ser quien lo matara de una estocada, pero reconoció a tiempo a Murilo y frenó su espada a menos de una pulgada de la nariz de Murilo, que casi se cayó de culo.

Bodo le sujetó por el cuello de su cota de malla, metiéndole entre las filas.

—Me alegro de no haberte matado, ¿sí? —le dijo el Nubio con una sonrisa, tan tranquilo como si estuviera saludándole al verle entrar en los barracones después de una guardia.

Murilo se rio; si iban a ser sus últimos momentos en este mundo, no podía pasarlos en mejor compañía.

—¡Cerrad la formación! ¡Preparaos! —gritó Bodo.

El variopinto grupo de auxiliares y legionarios, exhaustos y casi enloquecidos de cansancio y sed, se aprestaron a vender caras sus vidas.

A su alrededor, el flanco se estaba rompiendo. Era cuestión de tiempo antes de que el ejército fuera destruido por las tropas de Arminio.

La lluvia paró, como si la naturaleza misma estuviera conteniendo el aliento antes del último acto del drama. El viento movía las nubes, haciendo aparecer y desaparecer el sol.

Fue entonces cuando Murilo escuchó las trompetas. Pensó que se lo había imaginado, pero los demás también las habían oído.

Volvieron a sonar, más claras. Venían del oeste.

Todos los que aquella mañana de octubre estaban combatiendo por sus vidas en las orillas del Lupia reconocieron su característico toque. Eran las de las legiones, ordenando a la caballería que se preparase para cargar.

La escena pareció quedarse congelada.

Los rostros de los germanos pasaron del entusiasmo de la victoria que creían al alcance de sus manos, a la desesperación y por último al miedo, al comprender que se aproximaba un ejército romano de refresco. Las tornas habían cambiado.

De entre los bosques que limitaban por el oeste empezaron a aparecer hilera tras hilera de jinetes. Desplegándose desde la derecha y extendiendo sus líneas hacia el norte, formaban una barrera de caballos, escudos y lanzas.

Dos hombres acompañados por los portaestandartes se adelantaron unos pasos. Los vieron levantar sus espadas y luego señalar hacia el ejército germano.

Sonaron los cuernos de los jinetes y empezaron a avanzar. Cabalgaban despacio, sin prisa, como si tuvieran todo el tiempo del

mundo, manteniendo la formación.

A unos doscientos pasos de los germanos aceleraron el paso. Los cascos de los caballos levantaron terrones oscuros de la tierra húmeda. Murilo imaginó que el suelo temblaba.

A cien pasos lanzaron los caballos al galope.

Los germanos que tenían delante no esperaron al contacto. Salieron corriendo, intentando escapar en vano de las lanzas y las espadas de los jinetes. El pánico empezó a extenderse entre los hombres de Arminio, como un incendio en una pradera de hierba seca.

Murilo se dio cuenta de que no eran muchos más de quinientos hombres. Seguro que Arminio y sus caudillos se darían cuenta. Si él, desde la distancia, era capaz de entender que no eran la vanguardia de las legiones sino un puñado de jinetes con más audacia que cordura, Arminio debía saberlo también.

Pero sus hombres estaban confusos, asustados. Titubeaban. Llevaban luchando desde el amanecer. No, llevaban combatiendo desde hacía cinco semanas: primero contra Varo y sus legiones, luego contra el fuerte de Aliso y ahora contra la guarnición.

Murilo miró a Bodo y al Nubio. Sin necesidad de palabras sabían lo que había que hacer. No podían permitir que entendieran que todavía tenían la ventaja de su parte. Debían alimentar su miedo, su incertidumbre, hasta ponerlos en fuga.

Bodo levantó su espada por encima de su cabeza. Con su mejor voz de instructor gritó:

—¡Astures! ¡Legionarios! ¡*Percute!*[*] ¡*Roma Victrix!*

Murilo, el Nubio, Rusilo, todos recogieron el grito de desafío de Bodo y lo repitieron. Primero una veintena de gargantas, luego un centenar, después un millar.

—*¡Roma Victrix!*

Las líneas que estaban rotas volvieron a ser formadas. Hombres que querían huir, se recuperaron, se unieron a otros y se lanzaron contra los sorprendidos germanos.

En el centro, el destacamento de Silio y de Estacio; en el flanco derecho, la cohorte de Didio Secundo, y los supervivientes de Aliso, con la mirada enloquecida, roncos de tanto gritar, empujaron a sus adversarios, haciéndolos retroceder, pulgada a pulgada, paso a paso.

Los veteranos retirados, que se habían armado con lo que podían, se unieron a las líneas, empujando, matando y muriendo, dando su sangre por Roma y por sus camaradas, tanto por los vivos, como por los que hacía años que yacían bajo tierra en todos los rincones del Imperio.

—*¡Roma victrix!*

El grito lo recogieron los jinetes, rota la formación, entremezclados con los germanos que huían, haciendo la tarea del carnicero.

Bátavos, astures, cántabros, escitas, griegos y romanos. Todos aullando, dejando salir todo el terror que tenían atrapado dentro de sus almas desde que los germanos habían iniciado el asedio hasta ese mismo instante, y devolviéndoselo con intereses.

Como una presa que se rompe, primero fueron unos pocos los que dijeron «¡Basta!» y retrocedieron; se les unieron otros, y así hasta que todo el ejército de Arminio huyó en desorden hacia los bosques al norte del Lupia, buscando la seguridad de los árboles frente aquella horda de demonios aullantes.

Los pocos germanos que no corrieron frente a la avalancha romana fueron aniquilados hasta el último hombre.

Fue en uno de esos incidentes cuando a Rusilo le amputaron la mano de un tajo con un hacha. Una docena de espadas y lanzas atravesaron el cuerpo del guerrero enemigo.

Murilo decidió que sus hombres ya habían hecho suficiente, era el turno de otros. Si alguien le pedía explicaciones más adelante, ya se le ocurriría alguna excusa. Cogió a Rusilo y le hizo un gesto al Nubio para que le ayudara a llevarlo al hospital.

Las trompetas volvieron a sonar, aunque en esta ocasión era el toque de ordenanza para cesar la persecución y reagruparse. A pesar de los muertos y los heridos que veían por doquier; a pesar de la

lluvia, que volvía a caer con fuerza; a pesar del viento, del frío y del agotamiento, los supervivientes sonreían y se gastaban bromas unos a otros.

El bajón llegaría después, cuando comprendieran que el peligro inmediato había pasado.

Los oficiales recorrían el campo de batalla intentando reorganizar a las tropas. Murilo sabía que el peligro no había pasado del todo.

Era improbable que los germanos se recuperasen. Empero, la posibilidad existía, así que un buen jefe —y Cedicio había demostrado que lo era— toma todas las precauciones posibles para evitar que la victoria se transforme en derrota por imprudencia.

Un centurión que no reconoció —era como ver a una estatua hecha de barro y sangre dando órdenes— les dijo que volvieran a sus puestos. Ni Murilo ni el Nubio le hicieron caso y siguieron su camino, arrastrando a un aturdido Rusilo. Daba igual: el centurión les había dejado de prestar atención.

Dejaron a Rusilo en el hospital, a cargo de uno de los esclavos, que le empezó a limpiar la herida y hacer un torniquete. El cántabro estaba muy pálido y apenas consciente. Aun así fue capaz de esbozar una sonrisa cuando se despidieron.

—No te mueras, Rusilo, ¿sí? —le dijo el Nubio—. Voy a hacerte una mano de madera que será mejor que la que tenías.

—Mientras me sirva para lo importante… —le contestó Rusilo fingiendo indiferencia.

—No te preocupes. ¡Te servirá para usar tu «lanza»! —Y se rio a carcajadas, como si hubiera gastado una broma muy graciosa.

—¿Crees que vivirá? —preguntó Murilo cuando salieron del hospital, caminando con cuidado para no pisar a alguno de los heridos que yacían a la intemperie, esperando ser atendidos.

—Es joven. No tiene sombras. Es posible, ¿sí? —El Nubio se quedó mirándole—. Tú tampoco tienes sombras ya.

Murilo le miró sin entenderle.

—Sí. Las que estaban contigo, ya no están. Se han ido.

En ese momento apareció Bodo, llevando de la mano a Mania.

—¡*Pater!* —gritó la niña, y, soltándose de Bodo, salió a la carrera, abrazándose a las piernas del Nubio. Este se agachó y la cogió en brazos.

—Me dijo que te dijera que me había dejado viva, *pater*.

—¿Quién te lo dijo, Mania? —le preguntó el Nubio

—Marus. El que tiene los ojos de dos colores.

Bodo les contó que la había encontrado vagando por el campo de batalla. La niña había insistido en que la acompañara y Bodo, deseando encontrar una excusa para escapar del horror, aunque fuera por unos momentos, lo había hecho. Le había conducido adónde se encontraba el cadáver de Avinoam y le había contado lo que había visto.

A Bodo no le resultó difícil reconstruir el resto de la historia: Dagomarus y Avinoam habían desertado y por alguna razón desconocida se habían peleado; el primero había matado al segundo y luego había huido, lanzándose al río.

—Supongo que le perdonó la vida a la niña para evitar que fueras en su persecución, Nubio.

—Sí. Fue una buena idea. Hubiera tenido que buscarle y matarlo —contestó con la misma tranquilidad que si hubiera estado hablando de ir a una taberna a jugar a los dados.

—Así que desertaron. Pensé que los habrían matado cuando se rompió el frente —comentó Murilo—, como a los demás.

—Estuvieron muy cerca de conseguirlo. Matarnos a todos, quiero decir. Te vi frenándoles tú solo, antes de unirte a los que quedábamos —le respondió Bodo.

—Si no fuera por los que me cubrieron la espalda, no lo habría conseguido —dijo Murilo.

—¿Quién te cubrió la espalda? —preguntó Bodo con asombro.

—¿No lo viste? Me sujetaban con el escudo cada vez que estaba a punto de caer.

—Murilo… No había nadie detrás de ti. Tú eras el último hombre —contestó Bodo mirándole con gesto de no estar seguro de si Murilo estaba bien de la cabeza.

El Nubio asintió, dándole la razón a Bodo.

—No había nadie más. Peleaste bien —añadió.

Murilo no sabía qué pensar. Estaba totalmente seguro de que hubo alguien detrás de él todo el rato, sujetándole, animándole con su presencia, haciéndole saber que no estaba solo.

Bodo se marchó a reorganizar lo que pudiera de la cohorte. El Nubio fue con la niña a buscar algo para comer.

Murilo ni siquiera podía pensar en comida. Estaba tan agotado que no distinguía si estaba despierto o dormido. Oía los gritos de victoria y las quejas de los heridos, apagadas, como si estuvieran muy lejos. Reconoció a Cedicio, aún a caballo, abrazando a Marco Quintilio.

Buscó una capa entre los muertos. Cuando la encontró, se la quitó y se dirigió hacia el bosquecillo enfrente del cual habían resistido todos los ataques del enemigo.

La extendió debajo de un árbol. Se quitó el casco, se tumbó en un lado y utilizó el resto para taparse.

Se durmió de inmediato, sin sueños. Las voces estaban calladas.

---

* Espíritus malignos de los muertos.
* A 1,1 km.
* Aproximadamente, entre la una y las dos de la tarde.
* Entre las seis y media y las siete de la mañana.
* ¡A la carga!

epílogo

Calle principal del puerto de Ostia, subiendo desde los muelles.

—¡Siete años desde que los bárbaros me mutilaron mientras servía en las legiones de Varo! ¡Un viejo soldado como yo viéndose reducido a mendigar para poder comer! ¿No me darás una limosna, *domine*?

El mendigo extendió una mano sucia, con la que sujetaba un cuenco metálico en el que tintineaban media docena de cuadrantes y semis. Estaba envuelto en una capa de color indefinido, que olía a sudor y a orines. Exhibía sin ningún pudor el muñón de su brazo izquierdo, amputado a la altura del codo.

—Nunca has estado en Germania, Filocles. Lo más cerca que has estado de ella es cuando vas a la taberna de Arno, al otro lado del puerto. La única legión que has visto es en los triunfos. ¿Y ese muñón? Naciste así, Filocles. Sin la mitad del brazo. Lo único que me sorprende es que sigas vivo… aunque, bien pensado, tampoco es tan raro para una cucaracha como tú —respondió el hombre al que le había pedido la limosna, con tono amable.

Filocles, porque ese era en verdad su nombre, se echó hacia atrás, apartándose del hombre, como si este fuera el mendigo y no él. Hizo ademán de echar a correr, pero antes de que pudiera ponerse en pie, el hombre le agarró de la capa y le empujó contra la pared del edificio que tenía a su espalda. El cuenco se le cayó, esparciéndose las monedas por el suelo.

Los otros mendigos hicieron como que no veían nada. Filocles estaba protegido por el *collegium* más importante entre los que

operaban en el puerto de Ostia. Era preferible no interferir. Ya se las arreglarían ellos.

—¡*Domine*! ¡Perdona! ¡Perdona! ¡Ha sido un error! ¡Tienes razón en que no soy legionario! ¡Soy solo un pobre mendigo que malvive de las limosnas de las gentes de buen corazón! —suplicó Filocles, lloriqueando.

El hombre sonrió, casi con amabilidad, lo que no tranquilizó a Filocles. Había algo en esa sonrisa que le ponía la piel de gallina. Era un hombre fornido, de abundante pelo negro en el que ya se veían algunas canas. Su piel, tostada por el sol y el viento, estaba marcada por las cicatrices. Tenía una dentadura perfecta, lo que de por sí era extraño; pero lo que realmente llamaba la atención eran sus ojos, uno de color castaño y el otro gris azulado.

—Espera… ¿De qué me conoces, *domine*? —preguntó Filocles, su curiosidad superando a su miedo.

—¡Oh! ¿Que de qué te conozco? ¡Eres famoso en toda Ostia, Filocles! —le respondió con una carcajada.

—*Domine*, no está bien burlarse de un pobre mendigo —dijo con tono de reproche.

El hombre le volvió a empujar con fuerza contra el muro. Filocles se dio un golpe en la cabeza.

—¡Ay! ¡Me has hecho daño! ¡Eso duele!

—Más te va a doler si no te callas —le amenazó, mientras le dejaba ver un cuchillo, este sí, legionario, que llevaba al cinto.

Filocles tragó saliva y asintió sin atreverse a abrir la boca.

—Bien, bien. Veo que sigues siendo el mismo cobarde de siempre. Dime, ¿Filón es todavía el presidente del *collegium* de la Subura?

—¿Puedo hablar ahora? —preguntó Filocles con un hilillo de voz.

—¡Ja! ¡Sí, claro que sí! ¡Ahora sí! —dijo el desconocido, exasperado.

—Sí, lo sigue siendo. Aunque no se sabe por cuanto tiempo más. Dicen que está enfermo. O que le han maldecido los dioses. No puede mover un lado de su cuerpo. Eso cuentan.

El hombre se frotó la barbilla con gesto pensativo.

—Vaya, eso no lo esperaba. Tendré que darme prisa antes de que alguien se adelante. O de que lo hagan los dioses.

Filocles no hizo ningún comentario. Era obvio que el hombre le conocía. Él recordaba que uno de los matones a sueldo de Filón tenía los ojos de distintos colores, pero era de los jefes, así que no había tenido trato con él. ¿Podría ser el mismo individuo? Algunos decían que había muerto o que Filón le había mandado matar. Filocles no estaba seguro.

El hombre le soltó, rebuscó en una bolsa en su faltriquera, sacó dos denarios de plata y se los puso en la mano.

—Por las molestias —le dijo a un asombrado Filocles, que no podía creer en su buena fortuna—. Si ves a alguien del *collegium* de Filón dile que les mando recuerdos.

Filocles asintió.

—Pero, *domine,* ¿quién les digo que se los manda?

El hombre sonrió ampliamente, esta vez con auténtica alegría. Filocles sintió un escalofrío.

—Diles que Avinoam, el sirio.

Filocles asintió, recogió las monedas que se habían caído y se dispuso a irse a toda prisa. Antes de que pudiera hacerlo, el hombre le cogió del brazo sano y acercó el rostro al suyo, indiferente al desagradable olor a miseria que desprendía el mendigo.

—No, no les digas eso. Mejor diles que Mus ha regresado.

—¿Mus? ¡El Ratón! —exclamó Filocles abriendo mucho los ojos.

—Exacto.

Le soltó y, por fin, le dejó marchar. El mendigo salió corriendo, desapareciendo al cabo de unos instantes entre las callejuelas del puerto. Los demás fingían no haber oído nada, pero Mus sabía que, antes de que volviera a la posada en la que se alojaba, la noticia se habría extendido por toda Ostia y que esa misma noche llegaría a oídos de Filón.

Cogió una bocanada de aire que olía a salitre, basura y pescado podrido. Sonrió.

—He vuelto.

El mismo día, en Castra Vetera, a orillas del Rhenus.

El Nubio estaba satisfecho. El general, al que llamaban Germánico, había querido darle el mando de una cohorte auxiliar, pero había conseguido convencerle de que era mejor que siguiera al frente de los exploradores del ejército.

—Y todo porque conseguimos recuperar el águila de la Decimonovena legión —dijo a Bodo.

El centurión de los astures se había retirado el año anterior y había montado una taberna con la paga del licenciamiento. Se había casado con una germana poco habladora, que estaba embarazada de su primer hijo.

—¡Ja, ja, ja! ¡Creo que debes ser el único que rechaza un ascenso! —exclamó riéndose—. ¡El general debió quedarse muy sorprendido!

—¡Ja! ¡Desde luego! ¡Tenías que haberle visto! ¡Creí que daría orden de arrestarme por no aceptar su generosidad! Nuestro antiguo jefe, el legado Quintilio, tuvo que ayudar a calmarle. A cambio, le han dado el mando a Murilo. Él si tiene buena cabeza para mandar un regimiento grande. ¿Yo? —dijo abriendo los brazos y torciendo la boca con gesto burlón—. A mí me sacas de los bosques y me pones a hacer trabajos administrativos, y deserto antes de conseguir mi *honesta missio*.

—Pues deberías ir pensando en que algún día tendrás que sentar la cabeza, Nubio. Mania ya tiene casi trece años. Pronto tendrás que pensar en casarla, ¿no crees?

El Nubio hizo un gesto de negación.

—Todavía es una niña. No ha tenido su primer período siquiera.

—Pues yo creo que lo que pasa es que oyes cómo te llama *pater* y no quieres separarte de ella. ¿Vas a adoptarla oficialmente?

—Sabes que no puedo. No soy ciudadano romano.

—Igual el legado podría ayudarte. Después de todo, técnicamente, eres su liberto. Te debe unas cuantas. Roma te debe unas cuantas —dijo Bodo poniendo el énfasis en Roma.

Al Nubio le hubiera gustado creer que tenían una deuda con él.

—A los poderosos no les gustan las deudas. Nos usan mientras nos necesitan y luego nos descartan cuando dejamos de serles útiles.

—El legado no es así. ¿De dónde crees que salió el dinero para montar esto? —respondió Bodo abriendo los brazos para indicar que se refería a su negocio—. Me lo dio el propio Marco Quintilio de su bolsillo. No me lo prestó. Me lo dio. Y me ayudó a encontrar una buena mujer para casarme con ella.

Su esposa apareció en ese momento con una jarra de cerveza espumosa. Bodo y el Nubio se habían acostumbrado a esa bebida durante sus años de servicio en Germania. Murilo insistía en que sabía a pis de caballo con tercianas. Ninguno de los dos se atrevía a preguntarle cómo sabía cuál era el sabor de la orina de caballo.

La mujer dejó la jarra en la mesa con brusquedad.

—¿Quién ha dicho que soy una buena mujer? —preguntó en un latín entrecortado; mientras se marchaba se volvió hacia su marido—. ¡Y deja de perder el tiempo con tu amigote y ponte a servir las mesas!

Bodo y el Nubio estallaron en carcajadas.

Este se sentía feliz por su amigo. La muerte de Rusilo en una escaramuza, hacía unos pocos años, le había afectado mucho. Era uno de los últimos guerreros cántabros que quedaban. Bodo le trataba casi como a un hijo. Hablaban en su propia lengua, que pocos en la cohorte entendían todavía. A través de él sentía el vínculo con su tierra, con sus ríos, sus bosques y sus montañas. Para Bodo, su pérdida significaba perder todos aquellos recuerdos.

Aliso había sido terrible. La caballería salió mejor parada, pero la infantería había sido casi aniquilada en la batalla del islote —o del Meandro, como la llamaban los romanos; para él sería siempre la del islote—. Tiberio había estado a punto de ordenar su disolución. Al

final, prefirió usar los cuadros de la cohorte y reclutar hombres entre los belgas y los germanos aliados. Incluso el contingente montado era cada vez menos cántabro.

—El general va a empezar otra campaña. Dicen que igual volvemos a Aliso, a reconstruir el fuerte —comentó el Nubio—. Hay rumores de que el césar Tiberio quiere recomponer las legiones si se recuperan las águilas. Decían que por eso Germánico estaba tan satisfecho de que hubiéramos encontrado la de la Decimonovena.

Bodo dio un largo trago a su jarra antes de responder.

—No creo que volvamos a Aliso, ni que reconstruyan las tres legiones. Han pasado siete años. Si hubieran querido hacerlo, ya lo habrían hecho. Augusto decidió que nunca se volvieran a reclutar. Su hijo no va a cambiar eso. Y menos ahora que el Senado ha declarado que es un dios.

Desvió la vista hacia su esposa. Era joven, rubia, bajita y algo regordeta.

—A veces me pregunto qué pensará de haberse casado con un viejo como yo, que encima ha combatido contra su gente. Igual su padre o su hermano murieron a mis manos, en Aliso o en el islote. O cuando incendiamos y saqueamos sus aldeas, en las expediciones de castigo. —Calló unos instantes y entonces, con un tono de voz más bajo, dijo —: ¿Nunca dudas de lo que hacemos? ¿De lo que hace Roma?

El Nubio se encogió de hombros.

—No. No lo hago. Si no fuéramos nosotros, serían otros. Roma me paga, me alimenta y me da un propósito. Y al final del día, no es por ella por quién hago lo que hago, sino por ti, por Murilo, por Mania, por mis camaradas. Además, los germanos harían lo mismo, si les dejáramos. Mejor que sufran ellos a que lo hagan los nuestros.

Bodo entendía las razones de su amigo, pero a pesar de todo no conseguía ver a los germanos como enemigos existenciales. Sí, eran diferentes y sin embargo también lo eran los cántabros, los astures, los galos, los egipcios. No había dos pueblos iguales. Solo Roma servía para unirlos. Puede que fuera porque estaba casado con una antigua

esclava germana; o porque había visto trabajar a la médica, que dedicaba sus días a cuidar de los que debería haber considerado como sus enemigos.

O simplemente se estaba haciendo viejo. Era de los afortunados. Había cumplido su tiempo de servicio y había sido recompensado por ello. ¡Incluso era ciudadano! Oficialmente su nombre era Marco Quintilio Bodo, por el legado, que era su patrón.

No todos habían tenido tanta suerte. Unos, como Rusilo, habían dejado sus huesos en una aldea germana sin nombre; otros, como el Nubio, no sabían vivir si no era con un arma en la mano. O como Lucio Cedicio, que había vuelto a Roma para ser juzgado por abandonar Aliso, en vez de ser recompensado por salvar a la guarnición. Lo último que supo de él es que el césar Tiberio le había autorizado a exiliarse en Atenas, con la condición de no regresar jamás a la Ciudad.

Era injusto. Si no hubiera sido por él, el desastre hubiera sido mayor. Pero así son los poderosos: no les gusta que les recuerden sus fracasos, así que buscan chivos expiatorios sobre los que descargar su venganza; culpables a los que responsabilizar de sus propios errores. Al menos habían tenido la decencia de reconocer los méritos de Quintilio.

—Vamos, acompáñame —le dijo el Nubio levantándose—. El lapidario me ha dicho que ya ha colocado el epitafio de Publio Celio junto al de su hermano.

Bodo se levantó y avisó a su mujer de que iba con el Nubio a visitar las tumbas de sus antiguos camaradas. Esperaba que Ada se enfadara y le abroncara por dejarla sola. Para su sorpresa, no le puso ningún problema, sino que le despidió con un beso en la mejilla.

El Nubio había pagado de su bolsillo los epitafios de los dos hermanos Celio y del perro de Publio. Incluso había encargado que el de Marco Celio fuera a nombre de su hermano, no de él.

—Me salvó la vida. Se lo debía.

Fue su único comentario.

Pasaron primero por el hospital para recoger a Mania, que estaba aprendiendo de la *medicus* germana. La niña, una espigada jovencita de trece años, les contó que Segiburga le había enseñado a coser heridas.

—*Pater*, me ha dicho que cuando aprenda pedirá permiso a Cayo Postumio para nombrarme su ayudante oficial. —Mania se paró un momento—. Si tú me das permiso, claro —terminó mirándole con ojos suplicantes.

El Nubio fingió severidad por un instante, pero de inmediato sonrió a la muchacha, en señal de acuerdo. Ella se puso a caminar dando saltos, de pura alegría. Bodo sabía que todavía tenía pesadillas; se lo había contado Ada, que lo sabía por Segiburga. Era un alivio verla tan feliz.

Llegaron al sitio en el que habían colocado los epitafios. Eran tres: uno, el más elaborado, era el de Marco Celio; otro el de Publio Celio, y el tercero el de Ferox, el perro de Publio que había combatido y muerto con ellos.

—Mania, lee tú lo que dice —pidió Bodo; él había aprendido a leer durante su tiempo de servicio, pero cada día le costaba más trabajo leer las letras. «Cosas de hacerse viejo», pensó.

—Dice: «A Publio Celio, hijo de Tito, de la tribu Lemonia, en Bononia; centurión de la Quinta Legión. Cuarenta y siete años. Muerto en la guerra de Varo. Aquí descansan sus huesos. Lo enterró su hermano, Marco Celio, que yace a su lado».

—¿Y el otro?

—¿El de Ferox?

—Sí, ese.

—«Si ves esta tumba, no te rías, aunque sea la de un perro. Fui Ferox, leal camarada de Publio Celio. Caí en combate en la guerra de Varo. Mi amo me enterró aquí».

El Nubio y Bodo hicieron una libación en honor de los muertos. Luego, el Nubio y Mania se despidieron. Bodo los vio marchar hacia

el fuerte. Mania iba charlando animadamente, mientras el Nubio asentía a lo que le contaba la muchacha.

Bodo se quedó solo. Todavía faltaban unas cuantas horas para el anochecer. El cielo estaba despejado. Al otro lado del Rhenus, los bosques parecían tan amenazadores como de costumbre.

—Aunque me he habituado a ellos —dijo para sí mismo.

Con paso cansado, volvió a la taberna. Ada, al verlo llegar, dejó lo que estaba haciendo y se acercó a él. Sin decir palabra, le abrazó. Bodo notaba su vientre hinchado contra el suyo y la abrazó de vuelta.

Estaba en casa.

nota del autor

No se sabe con seguridad dónde estaba el fuerte de Aliso. La mayor parte de los historiadores coinciden en que los restos encontrados en el yacimiento en Haltern am See, en Westfalia, al lado del río Lippe, es probable que correspondan a los del fuerte de Aliso. En mi caso, lo probable y lo que me interesaba para la narrativa, coincidían, así que la decisión fue sencilla: Haltern am See sería Aliso en la novela.

Tanto Veleyo Patérculo, como Casio Dion, que fueron los dos autores que escribieron sobre el asedio del fuerte, son parcos en detalles. Más allá de que resistieron tiempo suficiente como para agotar las provisiones, que el prefecto Lucio Cedicio opuso una resistencia heroica, que le gustaban las estratagemas –aunque esto puede ser un tropo literario, más que una evidencia incontrovertible– y que consiguió evacuar la posición con éxito después de quedarse sin comida, no cuentan mucho más.

Paradójicamente, la escasez de detalles es lo que permite al novelista echar mano de la imaginación y elaborar una historia que, sin ser real, sea al menos creíble. Eso es lo que he procurado hacer en *El bosque sombrío*: narrar el asedio de Aliso no tanto como sucedió, sino cómo *pudo* suceder.

Eso me ha llevado a tomar algunas decisiones que, aunque no puedo afirmar que sean «históricas», sí conducen a posibilidades creíbles. Por ejemplo, no sabemos qué unidades formaban parte de la guarnición. Sin embargo, dado que sabemos que la Decimonovena legión era la que estaba acuartelada en Aliso, tiene sentido que Varo hubiera dejado un destacamento de guarnición articulado alrededor de una cohorte de dicha legión, más auxiliares. También sabemos que la

Quinta *Alaudae* estaba en la zona y que formó parte del destacamento que, al mando de Nonio Asprenas, contactó con los supervivientes de Aliso, así que cabe dentro de lo posible incluir una *vexillatio* de esa legión en una historia sobre el asedio.

En tiempos de Augusto, las unidades auxiliares todavía no habían alcanzado el nivel de regularización que tendrían más adelante. La presencia en Germania de una cohorte *quincuagenaria peditata* reclutada entre las tribus astures está documentada en el año 14 d. C. La tropa en la que sirven los protagonistas de nuestra historia, la *Cohors I peditum et equitum cantabrorum et asturum* es una unidad imaginaria, sin embargo. Debería estar asignada a una legión, que en este caso podría haber sido la Quinta *Alaudae*, pero en la novela le he dado más independencia, asumiendo que al haber sido trasladada desde Iliria solo un año atrás, para reagruparse, reorganizarse y reclutar nuevas tropas después de haber sufrido una emboscada, todavía no estaba destacada con ninguna legión en particular. El regreso de Varo a la parte de Germania ocupada por los romanos habría cambiado esa situación, pero Arminio se encargó de que eso no sucediera.

Esta es una historia de ficción. Me he inspirado en lo que sabemos del desastre de Varo y del posterior asedio de Aliso. Sin embargo, he modificado la secuencia de los hechos cuando he creído que era conveniente para la narración. Así, por ejemplo, sabemos que Marco Celio –que sí existió de verdad y que era el centurión primipilo de la Decimoctava legión– murió en la guerra de Varo. No se sabe cómo murió. Los germanos capturaron a un número indeterminado de prisioneros –Casio Dion nos cuenta que a los que fueron liberados se les prohibió entrar en Italia–, muchos de los cuales fueron sacrificados a los dioses. Así que cabe dentro de lo posible imaginarse que uno de ellos fuera Marco Celio y que su destino fuera como el que se cuenta en la novela.

He intentado presentar a los germanos de Arminio como un ejército mejor organizado y más «profesional» de lo que los autores

romanos suelen atribuir a los germanos. No solo porque fuera capaz de destruir a tres legiones más todos los auxiliares que acompañaban a Varo, sino porque además estuvo asediando Aliso durante cuatro semanas y el cerco estaba lo bastante bien planteado como para evitar que los romanos pudieran escapar sin combatir. Aunque no sabemos mucho de él, más allá de lo que nos han contado sus enemigos, Arminio debía de ser un líder carismático, un táctico brillante y un excelente conocedor de las fortalezas y debilidades de los ejércitos tribales.

Si estáis interesados en la batalla, aparte de leer a Veleyo Paterculo y a Casio Dion, podéis consultar el número 39 de *Desperta Ferro Antigua y Medieval* dedicado a Teutoburgo. También os recomiendo el especial dedicado a los germanos, el XLV: *Enemigos de Roma (III). Germanos, siglos I a. C.-III d. C.*, publicado en diciembre de 2025.

Por cierto, si os fijáis es aquí la primera vez que uso la palabra Teutoburgo para referirme al desastre de Varo. Es una decisión deliberada: no fue llamada así, la batalla de Teutoburgo, hasta el siglo XIX. Los personajes no habrían sabido cómo llamarla, y mucho menos «Teutoburgo». Históricamente, años después del desastre, la llamaron la Guerra de Varo (*Bellum Vari*); en la novela solo la llamo así al final. El resto del tiempo intento mantener lo que yo creo que hubieran sido las formas más normales de referirse a la derrota sufrida por las legiones por parte de aquellos que todavía no estaban seguros de qué es exactamente lo que había sucedido con el ejército de Varo.

Vale atque vale.

Madrid, 17 de noviembre de 2025

posfacio

«¡Quintilio Varo, devuélveme mis legiones!».

David Soria Molina

A lo largo de cuatro pavorosos e inopinados días del otoño del año 9 d. C., las legiones Decimoséptima *Classica*, Decimoctava *Lybica* y Decimonovena, junto a tres excelentes *alae* de caballería y cinco cohortes de infantería –entre 15 000 y 25 000 efectivos– fueron prácticamente aniquiladas en el bosque de Teutoburgo, perdidas junto a sus no menos importantes enseñas (*signa*). Con estas fuerzas cayeron también Publio Quintilio Varo, legado de la provincia romana de Germania Magna, así como el resto de la oficialidad presente en el lugar del desastre. Todo ello a causa de la traición de Arminio, príncipe de la tribu germánica de los queruscos, ciudadano y *eques* romano, a la sazón comandante de la caballería auxiliar querusca del Ejército romano y líder de la coalición de pueblos germánicos en rebelión, que había sido el brazo ejecutor de la masacre. La derrota no solo puso a la Germania Magna fuera del control romano, sino que, para colmo de males, dejó por completo expuesto el *limes* del bajo Rin. Tras tener conocimiento de semejante catástrofe, el *princeps* Augusto, una de las mentes más brillantes de la historia de Roma, acabó por perder los estribos y, según las fuentes, pasó varios días vagando por el Palatino, golpeando puertas y paredes sin consuelo, al grito de «¡Quintilio Varo, devuélveme mis legiones!».[1] ¿Cómo se gestó semejante tragedia para las armas romanas? ¿Y cuáles fueron sus consecuencias?

El primer contacto romanos y germanos se remonta a las migraciones de cimbrios, teutones y ambrones hacia el Mediterráneo. A finales del siglo II a. C., estos pueblos habían irrumpido en el sur de la Galia, y amenazaban con atravesar los Alpes en dirección a Italia, cuando Cayo Mario logró derrotarles decisivamente en las batallas de Aquae Sextiae (102 a. C.) y Vercelas (101 a. C.). Medio siglo después, Cayo Julio César hizo morder el polvo a los suevos de Ariovisto (58 a. C.). Tres años más tarde, las legiones del procónsul cruzaron el Rin, siendo las primeras fuerzas romanas en hacerlo, en una victoriosa acción punitiva. En 53 a. C. volvieron a repetir la hazaña, esta vez sin

que los germanos osaran entablar combate. La conquista de la Galia convirtió el Rin, *de facto*, en el *limes* noroccidental del Estado romano en plena transición hacia el Principado. Y fue precisamente en tiempos de su fundador, Augusto, el heredero de César, cuando la legión Quinta *Alaudae* fue víctima de una emboscada a manos de fuerzas germánicas, acontecimiento que impulsó al *princeps* a poner en marcha las operaciones necesarias para someter, paulatinamente, la Germania Magna al Imperio romano.

A las órdenes de Druso el Mayor, en el año 11 a. C. un ejército romano cruzó de nuevo el Rin para internarse en Germania, atravesándola hasta alcanzar las orillas del Elba, empujando a varios pueblos, que acabaron escapando de la amenaza a través de las aguas de este último. Por su parte, la tribu de los queruscos, aterrorizada ante semejante gesta, optó por sellar una alianza con Roma. En 10 a. C., las fuerzas romanas derrotaron también a téncteros y catos, y un año más tarde, a los poderosos marcomanos, quienes se vieron obligados a migrar hacia el macizo bohemio. Poco después les llegó el turno a los hermunduros y los propios suevos. Mas al término de estas operaciones, en el año 9 a. C., Druso resultó herido de muerte a causa de una caída del caballo.

Su hermano, Tiberio, hijastro de Augusto, asumió el mando de las fuerzas romanas en presencia y, a lo largo de otros dos años de campañas, logró someter a todos los pueblos de la Germania Magna. Los más hostiles fueron desplazados, en tanto aquellos proclives a Roma se vieron recompensados con las tierras abandonadas por los anteriores. Lucio Domicio Enobarbo relevó a Tiberio y, bajo su liderazgo, las legiones llegarían a poner el pie incluso en la margen derecha del Elba. Sin embargo, en 1 a. C. el general Marco Vinicio y sus fuerzas se vieron puestos contra las cuerdas por una revuelta germana generalizada. Tiberio volvió a asumir el mando y en 5 d. C., tras haber sometido a caninefates, brúcteros y, nuevamente, a los queruscos, sus fuerzas ejecutaron una audaz maniobra de flanqueo, que los llevó a caer sobre el interior de Germania desde el mar del

Norte, en una operación anfibia a gran escala que remontó los ríos Weser y Elba. La campaña fue un éxito rotundo.

En principio, toda oposición había sido barrida y entre el Rin y el Elba solo quedaban pueblos leales a Roma, cuyas élites y guerreros comandaban o militaban en las unidades auxiliares del Ejército. Llegados a este punto, Roma consideró que Germania estaba ya en condiciones de ser convertida en una nueva provincia de pleno derecho. Con esta misión en la cartera arribó a la región Publio Quintilio Varo en el año 7 d. C. Tras desempeñar el consulado en el año 13 a. C., Varo había demostrado ser un administrador sobradamente competente, primero como procónsul en África (9-8 a. C.) y, especialmente, durante su estancia en la provincia de Siria (7/6 a. C.-4 d. C.). Sin embargo, nunca antes el Estado romano se había enfrentado a un territorio como el de Germania, con un tejido urbano prácticamente inexistente, de poblamiento altamente disperso y en esencia agreste. Varo iba a demostrar que, esta vez, el cargo le venía grande.

A su llegada, el nuevo legado mantuvo reuniones con los caudillos locales y recibió homenaje de los mismos, en nombre de las distintas tribus y clanes de la región. En paralelo, se dispuso a evaluar el territorio y a incrementar el reclutamiento de tropas auxiliares entre los nativos, mientras hacía periódicas exhibiciones de fuerza con las unidades a su mando. Varo no tardó en cometer su primer error de cálculo. Entre otras medidas, se dispuso a aplicar el derecho romano sobre la población nativa como si se tratara de una provincia romanizada al uso, ignorando sistemáticamente la ley consuetudinaria germánica, la jurisdicción de las asambleas (*thing*), así como la jurisprudencia de los sacerdotes, encargados de mediar en los conflictos y de presidir los tribunales. Ignorante de esta realidad, el nuevo gobernador también comenzó a aplicar la flagelación como correctivo sistemático para los hombres libres de baja condición. Dicho castigo, habitual en Roma, constituía, sin embargo, una ofensa terrible para los germanos, lo que devino en uno de los principales

agravios, sumado a la sistemática desconsideración que mostraba hacia sus leyes y costumbres. La prohibición de portar y emplear armas a todo aquel que no formara parte del Ejército romano supuso otro importante motivo de creciente malestar entre los germanos, pues para ellos era un privilegio que distinguía a los hombres libres de los esclavos. Además, muchas tribus y pueblos hubieron de admitir guarniciones en sus dominios, situación no escasa de violencias y exacciones de todo tipo.

En paralelo se dispuso la construcción de la que sería la sede administrativa de la nueva provincia: Aliso, erigida a orillas del río Lippe (afluente del Rin) y actualmente identificada con el yacimiento de Haltern am See (Westfalia, Alemania). Este acto no habría supuesto ningún problema, de no haber sido porque, a fin de dotar a la naciente ciudad y a los veteranos allí asentados de las necesarias tierras, la tribu de los marsos resultó expulsada de sus dominios sin compensación. Con este gesto, Varo se ganó a sus primeros enemigos declarados, los cuales supieron esperar el momento oportuno para resarcirse. Como resultado, apenas un año después de iniciado su mandato, al legado de Germania Magna solo le restaban unos pocos aliados en la zona: entre estos se contaba Segestes, noble de la tribu de los queruscos. Este informó puntualmente a Varo del creciente malestar y consecuente riesgo de rebelión armada. Sin embargo, el gobernador desestimó sus palabras.

Esta situación fue explotada por Arminio, quien, en calidad de príncipe de su pueblo, ostentaba el mando sobre la caballería querusca —integrada ahora en el Ejército romano—, en tanto Segestes lo hacía sobre el resto de las fuerzas de la tribu. Este último ambicionaba el caudillaje sobre la totalidad del pueblo querusco, objetivo para el cual Arminio constituía un obstáculo evidente. Para su irritación, además, el príncipe querusco había desposado a su hija, Thusnelda, sin su consentimiento, sumando el resentimiento personal a la animadversión política. Los planes particulares de Arminio eran, sin embargo, mucho más ambiciosos: hacerse con el liderazgo sobre toda Germania. Para

ello, no obstante, había que acabar antes con el dominio romano sobre la región. Que gran cantidad de nobles germanos se debatieran ya entre el rechazo a los romanos y el deseo directo de deshacerse definitivamente de su presencia, allanó muy oportunamente el camino a las secretas intenciones del príncipe querusco.

Para conseguir sus objetivos, Arminio trazó un sencillo pero astuto plan de acción: forzar a Varo y a sus fuerzas a internarse en territorio muy desfavorable, que les impidiera desplegarse y operar correctamente, a fin de emboscarlas y destruirlas. Los nobles queruscos con los que compartió sus intenciones aplaudieron la iniciativa de Arminio y se unieron a él. Segestes, sin embargo, se opuso. Una vez la práctica totalidad de la tribu querusca suscribió la conjura, Arminio procuró operar con la mayor de las discreciones en la búsqueda de unos más que necesarios apoyos externos.

Entre los primeros en sumarse a los planes de rebelión se contaron los marsos, sedientos de venganza y sangre a partes iguales, por los motivos antedichos. Tras ellos hicieron lo propio los brúcteros y los caucos. Estos últimos habrían de iniciar una revuelta abierta, provocando el máximo ruido posible y atrayendo la atención de las fuerzas romanas. Los queruscos debían fingir lealtad a Roma y reclamar su auxilio. Los brúcteros, por su parte, habrían de mostrarse inquietos, lo suficiente como para obligar a Varo a dispersar parte de sus efectivos. Finalmente, quedaba en manos de los marsos cortar las comunicaciones de los romanos con sus bases en el Rin, apoderarse del valle del Lippe —sus tierras natales, al fin y al cabo— y, de paso, aniquilar a la población romana allí asentada.

En la primavera del año 9 d. C., Arminio y Segestes se dirigieron a Aliso, junto a las fuerzas que comandaban de forma oficial. Allí se unieron al ejército romano y al Estado Mayor de Varo, quien tenía intención de internarse en territorio germano con sus fuerzas para arbitrar una serie de disputas… ignorante de la trampa que se estaba tejiendo a su alrededor.

El legado de Germania Magna entró en la provincia con la confianza de quien lo hacía en territorio pacificado y sujeto al poder de Roma, por lo que actuó como un administrador y no como un general al frente de una campaña militar. Se trató de un error de cálculo fundamental, tanto más después de recibir nuevos y alarmantes informes de manos del propio Segestes. Al recorrer el valle del Lippe, Varo dejó guarniciones en la región con la intención de asegurarse sus líneas de comunicaciones intermedias, si bien demasiado débiles como para poder esperar que fueran capaces de mantener la zona bajo control frente a una ofensiva en toda regla. Hecho esto, se internó en lo más profundo de Germania con tres legiones —Decimoséptima *Classica*, Décimoctava *Lybica* y Decimonovena—, tres *alae* de caballería y cinco cohortes de infantería auxiliar.[2] Ahora bien, con arreglo a las previsiones de su comandante en jefe —eminentemente gubernativas—, el ejército no se mantuvo unido, sino que comenzó a desgajar destacamentos en diferentes acantonamientos, con destinos y misiones igualmente diversas. Además, consintió, como era natural en tales circunstancias, que sus fuerzas fueran acompañadas por gran cantidad de civiles, lastradas por una impedimenta casi inadmisible en tiempo de guerra.

Todo ello vino acompañado no ya de los evidentes fallos en la gestión de la información aportada por sus servicios de inteligencia a nivel estratégico, sino de una absoluta negligencia en el empleo y gestión de sus propias fuerzas especializadas en recabar datos de inteligencia táctica. Nos referimos a los *exploratores* y *speculatores* del Ejército, procedentes de las filas de la caballería legionaria y de unidades auxiliares consideradas especialmente diestras en este tipo de labores. Los *exploratores* eran empleados sobre todo en labores de reconocimiento. Los *speculatores*, en cambio, solían utilizarse en labores de espionaje y operaciones encubiertas, de un modo análogo a nuestras actuales fuerzas especiales. Estos cuerpos estaban integrados por soldados escogidos que, muchas veces, integraban operativos mixtos, es decir, integrados por jinetes de las legiones y de las unidades

auxiliares. En este sentido, dado que entendía que no estaba llevando a cabo una campaña en territorio hostil, Varo apenas hizo uso de este tipo de fuerzas a su alcance. De otro modo, habría sido capaz de advertir el peligro que se cernía sobre él y sus fuerzas.[3] Como buen conocedor de las tácticas y principios militares del Ejército romano, Arminio era plenamente consciente de los errores que estaba cometiendo su desprevenido adversario y cómo aprovecharlos.

Los meses de primavera y verano transcurrieron, pues, en esta tónica, sin que las tribus germánicas conjuradas tuvieras excesivos problemas para coordinar y desplegar sus fuerzas. De hecho, incluso pudieron atraerse a más pueblos a sus filas: catos, usípetes, angrivarios, téncteros y catuarios. El latente alzamiento se había multiplicado bajo las mismas narices de Varo. No le faltaron, empero, ulteriores advertencias. Así, el 6 de septiembre Segestes volvió a informar al gobernador romano de la situación y de los últimos progresos de la conjura. Varo hizo oídos sordos otra vez, interpretando sus palabras como fruto de su animadversión personal hacia Arminio, sobradamente conocida por todos.[4] En cambio, astutamente advertido por este último sobre los alzamientos de brúcteros y caucos, el legado cometió otro error más: en lugar de contraatacar de inmediato o emprender una rápida retirada para reorganizarse y lanzar una campaña a gran escala en la primavera siguiente, optó por iniciar un lento repliegue. Aprovechando las circunstancias, además, decidió desviarse de una ruta principal y segura para, de camino, caer sobre parte de los rebeldes, más como un juez al frente de una fuerza policial que como un general en campaña.

Los destacamentos romanos que habían sido enviados lejos del ejército principal, dispersos y completamente desprevenidos —dada la inoperancia de su comandante en jefe a la hora de desplegar sus herramientas de inteligencia o de aprovechar la eventual información proporcionada por estas—, fueron entonces víctimas de las fuerzas de Arminio, integradas tanto por tropas sublevadas como por caballería auxiliar querusca; esta última no dudó en tomar las armas contra sus

antiguos camaradas romanos. Varo, además, conservó la pesada impedimenta y no desalojó a los seguidores civiles, aún a pesar de que estaba emprendiendo ya una operación militar, lo que hizo que la columna de avance de su ejército se extendiera a lo largo de más de 21 km. El desastre logístico y operacional se completó con el mero hecho de que, de ningún modo, sus tropas podían cubrir la media de 26 km al día que se esperaban de un ejército romano en campaña. Todo ello sobre un terreno cada vez más desfavorable, dado el empeño de su comandante en jefe en desviarse de las rutas más fáciles.

Llegados a este punto, Varo supo por el propio Arminio que los angrivarios habían aniquilado a los destacamentos romanos asentados en sus dominios, en tanto recibió las primeras peticiones de auxilio de las tribus todavía leales a Roma, hechos que sacaban a la luz la dimensión real de la situación y que confirmaban las denuncias de Segestes. En lugar de apresar inmediatamente al líder querusco, el legado optó por seguir precisamente el consejo de este de internarse directamente en el *saltus Teutoburgensis*, el difícil paraje del bosque de Teutoburgo, la ruta más directa hacia el territorio de los angrivarios y los caucos, a quienes esperaba pacificar por la fuerza, antes de reconducir sus pasos al Rin. Para colmo, en ese momento Varo ordenó a también a Arminio y sus jinetes auxiliares abandonar el ejército, en busca de los destacamentos romanos dispersos más cercanos; en realidad, estos hacía tiempo que ya habían sido eliminados. En otras palabras, Varo acababa de dejar completamente ciegas a sus fuerzas, mientras se dejaba conducir mansamente hacia el matadero por el príncipe querusco. La receta para el desastre estaba servida.

Como sabemos, a lo largo de cuatro terribles días de combates y dilatada agonía, Arminio consiguió destruir por completo al ejército de Varo. Tras cosechar semejante triunfo táctico, marchó con sus fuerzas sobre el río Lippe, zona sobre la que, según los planes previstos, debían de haber caído ya los marsos, ansiosos por recuperar sus dominios y desquitarse con los invasores. Los fuertes que no habían sido tomados ya al asalto, fueron rápidamente abandonados

por sus limitadas guarniciones, al apercibirse de las dimensiones de la inesperada amenaza. En el caso de Aliso, la plaza estaba defendida por el *praefectus castrorum* de la legión Décimonovena, Lucio Cedicio, y un retén de tropas de la misma integrado por dos cohortes y algunas fuerzas auxiliares. Allí, los romanos se aprestaron a resistir un cruento asedio, rechazando asalto tras asalto, a la espera de socorro. Conforme el paso del tiempo evidenció que nadie acudiría en su auxilio, Cedicio y los mandos presentes tomaron la decisión de evacuar el lugar, romper el cerco y dirigirse al Rin a la más mínima oportunidad. La astucia y audacia de los romanos les permitieron, finalmente, salvarse. Es evidente que, además, los mandos implicados en esta operación –a diferencia del propio Varo– sí que supieron emplear y gestionar a los contingentes de *exploratores* y *speculatores* a su alcance, a fin de recabar información sobre el enemigo, trazar rutas seguras, detectar amenazas y neutralizarlas mediante contragolpes quirúrgicos. Tras ellos quedó, sin embargo, Aliso, plaza que terminó cayendo irremediablemente en manos germánicas, tras una breve existencia como capital provincial.

Tras el *shock* inicial y algunos amagos de auténtico pánico colectivo, Augusto y su gobierno no tardaron en disponer las medidas oportunas para revertir la crítica situación. La más decisiva de las mismas fue remitir de inmediato a Tiberio a asumir, nuevamente, el mando de las fuerzas de la región, junto con los refuerzos oportunos, a fin de garantizar el control sobre el *limes* renano, antes de retomar la iniciativa. En 10 d. C. el hijastro y futuro sucesor de Augusto había cumplido su objetivo inicial, mientras Arminio y sus fuerzas no se decidían a caer sobre el Rin, más ocupados en desfacer discordias intestinas. Esto permitió a Tiberio iniciar su particular contraofensiva ese mismo año, internándose en el valle del Lippe desde Mogontiaco, y en el norte de Germania desde el mar del Norte. En 11 d. C. repitió estos ataques y amplió el alcance de los mismos, mas hubo de regresar precipitadamente a Roma antes de poder plantear ulteriores operaciones: la salud de Augusto se resquebrajaba y en calidad de

sucesor, su presencia en la Urbe resultaba un imperativo ineludible. En agosto de 14 d. C. el *princeps* finalmente falleció y Tiberio ascendió a la púrpura en su lugar, en calidad de segundo emperador de la historia del Estado romano (*reg.* 14-37 d. C.).

Tras la pausa impuesta por el cambio político en Roma, Tiberio destinó al frente de las fuerzas de Germania a Julio César Claudiano Germánico, hijo de su hermano Druso y, a la sazón, su sobrino. En conjunto, el nuevo comandante asumió el mando sobre dos ejércitos integrados por un total de ocho legiones, veintiséis cohortes y ocho *alae* de caballería. No queda por entero claro que la intención inicial de Tiberio y Germánico fuera la reconquista total o parcial de la provincia en formación perdida, si bien, la extraordinaria concentración de efectivos y los movimientos que estos ejecutaron sobre el territorio así parecen indicarlo.

El primer desafío del nuevo comandante de los ejércitos de Germania consistió, sin embargo, en sofocar un motín entre sus propias fuerzas, descontentas por el reenganche forzoso de veteranos en sus filas y los retrasos en la concesión efectiva del licenciamiento honroso (*honesta missio*) a quien ya le correspondiese. La situación era tan grave que Germánico llegó a amenazar con suicidarse para reconducir la situación, lo que solo consiguió mediante una mezcla de persuasión y concesiones.[5] No fue, pues, hasta finales del año 14 d. C. que las fuerzas romanas pudieron comenzar sus operaciones en el interior de Germania. El primero de sus objetivos fue la tribu de los marsos, víctima de una sangrienta secuencia de operaciones a lo largo del valle del Lippe, que culminó en una victoriosa batalla campal en las que las armas germánicas resultaron batidas por completo.

En la primavera del año siguiente, Germánico y su segundo al mando, Aulo Cecina, lanzaron dos nuevas ofensivas. La campaña fue un éxito completo que se saldó con la recuperación del *aquila* de la legión Decimonovena… y con la entrada de su fuerza expedicionaria en el pavoroso escenario de la masacre de Teutoburgo. Allí, Germánico y sus tropas pudieron evaluar la verdadera magnitud del

desastre, enterrar a los muertos y honrar su memoria con la erección de un túmulo conmemorativo, triste triunfo con el que dar paz a los caídos de la *clades Variana*. Al llegar el otoño, ambos ejércitos iniciaron el repliegue a sus bases del Rin, momento en el que la columna de Cecina se libró por los pelos de sufrir una derrota similar a la de Teutoburgo en la batalla de los puentes largos.

En 16 d. C. Germánico repitió la misma estrategia: lanzó al cuerpo principal de sus fuerzas contra Germania por vía marítima, en tanto contingentes secundarios perpetraban sendos ataques-señuelo sobre los ríos Lippe y Meno. Desesperado ante el acoso romano y la creciente pérdida apoyos, Arminio cometió un error fatal: por primera vez se decidió a presentar batalla campal a los romanos en Idistaviso. El encuentro terminó en una derrota sin paliativos para los germanos. A pesar del severo revés, Arminio reincidió poco después al atrincherarse en el llamado terraplén de los angrivarios —fortificación lineal levantada por estos, en el pasado, para defenderse de los queruscos— en un infructuoso intento de contener el avance de Germánico, que terminó en otra victoria para las águilas romanas. Los romanos optaron entonces por regresar a casa a través del mar del Norte, travesía en la que una violenta galerna dispersó y hundió buena parte de sus naves. Germánico hubo entonces de reafirmar sus éxitos sobre el campo con una tardía intervención sobre suelo cato y marso, contexto en el cual pudo recuperar el segundo de los *aquilae legionis* perdidos en Teutoburgo.

Todo estaba preparado para una ulterior embestida en 17 d. C. cuando, contra todo pronóstico, el emperador Tiberio ordenó cancelar las operaciones, consolidar las posiciones sobre el Rin y el regreso de Germánico a Roma para celebrar un triunfo por sus éxitos, antes de destinarle a Siria. A partir de entonces, el Rin marcaría el límite del dominio provincial romano, en tanto cesaba toda campaña a gran escala más allá de sus orillas. Arminio, sin embargo, no pudo disfrutar demasiado de este éxito parcial, pues fue asesinado en 19 d. C. por la

nobleza de su propio pueblo, harta de sus maquinaciones y temerosos de que pretendiera erigirse en una especie de soberano absoluto.

Que Roma renunciara, momentáneamente, al dominio directo de la Germania Magna, no equivalía a dejar de proyectar su poder sobre la región e, incluso, más allá. Unos pocos pueblos habían permanecido leales ya en tiempos de Varo; otros fueron sometidos nuevamente por Tiberio y Germánico, en tanto muchos más fueron subyugados a lo largo del siglo I d. C., en calidad de clientes del Estado romano. Los esfuerzos de las dinastías Julio-Claudia y Flavia acabaron consolidando el *limes* renano y la presencia del poder romano más allá del mismo. Hacia el año 80 d. C., la inmensa mayoría de los pueblos situados entre el Rin y el Elba estaban sometidos a Roma en calidad de vasallos. Las circunstancias fueron tan favorables que permitieron al emperador Domiciano (*reg.* 81-96 d. C.) plantearse, incluso, la recuperación de la antigua provincia de Germania Magna, perdida en la fatídica jornada de Teutoburgo. Que la escalada bélica en el Danubio, manifiesta desde 85 d. C., le forzara a cancelar sus planes, no le impidió asegurar la conquista de los Campos Decumanos y apuntalar el *limes* renano. Marco Ulpio Trajano (*reg.* 98-117 d. C.) completó su obra, lo que le permitió, finalmente, trasladar el eje geoestratégico del despliegue armado romano en el continente del Rin al Danubio.

En lo sucesivo, el poder romano sobre la región se mantendría incontestado y estable durante casi un siglo y medio, hasta que, en los albores del siglo III d. C., la formación de nuevas potencias desestabilizaron las redes de Roma en la región, la cual volvió a convertirse en un frente de guerra a gran escala.

Notas

1. Suetonio, *Vida de Augusto*, 23.2.
2. Veleyo Patérculo, *Historia romana*, 2.119.1.

3. Sheldon, R. M., 2016: «Inteligencia militar en la Roma del siglo I d. C.», *Desperta Ferro Especiales*, X, 34-38.
4. Tácito, *Anales*, 1.55.2-3.
5. Tácito, *Anales*, 1.35.1-5.



Cuando se conoció la noticia del suicidio [de Varo], ninguno de los supervivientes, ni aun aquellos que todavía tenían fuerzas, siguió ofreciendo resistencia. Algunos imitaron a sus comandantes y otros, tras arrojar las armas, permitieron que cualquiera los matara, ya que escapar era imposible aunque fuese el mayor de sus deseos. Todos los hombres y sus caballos fueron abatidos sin ningún temor y…
Los bárbaros capturaron todos los fuertes menos uno [Aliso]. Mientras estuvieron ocupados con él, no atravesaron el Rin ni invadieron la Galia. Fueron incapaces de capturar aquel fuerte, pues no sabían organizar un asedio y los romanos recurrieron a sus numerosos arqueros, por lo que no sólo fueron rechazados sino que muchos murieron.

Dion Casio, *Historia romana*, 56.22.1-2a, J. M. Cortés Copete (trad.), Madrid, Gredos, 2011.

Lápida de Marco Celio, flanqueado por sus libertos, muerto durante la batalla de Teutoburgo, 9 d. C.